

DANTE WOLF

# EL INGLÉS

ESTRELLA CORREA




Copyright © 2024. Estrella Correa
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son, o bien producto de la imaginación del autor, o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
1ra Edición, noviembre 2024.
Título Original: Dante Wolf, El Inglés.
Diseño y Portada: Amparo Tárrega.
Maquetación: Estrella Correa.
Corrección: Antonio Correa, Rocío Moreno, Noelia Zamudio y María Maraver.

DANTE WOLF

# EL INGLÉS

ESTRELLA CORREA

A Chini, Peque y Noe,
por acompañarme en este viaje
y guiarme cuando me perdía.
Os quiero.

A los que confían, luchan
y no se dan por vencidos.

*Sin erotismo no hay gran literatura*
Mario Vargas Llosa

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

1. EL INGLÉS.
2. LA CHICA GLAM.
3. UN PRECONCIERTO INOLVIDABLE.
4. UN POSGRADO MUY EXCLUSIVO.
5. UNA GALA DE OBLIGADO CUMPLIMIENTO.
6. UNA MUJER FASCINANTE.
7. UN INGLÉS PREPOTENTE.
8. UN DÍA DE MALENTENDIDOS.
9. UNA CASA DESCONOCIDA.
10. UN ALMUERZO REVELADOR.
11. ESCONDIDOS.
12. UNA BUENA AMIGA.
13. NADA IMPORTA AHORA.
14. MISIÓN: ECONTRARLO.
15. UNA CITA INOLVIDABLE.
16. DE TIRPAS CORAZÓN.
17. INDECENTE.
18. PIENSA COMO UNA CARRINGTON.
19. UNA CITA INOLVIDABLE.
20. PRESENTACIÓN EN SOCIEDAD.
21. QUE COMIENCE LA FUNCIÓN.
22. MIRA QUIÉN ANDA AHÍ.
23. UN ECO DE ACORDES.
24. MIRA QUÉ SIENTES AHÍ.
25. DOBLE E INESPERADA CELEBRACIÓN.
26. DISIMULA, SERENA.
27. EL AMOR NO DUELE.
28. ESCENA DÉCIMO NOVENA.
29. MI FUTURA ESPOSA.
30. NO VOY A PASAR POR ESO.
31. CONVERTIDOS EN GRANOS DE ARENA.
32. UN LUGAR DE ENSUEÑO.
33. OTRA PERSONA.
34. OTRA NOCHE EN EL INFIERNO.
35. MISIÓN: POSIBLE.
36. LA ÚLTIMA VEZ.
37. MAÑANA ME CASO.
38. EL DÍA D.
39. EL LAS MONTAÑAS.
40. RECAPITULEMOS.
41. ¿QUÉ ES ESO?

42. LA VERDAD DE MIS SENTIMIMIENTOS.
43. DOS PLUMAS QUE SE UNEN.
44. UNA NUEVA REALIDAD.
45. ELLA LO CAMBIA TODO.
46. ELLA Y SOLO ELLA.
47. LA HORA.
48. IN LOVE.
49. GUARDÉ TU RECUERDO.
50. ENTRE MIS BRAZOS.
51. QUIERO SALVARLA.
52. LUCHA DE TITANES.
53. PLAN A, B, C… D.
54. QUIERO SABER MÁS DE TI.
55. TENGA PACIENCIA.
56. UNA CANCIÓN.
57. DANTE AL DESNUDO.
58. EL LAZO DE LA AMISTAD
59. UN BUEN MOMENTO PARA DECÍRSELO.
60. CENA DE BENEFICENCIA.
61. CENA DE SUSTOS.
62. EN EL LADO OSCURO.
63. PIENSA QUÉ VAS A DECIR.
64. UNA FUERZA INVISIBLE.
65. DANTE Y YO.
66. LO QUE COMPARTIMOS.
67. NO LO VI VENIR.
68. ENVUELTO EN EL SILENCIO.

EPÍLOGO
SOBRE LA AUTORA.

# AGRADECIMIENTOS

Un secreto: a veces se me hace difícil escribir los agradecimientos. Terminas el libro, pones punto y final, corriges (corriges y corriges, ves borroso, te quedas bizca, ya no ves nada) y llegas a dar las gracias. Debería ser sencillo decir GRACIAS ¿no? Pero ¿cómo hacer que sintáis de verdad ese agradecimiento? A lo grande, inmenso y sincero, porque sin vosotros, y lo digo totalmente en serio y con conocimiento de causa, yo no habría escrito mi novela número 31 ni tendría otros cinco proyectos en marcha.

He pasado mucho, muchísimo, para poder seguir escribiendo. He luchado contra titanes y sé que tendré que seguir haciéndolo, pero nada ni nadie conseguirá arrebatarme mi sueño.

Por ello, las GRACIAS que deseo dar salen desde el fondo de mi corazón, porque mi familia y amigos me han abrazado y han llorado conmigo y vosotras habéis seguido leyéndome y apoyándome.

Mi gratitud profunda a todas vosotras, mis lectoras, estáis conmigo en cada letra, cada coma, cada punto y aparte. Ahora toca el punto y seguido.

Soñemos. Sueña □

MIL MILLONES DE GRACIAS.
OS QUIERO.

SINOPSIS

**Dante Wolf,** apodado El Inglés, magnate británico y CEO de la compañía más innovadora en el campo de las nuevas tecnologías. Admirado y respetado, con un estilo propio y una educación envidiable. Un gigante multimillonario que no solo atrae la atención en el mundo de los negocios, sino también de las mujeres de todo el planeta.

**Serena Carrington**, estudiante de Relaciones Internacionales en la universidad de Georgetown y a la que sus amigos llaman La Chica Glam. Divertida, luchadora, con aspiraciones políticas y heredera del gran imperio de su familia.

**El Inglés,** un hombre al que no le interesa el amor ni las relaciones románticas y que centra su vida en cazar oportunidades para ampliar su fortuna.

**La Chica Glam**, una joven que lucha por sus sueños y contra un pasado que no logra olvidar.

Un pacto.
Dos razones para amar.
Muchas para perdonar.

Una apasionante historia de amor, redención y lealtad, en la que las sombras de un pasado con otro nombre se entrelazan con los destellos de un futuro prometedor.

¿Estarán Dante y Serena dispuestos a luchar?

¿Su amor será lo suficientemente fuerte para resistir las pruebas que les depara el destino?

Washignton D.C.
Londres.
Los Ángeles.
Nueva York.
Muchas ciudades, un solo amor.

# 1

# EL INGLÉS

## WOLF

Sobrevolando el Atlántico
En el *jet* privado del CEO Dante Wolf

*Actualidad…*

Dante Wolf, este es mi nombre, pero todos me llaman El Inglés, o señor Wolf, excepto mi madre, que se dirige a mí por mi nombre de pila. Viajo en mi *jet* privado de Londres a Washington, un vuelo directo. Me acompaña, además de la tripulación, mi amigo Dominic Loxley, un grano en el culo con una amante en Londres que aprovecha mis frecuentes visitas a La Milla Cuadrada para verse con ella.

Soy inglés, mi madre vive en el distrito de Belgravia, conocido por su arquitectura georgiana, enormes mansiones, jardines privados y próximo a Buckingham Palace y al parque de Westminster. Yo le regalé la vivienda cuando gané mi primer millón de dólares. Se lo merecía; me crio sola, tenía tres empleos para que yo pudiera comer y estudiar y, a pesar de sus quince horas diarias de trabajo, no noté su ausencia porque encontraba tiempo para mí. Mi padre, un cabrón de mucho cuidado, nos abandonó el día de mi décimo cumpleaños. No tuvo piedad. Casi ni me acuerdo de él, a veces tengo pesadillas y me parece ver su rostro, pero hoy no lo distinguiría de cualquier otro.

Me mudé a Estados Unidos hace quince años para finalizar mis estudios de Derecho y Empresariales y me quedé en este país donde creé mi propia empresa y, con años de arduo trabajo, me he convertido en el hombre que soy, uno de los CEOS más importantes del hemisferio norte según la lista Forbes, revista que me ha dedicado varias portadas y es culpable de mi apodo. Dominic lee en voz alta un artículo en *Times* sobre mi persona:

—En un mundo donde el éxito empresarial a menudo viene acompañado de la rigidez y la austeridad, Dante "El Inglés" Wolf emerge como un soplo de aire fresco. Con una sonrisa que pocas veces enseña y un estilo que desborda elegancia, este gran titán multimillonario ha capturado la atención no solo del mundo de los negocios, sino también del corazón de muchas mujeres. —Hace una mueca con la boca—. Oh, escucha esto. —Levanta el periódico con dramatismo—. Cada vez que entra en una sala, las miradas siguen su camino, no solo por su apariencia, sino por la energía magnética que irradia.

—Deja de leer prensa amarilla —escupo, pero él sigue acomodado en un avión que exuda opulencia, con la cabina revestida de un lujoso cuero italiano de tonos crema, con detalles de nogal pulido y una iluminación suave y regulable.

—Como magnate de una empresa innovadora de tecnología, ha llevado a su compañía a la más altas cotas, alcanzando una valoración que lo coloca firmemente en la lista de Forbes de los hombres más poderosos en los negocios. Su visión audaz para la industria tecnológica y su

capacidad para anticipar tendencias han sido fundamentales en su ascenso. "La innovación no se trata solo de tecnología, sino de entender las necesidades humanas". ¿Esto lo dijiste tú? No lo recuerdo.

—Si te gusta leer, puedo recomendarte grandes obras de arte de la literatura inglesa.

—Esto es más divertido. —Cruza las piernas, se relaja en el asiento reclinable, acolchado, de diseño ergonómico y dispuestos en semicírculo, ofreciendo tanto privacidad como compañía, y continúa—: A pesar de su éxito deslumbrante, lo que realmente distingue a Wolf es su humildad. Aquellos pocos que han tenido la oportunidad de interactuar con él describen su carisma como contagioso. Con un enfoque que se traduce también en su trabajo filantrópico en el que se involucra activamente en causas que apoyan la educación y la tecnología en comunidades desfavorecidas. —Sonríe—. Hasta yo me enamoraría de ti tras leer esto.

—Voy a pedirle al capitán que te tire por la escotilla —respondo. Mi mente viaja a mi niñez con lo que dice ese artículo. Un niño de ojos grandes que no entendía por qué su padre ya no estaba en casa ni jugaba con él ni iba a reuniones escolares ni a la actuación de Navidad, ni por qué su madre lloraba todas las noches a escondidas. Muchos días comía gracias a la señora Fleming, nuestra vecina, que me daba de cenar sopa de fideos y huevos escalfados mientras esperaba a que mamá llegase de trabajar y me ayudara a hacer los deberes en una pequeña y destartalada casa que olía a humedad.

—Su marca personal, resultado de un encantador equilibrio entre atractivo físico, inteligencia suprema y ambición feroz, lo convierte en un modelo a…

—Cierra el puto pico —le ordeno, y él sonríe y me hace caso, por fin.

Se levanta, camina hasta la mesa de conferencias extensible del centro y tira el periódico sobre ella y su sutil vetado y queda bajo el jarrón de cristal con flores frescas y junto a la bandeja de acero inoxidable con exquisitas delicias *gourmet.*

—Cómo te pones, cariño. —Se gira con un canapé en la mano—. ¿Cuándo volvemos a Londres? —Muerde el paté con caviar.

—Puedes venir tú solo. No soy tu niñera.

—Pero contigo es diferente. —Se sirve un vaso de *bourbon*—. Conoces a las mujeres más guapas de Gran Bretaña. —Alza una ceja y sé lo que viene—. ¿Qué pasó con Vivienne este fin de semana?

—No es de tu incumbencia —le indico cerrando la pantalla del portátil para llevar mis ojos a través de la ventanilla. Las nubes se deslizan y, bajo ellas, se abre un mar de azules y verdes, dejando atrás la niebla de Reino Unido.

Me paso una mano por mi cabello oscuro y bien cuidado intentando despejar mi mente de pensamientos no deseados, como las conversaciones con mi madre sobre mi padre durante todos estos años y lo que nos hizo sufrir su partida. ¿Cómo alguien puede abandonar a su familia de esa manera, cuando más lo necesitan? Tengo buen olfato y me ha parecido que me ocultaba algo que, en el fondo, no llego a descifrar.

—¿Te divertiste, al menos? —insiste y su voz penetra en mi oreja.

—Yo siempre me divierto.

—Nadie lo diría. —Toma asiento de nuevo.

—Podría corroborarlo Vivienne, pero sería muy poco caballeroso preguntárselo —escupo con tono áspero.

Conocí a Dom en la universidad de Harvard, los dos estudiamos negocios, él con el dinero de su familia y yo con una beca internacional que me gané a pulso y algún préstamo bancario. El vínculo que nos unió ha sobrevivido a los años y a los excesos, además de a mi irritabilidad.

—Todos sabemos que eres un hombre de placeres. No entiendo por qué siempre intentas mantener esos aspectos de tu vida en secreto. —Se recuesta en el sillón con una sonrisa burlona.

—Lo que yo no entiendo es por qué hay personas a las que sí le interesa. —La prensa rosa y amarilla se volvió loca con mi divorcio, tildándolo de uno de los más caros de la historia. Qué sabrán ellos, hablan por hablar y por vender. Porque ni yo ni mi exmujer dimos ninguna entrevista ni hicimos declaraciones.

—¿Te refieres a la señorita Marsh? Es su trabajo.

—Que se dedique al periodismo deportivo —anuncio con retintín.

Madeline Marsh, una periodista del corazón de treinta años con una dedicación inquebrantable a su trabajo y… a mí. De cabello castaño intenso y liso, lo que le da un aire desenfadado pero profesional. Sus ojos, de un verde profundo, tienen un brillo inquisitivo que parece captar cada detalle a su alrededor, lo que le resulta muy útil en su labor de investigar la vida privada de la gente. Porte elegante, un metro con setenta centímetros de estatura, ropa sofisticada pero cómoda, con faldas y pantalones ajustados que destacan su figura esbelta. Conocida por su carácter tenaz y un poco irreverente, no le teme a los poderosos y eso… Eso me pone muy cachondo.

—Ella misma diría que es un comentario muy despectivo.

Entre Marsh y yo hay un componente personal que él ignora.

—Madeline me conoce y sabe qué pienso al respecto.

—La llamas Madeline. ¿Hay algo que se me escape? —Alza una ceja.

—A ti nunca se te escapa nada. —Cambio de tema porque me importa más y me relaja mantener mi negocio controlado al segundo. — ¿Recuerdas el contrato con Global Industries? Hay algo que no huele bien…

—Mi informante opina lo contrario. Relájese, señor Wolf. Vive estresado. —Aletea las pestañas y pongo los ojos en blanco ante su niñería.

Charlotte, la tripulante de cabina, aparece e interrumpe una conversación con escaso recorrido. Uniforme ajustado que acentúa su elegante figura, ojos grandes y brillantes, claros, muy claros,

camina hacia mí con coquetería.

—Señores, ¿les gustaría tomar algo más antes de aterrizar? —pregunta con una sonrisa profesional.

—Otra. —Loxley alza su copa.

Charlotte se vuelve hacia mí y me clava la mirada de una manera que a la mayoría de los hombres se le pondría dura, pero yo mantengo el control incluso en eso, aunque me la he tirado en más de cinco ocasiones y ahora no me importaría hacerlo.

—¿Y usted, señor Wolf? —pregunta con suavidad, casi en un susurro erótico, muy erótico.

—Agua, gracias. —Mantengo mi tono serio, pero ella insiste sin darse por aludida. Desvía la mirada hacia Dominic para cerciorarse de que no nos observa y vuelve a mí para borrar unos centímetros de distancia, guiñarme un ojo y…

—¿Está seguro, señor Wolf? —agrega sin perder el entusiasmo.

Le afirmo con un golpe de cabeza y se marcha con una actitud seductora.

—¿Otra tormenta acechándote? —incide mi amigo, alerta a cada segundo, con dos pares de ojos.

—Cierra el pico.

—¿Cuándo vas a darte el lujo de sentir algo por alguien?

—Ya siento…

—Un tremendo asco —me corta.

—Que te jodan —masco; me pongo unos auriculares, dejo caer los párpados y escucho a mi grupo preferido, Red Hot Chili Peppers. La canción, *Dark Necesissities*, me recuerda a una de las conversaciones mantenidas con mi madre estos días, durante un almuerzo en The Connaugth, el lujoso hotel al que llevo a mis conquistas en la ciudad, en el corazón de Mayfair, de los barrios más exclusivos de Londres.

*—Deja de esconderte en el lado oscuro, Dante. Hasta que no salgas a la luz, no ganarás la guerra interna que libras y que nadie más puede ver —dijo y aumentó las sospechas sobre mi pasado, como si ella supiera algo que jamás se ha atrevido a revelarme.*

*Quizás ni sea sobre mi padre,* caigo, a diez mil metros de altura y descendiendo, antes de aterrizar.

***

Madeleine me abre la puerta de su casa con un conjunto muy sensual de culote y sujetador de encaje negro, unas medias de rejilla y una provocadora abertura entre las piernas que me recuerda lo delicioso que es hundir mi polla entre sus glúteos. Tiene unos pechos grandes y odia sentirlos oprimidos con algo que no sea mis dientes mordiéndolos y disfrutándolos.

—Buenas tardes, señor Wolf —me saluda con una perversa sonrisa y un mohín caprichoso, ladeando la cabeza. Su cabello se mueve y me recuerda la de veces que lo he agarrado para someterla a mis placeres, pero sobre todo a los de ella, porque me pone muy cachondo ver a una mujer disfrutar y correrse varias veces gracias a mis caricias.

—Va a constiparse, señorita Marsh. —Doy un paso hasta ella y la empujo hacia atrás para besarla con ímpetu y sonrisa tan provocadora que ni nos saludamos. Aprieto su estrecha cintura con una mano y la empujo hacia atrás para besarla con la boca y morderla con los dientes.

La firmeza de mi mano, mi cuerpo fornido contra el suyo…, nada de ternura ni de cariño, sexo puro y… duro.

La puerta se cierra de un portazo, cojo a Madeleine en brazos y la llevo hasta la alfombra que adorna el salón de su pequeño pero elegante apartamento. Me deshago de mi camisa y ella arrastra sus uñas por mi espalda y sus labios por mi abdomen mientras desabrocha mis pantalones, saca mi miembro y lo chupa de abajo arriba, de arriba abajo y se lo mete en la boca hasta llevarlo a su garganta. De fondo, una música de violín y piano muy sensual y unas cuantas velas como única iluminación.

—Arggg… —gimo al notar su lengua haciendo círculos en mi glande. La empujo hacia atrás, deseoso de que su excitación sea insoportable y me suplique.

Recorro la costura de sus bragas y creo una línea de saliva ardiente alrededor de su pubis. Ahoga un gemido cuando paso mi lengua por la telita transparente y enreda sus dedos en mi pelo.

—Wolf… Wolf… —jadea. Sus manos se pierden entre mis mechones despeinados y tira de ellos—. Sigue, sigue… —ruega cuando introduzco un dedo en su cavidad vaginal, húmeda y caliente, muy caliente.

Le arranco el tanga y ella grita, notando el elástico sobre la piel, pero abre más las piernas exponiéndose a mí, suplicando que la folle.

—Fóllame, Wolf, fóllame como tú solo sabes hacerlo —lo verbaliza.

—Tu petición es una orden para mí —aseguro con voz ronca. Me agarro la polla, la coloco entre sus pliegues mojados y sin esperar más la empalo hasta el fondo con una precisión fruto de la práctica y, sin detenerme, me recreo en las embestidas entre sus caderas.

La banda sonora cambia al ruido seco que hace nuestras pelvis chocando la una con la otra, mis huevos contra su culo. Entro y salgo. Entro y salgo. Madeleine gime y suspira. Me agarra por los hombros y se muerde el labio con los dientes.

Acelero la presión, el ritmo, la velocidad. Nos fundimos en un solo ser, aunque soy consciente de que somos dos y jamás nuestra relación pasará de aquí, del sexo sin vergüenza del que los dos gozamos.

Mi muñeca va hasta su cuello y gira ciento ochenta grados para que se adapte mejor a su anatomía. Curva su espalda para facilitarme el acceso a sus pechos y lamo sus pezones erectos.

Ella tiembla, se retuerce y hasta aúlla cuando uno de mis dedos masajea su clítoris sin dejar de follarla.

Entro y salgo.

Entro y salgo.

Entro y salgo.

Nos corremos entre mis gruñidos y sus gritos, con el cuerpo de Madeleine temblando entre mis manos, alcanzando el clímax cada uno a su ritmo. Ella cae derrotada con la boca abierta y absorbiendo el aire de su alrededor. Yo saco mi polla y la agarro con una mano, me levanto, me pongo los slips y voy al cuarto de baño. Una ducha rápida, me visto por completo y me despido de Madeleine, que se ha servido una copa de vino en la cocina.

—Un placer, como siempre —observo, le doy un beso en la mejilla.

—El placer, señor Wolf, ha sido mío.

# 2

# CHICA GLAM

## SERENA

Georgetown
Washington D.C.

*Actualidad…*

Serena Carrington, este es mi nombre, aunque mis allegados, un puñado de personas, se dirigen a mí como Sery, sobre todo mi familia, una muy poderosa del este de Estados Unidos y con mucha influencia. Mi mejor amiga, Eleanor Ashford, me apoda Chica Glam, dice que tengo una personalidad brillante, alegre y carismática, un estilo sofisticado y atractivo y demasiada elegancia. ¿Se puede ser demasiado elegante? Ella alega que sí, que he aquí la prueba fehaciente de ello. Yo la bauticé como Chica Vip el mismo día, ante unos cócteles de color naranja, hace tres años, en nuestra primera semana en esta universidad, la mejor del mundo, al menos para nosotras. ¿Quién estudia relaciones internacionales en Capitol Hill, junto a la Corte Suprema y la Casa Blanca? Ella, yo y unos cinco mil alumnos más; pocos si los comparamos con los millones que hay en el mundo.

La señorita Ashford, una *Very Important Person* en todos los sentidos, especial y única, con un carácter fuerte, como el mío, llama además la atención por su altura, casi un metro con ochenta y cuatro centímetros (frente a mi metro setenta y tres). Muy morena, de piel y de pelo, con ojos grandes y azules oscuros y… pases especiales en todos los clubs del estado y cientos de miles kilómetros a la redonda. Su dominio sobrepasa fronteras y hasta en Europa nos ofrecen entrar con alfombra roja en los lugares más exclusivos. Su padre, además de distribuidor de petróleo y gas natural en toda América, es hijo de un actor muy famoso que ya pinta canas pero no se quedó en el olvido, así que a Eleanor se le conoce como la nieta predilecta de Grant Ashford, premiado con tres Oscar de la Academia, cinco Globos de Oro y una docena de premios en otros países. ¿Consecuencia? La prensa le hace fotos allá dónde va y yo salgo en alguna de ellas. No quiero hacerme famosa, prefiero vivir en el anonimato y pasar desapercibida. Claro que haber tenido una relación con el cantante de un grupo de rock con demasiados problemas no ayuda. Ella tuvo la culpa del mayor error de mi vida, al menos hasta el momento. Sí, la Chica Vip me obligó a ir a uno de sus conciertos, y mi simpatía, buen hacer y falta de neuronas en una fiesta Vip, en la que solo había personas muy, muy Vip, hace ya dos años hizo el resto. Prefiero no hablar de él porque me crea… malestar, dejémoslo ahí, porque si sigo, lloro. Sí, un gilipollas de mucho cuidado puede llegarte muy adentro y hacerte *pupita* en el corazón. La gente cree que está en Asia de gira promocional con los chicos, aunque la falta de noticias empuja a sus seguidores a lucubrar con teorías conspiratorias. Ya lo han tildado de extraterrestre y de todo lo contrario, de ser abducido por ellos. Lewis, el mánager, y el gabinete de prensa tratan de alejar estos rumores, pero lo consiguen a duras penas.  La banda, Iron Skies, se ha tomado unas vacaciones porque llevan dos años muy intensos y duros y cada uno ha aprovechado el tiempo libre de diferentes formas. Me enamoré perdidamente de Max, lo reconozco. El chico malo también se enamoró de mí (o eso dice) y convertimos lo nuestro en un sinsentido que se nos fue

de las manos. Llevamos cuatro meses sin vernos y lo echo de menos, aunque lo pasaba fatal cuando sus *groupies* me utilizaban de diana en los conciertos y finalizaba la sesión bañada en cerveza y refresco de varios sabores, aun siendo uno de nuestros menores problemas.

Me ha costado superarlo, no os voy a engañar ni mentirme a mí misma, porque además follaba de muerte. Bueno, folla, el chico no se ha muerto ni habrá jurado celibato. Acostarte con cientos de chicas te da una experiencia desorbitada, de lo que él hace alarde, además de demostrarlo con hechos y muchos orgasmos en la cama… y en el sofá, y en el suelo, y en el baño de Caldwell Club, y en el estudio de grabación de Nueva York, y tras el escenario de The Greek entre canción y canción.

—Ay… —suspiro.

*Sery, piensa en otra cosa,* me ruego, apoyada en la barandilla del balcón de nuestro apartamento de lujo a primera hora de la mañana. Sostengo un humeante café en una mano y el móvil en la otra, a punto de resbalar del sexto piso y estrellarme en el asfalto por culpa del sudor que ha segregado la palma al pensar en Maximilien y su piel cubierta de tatuajes.

*Oh, sus tatuajes.…*

Me centro en los árboles que bordean el canal de C&O hasta los edificios históricos que se alzan en el corazón de Washington D.C. He crecido cerca, pero esta ciudad sigue maravillándome.

*Tatuajes de Max…*

*Sery ¡no! Piensa en la ciudad, en los pájaros… Golondrinas volando. En la vez que te cagó una encima. Max me limpió con un pañuelo y después me hizo un cunnilingus en la parte trasera de su coche.*

*Gucci.*

La polla de Max es tan grande que la llamamos Maxpolla, así que…

*Oh, Dios mío.*

Muevo la cabeza y entro en el salón, con una decoración moderna y excepcional. Colores neutros. Los chillones le dan a Eleanor dolor de cabeza.

—¿Hace calor? —pregunta con un moño bajo, un pantalón de pinza beis y una blusa de Prada verde agua.

—¿Eh? —Tomo asiento, desorientada y con el corazón acelerado recordando uno de los polvos con el roquero.

—Estás muy colorada. Ponte protección solar, por favor. Vigila la piel. El sol produce cáncer y crea manchas —informa, con esa voz melodiosa y segura, de las que te ordenan sin que te des cuenta.

Organiza unos papeles sobre la mesa de la sala. El proyecto que le dará el título de experta en Lobby y Diplomacia Internacional.

Giro el cuello hacia ella y mi pelo rubio, liso y largo se mueve sobre mis hombros.

—Sí, ya…

—¿Ya te ha dado otra vez? —recrimina.

—¿De qué hablas?

—Como le respondas a algún mensaje o llamada, te juro que…

—¿Qué? ¿Qué haría la correcta Eleanor Ashford? —la provoco.

—Cojo unas tijeras y hago trizas tus Lagerfeld.

Abro los ojos de par en par y me llevo la mano al pecho de una manera muy dramática.

—¿Tendrías valor?

Lo piensa durante unos segundos y mantiene su seguridad hasta que hunde los hombros y el pecho y responde:

—No, claro que no. Sería un sacrilegio. —Reímos—. Por cierto, ponte uno de ellos para la gala benéfica el próximo fin de semana.

—No estoy segura, Ellie. —Así la llamo yo cuando deseo ablandarla y que no me presione—. Sabes que no soy muy buena en esas situaciones. Todos esos discursos y trajes caros… a veces siento que no encajo —comento con mis ojos verdes clavados en ella, los párpados caídos, exagerando y condescendiente.

Eleanor rueda los ojos en un gesto juguetón.

—Sí, ya… Prefieres disfrazarte y cobrar por hacerte fotos con los turistas en Times Square.

—Hablo en serio. —No lo hago.

—Por Dios, Chica Glam, has crecido entre esa gente. Júntate con unos pocos senadores y olvídate de las etiquetas. Además, será una gran oportunidad para que hagas contactos, especialmente si quieres trabajar en el sector político después de graduarte.

—Llevas toda la razón, pero es que… me aburren soberanamente —expreso la verdad. Me levanto y me posiciono a su lado.

—Dice la chica a la que le encanta los Martini y bailar bajo la lluvia en las noches de verano.

—Y allí no puede hacerse nada de eso. No va con el *dress code*. —Le guiño un ojo y le doy un sorbo a mi café, ya medio frío—. Además, mis padres estarán y me vigilan. No sé si aún llevo el GPS.

—Tus padres te dan esta vida que te gastas, linda. —Dibuja una sonrisa exagerada—. Y ahora, vamos a lo importante. ¿Te gusta este modelo? —Me enseña un documento en su Mac—. O… ¿mejor este?

—Solo cambia el color. —Alzo las cejas.

—No sé ni por qué te pregunto. —Cierra el ordenador—. Sabía que ibas a decir algo así. ¿Estás lista? No podemos llegar tarde. —Guarda el pc junto con varias carpetas en su maleta de Dior.

—Llevo esperándote más de… —Miro mi reloj de pulsera, un Bvlgari en forma de serpiente, de oro rosa y oro blanco—. Veinte minutos.

# 3

# UN PRECONCIERTO INOLVIDABLE

## SERENA

Radio City Music Hall
Nueva York

*Dos años y cuatro meses antes…*

Me sentía como pez fuera del agua, algo raro en mí, acostumbrada a socializar en los ambientes más estirados y dispares. Pero ¿una fiesta preconcierto de una banda de rock? Aquello no iba conmigo, sin embargo, traté de convertirme en sirena y nadar entre tiburones. ¿Una fiesta? No podía ser el apocalipsis. El ambiente molaba, música, gente joven y alcohol, mucho alcohol, aunque la media de edad no superaba los veinte años. Luces intermitentes y de colores, guitarras en las paredes y mis amigos pasándoselo en grande. Yo también, no iba a quejarme, pero la música rock nunca terminó de convencerme.

—¿Tienes ganas de conocer a la banda? —Eleanor me preguntó, feliz por estar allí.

*Oh, es la ilusión de mi vida,* pensé con ironía, pero dije otra cosa.

—Sí, claro. ¿Quién no querría conocerlos? —No supe esconder mi tono sátiro y mi mejor amiga reparó en él.

—Serena, puede que no te guste la música rock, pero al vocalista lo llaman *The Fire Voice* por algo.

—¿Expulsa llamas por la boca cuando canta? —Me había bebido ya dos Martini.

—Muy graciosa. Es La Voz de Fuego por sus graves y agudos. Sus notas altas son capaces de romper cristales.

—Qué bien —susurré—. Esto dista mucho de las galas benéficas, ¿no? —Indagué en sus gustos dispares y excéntricos.

—Tú también disfrutas en esas galas.

—Estoy aquí por ti —aclaré. Sonreí y di otro trago a mi copa.

—Mentirosa.

—Vale, y por Nueva York, pero más por ti. ¿Cuándo nos vamos a gozar de la noche de Manhattan?

—No seas aguafiestas. Mira lo bien que lo pasa Sirius. —Nuestro amigo ligaba con un chico junto a unos altavoces.

—No sé cómo pueden hablar con este ruido. Es…

—Increíble, Sery. Iron Skye va a llegar muy lejos.

—Si tú lo dices… —Visioné la sala durante unos segundos y mis ojos se clavaron en un grupo de personas que charlaban y saltaban alrededor de un chico que captó mi atención. Cuerpo esbelto, no muy robusto. Chaqueta de cuero negra, desgastada y algún parche de bandas icónicas que se ajustaba perfectamente a sus hombros, le daba un aire rebelde y audaz, además de interesante si tenía conciencia de los grupos que abanderaba su ropa. Botones metálicos y cremalleras añadían un toque de dureza a su apariencia. El cabello desordenado y de un castaño muy oscuro dejaba caer sobre su frente unos llamativos mechones. A veces agitaba su pelo con la mano y lo revolvía. En el rostro, una ligera sombra de barba cercaba su sonrisa juvenil que escondía algún que otro secreto. Un tipo de esos que gritan lo poco o nada que le importa el mundo y en los que lees un pasado demoledor.

Decidí ir a la barra a por otra copa y sobrellevar el mal trago, una ironía casual, tratando de evitar el tumulto de fans y admiradores, sobre todo chicas.

—Otro Martini. —Le pedí al camarero, que muy amable lo sirvió con rapidez.

—Demasiado alboroto ¿no crees? —El chico atractivo y rebelde se acercó a mí a solo un palmo. Con esos ojos verdes y una sonrisa lo suficientemente cautivadora cómo iba a desechar la idea de concederle al menos cinco minutos de mi vida.

—Es lo que pasa cuando un grupo de rock famoso se presenta —respondí sin darle mucha importancia a su presencia—. No soy una gran fan de este tipo de música, la verdad.

Él arqueó una ceja sorprendido.

—¿En serio? ¿Y entonces qué tipo de música te gusta?

—Pop, algo de indie… Clásica… definitivamente no el rock. Me gusta algo más melodioso, ¿sabes? Más suave, sin tanto ruido —dije alzando los hombros con desdén.

—¿Ruido? —Asentí y el soltó una risotada—. ¿Y por qué has venido? No me digas, por el alcohol de mala calidad —advirtió en tono juguetón.

—Estoy aquí por mi amiga. Espero que merezca la pena.

El desconocido torció el gesto y sonrojó mis mejillas. Su sonrisa era muy… comible.

—Así que solo estás haciendo un sacrificio por tu amiga. ¿Qué tipo de amiga eres?

—Una fiel —reconocí sin pensarlo—. A veces hay que hacer cosas por los demás, sobre todo por las personas que quieres —reflexioné por un instante olvidando el motivo por el que realmente estaba allí.

—Bueno, deberías darle una oportunidad a la banda. Quizá te sorprenda —sugirió inclinándose un poco hacia mí—. La música tiene un poder especial.

—Lo dices porque eres seguidor del grupo y llevarás años esperando este momento.

—En eso llevas razón. Este día es muy especial para mí.

—Ya… Yo tendría mejores planes para pasar esta noche —comenté bastante desconsiderada, desviando la conversación hacia un terreno incómodo.

—Vaya, ¿no estás dispuesta a abrirte a nuevas experiencias? —La manera en que lo dijo hizo que sintiera como si, de alguna manera, lo estuviera decepcionando.

—No tengo grandes expectativas.

La música comenzó a elevarse, señal de que el concierto se avecinaba.

—Eso es una pena —declaró tomando un sorbo de su bebida, divertido y sorprendido— ¿Tienes idea de quién toca esta noche?

—Iron Skies. Un grupo de colegiales malcriados a los que le regalaron una guitarra en sus dulces dieciséis y se reunían en un garaje para pasar la tarde en vez de estudiar y prepararse para ir a la universidad. —El chico sin nombre soltó otra risotada.

*Vaya, le hago gracia.*

De repente, los murmullos se intensificaron y un puñado de desconocidos giraron sus cabezas hacia nosotros, convirtiéndonos en el epicentro del lugar.

—Espero que cambies de opinión después de hoy. —Me guiñó un ojo y me derretí por dentro porque guapo era un rato, un rato largo.

—No lo creo. —Un escalofrío recorrió mi espalda cuando deshizo el espacio que nos separaba y pegó sus labios a mi cuello.

—Apuesto mi chaqueta a que sí —susurró y su aliento calentó mi piel. Nos miramos, pero de esa forma que miras algo que deseas, que te gusta, que ansías tener.

—La perderías —musité.

—¿Apostamos entonces? —Nos retamos sin despegar nuestras pupilas, fijas la una en la otra. La respiración se me aceleró y sé que la de él también porque los alientos se enredaron.

—Trato hecho. —Le tendí mi mano y él la apretó. Estaba caliente. La mano, no yo, bueno, yo también, pero no sobrepasé los niveles aceptables para no contenerme y saltar sobre él.

—¿Qué me darás tú? Si pierdes, claro… —Cambió el peso de pie.

—Mi vestido no te sentaría muy bien ni te interesaría…

—Me gusta tu bolso. —Lo señaló, negro con tachuelas de Prada.

—No te pegaría nada. —Caí en la cuenta—. ¿Lo quieres para regalárselo a tu novia? —Torcí el gesto con diversión.

—No tengo novia. La ropa no tiene género, me lo quedaría. Seguro que encuentro la ocasión para ponérmelo.

—Está bien. —Encogí los hombros—. Como tú quieras. Mi bolso contra tu chaqueta.

—Maximilien, es la hora de salir al escenario —anunció un miembro del staff, revelando de quién se trataba aquel chico.

—¿Maximilien? —Sabía el nombre del vocalista por Eleanor que no había parado de hablar de él durante todo el vuelo a Nueva York.

*Qué horror.*

*Tierra, trágame.*

Él sonrió sin premuras y achinó los ojos.

—Después de esta noche, tendrás algo más que decir
sobre mi música.

—No esperaba… —Me contagié de su risa y de la situación surrealista.

Fui idiota. Lo vi alejarse hacia la puerta y, justo antes de cruzarla, se giró y me regaló un último mohín muy adorable. Me dejó desarmada, a la sirena le cortaron la cola y llegó al fondo de las fosas Marianas.

# 4

# UN POSGRADO MUY EXCLUSIVO

## SERENA

Georgetown
Washington D.C.

*Actualidad…*

Eleanor y yo provenimos de familias que han hecho historia de alguna forma en este país y ni eso nos detiene a la hora de ser las mejores. Me refiero a que no tendríamos que sacar matrícula de honor para trabajar en las empresas y organismos más punteros, sin embargo, nuestra mente privilegiada y nuestro ímpetu nos empuja a formar parte de la lista de los números uno. Faltaría más. Ambas brillamos con luz propia y el mundo entero nos conocerá por nuestros propios méritos. Esto nos prometimos con quince años.

No conocemos el miedo y la ambición es nuestra bandera. Creciendo entre lujos, las expectativas son muy altas, pero nuestros sueños las superan.

*—Marcaremos la diferencia —le dije sentadas en la terraza de su mansión de Downtown, cerca de la mía.*

*—El mundo escuchará nuestra voz —finalizó ella. Nos terminamos la merienda que había preparado Mrs. Myers, la cocinera, y sellamos la promesa con un apretón de manos, como las personas de negocios, pero con los dedos embadurnados en crema de cacahuete.*

—Vas perfecta —le aseguro para que deje de atusarse el pelo mientras caminamos dejando a un lado la fachada de Capitol Hill, de estilo neoclásico, caracterizado por el uso de columnas y grandes escaleras. Con un domo central, se yergue adornado con la estatua de la Libertad en su parte superior.

—Lo sé —responde y sin perder paso subimos la escalinata de mármol blanco que conduce hasta la entrada principal.

—El señor Sinclair te pedirá una cita pronto.

Pierce Sinclair, un joven profesor de relaciones internacionales, irradia carisma e inteligencia. A sus 32 años ha conseguido hacerse un hueco en una de las mejores universidades del país. Atractivo, muy atractivo, con una presencia que capta la atención del aula al completo. Alto, complexión atlética, resultado de su afición por el ejercicio, y cabello claro y desordenado de una manera intencionada.

Hay algo cautivador en sus ojos claros, una chispa de curiosidad que atrae a las féminas, en especial a mi amiga. Ella lucha por concentrarse en las clases sin conseguirlo porque su interés por él crece de día en día. Suele vestir de manera informal pero elegante, optando por camisas de

botones y suéteres bien ajustados, lo que le concede un aire intelectual y al mismo tiempo accesible.

Pierce, conocido por su estilo didáctico entusiasta, imparte sus clases de forma dinámica y provocadora, lo que nos invita a participar y explorar sus ideas. Sin embargo, también tiene una faceta más seria, particularmente cuando habla de temas complejos de política internacional. Y se nota que es alguien que se preocupa profundamente por su disciplina.

—No quiero salir con Pierce.

—Pierce… —Reproduzco su nombre con lengua viperina—. Ya sé que no quieres salir con él. Quieres casarte con ese hombre.

No escondo la sonrisa y entramos en el vestíbulo.

—¿Viajas al final con tu padre? —me pregunta para que pase página mientras se despoja de su chaqueta y se ajusta su pañuelo al cuello, como una verdadera aristócrata de Nueva Inglaterra.

—Qué remedio —suspiro.

—Pero estarás aquí para la gala. Promételo.

—Ese es el plan. Es más, tenemos que estar. Mi madre no consentiría que fuera de otra manera —respondo, jugueteando con la pluma que, por cierto, suelo llevar en una mano, una manía.

—¿Sabes algo sobre la fiesta de beneficencia que organiza tu madre para julio?

—Tú sabes más que yo con total seguridad. Pero dudo que allí se hable de algo que no sea cotilleo y qué estilo está de moda esta temporada.

—¿Por qué eres así? Eso es parte del juego. —Cruzamos un pasillo ancho de paredes blancas.

—Un juego sucio al que nos han enseñado a jugar y en el que la apariencia lo es todo.

—Como trabajar con el senador Maxwell —me recuerda, con entusiasmo—. Serena, tienes que estar preparada para lo que venga. Tendrás que hacer cosas que no te gusten.

—¿Dudas de que pueda estar a la altura? —Me hago la ofendida.

—Claro que no. Lograrás lo que te propongas. —Sonreímos.

Cuando llegamos al edificio del Departamento de Relaciones Internacionales, dos chicos nos saludan. Entre ellos veo a Sirius Rivers, mi mejor amigo, de sonrisa deslumbrante y cabello rizado. A él lo llamamos Chico Chic, por saber jugar con su estatus y su sentido de la moda y defender un estilo propio, muy divertido pero aristocrático.

—¡Serena! —me llama agitando una mano—. Hay rumores de que el rector quiere hablar contigo —me susurra con tono casi conspiratorio cuando llega a mi lado.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto y el corazón me bombea dentro del pecho—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, pero todos se preguntan si será sobre las famosas prácticas con el senador Maxwell. Imagina lo que eso significaría. Tu futuro sería brillante. Serías la envidia de todos.

—Mi futuro es lo único que me importa —aseguro.

—Quizá sea buena idea que vayas a su despacho —señala Ellie antes de entrar en clase.

—Winslow no atiende sin cita —apunta Sirius—. Pero por pasarte, no pierdes nada.

—Llamaré a secretaría general.

Mi futuro… No tengo ni idea de lo que será de él.

# 5

# UNA GALA DE OBLIGADO CUMPLIMIENTO

## WOLF

Forest Hills
Washington D.C.

*Actualidad…*

—Cambia esa cara—me pide Dominic recién bajados de la limusina y frente a cientos de fotógrafos.

Este tipo de eventos me han parecido soporíferos desde siempre. La opulencia, los trajes de diseño, las sonrisas falsas y las conversaciones vacías me resultan una auténtica tortura. Pero aquí estoy yo, Dante Wolf, obligado a asistir porque es lo que se espera de mí. Una excusa para promocionar mi conglomerado empresarial, pero sobre todo, una plataforma para que la altísima sociedad demuestre su grandeza. Por cierto, con un traje de dos piezas de diez mil dólares.

—Sé lo que tengo que hacer —aseguro a su lado, aún delante del coche, apretando la mandíbula y los dientes—. Aun no entiendo cómo te gusta tanto.

—Me gusta gustar. —Se ajusta la corbata negra—. Y a ti también, pero… más en privado. —Ríe—. ¿Preparado? —Le hago gracia. Yo bufo y me lamento para mis adentros—. Sonríe, hombre. Ser Director Ejecutivo de WOLF INNOVATIONS no solo incluye números y líneas de producción, también significa ser la cara de la compañía —insiste y tira de mí por los hombros, plantando una sonrisa en mi rostro más forzada que genuina.

A regañadientes obligo a mi boca a curvarse en lo que podría describirse como un gesto de entereza.

Los flashes comienzan a estallar a nuestro alrededor y nos envuelven en un halo de luz que me deja por segundos desorientado.

*Odio esto,* pienso, como si cada foto robara un pedazo de mi privacidad.

—Te digo —sigue—, querido amigo, que tienes que cambiar, *brooding forever*. —Se inclina hacia mí—. Esto es parte del trato que hiciste con el diablo el día en el que te convertiste en El Inglés. Tu perfil es alto y ha de seguir así.

—Mis negocios no tienen nada que ver con fotos —rebato.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. ¿Recuerdas cómo empezaste? Un hombre de negocios debe relacionarse.

—Por eso me hice tu amigo.

—Tenías otras y mejores opciones, pero no encontraste a ningún otro que te aguantara. Una

pregunta. ¿Todos los ingleses sois así?

—Que te jodan.

Mantengo mi mirada fija al frente, como si de esa manera pudiera ignorar lo que se cuece a izquierda y derecha.

Recorremos los veinte metros de la dichosa alfombra y entramos en un antiguo hotel restaurado que grita “dinero”. Del techo cuelgan lámparas en forma de estrella en un lugar donde la riqueza lo envuelve de arriba abajo. Al menos, la adoración de la gente se refleja en las donaciones a la causa, a pesar de la extravagancia de los invitados.

Veo a antiguos amigos con los que he tenido encuentros artificiosos en el pasado y a los que rechacé como socios porque no me fiaba de ellos. Los saludo con cortesía con un golpe de cabeza.

—Necesitas esto. —Dom me da una copa de champán—. Quizá te ayude a mejorar esa sonrisa falsa.

—Me importa un bledo ser auténtico o no con esta gente —ladro—. Sonreír a imbéciles no entra dentro de mis quehaceres.

Mi amigo suspira resignándose a mis arrebatos.

—Sé que te gusta hacerte el arisco, pero date una oportunidad, Dante. Lo que para ti es trivial, puede ser valioso para otra persona. Es solo una noche. Sonrisas temporales, promesas…

—¿Cuándo has conseguido convencerme con tu verborrea? —Intervengo y le doy un sorbo a mi bebida—. Una sonrisa no abre puertas, las decisiones correctas sí lo hacen.

Aquí estoy yo, manteniendo una respuesta ingeniosa sin pensar demasiado en las repercusiones; algo raro en mí. Irónicamente, y ante mis quejas, financio esta gala benéfica a la vez que discuto sobre la naturaleza de la autenticidad.

—Y tú siempre tomas las mejores. —Asiento—. Brindo por eso. —Chocamos el cristal y bebemos—. Intenta disfrutar. Estos momentos son los que hacen que todo valga la pena, incluso si parece un juego de idiotas.

—Justo eso —respondo, desafiándolo—. Un juego.

Nos acomodamos entre los invitados, ajenos a que lo que beben y comen lo he pagado yo, prefiero que mis donaciones queden en el anonimato, y me concentro en la charla insignificante que se sucede ante mí. Mis ojos vuelan por la sala sin perder detalle, algo innato en mí también, en busca de un pasatiempo que merezca la pena.

Entonces la veo. En medio de la multitud, con porte elegante y sereno, cabello rubio y largo, un vestido de un delicado tono azul claro que se pega a su cuerpo delgado pero con curvas. Mis pensamientos se detienen y quedan atrapados en la realidad de una mujer que desconozco y una fascinación que no he previsto.

# 6

# UNA MUJER FASCINANTE

## DANTE WOLF

Forest Hills
Washington D.C.

*Actualidad…*

—Vaya… Parece que algo ha captado tu atención… —musita el grano en el culo sobre mi hombro con tono burlón—. Es la heredera de los Carrington. Serena. Ha cambiado desde la última vez que coincidí con ella.

—¿La conoces? —No escondo mi interés.

—Tú también. —Me saca de mi ensoñación—. Pero no la reconoces. Era una niña la última vez. En la fiesta de Navidad de los Prescott.

Trato de recordar sin dar con ella.

—No se me olvida un rostro. Jamás —digo con la voz más baja de lo que pretendo.

—Pues piensa más. Le regalaron un coche. Un Mercedes-Benz GLE Coupe gris.

La imagen de esa niña aparece en mi mente con una luz incandescente, pero la reemplazo enseguida por la visión de una mujer deslumbrante. La señorita Carrington se mueve con gracia, casi divina, y habla con un grupo de chicos y chicas, estos últimos obnubilados por su belleza.

*Como tú, señor Wolf.*

—Su amiga, Eleanor, la alta que está a su lado, tiene miles de seguidores en las redes sociales. —continúa—. Las chicas ricas saben lo que quieren. —Sonríe, adivinando el interés que aflora en mí—. Hay esperanza para ti y el amor. ¡No puedo creérmelo! —exagera.

—Admito que es muy atractiva.

—Y que vas a follártela esta noche.

—Eso no ocurrirá… Si ella no lo desea también —advierto con seriedad.

—¿Alguna mujer te ha rechazado en tus treinta y seis años de vida? —Aprieto la mandíbula recordándola, y él se da cuenta—. Samantha no cuenta. Si tu terapeuta aún no te ha abierto los ojos, te los abriré yo, tu mejor amigo.

—Cálmate —le advierto, aunque la tensión en mis palabras no puede ignorarse.

Serena… Algo hay en su risa, en cómo habla, en el movimiento de sus manos, en cómo brilla, que me resulta cautivadora.

—Deja de ser tan… inglés, y acércate a ella. Ponle el mundo a los pies. Eso es justamente lo

que busca.

*Nadie sabe lo que busca una mujer así.*

Serena abandona el grupo y bordea la estancia de suelos de mármol blanco, con una confianza que la hace irresistible.

—Ahora o nunca —casi protesta Dominic—. Bueno, hasta la próxima reunión social.

La tentación de perseguirla se apodera de mí. ¿Lo hago porque el juego así lo manda? ¿Por estrategia? ¿Porque soy un depredador en todos los sentidos?

Camino hacia ella hasta que la distancia entre nosotros mengua del todo y la fusión de dos empresas se vuelve inevitable. O en eso confío.

—Perdone, señorita, ¿sabe usted dónde está la salida de emergencia? —Llego a ella con dos copas de champán que he recogido de una bandeja por el camino.

Serena levanta la vista hacia mí.

—¿De qué o de quién desea escapar el señor Dante Wolf? —habla sin tartamudear.

*No me teme… Ummm… Interesante…*

—Ahora ya de nada ni de nadie, desde que la he visto, señorita Carrington. —Le doy una de las copas y ella la coge con estilo.

—Usted también me conoce. —Sonríe.

—He de admitir que me ha costado ubicarla. Ha cambiado mucho en los últimos años.

—Usted sigue igual. —Da un paso hacia mí y me ajusta la irreverente corbata. En otra ocasión me molestaría que alguien se tomara esas licencias, pero ella… ella huele a fresas y melocotón y la polla me da una sacudida dentro de los pantalones del traje azul oscuro—. El Inglés no sabe anudarse la corbata. Una información relevante para la alta sociedad de Washington.

—Como buen inglés, prefiero la pajarita. —Carraspeo al notar el calor de su aliento acariciar mi cara.

—También se rumorea que preferiría no estar aquí —se luce ante mi estupefacción por su nivel de información—. Las lenguas son muy largas y el oído de mi amiga Eleanor muy fino. —La escudriñamos ambos, con sus manos toqueteando mi cuello—. Pero no se lo tenga en cuenta. Forma parte de nuestra profesión.

—¿Periodistas del corazón? —pregunto a sabiendas de que no será así.

—Relaciones internacionales. Lo sabemos todo de todos.

—Ah, ¿sí? —Veo una posible opción de mantenerla cerca, esta noche y los días venideros—. Me vendría bien alguien como usted en mi corporación.

—¿Se refiere a una espía? Le saldría muy caro tenerme en sus filas. Voy a trabajar para el

senador Maxwell.

—Enhorabuena. —Trago con dificultad cuando tira de la tela de mi cuello. Da un paso hacia atrás y respiro—. Puedo pagarle el triple, y… conseguirle un contrato con La Casa Blanca.

—Mi padre también podría, pero llegaré a lo más alto yo sola —apostilla, visiblemente molesta por mi comentario—. Si me perdona, he de ir a hacer la pelota a algún que otro *businessman* —satiriza y se marcha sin reticencias.

—Jaque mate —musito mientras la observo alejarse. Una sonrisa muy pérfida y malévola se dibuja en mi rostro.

*Maldita sea. Me ponen cachondo los retos.*

La observo durante toda la noche, capturando cada detalle y cómo incide la luz sobre su rostro. No se trata de la iluminación, sino de su piel, el contorno de su cuello, sus labios, su nariz puntiaguda.

Respondo preguntas de manera sarcástica ante mi amigo que no pierde detalle y alza una ceja de vez en cuando.

*Al final, esta gala va a ser memorable.*

—¿Serena Carrington te ha excomulgado? —Dom viene a tocarme los cojones al final de la noche.

—Adoro los desafíos. Ya me conoces. —Me despido de un amigo en el vestíbulo y salimos a la calle donde espera la limusina.

—Vas a cruzar la línea. —Arquea una ceja.

—Los negocios me aburren —miento como excusa. Me divierten las transacciones, pero… Ahora he descubierto algo más interesante. Y ese algo camina a solo un metro de nosotros acompañada por Eleanor Ashford y Sirius Rivers. En eso ha consistido mi noche, en saberlo todo de ella y de su entorno. No sale con ese tal Sirius y vive con Eleanor en el campus de Georgetown, suelen visitar Caldwell Club y su amiga la ha llamado Chica Glam; tengo un oído muy fino.

# 7

# UN INGLÉS PREPOTENTE

## SERENA

Forest Hills
Washington D.C.

*Actualidad…*

Eleanor ha crecido con una educación envidiable y un saber estar excepcional, pero cuando se trata de un hombre, pierde el norte, se desestabiliza, aunque no tenga que ver con uno de sus amantes o del amor de su vida, el profesor Sinclair. No, no, ella se preocupa por mí y mi vida sexual y sentimental, nula desde que Max se marchó, y saltan chispas en su mente (a veces ocupada por solo dos neuronas que chocan entre sí bailando samba) al ver la posibilidad (por mínima que sea) de entrometerse en mi vida privada. Por esta razón, y otras que no voy a dar porque no tengo demasiado tiempo, me da un codazo que casi me tira de mis tacones de nueve centímetros al salir de la gala benéfica y encontrarnos al señor Wolf junto a la acera.

—Ellie, por favor —le sugiero que se detenga o me caigo de culo, un broche de oro nefasto.

—Buenas noches, señoritas. —Dominic Loxley nos saluda. También lo conozco. Ha tenido relaciones empresariales con mi padre—. Podemos acercarlas a casa si lo desean. —Nos invita con una sonrisa.

—No es necesario, gracias. Tenemos chófer —objeto.

Él mira hacia la carretera y busca alguna limusina sin encontrarla, por supuesto, porque Martin está en un atasco y Durdle, el conductor de mi familia, ha recogido a mis padres y va de camino a Donwtonw.

—Sery, si estos señores tan amables quieren llevarnos a casa, yo solo tengo palabras de agradecimiento. Estoy exhausta. —La Chica Vip suspira y se lleva la mano al pecho.

—Martin viene de camino—comenta el Chico Chic.

—Tú te callas —le barbulla Ellie—. ¿No quieres que tu amiga olvide al imbécil de Max? —le susurra—. Pues esta es la oportunidad de su vida.

Pongo los ojos en blanco y bufo al escucharla.

—Esperaremos aquí. La temperatura es ideal y… —trato de disculparnos.

—Insisto, señorita Carrington. Su padre jamás me perdonaría que la dejase aquí. Lo hago por mí, no por usted, si eso la deja más tranquila —explica el de pelo cobrizo, junto a Dante, que aún no ha dicho una palabra.

—No estaba nerviosa. —Levanto el mentón ante su expresión divertida y mi progresivo enfado.

—Señoritas, la noche ha sido muy larga. Si prefieren irse andando, es su problema. Este caballero cuidará de vosotras. —Señala a Sirius—. Sin embargo, yo subiría a la limusina, me callaría, sería amable y le daría las gracias a Loxley por ofrecerles su ayuda. —Ahora sí, el señor Wolf habla con un tono que deja muy poco a la imaginación y mucho menos a la réplica, pero aun así, con la elegancia que me caracteriza, respondo a su propuesta.

—No puede obligarnos, conozco nuestros derechos como ciudadanos americanos y…

—Sery, por favor, Martin no va a llegar hasta Dios sabe cuándo y yo mañana tengo el *brunch* con mi madre muy temprano… —suplica Eleanor.

—Idos vosotros dos. Yo me quedo a esperar a Martin, o Durdle volverá y me recogerá. —Casi cruzo los brazos.

—No vamos a dejarte aquí —anuncia Sirius.

—Yo me quedaré con ella. Marchaos con Loxley. —Wolf mira a su amigo ante mis ojos muy abiertos—. Dom, encárgate de la señorita Ashford y el señor Rivers.

No sé qué me ocurre, pero me deja tan sorprendida que no reacciono a tiempo y cuando me vengo a dar cuenta, mis amigos se han subido al vehículo y yo estoy sola en la calle con El Inglés, un hombre increíblemente atractivo pero con una habilidad social que dista mucho de la de los negocios. Con la boca sellada aún (y hasta el final de los días) escucho cómo llama por teléfono y pide un taxi, un simple taxi en el que subirá el señor todopoderoso Wolf.

Pero yo no.

—No pienso ir con usted a ninguna parte. —Frunzo el labio y cambio el peso de pie. Por cierto, los zapatos son preciosos, pero unos asesinos en serie de dedos; los está matando uno a uno.

—No voy a dejarla aquí sola. —Su voz tiene un toque muy sensual, con sinceridad, hasta sexual, cruda y rasgada pero firme, muy firme.

—Estoy sola porque usted lo ha previsto así, y mis amigos… Mis amigos acaban de dejar de serlo —afianzo.

El taxi se detiene a unos metros, el conductor baja y se queda petrificado al ver a Dante Wolf, conocido por todos en esta ciudad y otras miles, discutiendo con una mujer y a punto de subirse a su coche.

—¿Qué teme? Hasta este buen hombre me ha reconocido. ¿Qué cree que puedo hacer con usted? ¿Cuál cree que son mis intenciones?

—¿Tengo que decirlo en voz alta? —Pongo la boca en una fina línea.

—Haga lo que crea conveniente, pero terminemos con esto de una vez.

—No voy a acostarme con usted. Ni ahora ni nunca —aseguro, y hasta a mí me conmocionan mis palabras. Porque… sería una pena no hacerlo, pero jamás lo haré. (Esto parece un trabalenguas pero es una afirmación como un templo de grande).

Ni se inmuta, no noto ningún cambio en él al escucharme. ¿No le gusto? ¿No pretendía eso al acercarse a mí hace unas horas?

—Perfecto. Una vez aclarado, suba al taxi y vayámonos a casa. Tengo una reunión en Nueva York a mediados de la mañana.

*Me encanta Nueva York. Allí conocí a Max… Cambia el pensamiento, Sery.*

Y no me resulta complicado hacerlo porque dentro del vehículo, demasiado pequeño para los dos, el olor de El Inglés se cuela por ni nariz y se apodera de todas mis células, además de mis neuronas, las primas hermanas de las dos de Eleanor; si las sumamos, hacen cuatro. Una deliciosa mezcla de cítricos que me ponen los vellos de punta. Sin duda, me atrapa de una manera poderosa. Y mi mirada, una traidora de mucho cuidado, se desliza sobre él. Su torso perfilado, sus hombros anchos, sus piernas definidas…

El olor que emana se hace más intenso cuando se incorpora para hablar de cerca con el taxista e indicarle nuestro destino. Inhalo entrecortadamente para dejar de sentirme atraída por él de una manera que no había experimentado antes. Juraría que me enamoré de Max el primer día, pero… no sentí esto entre las piernas. Vale, hablamos de cosas diferentes. No mezclemos el sexo con el amor.

El mismísimo señor Dante Wolf, El Inglés, El Dios Griego de la Jungla de Cristal, así lo tildó la revista Fortune hace un año, habla con el taxista, de una forma tan amable y familiar que me parece encantadora.

*No te dejes engañar, Sery.*

Se acomoda hacia atrás cuando la conversación finaliza y su rodilla roza la mía por una milésima de segundo.

*¿Has sentido eso, Chica Glam? Deja de hacerte la estrecha y disfruta por una noche.*

A Wolf no le ha afectado como a mí, o eso juraría, y sigue con la mirada al frente hasta que…

—Perdona si antes he sido un maleducado. No he querido incomodarla.

*¿Me habla así cuando yo me derrito con su calor?*

—No se preocupe. —Trago con dificultad y le miro los labios sin remediarlo—. Pero sí, me ha incomodado, y mucho —respondo, altiva, evitando encaramarme sobre él y olvidar quién soy y de dónde provengo.

—Ya le he dicho que lo lamento. Acepte mis disculpas.

Lo pienso…

—Disculpas aceptadas. Ahora… —*Ahora bésame un rato y de verdad te perdono*—. Déjeme. Solo quiero llegar a casa. Estudiar no es tan interesante como viajar a Nueva York, pero es mi deber.

Una corriente eléctrica se crea entre nosotros, allí, en el minúsculo espacio y a un palmo de

otra persona, no me importaría besarlo y dejar que metiera su mano entre mis piernas, las abriría para él. Quizá las copas de champán me suben en este segundo.

*Eso, sí, las burbujas, he bebido demasiado.*

Por fin, el taxi se detiene frente a mi edificio y no me pregunto por qué Dante sabe la dirección exacta de nuestra casa. Me dispongo a bajar, pero no sin antes dar las gracias y hacer alarde de la mejor educación privada de EEUU.

—Gracias por… —Mi respiración se corta cuando me agarra de la muñeca, con cuidado pero con fuerza, y deja nuestros labios a varios centímetros.

—Soy un hombre que siempre consigue lo que quiere —susurra, tajante.

—Y yo una mujer muy testaruda que no se deja engatusar por el dinero. Tengo el mío propio.

—Que le jodan al dinero. —Nuestras narices se tocan.

Y en ese instante, sin explicación alguna, entiendo que ese hombre no me conviene, porque ya he perdido la cabeza una vez y con Wolf perdería hasta las extremidades, porque de pronto se convierte en alguien real y tangible en un mundo lleno de apariencias.

—Adiós, señor Wolf. —Me resigno. Me suelta sin pedírselo y salgo del coche.

*Sery, Sery, Sery… Mala jugada.*

# 7

# UN POSTCONCIERTO MEMORABLE

## SERENA

Nueva York
Radio City Music Hall

*Dos años y cuatro meses antes…*

El sonido estridente de los amplificadores aún reverberaba en mis oídos cuando entré en la fiesta privada que siguió al concierto de Iron Skies, el grupo escalaba puestos en la lista de los más vendidos en Norteamérica y a cuyo vocalista había conocido una tres horas antes y con el que había hecho el mayor ridículo de mi vida.

*Qué vergüenza.*

Eleanor conocía al representante y éramos las invitadas de honor. Los periodistas no estaban allí por nosotras, pero les encantó encontrarnos en la velada. Las paredes del local las adornaban imágenes del grupo y la euforia se contagiaba. Max me había buscado entre el público, o esa fue la sensación que me dio. Me encontró en uno de los palcos VIP, con bebidas y canapés de primera calidad. Sirius advirtió la conexión; a mi mejor amigo no se le escapaba nada, aunque no hizo alusión a ello hasta que entramos en Maykas Club y dejamos los periodistas atrás.

Busqué con rapidez información de La Voz de Fuego en internet. Su cuenta de Instagram, algunas fotos… Sí, era él, por si tenía alguna duda.

—¿Qué significa eso que he visto? —Dio un golpe en mi brazo con el suyo, y puse la pantalla del móvil en negro.

—Maximilien y yo nos hemos conocido antes —expliqué, rodeada de personas que esperaban a los chicos para pedirles autógrafos—. Le he dicho que su música no me atrae demasiado sin saber quién era.

—¿Qué? —Alzó las dos cejas y, a continuación, se partió de la risa.

—Sí, sí. He hecho el ridículo. A lo mejor me buscaba entre la gente para matarme —conjeturé.

Tomé un sorbo de mi bebida, paseé la mirada por la sala y los gritos llamaron nuestra atención. Iron Skies entró en el Club ante vítores y aplausos. A Max lo rodearon sus admiradores, sobre todo chicas. Pero sus ojos escaneaban cada rincón ¿buscándome? Su actitud era la de un chico normal, como si aquel ruido no fuera por él, y se sumergió en conversaciones, seguro que triviales, con sus fans. Sin embargo, se detuvo para mirarme a mí.

No le retiré los ojos. Curvé los labios en una sonrisa y él me imitó.

*Adiós, bolso querido,* me despedí de mi Prada que mamá me regaló en mi diecinueve cumpleaños.

Una de las chicas a su lado, evidentemente embelesada, se acercó a él aún más, pero Max no me quitó la vista de encima y me dio toda su atención a pesar de los metros que nos separaban. En cuanto tuvo un momento, vino hasta mí.

—Creo que el cantante tatuado viene a matarte —musitó Sirius y se largó antes siquiera de presentarse para cuchichear con Eleanor.

—¿Y cuál es tu valoración final? —Max llevaba las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—No ha estado mal —manifesté con la boca pequeña, y me mordí el labio, lugar exacto en el que se quedó embobado.

—Ellas piensan que ha sido grandioso. —Señaló con el mentón a las *groupies* que lo perseguían.

—Soy muy exigente. Sois buenos, pero hay cosas que pueden mejorarse. —Evitaba tener que desprenderme de mi queridísimo bolso.

Él alzo una ceja como respuesta.

—¿Entiendes de música?

—Estudié piano y violín. Tengo buen oído.

—Vaya, la chica sin nombre sabe de música. Vamos a tener más en común de lo que tú pensabas.

—Yo no pensaba nada. —Me hice la interesante.

—Vale… ¿Entonces he ganado? ¿Has cambiado la percepción sobre mi música?

Hice de tripas corazón y admití que eran buenos y que comenzaban a triunfar porque lo merecían.

—No voy a darte mi bolso. Es un regalo de mi madre. Sería de muy mal gusto desprenderme de él. —Dos chicas vinieron a pedirle autógrafos y fotos y él las trató con educación y amabilidad hasta que se marcharon.

—Lo entiendo… Respeto la razón por la que lo haces. —Apoyó el hombro en la columna que nos separaba del resto—. Te propongo otra cosa. ¿La aceptas?

—No sin saber de qué se trata. —A esas alturas los dos estábamos seguros de que nos gustábamos.

—Dame una cita.

—Oh, lo siento —dramaticé—. Pero solo estaré en Nueva York esta noche. —En el fondo, a mí también me dio pena.

—Pues tendrá que ser ahora.

Mi espalda se tensó.

—¿Dejarías a toda esta gente? Están aquí por ti. —Abrí los ojos.

—No me va demasiado este rollo… Lo sigo porque es parte del espectáculo, pero… Preferiría estar contigo en cualquier otra parte.

—¿Adónde me llevarías? —Me emocioné, no voy a mentir, aquel chico mono y con aire perverso me anteponía a todo su séquito y eso me gustó.

—Déjame sorprenderte.

# 8

# UN DÍA DE MALENTENDIDOS

## SERENA

Georgetown
Washington D.C.

*Actualidad…*

Una conexión inexplicable, eso que surge entre dos personas desconocidas que trasciende lo tangible, las palabras, los gestos y el contexto. Algo que termina con el ruido y la distracción, aunque solo sea por un momento, en el que una simple mirada o un roce da paso a la emoción más desorbitada. Incomprensible. Como un murmullo que trata de ser inaudible, pero se amplifica, como perderse entre una multitud de desconocidos con un hilo atado a la muñeca cuyo extremo te devolverá a esa otra persona. Atrapada en una tormenta que no ves venir, de la que nadie te advirtió; sin promesas ni planes de futuro; solo una conexión instantánea de la que no logras alejarte. Y su olor se queda contigo, aun tratando de sacarlo, de olvidarlo…

*Wolf…*

—No sé cómo decirte esto… —comenta Eleanor, el lunes por la mañana en mi dormitorio, donde me coloco una blusa de seda blanca, suavemente fluida y mangas ligeramente acampanadas con un delicado detalle de encaje en el cuello y un lazo que cuelga del cuello; una falda lápiz gris con un corte perfecto y que abraza mis caderas hasta las rodillas; unos tacones clásicos de piel negra, con un diseño sencillo y elegante que me eleva sin perder la comodidad que necesito para moverme entre las clases y pasillos, con una punta afilada que le da un toque contemporáneo.

—Vas a decirlo de todas formas, así que habla sin más. Siempre lo haces. —Ella lleva una blusa de algodón de alta calidad en un tono azul profundo que resalta su piel, de diseño moderno, con un escote en forma de barco que acentúa sus hombros, y una serie de botones dorados que recorre una de las mangas. Lo acompaña una falda midi de estampado floral en tonos apagados con un leve vuelo que cae sobre las pantorrillas. La cintura es alta y ceñida, enfatizando su figura.

—¿Por qué llegaste anoche solo diez minutos después de mí? Te escuché caminar por el pasillo. —Me gustan sus botas de ante en color teja con un tacón de varios centímetros.

—Porque salí diez minutos después que tú de la gala benéfica. —Doy vueltas a la pluma que sostengo entre los dedos.

—¿Tengo que especificar la finalidad de mi pregunta?

—El Inglés es un arrogante de mucho cuidado —suspiro para mis adentros y escondo que mi piel se electrifica con tan solo decir su nombre y recordar sus grandes dedos rodeando mi

delgada muñeca.

—Puede permitirse ser un arrogante o lo que él quiera, Chica Glam. —Apunta con el dedo mis zapatos—. Esos Blahnik son mis preferidos.

—Me parece perfecto, pero a mí no me gustan los hombres así. No van conmigo. —Reniego de él, de su atractivo y de su prepotencia con todos menos con el taxista, al que trató como igual.

—Tú los prefieres con el pelo mal cortado y tatuajes. —Se pinta los labios de rojo.

—Maximilien… —musito sin darme cuenta. Ella gira el cuello y me escudriña, atenta a lo que voy a decir—. No me mires así. Lo añoro. —Que no me importe acostarme con Wolf, no tiene nada que ver con lo que siento por el roquero.

—Añoras su Maxpolla, Sery, no digas estupideces.

—También. —Reímos—. Pero no me refiero a eso. Aún lo quiero. No puedo olvidarlo así como así, aunque a ti te gustaría que lo hiciera.

—Fue muy *heavy*, Chica Glam. ¿Te recuerdo lo que pasó?

—No, gracias. No se me olvida.

—Lo que necesitas es abrir tu mente.

—Te refieres a mis piernas.

—A eso exactamente. —Volvemos a partirnos de la risa—. Acuéstate con otro y verás cómo se te quita la obsesión por Max. —Guarda su labial en el bolso Marc Jacobs—. ¿Cuándo vas a explicarme por qué no caíste en las redes del hombre más atractivo del planeta?

*Dante Wolf…*

—Dio por hecho que me tenía antes incluso de saludarme, además, quiso comprarme. Y yo no me vendo. —Salimos del apartamento y bajamos en el ascensor hasta la calle.

—Dicen que aquellos con una familia rica en política tienen más posibilidades de sobrevivir en la selva de acero que es D.C. —El sol nos da en la frente.

—¿Quieres decir con eso que no me vendo porque no lo necesito? —Me coloco las gafas de sol.

—Eres una chica lista. —Me guiña un ojo y también se esconde tras sus gafas. Subimos al coche que nos espera junto a la acera y saludamos a Martin, su chófer particular—. Estuve hablando con tu madre de la gala que ella prepara en verano. Me ha pedido que la ayude. Será un honor para mí —me cuenta—. No vi a tu padre en toda la noche.

—Estuvo muy ocupado. Los más adictos al trabajo utilizan las galas para reunirse en otras salas.

—Jugando a las cartas.

—Exacto. —Reímos.

En realidad, me extrañó no ver a mi padre socializando en la gala, sin embargo, no le doy importancia ni hago alusión a ello.

Cruzamos el campus universitario en dirección a la oficina del rector, con el que tengo cita.

—Nos vemos para almorzar. —Nos damos un beso en la mejilla—. Celebraremos la reunión que vas a mantener con Winslow.

Me apeo del vehículo, me despido de Martin, que me ha abierto la puerta, y camino una docena de metros hasta el edificio administrativo, que me saluda con un color marrón oscuro apagado, y subo hasta la primera planta.

—Buenos días. Soy Serena Carrington. El señor Winslow quiere verme —digo a la señora de moño y pelo blanco que hay tras una mesa de roble muy antigua y delante de estanterías de libros que cubren las paredes de arriba abajo.

*Ella lleva aquí tanto como el mobiliario.*

—Sí, señorita Carrington. Le atenderá enseguida.

Tomo aire antes de dar un ligero golpe en la puerta.

—Adelante —dice el rector.

La abro y entro con respeto y ansiedad en la oficina colmada de volúmenes antiguos y diplomas enmarcados por doquier.

—Señor rector —le saludo—. Quería hablar conmigo.

—Tome asiento, señorita Carrington. —Levanta la vista de un formulario que aparentemente revisaba. Me acomodo en la silla frente a su escritorio y me obligo a mantener una expresión neutral a pesar de mis ganas de saltar y gritar de alegría.

*Voy a trabajar con el senador Maxwell.*

—Recibí noticias acerca de su situación académica.

—Soy la media más alta, señor —informo con una sonrisa.

—Lo sé, pero lamentablemente no me refiero a eso. —Me percato ahora de su ceño fruncido —. Hay un problema con el último pago de su matrícula.

—Eh… —Trago con dificultad y se me seca la boca—. Eso es imposible, señor rector. Debe haber un error.

—Su cuenta tiene un saldo que no ha revisado —incide. Y un frío invernal recorre mi columna vertebral.

—No puede ser —respondo.

—No soy ningún inepto, señorita, ni los profesionales de administración.

—No quería decir eso… —QUIERO MORIRME, en mayúsculas.

—Pues entonces, hable con la propiedad que le pertenece.

—Mi familia siempre se ha asegurado de que no haya inconvenientes.

Él hace una pausa; busca una forma diplomática de manejar la situación.

—Entiendo que esto le cause preocupación, pero su padre ha sido informado de la situación. Hemos contactado con él en varias ocasiones, y ni él ni su secretaria han atendido nuestras llamadas.

—Es un hombre muy ocupado.

—Me dará la razón en que jamás había ocurrido esto.

El corazón me da un vuelco. La idea de que mi padre, el gran George Carrington, no responda a los pagos de los estudios de su única hija y a las llamadas de la administración de la universidad, me parece absurda.

—Puede verificarlo usted misma. Le aconsejo que lo solucione lo antes posible y se ponga al día de los pagos. Si no, me veré obligado a anular su matrícula.

El alma me explota y me pongo a temblar. ¿De qué habla?

Tomo mi teléfono con el pulso a mil y las manos temblando. Tras el cuarto tono, la llamada termina en el buzón de voz.

—Papá, necesito hablar contigo. Es urgente. Hay un problema con la matrícula de Georgetown. Por favor, devuélveme la llamada en cuanto escuches esto. —Cuelgo, incapaz de ocultar el miedo.

—¿Quiere intentarlo de nuevo? —cuestiona el rector, ante mi decepción—. Hay que resolver el problema a la mayor brevedad.

—No, yo… prefiero no seguir molestando —contesto con un hilo de voz.

Me levanto de la silla y pido a mis músculos que se muevan, deseando irme de allí. Se forma un nudo en mi garganta y estoy a punto de vomitar sobre la falda de la secretaria con la que me topo al salir.

*Dios mío, este "pequeño inconveniente" lo arruinará todo.*

—¿Se encuentra bien? —La señora mayor de pelo blanco se preocupa por mí.

—Yo… No… —tartamudeo.

Salgo de la oficina y del edificio en busca de aire fresco, pero mi mente está a punto de estallar. Llamo a mi madre en cuanto la brisa me da una bofetada.

—Mamá, ¿qué está ocurriendo? He mantenido una reunión con el rector Winslow y me ha dicho que…

—Serena, lo mejor será que vengas a casa enseguida.

—¿Papá está bien?

—Ven a casa. Durdle te recogerá en media hora. —Pi, pi, pi.

El mundo se hunde bajo mis pies.

# 9

# UNA CASA DESCONOCIDA

## SERENA

Donwtonw
Washington D.C.

*Actualidad…*

Al entrar en el salón de la mansión de los Carrington veo a mi madre sentada en uno de los costosos sillones de cuero, con rostro pálido y mirada perdida en un vacío que yo no encuentro. Un escalofrío recorre mi espalda, sin imaginar lo que se avecina.

George Carrington, mi padre todopoderoso, está de pie frente a ella, con las manos entrelazadas en su espalda y una gravedad en su expresión que no reconozco.

—Serena… —Pronuncia mi nombre en tono sobrecogedor.

—¿Qué sucede? Te llamé antes, pero no contestaste —informo, inquieta. La incomodidad empieza a surgir en mi pecho, como una piedra que se tambalea de un lado a otro.

—Siéntate, por favor —me pide.

—Estoy bien así. —No lo estoy en absoluto, pero deseo que escupa eso que seguro que pasa enseguida. Mi teléfono no para de sonar dentro de mi bolso. Eleanor se preguntará dónde estoy y si me he perdido en el campus.

—Es un asunto serio —manifiesta mi madre y el horror de sus ojos se refleja en mi interior—. Lo que vamos a decirte, lo cambiará todo.

—No tengo más remedio que hacerte partícipe de la mala noticia. He intentado mantenerte al margen el mayor tiempo posible. —Papá hace una pausa—. Carrington Industries ha enfrentado problemas que no hemos anticipado, y… —Comienzo a temblar—. Hemos caído en deudas insostenibles.

Me mareo, lo prometo. Todo comienza a dar vueltas en la habitación.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué deudas hablas? Siempre nos ha ido bien… ¿no?. —Sueno pequeña.

—Creímos que podríamos recuperarnos, pero ha sido un desastre —admite bajando la mirada hacia el suelo—. Debemos volver a evaluar nuestra situación, pero si hubiera una solución, no

estarías aquí. —Al gran George Carrington se le atraganta la saliva en la garganta y esto es lo que me pone en guardia, porque mi padre jamás se da por vencido.

*Imposible.*
*Esto no puede estar pasando.*
*Es un error.*
*Un maldito error.*
*Un mal sueño.*
*Una pesadilla.*

Me quedo petrificada bajo las obras de arte que adornan las paredes. Picasso, Monet, Pollock, en la mansión de los Carrington puedes deleitarte con cuadros de miles de dólares, un salón marcado por el éxito, que ahora se desvanece.

—Papá… —Estoy a punto de comenzar a llorar—. Dime que no es cierto —ruego con incredulidad—. ¿Y la universidad? ¿Y mi futuro? El rector me advirtió de que se solucionaba o anularían mi matrícula en Georgetown.

—No hay fondos, Serena. No queda nada. —Alza los brazos y señala nuestro entorno—. ¡Nada! Estamos en la ruina.

Mi corazón se detiene, deja de bombear.

—¿La ruina? —repito—. ¿Estás hablando en serio? Esto no puede estar pasando —musito y tomo asiento en una silla, junto a mi madre, que llora por lo que sucede.

—Honestamente, no hay mucho que podamos hacer. La bajada en la bolsa de Harris Strategic nos ha golpeado de una forma que jamás imaginamos —sigue, abatido.

No puedo creerlo. Los cimientos de mi vida se desmoronan. Nuestra fortuna, nuestro estatus, mis sueños, todo se desvanece al ritmo del creciente pánico dentro de mí.

—Es un error seguir ocultándotelo. La realidad es que la situación ha superado nuestras capacidades.

—Mamá… —protesto, como si ella tuviera poder para arreglarlo o despertarme de la pesadilla, como hacía cuando yo era pequeña y lloraba por la noche en mi cama.

—Es difícil de entender, Sery, pero Carrington ha tocado fondo —explica mi madre entre lágrimas.

—¿Y ahora qué? ¿Se supone que debo renunciar a mis estudios? ¿Por lo que he estado trabajando? —Me levanto—. Esto es una locura. Soy una Carrington.

—Entiendo tu rabia. Pero hay más en juego aquí. Debemos pensar en la familia y en salir adelante. Puede que haya opciones, planes para tratar de reconstruirnos —sugirió la señora de la casa.

—¿Cómo vamos a reconstruirnos? ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Mudarme a Nueva York y venderme por fotos en Times Square con los turistas? —grito.

La expresión de mi madre se endurece y mi padre me lanza una mirada de advertencia.

—Serena, haz uso de la educación que te hemos dado. Solo hemos querido protegerte.

—Protegerme, papá. ¿Y de qué? ¿Qué voy a hacer? ¿Tendré que pedirle a alguien que me ayude para continuar?

—Serena, por favor… —George trata de calmarme.

—No, no quiero oír más excusas. Esto es inaceptable. Siempre fui la hija perfecta de la familia Carrington, me he portado bien, he ido a vuestras fiestas, he sonreído, he sido amable… —Pierdo los nervios—. Esto no era parte del trato —bramo, completamente a la deriva.

Salgo corriendo del salón dejando a mis padres con la palabra en la boca. Con cada paso que doy, mi pasado se desmorona, la casa cae a pedazos contra mi cabeza. La realidad de mi vida cambia de repente y piso un suelo que jamás había pensado en recorrer antes.

—Serena, espera… —Mi padre me llama a mi espalda, pero ya no quiero escuchar más. Si alguna vez creí en la seguridad de ser una Carrington, hoy entiendo que la riqueza a veces es solo un velo que encubre la fragilidad de la vida.

Solo tardo unas horas en sentirme una desagradecida.

# 10

# UN ALMUERZO REVELADOR

## WOLF

Northwest
Washington D.C.

*Actualidad…*

La luz cálida de La Belle Époque alumbra nuestra mesa, la del mejor restaurante de la ciudad, uno de cinco tenedores muy caro y de alta calidad en el que suelo almorzar, muy cerca de mi edificio en Northwest, al que yo llamo La Torre de Vigía, porque desde él lo controlo todo.

*Todo menos a Serena.*

*Maldita chica rubia.*

Dominic se sirve otra copa de vino, habla de negocios, de cifras y de futuras inversiones, sin embargo, mi mente divaga recordando una imagen que no logro sacar de mi cabeza: la sonrisa de Serena.

—Wolf, ¿estás aquí?

—¿No me ves?

—¿Ahora no te interesa participar en una buena inversión? El riesgo es mínimo.

—Amo el riesgo —aseguro pensando en la señorita Carrington y en la manera de moverse y de desafiarme.

—Por eso arriesgaste tanto con Serena Carrington —ironiza.

—Tu sarcasmo es innecesario.

—Está bien, seré más directo. Te fuiste solo a casa. —Trincha con el tenedor unas hojas de lechuga con queso gruyer.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Mis informadores acechan en todas las esquinas. —Achina los ojos—. Serena te dio calabazas.

Siento una punzada en el pecho. Pensarla es una cosa, hablar de ella otra muy diferente.

—La vida es más sencilla sin complicaciones —advierto.

—No quieres saber nada de ella. —Vuelca los ojos—. Espera, no. Ella no quiso saber nada de ti. Imagino lo que le ha dolido al ego de El Inglés que una mujer lo rechace. —Achino los ojos y

clavo las pupilas en él—. Esa mujer te gusta mucho. No te juzgo ni te critico. Cualquier hombre se interesaría por ella. —Ni me inmuto, aunque un halo de mala hostia me cruza entero—. Conozco cómo actúas en una partida de póquer. Llevas una mala mano, aunque apostarías hasta tu vida y ganarías, porque se te da bien mentir y… nunca juegas contra mí. —Come, mastica y traga.

Me niego a ceder ni a reconocerlo, porque ni yo mismo me explico cómo un rato con Serena me ha impactado tanto, más que cualquier otro encuentro con una mujer. Pero sé que no lo convenzo con mi silencio, ni a él ni a mí mismo. La verdad es que la señorita Carrington me ha convertido en un fuego que arde sin control, y la negación no va a apagarlo ni a menguarlo.

*Eres el rey del control, Wolf,* me recuerdo.

La charla cambia a otros temas, los proyectos, Global Industries y las oportunidades empresariales más atractivas, pero mi mente sigue atrapada en un laberinto de cabello rubio y sedoso. Mientras Dominic habla, mi mirada se pierde, imaginando cómo sería volver a verla, tenerla cerca, empujar entre sus piernas…

*Sé honesto contigo mismo.*

Y allí estoy yo, repartiendo cartas, jugando a la mentira con una sonrisa, escondiendo el deseo de conocer cada rincón de su vida, cada pliegue de su piel y sus más ocultas aspiraciones.

Mi teléfono suena dentro de la chaqueta y me giro en la silla para cogerlo.

—Disculpa un momento.

—Oh, claro, señorita. —Dom cada día es más inaguantable.

Cuando veo el prefijo desde el que llaman, me levanto y voy hasta el pasillo que da a los baños para hablar con más privacidad.

—Hola, doctor Pemberton —lo saludo desde el otro lado del atlántico.

—Hola, Dante. Ignoro si estás ocupado, pero tenemos que hablar.

—¿Malas noticias?

—Me temo que sí.

# 11

# ESCONDIDOS

## SERENA

Broadway
Nueva York

*Dos años y cuatro meses antes…*

—Por aquí, señor Voss —dijo un miembro de la seguridad, al que seguimos escondiéndonos de los fans que ansiaban autógrafos y pasar un rato con el chico que me parecía a primera vista muy introvertido.

Atravesamos un pasillo con luces rojas y una puerta se cerró detrás de nosotros. No sabía dónde iba ni con quién, en realidad, ignoraba todo de Max, pero algo ajeno a mí me empujó a seguirlo.

—No hay fotógrafos —anunció el mismo hombre de camiseta y chaqueta oscura tras comprobar la calle y un coche se detuvo delante de nosotros, en un callejón cubierto de humo que salía de las alcantarillas.

—Gracias, Walker. —Le chocó la mano de una manera muy familiar y me pidió que subiera al vehículo con los cristales tintados.

Vi cómo el chófer se bajaba del mismo, le daba las llaves al roquero y este se posicionó tras el volante, a mi lado.

—Vámonos ya, antes de que noten mi ausencia —comentó. Después aceleró y salimos a la avenida principal con las ruedas derrapando en la curva.

—Ese hombre… Con el que has discutido…

—Lewis, mi manager. Trata de mantenerme en una jaula, y odio que me digan lo que tengo que hacer. No le parece bien que salga por la ciudad sin seguridad. —Me quedé en silencio—. No te preocupes, no va a pasar nada, no soy tan conocido —atestiguó.

Sonrió y… la sirena escapó con el tiburón.

—¿Tienes licencia para conducir? —cuestioné, enviándole un mensaje a mis amigos para informarles de mi marcha.

Yo: Me he ido con Max.
No sé adónde vamos.
Os envío ubicación actual.
Si no aparezco, ya sabéis quién es mi asesino.

Ellie: ¿Con Max?
Te odio mucho.

Pásalo bien.
Mañana nos cuentas.

Sirius: ¿Estás loca?
¿De qué lo conoces?
Avísanos si nos necesitas.

Yo: Ok.

—¿A quién escribes? No estarás dando nuestra ubicación.

—Precisamente eso. A mis amigos. Por si aparezco en algún contenedor. No te hago una foto porque saben perfectamente quién eres y conocen tu cara —solté con naturalidad e, increíblemente, no estaba nerviosa, al menos, no lo suficiente como para saltar por la ventana.

—Tu cara jamás se olvidaría. ¿Y tienes nombre?

—Cleopatra —inventé sin razón.

—Dime que eso no es cierto. —Ladeó la cabeza y me miró, apartando sus ojos de la carretera.

—¿No te gusta? —Me hice la ofendida.

—Podría llamarme Marco Antonio. —La conversación parecía seria cuando no tenía ni pies ni cabeza.

—Mmm… —Puse el dedo índice de mi mano derecha en mi mentón y achiné los ojos—. Serías mi segundo marido, después de Julio César.

—No me importa ser el segundo, siempre que sea el último. —Alzó ambas cejas.

—Oh, qué romántico. —Extendí mi mano—. Serena. —Max alargó el brazo y la estrechó.

—Serena —repitió, con voz sensual, y me derretí en el asiento de cuero mientras me apretaba con firmeza y su piel caliente me cargaba de una electricidad que jamás antes había sentido.

*Eleanor, Sirius, buscadme en el alcantarillado de Nueva York.*

—Un nombre muy bonito. ¿Te lo pusieron por alguna razón especial?

—Por una actriz. Mi madre era muy fan.

—Eso tampoco es cierto.

—Mi abuela se llamaba así. Una tradición familiar.

—Podemos ponérselo a nuestra hija.

Solté una risotada porque me hizo mucha gracia su forma de ligar. Se lo tenía muy creído, supuse que jamás lo habían rechazado, aunque tenía mucho que aprender a sus dieciocho años. Yo le llevaba tres. Los dos éramos unos niños, pero a él le quedaba crecer.

—¿Ya das por hecho que saldremos juntos? Vaya… Y hasta que tendremos descendencia.

—Esto es una cita, ¿no?

—Una cita no asegura nada. ¿Has tenido muchas?

—Soy de relaciones largas.

—No creo que te haya dado tiempo a tener muchas. —Encogió los hombros—. Un chico como tú… Con tantas chicas haciendo cola para conocerlo…

Me miró y sonrió. Oh, su sonrisa. La sonrisa de Maximilien podría enmarcarse y exponerse en cualquier museo.

—¿Y tú tienes novio?

—No estaría aquí si así fuera. Soy una fiel amiga y una novia fiel. No me gustan las mentiras. —Estaba harta de ellas. En un mundo de mentira se cuentan muchas de ellas.

—En cinco minutos has dicho dos de ellas.

—Eso son bromas —apunté—. ¿Y tú? ¿Qué hay de ti? ¿Por qué estabas deseando escapar de ahí?

—Ya te he dicho que no me gusta que me agobien.

Me di cuenta de su respuesta vaga y de que detrás había una historia que no estaba dispuesto a contar, al menos, todavía.

—Mi vida también es estresante. Gustar a todos en todo momento es una tarea complicada —anoté.

—La música me ayuda a… Olvidarme del mundo que me rodea. ¿Y a ti?

—La facultad es mi escondite preferido.

—Vienes de una familia importante, ¿me equivoco? —La forma en que lo expuso no sonó a juicio, sino a pura curiosidad.

—¿Tanto se nota?

—A leguas. —Reímos.

Aparcó en una calle poco transitada en Broadway y nos apeamos del vehículo negro muy brillante y de alta gama.

—¿Estás preparada? —Me ofreció la mano, asentí y la cogí.

Entramos en un local oscuro. No me dio miedo, porque algo me decía que con él estaba segura, no obstante, un cosquilleo inquietante me subió desde el estómago hasta la garganta.

# 12

# UNA BUENA AMIGA

## SERENA

Georgetown
Washington D.C.

*Actualidad…*

Doy tumbos por las calles de Washington D.C. como un zombi con sed de sangre, pero la mía es de respuestas.

—*Estamos en la ruina.*

Las palabras de mi padre reverberan en mi mente como una bomba nuclear que ha explotado y expande las motas verdes con la onda expansiva, matando lentamente todo ser vivo a su paso.

—No puede ser —musito, de pie en medio de la calzada, ajena al tráfico y al claxon de los coches que suena a diestro y siniestro.

—¿Está loca? —grita un conductor con la cabeza por fuera de la ventanilla—. ¡Apártese de ahí!

Camino dormida, pero despierta, observando sin mirar en realidad, convertida en un fantasma sin rumbo ni familia a la que asustar. Solo hay oscuridad y un vacío bajo mis pies.

La caída económica de los Carrington es un golpe devastador y me pregunto si podría haberse evitado y qué ha pasado. ¿Papá no ha visto las señales antes de que todo se desmoronara?

Me alejo del bullicio de un barrio que huele a dinero en busca de calma, pero el laberinto de calles se burla de mí. Me siento pequeña y perdida rodeada de edificios que hasta hace unas horas eran extensiones de mis sueños.

Me detengo en la puerta de mi apartamento, cierro los ojos y respiro profundamente antes de abrir. Introduzco la llave, giro el pomo y empujo la madera. Huele a un hogar que ahora se deforma.

—Sery, por Dios, voy a matarte. ¿Dónde has estado? —Eleanor se levanta de una silla, en la que trasteaba con su teléfono móvil, y viene hasta mí—. Llevo llamándote todo el día —indica, con evidente rostro de preocupación—. ¿Estás bien?

—Necesitaba salir, que me diera el aire —respondo, tratando de minimizar mi ausencia. ¿Debo decirle lo que ocurre? ¿Por qué aún no ha salido en todos los medios de comunicación?

—Desapareciste tras la reunión con Winslow.

—Yo… Necesitaba despejarme un poco.

—Eso ya lo has dicho. —Pone los brazos en jarra y se fija en mis manos—. No llevas la

pluma —apunta.

—La he perdido… —Recuerdo que la dejé en la mesa del despacho del rector.

—¿Quién se ha muerto? —satiriza.

Lo pienso durante unos instantes.

—Yo… —Miro al infinito.

—Chica Glam, pon los pies en la tierra. ¿Has bebido? ¿Te has ido de cócteles a celebrar el contrato con Maxwell sin mí? Sirius tampoco sabe nada de ti. También te ha estado llamando.

—La compañía Carrington ha quebrado —suelto.

—¿Qué? —Arruga la nariz.

—No tenemos nada, Ellie. No tengo nada. Estoy obligada a dejar la universidad. —Rompo a llorar ante su rostro atónito y de horror. Mi amiga me abraza y trata de calmarme, pero… ¿cómo va a conseguirlo? Caigo en el agujero negro que se abrió en el suelo.

Le cuento lo que ocurrió esta mañana en la facultad y cuál ha sido la razón de la reunión con el rector. Ella tampoco encuentra explicación e intenta buscar soluciones.

—Hablaré con mi padre. Seguro que puede ayudaros.

—No, por favor. Conozco a los Carrington —comento ya sentadas en el sofá y con dos cafés en las manos—. Mi familia querrá mantenerlo en secreto el mayor tiempo posible.

—Se sabrá, Sery. Una de las mayores fortunas de Norteamérica se hunde y la prensa se frotará las manos con la noticia.

Escucharlo de la boca de otra persona lo hace más tangible y el choque contra el fondo del agujero negro me rompe todos los huesos.

Me aferro a la taza y una inmensa tristeza se asoma a la superficie.

—Esto es demasiado. No sé cómo manejarlo —confieso con las lágrimas de nuevo humedeciendo mis mejillas.

Eleanor posa una de sus palmas en mi rodilla y la acaricia con el tipo de consuelo que necesito, el calor de una amiga que me dice en silencio que seguirá ahí.

—No sé qué hacer para ayudar. —Las palabras surgen a borbotones, desnudando mi ansiedad —. Me he portado como una energúmena.

—No es culpa tuya lo que sea que haya pasado, Serena. Tú no manejas ese imperio.

—Ahora ni voy a heredarlo —susurro, aunque esto es lo de menos para mí. Mi intención hasta el día de hoy era hacerme a mí misma y lograr mis objetivos, vivir de mi trabajo.

*Pero para eso necesitabas el dinero de los Carrington*, me recuerda un vocecilla.

Me duermo danto vueltas a una idea. Dormir es un eufemismo de mirar el techo y rodar en la cama, acolchar almohadones y cojines y caminar descalza por un piso que ya no puedo permitirme.

*Tú puedes arreglar esto, Serena.* Esa voz pequeña pero con grandes intenciones, de nuevo, llama mi atención.

# 13

# NADA IMPORTA AHORA

## SERENA

Connecticut Avenue
Washington D.C.

*Actualidad…*

—Estoy llegando —informo a Eleanor a través del teléfono. Desde anoche trata de tranquilizarme y de que no me arranque el cabello uno a uno, literal, no encontraba otra pluma y me dio por tirar de mi pelo. Tuvo que darme una de sus plumas para que no me quedara calva.

—Confío en que todo se solucione. Tu padre ha sobrevivido en esta jungla durante años.

Subí a un taxi que transita ahora por Connecticut Avenue, una de las principales arterias de la ciudad y que se extiende de norte a sur, desde el área de Chevy Chase, en Maryland, hasta Georgetown y pasando por el centro, hacia donde nos dirigimos, lugar en el que mi padre tiene una de sus oficinas, desde la que dirige el imperio, o ahora deambula entre sus ruinas.

—Nunca había llegado a esto.

—Que tú sepas, Sery. Cabe la posibilidad de que superara algo parecido años atrás y no te lo dijo porque eras demasiado joven para entenderlo.

—¿Tú crees?

—Sería lógico y factible. Mi familia tuvo que superar la crisis del petróleo de mil novecientos setenta y tres.

—Tengo que dejarte, Ellie. Gracias por estar ahí.

—Lo seguiré estando. Un beso. Infórmame después.

Pago al taxista con la tarjeta y ni se me pasa por la cabeza la posibilidad de que no tenga fondos hasta que el hombre, muy amable, me informa de que debe haber un error en la lectura.

—Lo siento, señorita. Puede pagar en efectivo o probar con otra —indica desde el asiento delantero.

—Sí, claro. —Encuentro cincuenta dólares en uno de los bolsillos y se lo cedo—. Quédese con el cambio.

*Sery, ahora tres dólares deberían ser importantes para ti*, la vocecilla que ha aparecido con la desgracia, de tono punzante, se preocupa por mi actividad financiera.

Subo en el ascensor hasta la planta dieciocho y voy directamente al pasillo que lleva al despacho del director ejecutivo, mi padre. Su secretaria está de pie, con el teléfono en la oreja y mirando a través de una de las grandes ventanas. Se despide de quién sea que esté al otro lado de

la línea cuando me ve.

—Hola, señorita Carrington. ¿En qué puedo ayudarla? —Me percato de una verruga en su cuello que jamás había visto antes, a pesar de que debe llevar aquí más de quince años trabajando.

—Me gustaría hablar con mi padre —le pido, toqueteando la pluma.

—Está en la sala de reuniones. Pero puede esperarlo si quiere. Se alegrará de verla. —Sonríe y reafirma la idea con la que he venido: nadie sabe lo que está ocurriendo fuera de la cúpula Carrington.

*O eso, o hace muy bien su trabajo.*

Tomo asiento y me aburro como una ostra, además de ponerme muy nerviosa porque tarda una eternidad. Una parte de mí se siente como una adolescente que espera que su papá termine de hacer cosas de adultos, sin embargo, ya soy una mujer, capaz de gestionar los problemas y ayudar a su familia.

Saltan notificaciones en mi teléfono móvil. En otra ocasión, sería una distracción; esta vez solo me afirman lo que ya sé: el mundo sigue girando mientras el mío se hunde y me muero de ansiedad aquí sentada.

*Qué rabia. No puedo seguir como si estuviera en la sala de espera del dentista.*

Es hora de actuar y tomar la iniciativa, al fin y al cabo, soy la heredera de todo este edificio y deseo salvarlo. Me levanto y resuelvo ir a buscarlo. Camino hacia la sala de juntas y trato de no ponerme en lo peor, pero al acercarme oigo voces y presiento máxima tensión.

*Ya te lo dijo tu padre. En la ruina.*

Cuando voy a llamar a la puerta, esta se abre y de ellas salen tres personas, los conozco, los abogados y asesores de los Carrington, dos hombres y una mujer de confianza. Nos saludamos con premuera pero corteses, sin gestos de alivio y sonrisas forzadas y apretadas que no indican nada bueno.

*No entres, Sery,* me dice la voz interior, bipolar, por lo visto.

—Por supuesto que sí —musito, no solo por la empresa, sino por mi padre, abatido dentro.

Está solo, con las manos entrelazadas sobre la mesa y una expresión más preocupante que la que vi en mi casa.

—Papá —lo llamo incapaz de ocultar mi desasosiego.

—Serena ¿qué haces aquí? —Me mira.

—Llevo un rato esperando fuera y… no puedo ir a la universidad. Georgetown va a anular mi matrícula —le recuerdo, a punto de llorar, y la rigidez de su rostro se acentúa—. Algo se podrá hacer, papá —suplico, para que así sea.

—Lo solucionaré, Sery, no te preocupes. Y hablaré con el rector —miente y lo sabe, pero no puedo culparlo.

Me acerco a él y me acomodo en la esquina de la mesa.

—Papá, deja que forme parte de tu equipo. Ya no soy una niña, aunque me comporté como tal en casa y os pido disculpas.

—Es comprensible.

—Pues deja que te ayude.

—No puedes. —Su frente se frunce y suspira perdiendo la rigidez que lo caracteriza.

—Por favor, soy una Carrington, me habéis educado para que en un futuro me haga cargo del imperio familiar. Este es el momento.

—Señor Carrington, el señor Spencer lo está esperando. —Su secretaria nos interrumpe.

—Dile que pase —indica él.

—Papá… —ruego.

—Vete, Sery. Yo me ocuparé de esto.

Me quedo en silencio y me trago el orgullo. Bruce entra en la habitación y me saluda. Yo solo recojo mi bolso, que he dejado sobre la mesa de madera con quince sillas alrededor, y me marcho. Al cerrar la puerta, me quedo allí parada, como si ese fuera mi lugar y los escucho hablar. Al principio, no le doy importancia, pero cuando escucho su nombre, pego la oreja a la madera.

—Solo hay una persona con la capacidad de salvarle. Tiene que negociar con Dante Wolf.

*Dante Wolf.*

# 14

# MISIÓN:
# ENCONTRAR A WOLF

## SERENA

Northwest
Washington D.C.

*Actualidad…*

Observo de pie sobre el acerado la sede del imperio Wolf, un edificio que algunas revistas de arquitectura definieron como una obra de la ingeniería contemporánea combinada con la elegancia clásica. Esto lo he buscado en Google de camino aquí, en otro taxi que he pagado con una tarjeta que sí tiene fondos, por suerte. He escuchado hablar de la edificación, pero jamás la había visto tan de cerca. La estructura brilla con un vidrio oscuro que refleja la ciudad y los matices del cielo, hoy parcialmente despejado.

—Tú puedes, Sery —me animo, buscando las razones exactas por las que estoy aquí. ¿De verdad creo que este hombre va a hacer caso a mis súplicas?

Mi teléfono suena y suena dentro de mi bolso. Lo cojo para cerciorarme de quién se trata y, como no podía ser de otra manera, Eleanor se preocupa por mí y mi futuro y con lo que haya ocurrido con mi padre.

*Nada bueno.*

Lleno los pulmones de aire y guardo el iPhone dentro. A mi querida amiga no va a gustarle lo que me propongo hacer, o sí, no sé, pero no voy a jugármela contándoselo y que intente quitarme la idea de la cabeza.

*Es mi deber.*

Cruzo la entrada principal, un vestíbulo con una marquesina de acero brillante que sobresale como un anuncio del poder y la sofisticación que residen dentro.

*Como él*, pienso. Un hombre que cree que puede tenerlo todo con solo levantar un dedo, como a mí, como a cualquier mujer, supongo. Un líder respetado por todos, pero también temido. Aunque a mí no me da miedo en absoluto.

*Eso, recuerda que no te da miedo.*

Tras cruzar unas puertas automáticas, llego al vestíbulo, sofisticado y moderno, con mármol pulido en el suelo que brilla bajo la luz suave de los elegantes candelabros que cuelgan del techo alto, muy alto, con las paredes adornadas con obras de arte que reflejan el éxito y la ambición de la empresa.

Se escucha el sonido de los tacones y zapatillas de piel que resuenan en el piso. A la derecha

hay un área de descanso con cómodos sofás de diseño en color gris, donde algunos ejecutivos conversan. La recepción está justo enfrente, dominada por un amplio mostrador negro, detrás del cual una recepcionista atenta ya me ha visto y me sonríe.

Sé cómo va esto. Así que levanto el mentón, como si supiera lo que estoy haciendo y adónde voy, y camino hacia el ascensor, concentrada en la reunión que yo sí espero, pero que a Wolf le sorprenderá.

Qué mala suerte tengo a veces. Otras no. Me gusta pensar que nací con estrella porque he tenido todo lo que he deseado, sin embargo, hoy las estrellas se olvidan de mí y justo cuando voy a presionar el botón, un hombre se interpone en mi camino. Lo miro por el rabillo del ojo. Un guardia de seguridad, robusto y con expresión seria.

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarle en algo? —le pregunto yo, ojo, con una sonrisa en los labios y aleteando pestañas (esto siempre funciona con los hombres).

—Eso iba a preguntarle, señorita —expresa con voz autoritaria—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarla?

—Vengo a ver al señor Wolf. Tengo una cita programada —indico con claridad y decisión.

Él me evalúa, evalúa mi mentira y… no se lo cree en absoluto. Hace bien su trabajo, para esto le pagan, para echar de aquí a los que vienen a traer problemas, aunque mi visita tenga más que ver con pedir ayuda o… Una propuesta de negocio que nos beneficiará a los dos.

—No estoy informado de ello. Y yo lo sé todo de este edificio. ¿Le importa acompañarme y lo verificamos?

—Oh, claro, por supuesto. —Lo sigo hasta una sala detrás de la recepción, donde me deja sola unos minutos, los mismos que aprovecho para escabullirme, correr de puntillas hasta el ascensor aprovechando que el ogro que quiere echarme a patadas ha desaparecido y colarme dentro con la frente perlada en sudor.

—Perdón. —Me choco con un grupo de personas que salen de él y respiro cuando comienza a subir conmigo y tres mujeres en dirección ascendente. Ellas hablan sobre informes hasta que la más rubia, porque todas lo son, me mira por encima del hombro y baja el volumen, pero yo tengo oído de halcón. ¿O el halcón solo tenía un “buen ojo”?

—El Inglés está hoy más insoportable de lo habitual. Casi despide a su asesor financiero esta mañana en una reunión.

—Yo podría relajarlo… —comenta otra, y ríen por lo bajini.

*¿En serio? Hoy Wolf tiene un mal día. Va a costarme mucha astucia convencerlo.*

Por fin, bajo en la planta cuarenta y dos y entro en una sala moderna con, cómo no, más vidrio que paredes. Me echo a un lado para que pase un señor con un carrito cargado de cajas y le pregunto por el despacho del señor Wolf.

—Es la planta cuarenta y cuatro. Dos más arriba.

—Gracias —suspiro y me giro para volver a subir en la lanzadera, no obstante, escucho voces al abrirse la puerta y me escondo tras una columna.

Era de esperar que el miembro de la seguridad se percatara de mi ausencia y llamara al séquito completo para que me busque por todos lados. Para ellos soy una loca que se ha colado en la propiedad de Dante “El Inglés” Wolf y que la desquiciada, con total probabilidad, quiere casarse con él, secuestrarlo y atarlo a su cama o inmolarse gritando que lo ama.

—En la sala de vídeo la han visto bajar aquí —informa el que me tiene ganas.

Me muevo con sigilo cuando desaparecen por un pasillo y busco la escalera de emergencia. Subo los dos pisos a pie y logro llegar a la planta desde la que Wolf dirige su imperio. Y se nota, porque esta tiene más personalidad, como él, con una mesa de té muy inglesa. Todo aquí grita “negocios” y “éxito”, mientras que yo trato de soportar la ansiedad y rezo para que el Equipo A no me encuentre antes de cumplir con mi cometido.

—¿Hoy es usted, señorita Carrington, la que busca la salida de emergencia?

# 15

# UNA CITA INOLVIDABLE

## SERENA

Broadway
Nueva York

*Dos años y cuatro meses antes…*

Mi cita con Marco Antonio, suponiendo que yo fuera Cleopatra VII, última reina de Egipto en la dinastía ptolomaica, comenzó con mal pie, y esto no es una frase hecha, sino que tropecé sobre la tarima desde la que se veía todo el local y él tuvo que agarrarme por la cintura para no caer desde varios metros, hacer la croqueta por los escalones y entonces sí salir en la prensa con el cuerpo desmembrado.

—Si no estás segura de esto, puedo llevarte a casa —dijo y me pareció adorable.

—No, no. No es eso. Hay un agujero en el suelo y he metido la pata, digo el pie… el tacón de mis *stilletos*…

*Voy a quedar de idiota.*

Entonces sí, observamos el lugar y me fascinó. La música, la gente, la buena vibra que allí se respiraba.

—Es una locura ¿no crees? —aventuró Max sobre las escaleras que bajaban a la pista de baile repleta de personas disfrazadas.

—Faltan dos fines de semana para Halloween.

—Esto es Manhattan. Todo se celebra a lo grande y durante mucho tiempo. —Alguien nos dio dos máscaras y nos las colocamos. Eran de filigrana negra y dorada que cubrían la parte superior del rostro, dejando al descubierto la boca.

—Ahora sí que podríamos estar en el mismo Egipto —anoté.

—Así pasaré desapercibido.

—¿Te molesta que te reconozcan? —pregunté por el énfasis que ponía en aquello.

No le vi la expresión porque la había cubierto, pero algo me dijo que los ojos le dejaron de brillar, al menos, un poco.

—Hay una razón de peso para que odie la fama.

—¿Y por qué te dedicas a cantar?

—No tuve otra opción. La música me eligió a mí. —Tiró de mi mano con suavidad y dejó las máscaras a un par de centímetros la una de la otra—. Vivamos juntos la noche de Nueva York.

Bajamos las escaleras y… Max no solo cantaba de diez, bailar se le daba de lujo. Fue una noche increíble, mágica e irrepetible, o con esa sensación llegué al hotel. Las horas pasaron volando, como nosotros, en el cielo estrellado de Nueva York.

Y las estrellas fueron desapareciendo. Una a una, puñados, decenas, miles, trillones… Amanecía fuera del coche, pero dentro, allí, en un espacio diminuto, nosotros reíamos y rogábamos para que ese día no terminara nunca. El *skiline* se pintaba de tonos rosados que se reflejaban en los edificios. La iluminación artificial de la ciudad también se apagaba, sin embargo, Max y yo formábamos un corazón que cada vez latía con más fuerza.

—No quiero irme —manifestó él resbalando en su asiento.

—No voy a invitarte a subir a mi habitación —comenté, y no porque me faltaran ganas, sino porque en la suite dormían Eleanor y Sirius y… vale, lo reconozco, pensé que hacerme la estrecha lo dejaría con ganas de verme otra vez, aunque no dudaba que así fuera.

—Ah ¿no? —Alzó una ceja y apoyó la mejilla en el reposacabezas— ¿Te vienes a la mía? —Me hizo sonreír. Me cogió las manos y las apretó con cariño—. No te he invitado a salir para acostarme contigo.  Me pareciste muy interesante.

—¿Y ya no?

—Ahora más, mucho más…

El frío de la noche empezaba a disiparse con los primeros rayos de sol y toda esa energía se concentró entre nosotros. Nos mirábamos y nuestras piernas se rozaron. El tiempo se detuvo, es típico, pero así fue. Él dio el primer paso y movió el rostro unos centímetros hacia mí. El flequillo le cayó por la frente y me fijé en un lunar que tenía junto a la nariz, muy pequeñito, en forma de corazón.

Se acercó un poco más y cerré los ojos, dejándome llevar por algo que me empujaba hacia él,

hacia esos labios carnosos que ansiaba besar. Fue un beso irreal, de película romántica, una en la que la chica se enamora del cantante de rock y termina con el corazón hecho trizas; pero quise ver el film y saber cómo terminaba. Le di al *play*, me acomodé en mi asiento en primera fila y me dejé llevar por los créditos que ya anunciaban la montaña rusa a la que subía, y que la caja de palomitas saltaría por los aires.

—Cleopatra… —musitó y mis labios sonrieron sobre los suyos.

Un beso tierno que se hizo más profundo después de aquello, de que rodeara mi cuello con sus dedos como si fuera un salvavidas y estuviera agarrándose a él. De alguna manera nos entregamos el uno al otro y supe que mi vida sería diferente a partir de esa noche, después de él, de un chico que quería comerse el mundo cuando el mundo ya se lo había comido a él.

# 16

# DE TRIPAS CORAZÓN

## SERENA

Northwest
Washington D.C.

*Actualidad…*

—¿Hoy es usted, señorita Carrington, la que busca la salida de emergencia? —pregunta Wolf (esto que voy a decir a continuación suena mucho a novela romántica), destilando una presencia magnética que atrae a cualquiera, como una extensión del poder que exuda este edificio sumándole un control absoluto de él y un toque de irascibilidad que casi no deja ver.

—Eh… Hola, señor Wolf. —Me recoloco el pantalón de pinza blanco y la blusa de seda azul eléctrico que se han movido con la fuga exprés a la que me he sometido y me yergo—. Me gustaría hablar con usted.

Me observa de arriba abajo durante unos largos segundos. ¿En qué pensará? Un hombre así tiene mil cosas en la cabeza, aunque yo me imagino el mono de Homer Simpson tocando la pandereta y sonrío.

—¿Le hago gracia? —Su tono es inmutable.

—No, no. Lo lamento. Estaba pensando en otra cosa.

—Ahí está. —Miro hacia un lado y el seguridad y un miembro de su escolta caminan hasta mí con decisión, como si fuera una delincuente a la que van a arrestar—. Señor Wolf, no se preocupe, estará en la calle en dos minutos. Nosotros nos encargamos.

Dante me mira con los ojos levemente achinados.

—¿Qué ha hecho? —me cuestiona a mí.

—Nada. Estos señores la han tomado conmigo. —Llegan a mí y me piden que les acompañe sin hacer ruido ni montar un numerito, o me da la impresión, porque casi no les escucho, totalmente impactada porque El Inglés se porta como tal y no hace nada para evitar que me pongan de patitas en la calle—. Señor Wolf —le pido que detenga ese despropósito.

Este les deja hacer su trabajo y me veo obligada a seguirles hasta el ascensor con el rabillo del ojo puesto en ese CEO malnacido que sigue con los pies clavados en el suelo y permite que se me eche a patadas.

—Coja una cita, señorita Carrington —informa desde esos metros que nos separan, justo antes de que las puertas del ascensor se cierren.

*Es usted un maleducado.*

No me doy por vencida. Desde pequeña me enseñaron a luchar por lo que deseo. Sí, me pusieron las herramientas a mi alcance, pero hay que aprender a utilizarlas y yo en eso siempre saqué matrícula de honor, además, soy muy testaruda, paciente y con las ideas claras, así que en vez de llamar a mi papi, el aún señor todopoderoso George Carrington y que obligue a otro señor igual de poderoso que él a que me dé media hora de su tiempo, respiro, cuento hasta diez y voy al café de la esquina a pedir un descafeinado (mi nivel de nerviosismo y cabreo no me permite uno normal). Me lo tomo observando la puerta de WOLF INNOVATIONS, sin perder detalle de las personas que entran y las que salen. Se hace de noche y desespero, no obstante, recuerdo lo que mi padre me dijo una vez: "En los negocios como en la vida, la paciencia es la clave para el éxito; las grandes cosechas requieren su tiempo y cuidado, así que siembra hoy con constancia y verás florecer tus esfuerzos mañana".

Persevero en mi objetivo y tomo asiento en una banqueta durante horas y horas. El camarero me trae el almuerzo y a media tarde una galleta y otro café.

—Invita la casa. ¿Un mal día? —La voz de un chico se interesa por mí.

—Muy malo. Mucho peor. —Sigo con las pupilas puestas en la puerta del vestíbulo.

—¿Va a ocurrir algo ahí fuera? —Agacha la cabeza y la pone cerca de la mía, evaluando la calle—. Trabajo aquí desde hace dos años y te aseguro que está todo normal.

—No, no es eso —contesto. Él se incorpora y vuelve a su lugar.

—Eres… fotógrafa del corazón. No… No te pega. ¿Detective privado? ¡Una espía! —Sus cábalas me hacen sonreír.

—Nada de eso. —Ahora sí lo miro y me percato de lo guapo que es. Rubio y de ojos oscuros —. Soy una mujer normal con problemas, como todos, así que eso me hace más normal.

—Estoy acostumbrado a ver esa ropa de marca por aquí. —Señala mi vestuario—. Esas gafas de sol cuestan mi sueldo del mes. —Las dejé sobre la tarima de madera pegada al cristal en la que me aposté—. Y sé leer más allá de lo que encuentro a primera vista. Estoy de acuerdo en que poco podré ayudarte, pero esa galleta te mejorará la tarde. —Sus ojos viajan hasta fuera—. El Inglés sí que no tiene tiempo de pasarse por aquí y probar nuestras *cupcakes.* —Su comentario me pone en alerta y… ¡compruebo que Wolf ha salido a la calle y va a subirse a la parte de atrás de una limusina!

Como si comenzara una yincana, tiro varios billetes de veinte dólares sobre la madera de la barrita, cojo mi bolso, sorteo las mesas y sillas del local y salgo corriendo como si el diablo me persiguiera ante el rostro atónito del chico simpático y agradable.

El viento frío de la noche me da en el rostro y cruzo la avenida de tres carriles esquivando coches que a punto están de atropellarme. Llego a la limusina cuando arranca y ¿qué hago? Abrir la puerta y colarme dentro.

*Pues ya estaría.* Pero no, ¡qué va a estar! Acabo de invadir el espacio de un hombre que posa una mirada muy oscura sobre mí. Frente a frente, porque me he sentado tan rápido como he llegado hasta aquí.

—¿Qué hace usted en mi coche? —No sube el tono, acostumbrado a lidiar con situaciones complicadas e inesperadas.

—Necesito hablar con usted.

—Salga de aquí o…

—¿O qué? ¿Va a llamar a la policía?

—No la necesito. La echaré yo mismo.

—Señor Wolf, por favor, deme solo cinco minutos de su tiempo —ruego.

—Mi tiempo vale mucho dinero.

—Quiero hablar de eso.

—¿De dinero? —Alza una ceja.

—De valores. —Lo que escucha le gusta y medita si darme una oportunidad.

—Señor, ¿nos vamos? —interrumpe el chófer con la ventanilla abierta.

—Sí, por favor. No puedo llegar tarde. —El coche comienza a moverse y me doy cuenta de que estoy al borde del desmayo por falta de oxígeno en mi sangre y cerebro. Respiro y…

—Comience a hablar —indica, poco amable y con mirada penetrante, mostrando a estas alturas curiosidad y recelo.

—Iré al grano, ya que su tiempo es tan valioso. —Trago y me humedezco la garganta—. El imperio Carrington se tambalea, mi padre está pasando por una crisis y sus empresas corren el riesgo de caer en la bancarrota. —No le sorprende lo que le digo—. ¿Está al tanto?

—Yo lo sé todo de Washington. Siga.

—Sé que solo usted puede ayudarle.

—¿Y cómo quiere exactamente que yo le ayude? —Pone sus manos sobre su regazo y entrelaza los dedos.

Percibo su resistencia y me arengo como si fuera una guerra y yo estuviera luchando en primera línea del frente con la resistencia.

—Es un líder de la industria y cuenta con una red impresionante. Podría reestructurar y diversificar las empresas de mi padre y por ende las suyas y sería una fuente de ingresos. Piense en la posibilidad de colaborar en un proyecto conjunto: al diversificar, usted no solo ayudaría a rescatar su legado, sino que ampliaría también su propio imperio. —Le sostengo la mirada. Sé que mi propuesta tiene mérito.

—¿Ha estado ensayando qué iba a decirme?

—He tenido bastante tiempo mientras lo esperaba desde que me echó de sus oficinas, pero no, no lo tenía preparado. —Me hago la digna y me enorgullezco de mi diálogo.

—Menos mal, porque lo ha hecho de pena. —Me enfada su respuesta, pero trato de controlarme—. Le doy otra oportunidad. Tiene exactamente… —mira su Rolex— dos minutos y medio.

—¿Qué? —Sueno a grillo.

—Tic, tac… —Me enseña el reloj de cincuenta mil dólares. Sé cuál es.

*Tú puedes.*

—Podríamos desarrollar una sinergia entre nuestros negocios. La experiencia de los Carrington con la influencia actual de WOLF INNOVATIONS podría traer recursos a los que nunca ninguna de las dos corporaciones han podido acceder. Además, invertir en un proyecto que tiene un potencial social significativo mejoraría la imagen de su compañía ante el público —explico con la mayor convicción posible.

—¿A qué se refiere con eso último? —Se interesa.

—Orientar la fusión hacia la creación de empleo y ayuda a organizaciones benéficas.

—¿Qué le dice que no haga ya eso?

—Me lo pone demasiado difícil.

—¿Creyó que le sería fácil?

—En realidad, no… —musito desviando la mirada al suelo y a sus zapatos, impecables.

—Su tiempo ha finalizado.

—Pero… —Sale de la limusina y me indica que yo haga lo mismo. Su cuerpo, a pocos milímetros del mío al lado de la puerta, exuda un olor a testosterona que me pone los vellos de punta. Lo sé, esto también es mucho de novela romántica, un cliché en toda regla, pero El Inglés huele muy bien, y es mi obligación, como protagonista femenina de la película que yo misma me estoy montando, contarlo.

# 17

# INDECENTE

# WOLF

Northwest
Washington D.C.

*Actualidad…*

—Si realmente eres capaz de demostrarme que tienes un plan sólido, podemos discutirlo durante la cena.

—¿Una cena? —Abre los ojos, esos preciosos ojos claros y grandes que me imagino muy abiertos mientras la vuelvo a meter en la limusina y me la follo.

*Oh, Dios, qué ganas de taparle la boca y arrancarle las bragas.*

—Una cena. Y aun así, no le prometo nada —indico, de pie, a un palmo de ella y de su aterciopelada piel y sus mejillas sonrosadas.

El chófer cierra la puerta detrás de nosotros y caminamos por el acerado hasta la entrada del restaurante en el que he quedado con el hombre que considero mi padrino. Íntimo amigo de mi madre y que se mudó aquí hace unos años con la intención de trabajar en una de mis empresas más pequeñas y que él dirige casi solo.

—¿Me está diciendo que si no ceno con usted, ni siquiera se planteará mi propuesta? —Aseguraría que le ha molestado.

—Solo le doy una hora más. Imagine mi disposición para con usted. —Cruzamos un pasillo —. Buenas noches —saludo al gerente con educación y respeto.

—Buenas noches, señor Wolf. El señor Wycliffe le está esperando —comenta tras el atril.

—Seremos un comensal más —le informo ante el desconcierto de Serena.

—Por supuesto.

—No se preocupe. No tiene que acompañarnos —indico al gerente.

—Lo que guste, señor.

—Gracias. —Le doy un apretón de manos y una propina considerable—. Compórtese, es importante —susurro sobre el hombro de la Chica Glam, acariciando con mi aliento su cuello, jugando mis cartas que se ponen en mi contra cuando la polla me da una sacudida por culpa de su olor—. Sabrá hacerlo. Es una Carrington. —Pongo con suavidad la mano en su cintura, casi sin rozarla, sin sobrepasarme, pero empujándola hacia el lugar exacto en el que nos espera Elowen.

Este se pone de pie en cuanto me ve y tuerce la boca cuando se percata que traigo acompañante y de magnas características. Nos damos un abrazo y le presento a Serena. Se saludan con cordialidad y le retiro la silla a la mujer que me pone cachondo para que tome asiento en ella.

—Serena Carrington. Conozco a su familia. ¿Cómo está su padre? —le pregunta Elowen Wycliffe.

—Bien. —Esconde un suspiro que yo sí llego a oír.

—He oído que las acciones de VIKTOHA han bajado bastante —entabla conversación con ella, pero intervengo; no por celos, sino por protegerla. Mi padrino pisa terreno pantanoso, ya que en esa empresa comenzó a caer las fichas de la torre de dominó de los Carrington.

—A Serena no le interesan los negocios. Estudia Relaciones Internacionales y desea dedicarse a la política.

—Eso es más interesante… —Le clava la mirada y algo se revuelve dentro de mí. Elowen tiene casi sesenta años, podría ser el abuelo de Serena, prácticamente, pero se conserva muy bien y es un hombre educado, inteligente y agradable.

Le pido al lobo que llevo dentro que se calme.

—Ponme al día de ODALYS ENTERPRISE —lo distraigo durante el primer plato y el segundo. La Chica Glam sabe muy bien lo que se hace y habla con una sensatez suprema cuando lo ve conveniente, acertando cada vez.

—¿Cómo está tu madre? —me pregunta cuando nos sirven los postres.

—Bien. La visitaré pronto —expongo.

—¿No has estado allí hace poco? —No respondo—. Hace más de un mes que no hablo con ella.

—Está entretenida con sus cosas en Londres. Quiere viajar a Tailandia con OMEGA este verano. Una mala idea —musito esto último.

La cena finaliza y despedimos a Elowen antes de que baje de la limusina en su misma calle, a la que he insistido en acompañarlo dada la hora que es. Serena le ha caído bien y le besa el dorso de la mano antes de marcharse.

—Aquí tiene mi tarjeta, señorita Carrington. —Se la da y esta la coge—. Llámeme si necesita cualquier cosa.

—Muchas gracias, señor Wycliffe.

—Por favor, insisto, llámeme Elowen.

Tras compartir un par de frases más conmigo, nos deja a solas de nuevo en ese habitáculo pequeño y oscuro.

—¿Ha pensado ya si va a aceptar mi propuesta, o necesita otra cena para meditarlo? —Serena casi no espera a que la limusina arranque y me habla con desdén; mis ganas de besarla aumentan.

*Joder, me aprieta la polla.*

—La paciencia no es su mayor virtud.

—Lo cierto es que sí, pero algo en usted me indica que no se la merece —me reta.

—La ayudaré con las empresas de su padre —refiero—. Pero hay una condición.

—No esperaba que fuera de otra manera. ¿Qué desea de mí un hombre que lo tiene todo? —con su réplica abre un pequeño agujerito en mi pecho. Creen que soy de piedra y es así en muchos aspectos, pero en otros…

Respiro.

—Cásese conmigo.

Ella gira la cabeza con la incredulidad pintada en su bello rostro.

—¿Qué? ¿Está bromeando? —chilla.

—Yo nunca bromeo.

Ahora pasa a la indignación y no la culpo.

—No puedo creer que me esté proponiendo eso. ¿Piensa que puede comprarme con un contrato matrimonial? —Su furia solo me pone más.

*Soy un depravado.*

—No lo vea así. Es una alianza estratégica. Piense en lo que podríamos lograr juntos.

—Lo que podríamos lograr juntos no incluye vender mi dignidad —responde con rabia—. No hay dinero en el mundo que pueda comprar mis principios. Mi padre necesita ayuda, pero no a costa de mis valores.

La limusina se detiene en un semáforo.

—Creo que no me entiende. Esto no es solo una transacción; se trata de asegurar el futuro de los Carrington. Pero tú tienes que ser parte de ello.

—¿Casándome con usted? —Se incorpora unos centímetros—. Está muy loco si piensa que voy a aceptar su propuesta. Además, puede tener a la mujer que quiera. ¿Qué hay de lo de casarse por amor?

—El amor no me interesa —aclaro en rotundo.

—Y se le ocurre hacerme esa descabellada oferta. ¿En qué nos ayudaría que nos casáramos?

—Usted tiene sus razones para que firmemos esta alianza y yo tengo las mías.

Su pecho sube y baja una y otra vez y trato de centrarme en un lugar alejado de sus pechos.

—Su razón dista mucho del amor.

—Obvio.

—Una unión como el matrimonio no se fundamenta en negocios ni en conveniencia. No estoy interesada en una fusión de esas características.

*Es dura de roer.*

—No quise ofenderla y respeto sus valores. Desposarnos es mi única condición. No voy a negociar. Si quiere rechazarla, es…

—Por supuesto que la rechazo. Prefiero luchar de manera honorable para ayudar a mi familia. No necesito un esposo que me vea como un recurso —me interrumpe ella—. Por favor, ¿puede decirle al chófer que detenga el vehículo? Quiero bajarme.

—No voy a dejarla sola a estas horas en medio de la ciudad. Quedan solo unos minutos para llegar a su apartamento —destaco sin posibilidad a réplica.

El silencio se cierne sobre nosotros. Ella se dedica a observar por las ventanas tintadas las luces de Washington y yo trato de no embelesarme con ella y su cabello enredado en sus dedos.

—No se sienta incómoda —intento tranquilizarla—. Conmigo estará a salvo. Solo hemos negociado sin llegar a un acuerdo.

—Sí hemos llegado. —Me clava de nuevo la mirada—. Usted quiere que firmemos un matrimonio de conveniencia y yo me niego en rotundo. —La limusina se detiene junto al acerado y el chófer baja para abrirle la puerta.

—Mi oferta seguirá en pie hasta mañana a las diez de la mañana. Piénselo. —Mi voz la detiene unos segundos antes de salir del todo.

—No tengo que pensarlo, señor Wolf. —Se apea, se gira y pone el broche final—. Mi respuesta es no. Creí que los ingleses eran más nobles.

No me da derecho a rebatirle y se marcha. Compruebo que entra en el edificio y le indico al conductor que podemos irnos.

# 18

# PIENSA COMO UNA CARRINGTON

## SERENA

Georgetown
Washington D.C.

*Actualidad…*

Golpe de realidad, así, de lleno, en una cama en la que paso la noche dando vueltas y ahogándome en un océano de sábanas blancas. En silencio, interrumpido solo por el latido de mi corazón y mis suspiros. El reloj marca las tres de la madrugada y el sueño no llega. En mi mente se repite una y otra vez la proposición de Wolf. *Cásese conmigo.*

*Es la única forma de salvar el legado de mi familia.*

¿Aceptar casarme con él significaría dejar de lado mis propios deseos y sueños? ¿Qué sueños? Todo se derrumba a la velocidad de la luz y no podré ni terminar mis estudios y graduarme en Georgetown.

*Es la única opción.*

*Pero ¿a qué precio?*

Mirando el techo, recuerdo las palabras de mi abuela, sentada en el antiguo estudio con su mirada firme y sabia puesta sobre mí:

*—El legado no solo es un nombre o un patrimonio, sino un conjunto de valores que transmitimos a nuestros hijos.*

Las horas pasan y la lucha en mi interior también. Si no actúo, seré responsable de la caída de todo lo que amamos los Carrington. Así es porque la solución está en mi mano. Camino descalza hasta la ventana y comprendo, mirando la ciudad y su grandeza, que aceptar la propuesta de Wolf no significa renunciar a mi esencia, sino a afianzarla, a crecer, a demostrarme que aunque nací en una cuna de oro, soy una luchadora que se ensucia las manos cuando hace falta.

—Estoy preocupada por ti. ¿Dónde estuviste anoche? ¿Qué te dijo tu padre? —Eleanor sirve café en dos tazas como si el presidente de EEUU nos acompañara. También se ha vestido como tal; yo no me quedo atrás, por costumbre y porque la ocasión lo requiere. Ella ha optado por un vestido de seda en un suave tono lavanda con un cinturón que acentúa su cintura; escote en uve, decorado con sutiles bordados dorados. Completa su atuendo con una chaqueta estructurada en color blanco marfil, que le da un toque de aire clásico.

—Casi no pude hablar con papá y… Salí a cenar. —Corto un trozo de tortita con el cuchillo y el tenedor y me la llevo a la boca.

—¿Sola? —Pone las manos sobre la encimera de la isla de la cocina.

—Con Dante Wolf.

—¿Quéééé? —Se le cae la cucharilla de café y rebota contra un plato.

—Me pidió una cita y la acepté —miento porque necesito preparar el terreno. Mi decisión está clara. He pasado toda la noche dando vueltas a la cabeza, a la idea, a la descabellada propuesta por parte de El Inglés. Sin embargo, siempre llegaba a la misma conclusión: debo coger las riendas del imperio de mi familia y salvarlo. Si la única manera es casándome con él, lo haré.

—¿Así de fácil? Si lo odiabas… —Achina los ojos y me escudriña.

*Venga, para que esto salga bien, tendrás que estar a la altura de la mejor actriz de Hollywood.*

—Hemos conectado…

—¡Ja! —me interrumpe—. No me cuentes historias…

—El amor, Ellie, que llega cuando menos te lo esperas… —La freno ahora yo a ella y me levanto.

—¿Y qué hay de Max?

—¿Max? —Se me revuelve el estómago al escuchar su nombre, y no hablo de arcadas, sino de las malditas mariposas que no mueren del todo ni fumigándolas—. Llevas meses tratando de que salga con otras personas y ahora que lo hago, ¿tienes reticencias?

—Son sospechas. —Frunce el morro.

—Me marcho. Tengo prisa. —No le doy coba o me descubre.

—¿No vas a la universidad? Hablemos con el rector, seguro que…

—Quizá más tarde. —Meto la taza en el lavavajillas y recojo mi bolso en el salón, un *clutch* de satén negro con detalles metálicos que da glamour a mi conjunto, demasiado serio para la Chica Glam, con un estilo chic que no he podido evitar y destaca mi personalidad audaz.

*Y tan audaz.*

He elegido un conjunto de dos piezas de seda blanca con un lazo grande en el cuello y falda lápiz por debajo de la rodilla, un abrigo ligero de *tweed* en un elegante tono azul marino con hilos dorados y unos aretes de tamaño medio en las orejas. Me siento segura sobre mis zapatos, unos *pumps* de charol negro con un tacón de ocho centímetros.

—¿Te vas y me dejas así? —Me sigue con los ojos abiertos como soles.

—De momento, no hay nada que contar.

—¿Os besasteis?

—Vamos despacio. Ha sido una primera cita. —Pone los brazos en jarra, y yo me masajeo la frente—. ¿Qué pasa?

—El Imperio Carrington se hunde y tú trasnochas con El Inglés. Aquí huele mal. En realidad, apesta.

—Lo que tú digas, Ellie. —Salgo del apartamento y cierro los ojos, asqueada por mentirle a mi mejor amiga.

*Si todo sale bien, esto es solo el principio.*

Me presento de nuevo en WOLF INNOVETIONS y entro en el vestíbulo rehuyendo al seguridad que cree que soy una delincuente. Pero me ve a la primera y camina hasta mí.

—Gucci —musito. Y esto he de explicarlo. Nosotras no decimos palabras malsonantes, las cambiamos por Gucci, Valentino, Blahnik… Ahora mismo he querido decir mierda—. Hola, eh… buenos días… —*Venga, Sery, conviértete en un CEO. ¿Para qué esperar más?*

—Buenos días, señorita Carrington. Acompáñeme, por favor.

—¿Va a apresarme otra vez en esa especie de garita? El señor Wolf está muy interesado en verme. —Camino tras él y percibo que vamos hasta los ascensores.

—Le está esperando —informa, al abrirse las puertas, y alarga el brazo para invitarme a entrar —. Que pase un buen día. —Las puertas se cierran y me relajo, solo un poco, porque si esto no sale bien…

*Piensa en positivo.*

En la planta cuarenta y cuatro también me reciben con una sonrisa y como si fuera la Primera Dama. Una mujer joven me pide que la acompañe hasta el despacho de Wolf. Da dos toques en la puerta y…

—Adelante.

La señorita me indica que cruce la puerta de igual manera que el miembro de la seguridad ha hecho para que me colara en el ascensor, le doy las gracias y entro en la guarida de Wolf, un zorro astuto y peligroso.

—No esperaba verte tan pronto —manifiesta con desdén desde unos metros y se acomoda en su silla tras una mesa de cristal negro y patas de acero.

—¿Sabía que vendría?

—No he llegado dónde estoy por un golpe de suerte, señorita Carrington. Sé lo que busca la gente y se lo doy.

—¿A cambio de qué?

—Los negocios son trueques. Como el que vamos a cerrar entre nosotros. Siéntese, por favor —enfatiza la petición con la palma de la mano.

—Está bien. —Alzo el mentón y hago lo que dice. Dejo el bolso sobre mi regazo y me animo —. Hablemos sobre su propuesta. —Espera a que siga—. Aceptaré el matrimonio, pero bajo

ciertas condiciones.

—Por supuesto. No esperaba menos. —Me mantiene la mirada y la piel se me eriza, no sé si por su presencia o por el pacto con el Diablo que voy a firmar—. La escucho.

—Primero y más importante: no habrá sexo entre nosotros. Esto no se trata de una relación romántica, sino de un acuerdo profesional —declaro, y dejo claro que mi integridad es innegociable.

—Estoy totalmente de acuerdo —responde—. ¿Qué más tiene en mente?

—Nuestras respectivas empresas deben ser entidades separadas en cuanto a la gestión. Quiero que mi familia tenga voz en las decisiones que se tomen sobre su futuro —añado.

—Muy razonable —asiente una vez más.

—El matrimonio se validará solo mientras mis negocios estén en crisis. Si la situación mejora, ambos deberíamos tener la opción de separarnos sin consecuencias legales o financieras.

—Entiendo, sin embargo, debo hacer una observación. El matrimonio durará al menos dos años. —Cuadra la mandíbula y los hombros al decirlo, como si a él tampoco le gustara la idea de estar juntos tanto tiempo—. Ni un día menos.

—¿Por qué? ¿Prevé que será imposible salvar Carrington antes?

—Es el tiempo adecuado para endurecer los cimientos de la corporación antes de soltarla. —Le brillan los ojos, pero el brillo es tostado, como una sombra que le cruza el iris y las pupilas.

—De acuerdo —acepto y continúo—. Por último, quiero que haya transparencia total entre nosotros. Compartiremos cualquier estrategia que afecte a nuestros negocios. La comunicación abierta será esencial.

Wolf ratifica con un gesto, reconociendo la lógica detrás de cada condición.

—Me parece un enfoque justo. ¿Alguna otra cosa?

—Por supuesto. —Me yergo unos centímetros—. Viviremos juntos para que nuestro matrimonio de conveniencia sea creíble, pero no compartiremos el mismo espacio. No dormiremos juntos en la misma cama ni en el mismo dormitorio.

—Perfecto. —Se remueve unos milímetros en la silla, pero no llego a descifrar su reacción ni comportamiento—. Estará de acuerdo también en que firmemos un contrato.

—Sería lo correcto. Puede enviarlo a mi email. —Si me doy prisa, aún llego a algunas clases de la universidad con la que pronto me pondré al día con los pagos.

—No es necesario. —Empuja una carpeta de color negro con los dedos hacia mí—. Léalo.

—¿Lo tiene preparado? —Mis ojos saltan desde la documentación a él, pasmados—. Es muy previsor.

Lo leo:

CONTRATO DE MATRIMONIO DE ALIANZA ESTRATÉGICA

1 de julio de 2023

Partes involucradas:
- Serena Anne Carrington
- Dante Wolf

Términos del Acuerdo:

1. Naturaleza del Acuerdo:

Este matrimonio es una alianza estratégica entre las empresas de ambas partes, sin intenciones románticas ni sexuales.

2. Separación de Gestión:

Ambas partes acordarán que la gestión y dirección de sus respectivas empresas se mantendrán independientes y que se respetará la voz de la empresa familiar de Serena Anne Carrington en las decisiones críticas.

3. Duración del Matrimonio:

Este contrato permanecerá vigente durante la duración de la crisis empresarial de Serena Anne Carrington y podrá ser cancelado sin repercusiones una vez que los negocios recuperen estabilidad una vez transcurridos dos años desde la fecha de la firma.

4. Residencia Conjunta:

Ambas partes acuerdan residir juntas durante la vigencia de este matrimonio, en una propiedad acordada mutuamente, pero manteniendo espacios separados en sus vidas.

5. Habitaciones Separadas:

Ambos cónyuges dormirán en habitaciones separadas dentro del domicilio común para asegurar la naturaleza profesional del acuerdo.

6. Confidencialidad:

Este acuerdo, así como la existencia del matrimonio, será mantenido en completo secreto. Ninguna de las partes revelará la naturaleza de este contrato a sus familias, amigos o empleados, salvo en situaciones que requieran divulgación legal.

7. Transparencia y Comunicación:

Ambas partes se comprometen a compartir información relevante y desarrollar estrategias conjuntas, asegurando la transparencia de todas las decisiones que puedan afectar a sus respectivos negocios.

8. No Intimidad Física:

No habrá relaciones sexuales entre las partes durante la duración de este matrimonio, manteniendo la naturaleza profesional de este acuerdo.

9. Resolución de Conflictos:

Cualquier controversia que surja en relación con este acuerdo se resolverá mediante mediación.

Firmas:

_____
SERENA ANNE CARRINGTON

_____
DANTE WOLF

—¿Cómo sabía…? —La mandíbula me llega al suelo, limpio y brillante.

—Negocio y firmo contratos todos los días, señorita Carrington. —Se levanta y va hasta una mesa a servir dos vasos de agua de una jarra.

—¿Y mi segundo nombre? —Muy pocos lo conocen. Lo odio.

—Yo lo sé todo —reitera.

—¿Cómo vamos a hacerlo? Me refiero a cómo vamos a proceder. —Me da uno de ellos y me lo bebo de un trago. Me ha dejado la boca seca.

Mira su reloj.

—Tengo programado una reunión con su padre dentro de dos horas. Nuestros gabinetes casi han llegado a un acuerdo. Tranquila, se ha seguido lo prometido a usted. Lo firmaremos antes del mediodía. Usted y yo saldremos durante un mes y nos dejaremos ver. En pocas semanas, anunciaremos nuestro compromiso.

*No me queda otra opción.*

—Solo una cosa más —apunta—. Nos casaremos en Londres, con pocos invitados y nunca haremos declaraciones a la prensa, a no ser que ambos estemos de acuerdo y con un guion estudiado.

—Puede estar seguro de que para mí eso no será una celebración. Mientras menos personas, mejor.

Firmo con la pluma que llevo en la mano y siento un ligero alivio. Aunque es un pacto inusual, cada clausula está diseñada para proteger CARRINGTON HOLDINGS y mis objetivos. Él hace sus rúbricas en cada folio y me da una de las dos copias.

—Solo una cosa más. —Giro el cuello a un metro de la puerta, de pie en ese despacho con un toque inglés—. Aun no entiendo por qué su condición ha sido que nos casáramos.

—No tiene importancia y no influye negativamente, sino todo lo contrario. Usted haga su trabajo y yo haré el mío.

—Si nos tuteamos, será más fácil que nos crean —ironizo.

—Llevas razón, Serena —cambia en seguida la forma de dirigirse a mí—. Te llamo esta semana para tomar el té.

—Prefiero café —nos retamos con seriedad. Inglaterra contra EEUU. Una lucha de titanes.

—Porque no ha probado el té adecuado.

*¿Seguimos hablando de plantas y granos tostados?*

# 19

# UNA CITA INOLVIDABLE

## SERENA

Los Ángeles
California

*Un año y unos meses antes…*

Eleanor y yo viajamos aquella semana hasta L.A. para asistir al concierto de Iron Skies, la banda de rock del chico con el que salía desde hacía unos meses. (Suspiro, suspiro y corazones saliendo de mi boca). Max estaba tomando el mundo por asalto y yo no me convertí en una fan más, sino que me consideraba su novia.

—¡Se te cae la baba! —Eleanor pasó la mano por debajo de mi barbilla y le di un empujoncito a la vez que sonreí, pero con esa sonrisa tonta que te concede estar enamorada.

Era el primer concierto al que asistía desde que salíamos oficialmente y estaba muy nerviosa porque aquello era un locura. A pocos minutos de su comienzo, los gritos de la gente te destrozaba los oídos. Pasé, claro, porque lo mejor estaba por venir y la adrenalina corría por mis venas con miles de fans detrás de nosotros, en primera fila, en una zona vip. Eleanor saltaba y reía, emocionada como una niña en una tienda de dulces, en su caso como una chica en una tienda de Gucci, Prada o Valentino con ofertas del cincuenta por ciento.

—¡Va a ser increíble! —gritaba y asentí porque llevaba razón. La explosión de alegría y energía hasta se respiraba en el aire cálido y húmedo de Santa Monica Pier, el famoso muelle que albergaba eventos de todo tipo.

—Va a comenzar… —musité y la brisa marina mesó mi flequillo. Las luces se apagaron y alcé la vista hasta el cielo, repleto de estrellas; el lugar estalló en vítores. Inspiré con fuerza llenando los pulmones de aire y lo dejé escapar. El sonido de una guitarra eléctrica retumbó hasta en la arena de la playa, unos metros más abajo y, cuando Max apareció en el escenario, aquello se convirtió en una explosión nuclear. Mi corazón se detuvo dentro de mi pecho, o se saltó varios latidos, me faltó el oxígeno cuando mi chico apareció con su chaqueta de cuero habitual, el pelo despeinado y esa sonrisa que había conseguido que mi mundo girara en torno a él desde la noche en la que nos conocimos en Nueva York, tres meses atrás. Me buscó, sabía dónde encontrarme y nuestras miradas se toparon entre miles de personas. Lo conocía y sabía que eso lo tranquilizaría. Todo desapareció, las personas, el muelle, el escenario, solo nos quedamos las estrellas, él y yo.

Agarró el micrófono y comenzó a cantar.

Llegué hasta aquí, donde el mar susurra suavemente.
Entre las olas y recuerdos, te encuentro frente a mí.
Cada latido en mi pecho sabe que hoy es el día,
Un nuevo comienzo, mi vida la iluminas tú.

Bajo el cielo estrellado, bailamos sin temor,

Nuestros sueños flotan juntos, como el viento en el amor.
En cada mirada, en cada risa,
Siento que el mundo se detiene y te abrazo con la brisa.

Dejé atrás las sombras, hoy quiero vivir,
Eres mi destino, el motivo de este latir.
Las estrellas brillan más cuando estás aquí,
Con tu amor a mi lado, no hay nada que temer.

La letra me sorprendió, era una canción nueva que habría compuesto unos días antes, rememorando lo vivido hacía muy poco en una playa cercana, los dos tumbados en una toalla, viendo el anochecer y revelándonos nuestros sentimientos. No me cabía la menor duda de esto. Max me dijo que me quería y lo expresó así, tal cual.

—Te quiero —soltó cuando el sol se escondía y hablábamos sobre la belleza del mundo la mayor parte de las ocasiones.

Me levanté, me tiré sobre él y me encaramé a su cuerpo hinchada de una dicha desconocida. Nos besamos con dulzura, saboreando el momento y el uno al otro. Él sabía a promesas que no había verbalizado y yo le creí.

Y aunque el camino sea incierto,
Tomaré tu mano, no habrá regreso.
Contemplando el horizonte, tú y yo,
Dejando que el destino nos lleve hacia el sol.

Así es como nace una historia,
Entre la música y nuestra memoria,
Bajo este cielo, contigo quiero estar,
Junto a ti, amor mío, siempre voy a soñar.

No importaba la distancia que había entre nosotros, entre la zona vip y el escenario, en ese instante solo éramos él y yo. Como aquella noche en la playa, que siguió con una conversación que me conmovió el corazón. Me había contado que no conocía a su padre, que los abandonó a él y a su madre antes de que él naciera, que no le hacía daño, ya no, no obstante, supe que no decía del todo la verdad y que se sentía más solo de lo que reconocía.

—A lo mejor tienes hermanos. Tu padre pudo tener más hijos —le comenté, quizá tratando de animarlo, sin saber lo que hacía y si sería positivo o negativo alentarlo con esa opción.

—Quién sabe… —suspiró y se revolvió el cabello. Yo lo admiraba ya en la oscuridad, iluminados con las llamaradas de la hoguera que habían encendido los chicos de la banda que bebían cerveza bastante apartados de nosotros.

—¿No te gustaría saberlo?

—No estoy seguro. —Se incomodó y callé. Pero tras unos segundos, seguí:

—Si fuera así, si ese hombre hubiera tenido más hijos, ellos no tienen la culpa de cómo es tu padre.

—Yo no tengo padre —escupió, enfadado por la conversación, pero yo solo trataba de que ese

hueco se llenara, de que el vacío del que me hablaba desapareciera y de que su alma se calmara.

—Pero quizá sí hermanos. —Me calló con otro beso, y contra eso no pude luchar. Brandon, el batería, nos llamó a voces para que cenáramos algo y lo dejamos ahí, pero su dolor siguió.

Bajo el cielo estrellado, bailamos sin temor,
Nuestros sueños flotan juntos, como el viento en el amor.
En cada mirada, en cada risa,
Siento que el mundo se detiene y te abrazo con la brisa.

El concierto avanzó entre acordes más rítmicos y Eleanor se metía conmigo, una nueva grupee de la música rock, que se sabía al dedillo las letras de todas las canciones. Me las ponía en bucle en el iPod cuando salía a correr, estudiaba o viajaba. Una vez que terminó, fue como si bajara de una montaña rusa, el corazón iba a salírseme por la boca del subidón.

Enfundada en unos vaqueros estrechos, un top negro, botas beis y adrenalina, Eleanor y yo nos dirigimos al *backstage*, acompañadas por dos miembros de la seguridad. A veces me costaba creer que Max y yo tuviéramos algo real, porque había mil chicas esperando que el cantante de moda les dedicara al menos un segundo de su atención, pero él me los daba todos a mí.

*Él me quiere*, pensé, obnubilada por el amor.

Entramos en el camerino repleto de gente; olía a cerveza y sudor, pero no nos importó. Max estaba allí, rodeado de la banda y de algunas personas que fueron a felicitarlo, pero sus ojos, como dos horas antes, buscaban los míos, y al conectarlos, se le iluminó la mirada y, dejando a todos atrás, con paso decidido, se acercó a mí.

—¡Cleopatra! —me llamó. Me abrazó con fuerza y me levantó riendo y dando vueltas conmigo encima—. Te vi cantar. Te has aprendido todas las canciones —musitó sobre mi boca y su aliento calentó mi vientre.

—Menos la primera.

—La escribí anoche, mientras dormías. ¿Te ha gustado? —asentí—. Era imposible no mirarte. Eres increíble.

—¿Yo? Tú eres el que ha traído a toda esa gente hasta aquí. —Me dejó en el suelo, saludó a Eleanor y… Me tomó de la mano y tiró de mí.

—Vámonos de aquí. —Nos sacó de aquel agujero en el que me asfixiaba por el mal olor, recorrimos un pasillo con personas del *staff* que iban y venían.

Me guio hasta una sala solitaria, cerró la puerta y nos sentamos en un sofá desgastado que había vivido mil horas de eventos. Acarició mi mejilla y me estremecí de pies a cabeza. Max tenía a miles de fans esperando y a él solo le apetecía estar conmigo. Muchos medios me tildaban de la princesa de EEUU por mi apellido, sin embargo, me sentí una reina estando a su lado, él me hacía sentir así, hasta que… todo se truncó.

—Me encanta verte sonreír. —Deslizó el dedo por mi pómulo—. Tú eres la razón por la que quiero seguir haciendo esto…

—¿A qué te refieres? —Estaba sentada a horcajadas sobre él.

—A vivir. —Su sinceridad me caló muy hondo, pero también me asustó, porque tenía la edad y todo lo necesario para desear comerse el universo entero.

Nos miramos un momento, muy adentro, y luego, sin pensarlo, se inclinó hacia mí. Nuestros labios se encontraron con una dulzura que me hizo olvidar lo que acababa de decir y todo lo que había tras esas paredes, aunque la música y los gritos retumbaban dentro. Un beso suave que supo a canciones lindas y a atardeceres irrepetibles, a música melodiosa y a amor, el primero y único, el que se graba dentro y jamás logras sacar de ti.

—Así quiero que sea el resto del tiempo —musitó cuando el beso finalizó, sin separarnos ni un milímetro, con mi frente y la suya pegadas.

—Solo nosotros —susurré y lo besé de nuevo, sintiendo su lengua enredarse con la mía, con mis manos perdidas en su cabello, con mis pechos contra su pecho. Cuando quise darme cuenta, había perdido de vista mi top y mi pantalón. Así eran las cosas con Max, todo igual, ocurrían sin verlas venir, supongo que de ahí nuestro final, inesperado. Recorrió mi cuerpo con sus manos, lentamente, disfrutando de cada hueco y cada centímetro, ahora sobre mí, desnuda en un sofá cochambroso al que mi madre ni se acercaría y ordenaría quemarlo. Max se detuvo bajo mi ropa interior, apartó mi tanga hacia un lado y lamió mi monte de Venus, el clítoris e introdujo un dedo en mi interior. No ahogué mis gemidos que escapaban de mis labios, deseosos de la liberación, a pesar de que un centenar de personas esperaban en el pasillo y cualquiera de ellas podría entrar y encontrarnos allí.

Max y yo no conocíamos la rutina sexual. ¿Qué era aquello? ¿De qué hablaban esos alienígenas que se quejaban de la postura del misionero? ¿Cuál era aquella postura? Me excitaba la posibilidad de que una persona nos interrumpiera y yo misma me sorprendí. No lo detuve y siguió entonces con la lengua, entrando y saliendo de mi vagina mojada y abierta para él.

Tener sexo escuchando música de fondo lo hemos hecho casi todos y aquella noche nosotros follábamos al ritmo de los aplausos, los vítores y las risas de los chicos y chicas que socializaban a solo unos metros y de los que solo nos separaba una puerta sin pestillo.

—Max… —le rogué y él supo lo que añoraba.

Ocurrió algo que entendí desde el principio inevitable. Se incorporó, se abrió los pantalones y me penetró… sin condón. No me quejé. La decisión la tomamos los dos, aunque quizá en un momento poco adecuado, pero hacer el amor con él dejó de ser hacía mucho un acto cotidiano y sin trascendencia.

—Oh, Dios mío, esto es el puto cielo —bramó con los dientes apretados y el mentón levantado, mirando el techo.

Solo una frase que más tarde le sirvió para hacer una canción contando ese momento exacto y que a mí me sacaba los colores cada vez que la escuchaba.

—¿Dónde está Max? —Alguien preguntó tras la fina madera. Una tontería que aumentó el morbo que nos cernía y me encendió por completo. Lo cogí por el cuello y lo besé con avidez.

Sus manos aprisionaron mis pechos y cambió el ritmo del vaivén.

Max entraba y salía, entraba y salía. Hicimos el amor, un amor puro, ajeno a la guerra que se libraba fuera y a los fuegos artificiales que se lanzaban en honor a Iron Skies. Fuegos artificiales los de allí dentro, porque sentir piel con piel a la persona amada no tiene precio, ni siquiera el que nosotros pagamos. O sí.

Follamos durante más de veinte minutos, jugándonos que nos descubrieran e, incluso, que nos fotografiaran. He aquí la prueba fehaciente de hasta dónde perdí la cabeza por el chico de la chaqueta de cuero y sonrisa triste que me juró amor eterno cuando no tenía ni idea de lo que suponía eso.

Max arrasó en el escenario esa noche, además del sofá y después en la cama, donde hicimos el amor de nuevo, más tranquilo y despacio y como música de fondo el oleaje que se escuchaba a través de la terraza de la habitación de su hotel. Su energía, cuando estaba de buenas, era contagiosa, sin embargo, cuando el chico roquero se venía abajo, algo se oscurecía.

Los fanáticos seguían celebrando el concierto en la playa, junto al resto de la banda, pero él me tomó de la mano y nos perdimos en nuestra soledad. Nos encantaba. Aquella noche contamos estrellas tumbados en el suelo del balcón, casi desnudos.

—Me gusta tu lunar, es como una de esas estrellas —le dije, con mi nariz pegada a la suya. Él la besó y me acarició la mejilla.

—A mí me gusta el universo en tus ojos. Es como un cielo con miles de estrellas. —Sonreí y nos besamos hasta desgastarnos.

Al día siguiente, me despertó dando saltos en la cama, olía a café y le pregunté si había tomado demasiada cafeína.

—Y tortitas. Vamos, tengo una sorpresa. —Me agarró de las manos, yo en estado de duermevela, y tiró de mi cuerpo hacia arriba.

—Mmm… Tengo sueño. Anoche no dormimos —me quejé.

—No tenemos tiempo. Tu avión sale esta madrugada.

—Nos queda todo el día. Quiero dormir… —balbucí.

—No, no… —Me besó el cuello—. No… —Me besó la clavícula—. No… —Me besó los pechos—. No… —Me besó el vientre y me estremecí.

¿Cómo acabó aquello? Con las tortitas que él había encargado a cocina y el café fríos, congelado, helado. Hicimos el amor con los rayos del sol tostando nuestra piel morena de haber tomado el sol durante unos días.

—Te amo, Serena. Lo que siento por ti… No puedo… No puedo controlarlo… —musitó sobre mi boca, justo después de correrse, sin salir de mí, convertidos en un solo ser.

—Yo también te amo, Max… —Nos abrazamos y… no nos movimos de entre las sábanas toda la mañana, revolviéndonos en ellas.

A mediodía nos levantamos, nos dimos una ducha muy entretenida, entre risas nos enjabonamos el uno al otro soplando las pompas de jabón que se formaban en nuestra piel y bajamos hasta el comedor a compartir un rato con los chicos de la banda. Brandon era el más mayor, veinticinco años, y trataba de que todos comieran y estuvieran sanos para aguantar los viajes y los maratones de conciertos que se daban, así como las horas en el estudio de grabación que pronto comenzarían. Ryan, el más travieso y juguetón, lanzaba batatas fritas a Theo, el más serio, para molestarle.

—¿Lista para una sorpresa? —me preguntó antes de subir a una Harley Davidson en la puerta del hotel.

La miré.

—Estás loco si crees que voy a subir a eso. Además, no tienes licencia. Imposible.

—Pero sé manejarla. ¿No te atreves? —Me colocó un casco y lo abrochó.

—No me voy a subir contigo en una moto. Contigo ni con nadie. Aprecio demasiado mi vida. —Me dio un beso en la nariz y se colocó él el suyo.

—No seas miedica. Llevo motos desde que tengo cuatro años.

—Por la arena, Max, en la montaña, no sobre asfalto y rodeados de circulación.

Soltó una risotada, la arrancó y aceleró para hacer ruido. Me di media vuelta con el casco puesto y caminé en dirección a la recepción. Él me siguió muerto de la risa, me agarró de la mano y me obligó a subir detrás.

—¡Si me muero, tú serás el responsable! —grité mientras eso empezaba a rodar y casi caigo de espaldas por el acelerón. Me agarré bien fuerte pegando mis pechos a su espalda.

Por suerte, el trayecto fue corto, aunque a mí se me hizo eterno subida a esa bestia negra. Cuando bajé y alcé la vista, mis ojos se abrieron como platos al ver las icónicas letras de Hollywood frente a nosotros.

—¡No puede ser! —exclamé—. ¿Vamos a subir?

—Solo si estás preparada para admirar el mejor atardecer de tu vida —indicó, me tomó de la mano mientras comenzábamos a escalar por el sendero que conducía a la cima.

Las letras estaban más cerca de lo que había imaginado. Mientras ascendíamos, las luces de la ciudad comenzaron a brillar y con cada metro que avanzábamos, aumentaba mi emoción.

—No he muerto en moto y lo haré ahora. Recogerán mi cadáver lleno de polvo —bromeé henchida de felicidad.

—Jamás dejaría que te ocurriese nada. —Me agarró de la cintura en un repecho y me besó—. Antes me muero yo. —*Momentazo* de novela romántica. Aquello era el capítulo final feliz de un libro de amor, sin embargo, nos quedaba mucho por vivir, a él y a mí.

Exhausta, llegamos a la base de la famosa “H”. Nos sentamos uno al lado del otro con mi

mejilla sobre su hombro.

—¿Estás lista para un atardecer en la cima del mundo? —musitó. Yo asentí y disfruté del momento y la compañía, la mejor del mundo.

El sol descendía por el horizonte coloreando el paisaje de naranjas, rosados y morados. Abajo, el espectáculo de las luces de la ciudad como telón de fondo de una obra de arte en movimiento. Volvimos a contar estrellas conforme fueron apareciendo y…

—Te quiero, Serena. Quiero que lo recuerdes siempre. Si alguna vez hago el tonto, mira a las estrellas, ellas te lo dirán por mí.

—Prefiero que no lo olvides tú. Esto es… muy hermoso.

—Y ni siquiera así, lo es más que tú.

En la cima del mundo, allí me llevaba Max. ¿Sabes qué pasa? Que cuando caes, desde ahí arriba, el golpe duele más, mucho más.

# 20

# PRESENTACIÓN EN SOCIEDAD

## SERENA

Northwest
Washington D.C.

*Actualidad…*

Nada más salir de las oficinas de El Inglés (o el Lobo de Washington, como yo lo he apodado al sentirme acorralada ante su madurez, inteligencia y mano derecha con la situación), busco su historia en Google. No, no lo había hecho antes, no de esta manera, leyendo sobre su vida personal. No hay demasiado información y no me fío de Wikipedia, porque cualquiera puede dejar lo que quiera en ella y alguna vez he dado con datos falsos o erróneos. Un artículo de una revista de negocios le dedica una página a este tema.

Otra vez leo. La mañana va de leer:

*En un mundo empresarial donde las historias de éxito a menudo parecen sacadas de un guion de Hollywood, la historia de Dante "El Inglés" Wolf se destaca por su intriga y complejidad. Este respetado CEO, al mando de una de las corporaciones más influyentes del mundo occidental, es un personaje que oscila entre la admiración y el misterio. Hijo único de un entorno modesto en las afueras de Londres, la biografía de Wolf es un relato de determinación, sacrificio y el constante deseo de escalar hacia lo más alto.*

*Dante Wolf nació y creció en una ciudad pequeña donde las carencias se convirtieron en un maestro impartiendo lecciones. Sin información de su padre y la historia de su madre casi en penumbra. Dante tuvo que forjar su propio camino desde su edad temprana. No obstante, su infancia le brindó una perspectiva única sobre el trabajo arduo y la perseverancia. Su educación fue marcada por la falta de recursos, pero también por una determinación indomable de hacerse a sí mismo.*

*Wolf persiguió su educación entre la Universidad de Londres y Harvard, donde, tras un arduo esfuerzo, estableció las bases para su futuro en los negocios. A partir de allí, su carrera se desató con una velocidad asombrosa. Con el tiempo, se trasladó a Washington. Y vive entre esta ciudad, Nueva York y Londres, convirtiéndose en un experto en el arte de atesorar oportunidades en diversas capitales donde reside el poder económico mundial. Sus enfoques creativos y su capacidad para navegar por el laberinto empresarial le han valido no solo admiración, sino también el respeto de colegas y adversarios por igual.*

*Pocos conocen a fondo a Wolf, ya que ha cultivado un aura de privacidad casi inaccesible. Se niega a conformarse con los estereotipos que a menudo asocian a los líderes empresariales, desalentando los rumores y evitando los excesos glamurosos. En un segundo plano su vida personal, sigue siendo un enigma, especialmente tras su reciente divorcio de Samantha Calder, una empresaria de alto perfil con quien estuvo casado durante cuatro años.*

*El final de su matrimonio, que atrajo la atención de los medios, dejó a muchos preguntándose si el trabajo incesante y la ambición son compatibles con las relaciones personales. Wolf ha sido cauteloso en sus entrevistas sobre este tema, pero no ha evitado abordar la dificultad de encontrar un equilibrio entre su ajetreada vida profesional y su vida personal.*

*A pesar de los vientos en contra, en él reside una poderosa resiliencia que sigue inspirando a quienes buscan seguir sus pasos. Sus prácticas innovadoras en la gestión empresarial y su habilidad para identificar las tendencias del mercado lo han consolidado como uno de los líderes más respetados del mundo occidental. Sin embargo, el impacto real de Wolf puede no ser fácilmente medible en cifras, sino en la forma en que desafía las normas y empodera a otros en su camino.*

¿Este es el hombre con el que voy a casarme? Casi no nos conocemos y no se trata de ningún eufemismo. Ni siquiera me ha preguntado sobre mi vida, la reunión ha sido… empresarial, práctica…, una transacción, tal cual. Doy por hecho que Wolf sabe más de mí de lo que sospecho, porque, como ha afirmado ya en varias ocasiones, él lo sabe todo y no ha llegado donde está porque tuvo algo de suerte. Me intriga que guarde tan bien su vida privada, pero me pregunto si lo hace porque tiene algo que ocultar o simplemente defiende su derecho a la privacidad. Ser alguien famoso o conocido no da derecho al resto del mundo a opinar sobre sus asuntos y a airearlos al planeta. Eleanor cuenta demasiado de su vida en sus redes sociales y alguna vez se le ha vuelto en contra. El *bullying* cibernético puede llegar a niveles exagerados y a afectar de una manera cruel a las personas. A mí me pasó mientras salía con Max. Un fotógrafo nos pilló recién levantados en busca de un café en plena calle, sin gafas de sol a primera hora de la mañana, tras una noche de concierto. A él le queda muy bien no peinarse ni maquillarse, pero mi apariencia resulta poco presentable recién salida de un after en el que podría llevar tres días de fiesta, como la de cualquier mujer que se precie. Se cebaron conmigo y Maximilien sacó su espada y se batió en un duelo al amanecer con el reportero que terminó con un ojo morado y la cámara hecha pedazos. Después de eso, juicio, indemnización y más fotos saliendo del juzgado de la mano de mi chico.

—Max… —susurro su nombre echándolo de menos. Pero el roquero tiene muchas cosas criticables, como dejar la ropa tirada en medio del salón o mostrar poca responsabilidad afectiva cuando los problemas aparecen. Sí, Max suele esconderse y aislarse en vez de afrontar los tropiezos del destino, pero también es cariñoso, atento y… fue honesto durante un tiempo.

Esto me lleva a volver con mi futuro marido, un hombre que forjó su destino, luchó contra viento y marea para alzarse como uno de los hombres más respetados del planeta, además de atractivo.

¿Conoces esa creencia popular que defiende que puedes llamar a alguien cuando piensas o hablas de ella? Sí, sí. También dice que nuestros pensamientos y energías influyen en el universo de maneras misteriosas. ¿Quiere decir esto que si cierro los ojos y digo diez veces *que me toque la lotería nacional* la ganaré y no tendré que casarme con Wolf para salvar el imperio familiar? No lo sé, pero lo intento. Cierro los ojos, lo digo en voz alta en medio de la calle y cuando los abro, dos mujeres me observan como si estuviera loca, pero sin el *como.*

Y no, si no compro lotería, ¿cómo va a tocarme? Lo que sí toca es el tono de mi iPhone y…

¡oh, Dios mío! Brandon me llama, el guitarrista de Iron Skies, un hermano mayor para Max, una de mis pocas uniones con él.

*Llamada entrante: B Iron Skies.* Así lo guardé el día que me dio su teléfono.

Si Brandon me llama, se avecina tormenta. Casi caigo redonda al suelo.

# 21

# QUE COMIENCE LA FUNCIÓN

## WOLF

Central Park West
Nueva York

*Actualidad…*

Me siento en el elegante bar de mi *penthouse* en Nueva York, una de mis viviendas, un apartamento ubicado en el ático del edificio, el rascacielos con mejores vistas de Nueva York, ciudad en la que paso unos días por motivos más que importantes: el cierre oficial del trato con los Carrington. Dominic se acomoda en un sillón frente a mí, con ese carácter tan jovial y familiar como el trago que estoy a punto de servirle del mejor wiski escocés para celebrar la reestructuración financiera de CARRINGTON HOLDINGS.

—Esto es un hito —dice Dom mientras levanta su vaso en un brindis, con sus ojos cargados de ironía—. Nunca pensé que te vería cerrar un trato por amor. —Bebe y aprovecha para esconder su malévola sonrisa.

Paso de su comentario y le respondo:

—Nunca he visto a una empresa como un medio, sino como un fin. —El tono de mi voz es calculador, pero él no lo pilla.

—Y el fin de esta es llevarte a la cama a Serena Carrington —incide alardeando de la mala educación que le dieron.

No debo revelar, además por contrato, lo que hay detrás de esta estrategia empresarial, por ello no le sigo el juego que él ha empezado y que me vendrá de perlas para lo que vendrá a continuación de esto. Me apena tener que mentir a mi mejor amigo, pero el asunto es delicado.

Sonrío de lado y fijo mi mirada en el vaso con el líquido ambarino que sostengo con la mano derecha. La historia que me une a Serena es un terreno inexplorado que trato de evitar en la conversación, al menos la parte en la que sus encantos me intrigan y me descentran.

—No es esa mi intención. Al menos, no la única.

—Lo sabía —suelta como si hubiera acertado los números de la lotería.

—Hemos estado saliendo —miento y no es la primera vez que engaño a alguien, o al menos me tiro un farol, aunque me da mal sabor de boca hacerlo con él.

—¿Desde cuándo?

—Desde la cena de beneficencia.

—¿Por qué no me lo has contado?

—Evitaba esto, que me hicieras preguntas sin ton ni son.

—¿Qué hay entre vosotros?

—Es complicado —digo la verdad y eso me tranquiliza. Serena y yo no nos hemos visto desde el día en que firmamos el contrato y tuve la reunión con su padre. Me evita y eso me desconcierta y me cabrea, a la vez que me empuja a interesarme más por ella. Alega que tiene que estudiar y que el final del curso se acerca.

—No eres el único que lo sabe todo. Ya me había dado cuenta de que esa chica te tiene dando vueltas como un niño en una feria. —Su humor me saca de quicio. Rellena su vaso y da otro sorbo—. Yo apostaría a que te encanta, aunque no quieras admitirlo abiertamente.

Me paso la mano por el rostro, exasperado. Él sí que se comporta como un niño, además malcriado.

—¿Por qué siempre tienes que llevar las cosas a ese terreno? Solo soy un hombre de negocios. El romanticismo no tiene cabida en mi vida. —Una parte de mí reconoce que no es del todo cierto y la otra le grita a mi casi hermano con estas palabras todo lo que oculto. Ojalá se le diera tan bien leer entre líneas como acostarse con mujeres.

—¿Y tú por qué no dejas de ser tan serio y… correcto? La vida es corta y solo se vive una vez.

—Y tú lo haces por los dos. —Bebo y la imagen de Serena firmando el contrato sin temblar se dibuja ante mí.

—Tenemos el mundo a nuestros pies. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Quizá lleves razón. —Alza las cejas como si me hubiera salido cinco cabezas y ocho brazos —. Serena puede ser la mujer correcta para mí —sugiero.

—Oh, Dante, por Dios Santo, ¿te aprieta la corbata? Déjate llevar. ¿Es correcta para ti? Enamórate, siente en el corazón, ¿o acaso no tienes de eso? —Se le iluminan los ojos—. O… — Se incorpora hacia delante y me clava la mirada—. Si no estás interesado del todo en ella, deja que le pida una cita. Creo que es la mujer perfecta para mí.

—Ni se te ocurra hacer tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque te mataría —afianzo sin dudar sintiendo calor en cada extremidad.

Se repanchinga de nuevo en el sofá y sonríe.

—Ahora sí. Por fin te corre sangre por esas venas inglesas. ¿Cuándo el próximo episodio de la novela Wolf-Carrington? —Aprieto la mandíbula y lo atravieso con la mirada—. Está bien, está bien. No te pongas así. Pero si cambias de idea, siempre estoy dispuesto a escuchar un buen chisme —bromea haciendo un gesto con su vaso.

No entiendo por qué mi mejor amigo me acompaña donde quiera que voy, por más que le

sobra tiempo para disfrutar al haber nacido con todo hecho. Espera, no estoy siendo justo. Se encarga de una parte importante de la conglomeración de empresas de su familia. Dom lleva el departamento de Alianza Estratégica. Significa que trabaja con otras empresas aliadas en busca de un objetivo justo común. Se le da bien las personas y socializar, así que es el número uno en esto. Pero sí, tiene demasiado tiempo libre y le gusta pertenecer a mi escolta, el muy cretino, cuánto lo respeto por ello.

Pisamos la tierra de Washington juntos, pero nuestros destinos se separan aún en contra de su voluntad. Le pido a mi chófer que lo lleve a su casa y otro de mis conductores me traslada a la universidad de Georgetown.

*Ya es hora de verme con mi futura esposa.*

# 22

# MIRA QUIÉN ANDA AHÍ

## SERENA

Georgetown
Washington D.C.

*Actualidad…*

—Tengo algo que contarte —digo a Ellie mientras salimos del Leavey Center, un edificio que alberga diversas organizaciones estudiantiles, espacios de estudio y servicios para los alumnos, como un comedor, una librería, biblioteca y áreas para eventos. Normalmente huele a libros, café y hormonas de chicos jóvenes, con esto no me refiero a que hieda a sudor, sino a estrés y muchos nervios por mantener las notas más altas del estado.

—¿Solo algo? Yo diría que varias cosas. Estás muy rara últimamente. Sé que ha sido una semana dura, pero todo se ha solucionado ¿no?

—No me refiero a eso. —Agarro mi carpeta y caminamos por los pasillos hasta el *hall*, repleto de cartelería, anuncios y teléfonos de grupos de apoyo.

—Brandon me ha llamado. Tres veces. —Respiro.

—¿Qué?

—No se lo he cogido —musito, con mil cosas en la cabeza, además del temario que acabamos de preparar.

—No fuiste tú, Sery. Fue Max.

—Lo sé, lo sé, pero yo…

—Me tenéis abandonado. —Sirius nos intercepta al girar una esquina a la que ha llegado con los labios enrojecidos.

—Chico Chic, creo que el que ha viajado a otro mundo y ha desaparecido desde que sale con alguien eres tú. —Eleanor introduce la mano en su bolso y saca una crema protectora—. Toma. Te calmará el escozor de los labios. ¿Has besado a un puercoespín?

—Giovanni tiene barba.

—Y fuma… —Muevo la mano espasmódicamente tratando de apartar el olor a tabaco.

—Es europeo —explica—. Allí es una muestra de distinción.

—Una asquerosidad en cualquier parte del mundo, Sirius. Deja de enamorarte tan fácilmente de la gente. —Proseguimos nuestro camino en busca de un almuerzo ligero en una de las cafeterías de la avenida en la que sirven sándwiches exquisitos.

—Giovanni Bianchi no es gente, Sery, es el hombre de mis sueños. —Suspira y pongo los ojos en blanco—. ¿Y tú qué? ¿Qué tal con Wolf? Las malas lenguas hablan de que os relacionáis demasiado desde esa fusión que ocupa todas las portadas. —*Voilâ*, he aquí lo que esperaba que ocurriera. Sin mover un dedo, todos creen que Wolf y yo salimos desde la firma del contrato (o contratos, uno de ellos secretos) y… el mundo gira a nuestro favor.

—Está en Nueva York. —No he hablado con él, pero sí con mi padre para confirmar que El Inglés sigue el plan al pie de la letra.

—Eso no es así —comenta Eleanor cuando salimos a la calle y nos detenemos sobre la escalinata. Sirius y yo llevamos los ojos hacia abajo, hacia la calzada. No sé mis amigos y compañeros, pero yo me detengo en seco y un hechizo me envuelve. Allí, justo a unos metros, está él: Dante Wolf, un inglés refinado, educado y con malas pulgas, una figura recortada contra el resplandor de un coche negro, un lujo tan oscuro y misterioso como él, que quita el hipo (en el caso de que lo tuviera). Con un traje negro ajustado a su cuerpo que lo esculpe como el David de Miguel Ángel y resalta cada línea de la musculatura de su cuerpo con una elegancia indescriptible. La camisa negra, perfectamente entallada, intensifica su aura imponente.

*Prada, Valentino y…*

—¿Giovanni qué? —bromea Sirius—. No lo recuerdo. —Eleanor le da un pequeño empujón en el hombro y ríen. Pero yo solo escucho el latido de mi corazón centrado en las gafas de sol que ocultan su impresionante mirada. Un nuevo lado de Wolf que nunca he visto antes. Unas Philipp Plein que aumentan el enigma a su alrededor y lo convierten en irresistible.

*¿Tan atractivo era?*

*Sí, Chica Glam. Cierra la boca que se te va a colar una mosca.*

Fascinante su postura, la confianza que irradia, su cabello, su mandíbula cuadrada, el movimiento de sus manos hacia su rostro para deshacerse de las gafas y alzar el mentón hacia dónde nos encontramos.

*Como si el mundo entero le perteneciera.*

¿Por qué, de repente, todo en él me deja sin aliento? ¿Por qué tiene esa forma de caminar tan segura y peligrosa, como un felino aguardando el momento perfecto para saltar sobre su presa?

*Su presa… yop.*

—Ese hombre es inalcanzable, Sery. Deja de soñar con él —comenta Sirius.

—De eso nada. —Eleanor sale en mi defensa como mujer y como amiga—. Tú puedes conseguir al hombre que desees —me dice con seriedad.

—Buenas tardes —nos saluda con cortesía—. Serena. —Me agarra con suavidad de la cintura y deja un beso entre mi mejilla y el mundo entero, en el aire. ¿Y qué ocurre? Que toda los vellos de mi piel se erizan, de pies a cabeza, de norte a sur, de este a oeste.

*Una unión de conveniencia*, me recuerda la vocecilla desagradable.

*Vale, pero déjame recrearme.*

—Hola, Dante —le sigo el juego—. Te creía en Nueva York. No me has avisado de este cambio de planes.

—Espero que no sea un contratiempo. ¿Puedo invitarte a almorzar?

—Debo seguir con mis estudios de…

—No nos llevará demasiado. Tengo una reunión en una hora y media —charlamos ante la mirada atónita de Eleanor y Sirius, espectadores en primera fila de uno de los primeros actos de nuestra obra de teatro.

El segundo acto se representó dentro del coche que lo ha traído a la universidad, por lo visto directo desde el aeropuerto. Me ha informado con pocas palabras de este hecho cuando ha abierto la puerta y me ha invitado a subir. Los dos nos acomodamos en la parte de atrás, no sin antes saludar al desconocido chófer con la educación que me caracteriza.

Dante está demasiado cerca, o me da esa sensación. Me pide disculpas y atiende una llamada de teléfono que solo dura diez segundos, los justos para decirle a la persona al otro lado de la línea que está muy ocupado.

—¿Cómo ha salido todo? —me intereso por nuestros negocios, realmente la razón que nos tiene a los dos aquí dentro… O no.

—Perfecto —asegura.

—Eres muy buen actor. Te felicito. —Estoy molesta y ni siquiera sé por qué.

—Es parte de mi trabajo. Tú deberías hacerlo mejor. —Alzo las cejas, resentida—. Esconde mejor la expresión de tu rostro al verme.

*Gucci, me ha pillado. ¿Tanto he abierto la boca? ¿Me he tragado la mosca y ni me he dado cuenta?*

—Disimula el odio que me tienes —sigue.

*¿Odio? Un poco, pero…*

—No te odio. Te agradezco el rescate de Carrington, aunque sí odio que la condición haya sido nuestro futuro matrimonio. —Algo sucede entre nosotros allí dentro, en ese pequeño espacio, en ese momento. La conversación que mantenemos se convierte en un simple trasfondo del tercer acto: ese en el que dos personas sienten una atracción asombrosa pero ninguno lo reconoce ni la entiende.

La simple forma en la que Dante gira el cuello para mirarme hace que mi aliento se contenga porque… sería fácil perderse en esos ojos azules e infinitos capaces de prometer el mundo y… posibilidades inexploradas.

*Glup, glup.*

El coche toma una curva cerrada y, durante un segundo, nuestros muslos se rozan, un contacto leve que enciende una chispa en el aire y todas las células de mi cuerpo celebran (sin mi consentimiento) el roce prohibido. Me quedo paralizada por el calor que se acumula en mi pecho, mis nalgas y mi vientre.

*Madre de Valentino…*

Me permito el lujo de mirarlo y percibo que causo el mismo efecto en él, pondría la mano en el fuego y no me quemaría al jurarlo. Cree que le odio y me asquea, pero… su mano acaricia con levedad mi cintura al colocarse el reloj y yo tiemblo, ardo y me quemo.

—¿Estás preparada para lo que viene? —pregunta en tono bajo.

*¿Qué viene ahora? ¿A qué se refiere?*

*Podíais sellar el contrato con un beso. No sería tan descabellado, vais a casaros.* La voz estridente salta de repente.

—Recuerda que estamos saliendo. —Ladea la boca en una sonrisa perversa y poderosa—. La gente tiene que creer que hay algo entre nosotros.

—Amor —observo.

—Exactamente eso. —Sus pupilas van hasta mis labios, húmedos y expectantes.

—Aunque no sepas ni qué es.

—No estoy despojado de sentimientos. Sé lo que es pero no cabe en mi vida.

—No quieres distracciones.

—Ninguna. —Dante se acerca un poco, unos milímetros, y su aliento acaricia el diminuto espacio que queda entre nosotros, como si estuviera a punto de revelarme un secreto, pero solo ocurre una cosa y es que Dante Wolf se convierte en un imán irresistible que me atrapa sin posibilidad de escape.

# 23

# UN ECO DE ACORDES

## SERENA

Georgetown
Washington D.C.

*Un año y medio antes…*

Con Max todo era extremadamente intenso, lo malo y lo bueno. Nunca sabía qué iba a pasar. A veces estaba arriba y otras abajo, y eso me afectaba, para bien y para mal. La estrella de rock tenía sus luces y sombras. Tras el éxito había una realidad complicada que vivía a diario. Un hombre dulce y atento cuando volvía de sus giras y distante y sombrío cuando estaba lejos. Las despedidas entre nosotros me abrían una herida en el pecho y los días de silencio se hacían eternos. Entendía que su profesión era complicada, que estaba sometido a mucha presión y que su alma libre no soportaba estar encerrada. A pesar de todo esto, no vi las señales de advertencia, o no quise verlas, aunque aquel día saltó la primera alarma.

Estaba recostada en el sofá de nuestro apartamento, con un libro sobre Política Exterior en la mano, estudiando para un examen importante y escuchando música clásica de fondo. Eleanor había salido con un chico que conoció en la biblioteca, me había dejado sola y la cena preparada porque sospechaba que yo no movería un dedo para cocinarme ni unas tiras de *bacon*. Llevaba puestos unos calcetines rojos con una guitarra dibujada en los tobillos que Maximilien me había regalado la última vez que vino a visitarme tras estar varias semanas en un estudio de grabación. Recordé el beso que nos dimos después de reírnos cuando los dos nos los pusimos, porque también trajo un par para él. El tiempo se detenía cuando nuestros labios se encontraban.

Mi teléfono vibró sobre la mesa.

Marco Antonio:
¿Qué hace Cleopatra en este momento?
Marco Antonio la echa de menos.

Leí y sonreí. Tecleé una respuesta.

Yo: Estoy sentada en mi trono.
Anhelándote, Marco Antonio.
¿Y tú?

Marco Antonio:
Conquistando imperios para mi reina.
¿Te apuntas y los tomamos juntos?

Yo: Estás en Miami.
Pilla un poco lejos de Egipto.

Marco Antonio:

Abajo te espera un coche.
No tardes.

El corazón se me aceleró, tiré el libro al suelo y salté por el piso hasta mi dormitorio, me cambié de ropa, me colgué el bolso y me pinté los labios frente al espejo cuyo reflejo me respondió con una sonrisa. Me llevé un chasco cuando no lo encontré dentro del coche, pero la ilusión se acrecentó al llegar al aeropuerto y que me invitaran a subir a la primera clase de un avión comercial que me llevaría a Florida. Las dos horas y media de vuelo se me hicieron eternas, ansiosa por abrazar a Max y oler su cabello. Me encantaba el sabor que dejaba su piel en mis labios cuando lo besaba.

Otro coche me llevó hasta una nave y me planteé si aquello sería un rapto y me quitarían los órganos para venderlos en el mercado negro. Pero no. Tenía mensajes de Max diciéndome que subiera a ese coche. Aunque… ¿podrían haberlo raptado a él y utilizar su móvil para engañarme? Debía dejar de ver películas policiacas y olvidar el miedo de mis padres a que alguien se apoderara de mí y pidiera mucho dinero por el rescate. Casi toda mi vida he estado acompañada por un escolta hasta que con dieciocho años me enfrenté a papá y a mamá y les aseguré que sabía cuidarme sola. Me equivoqué porque con Marco Antonio dejé de pensar en mi bienestar para que él fuera mejor persona y casi me muero (y no hablo de manera figurada).

El complejo era un estudio de grabación, nada de asesinatos ni tráfico de blancas. La banda cantaba detrás de un cristal y me pidieron que tomara asiento en uno de los sillones a unos metros de la mesa de mezclas mientras terminaban. Los miré como una fanática.

A Max se le iluminó el rostro cuando se percató de mi presencia. Se quitó los cascos, soltó el micrófono y cruzó la sala insonorizada para correr hasta mí.

*Tiene un buen día,* pensé y me tranquilicé.

—Cleopatra —exclamó y me abrazó—. Estoy deseando que veas lo que hemos preparado —me contó de repente, sin un hola ni nada parecido, acelerado.

—Me encantaría —respondí dejándome llevar por la energía que emanaba.

—Dale caña, Ricky —le pidió al chico de la mesa con camaradería. Este le dio a varios botones y una música muy melodiosa y lenta rebotó en las paredes y nos envolvió.

—Hemos cambiado el *setlist*. Por ti, Serena —muy pocas veces me llamaba así, solo en ocasiones serias e importantes—. Comenzaremos el concierto con esta canción y… hemos dado pinceladas de pop, incluso hemos mezclado con notas clásicas. —Sonreía de oreja a oreja y movía las manos espasmódicamente.

Me empujó hacia el frente y me abrazó por detrás. ¿Qué estaba tramando? No lo entendía del todo. No me gustó cómo me miraba Brandon, algo me indicaba que aquello, como mínimo, le chirriaba.

—Se llama Ecos de Amor. —Su aliento rozó mi cuello y me estremecí. Por mucho tiempo que pasara, eso no cambiaba.

—Es muy bonita. —La escuché durante unos minutos. Nos besamos cuando finalizó. Max dio un paso hacia atrás y fue a hablar con Lewis al pasillo. Brandon chasqueó con la lengua y salió también con ellos. Lo seguí porque sospechaba que algo no iba bien.

—Brandon, Brandon —lo llamé. Él se detuvo, giró su cuerpo y soltó un suspiro hondo.

—¿Qué pasa? Esa canción será todo un éxito.

—Serena, no me malinterpretes, pero eso no es rock, ni siquiera se le asemeja.

—Es bonita.

—¿Desde cuándo te gusta el rock? Ya, sí. —Chasqueó con los dedos—. Desde que sales con Max. —Dio un paso hacia mí—. No es nuestro estilo. Los fans no verán bien este cambio de registro ni que comencemos un concierto con este tema. ¡Max ha cambiado hasta el *setlist* completo! —Alzó los brazos.

—Puede ser un acierto.

—No lo será, Serena. Max no… —Se corta y calla.

—¿Me estás diciendo que este cambio de registro es por mi culpa?

—Así es. Me caes bien, Cleopatra —me llama por el apodo que utiliza Max—, pero tu influencia no es buena para Iron Skies.

Me dejó parapléjica, digo perpleja. Tan estupefacta que no encontraba el adjetivo adecuado, pero mi cuerpo se quedó inmóvil de cuello para abajo durante unos segundos. ¿Mi influencia era negativa? No entendía nada.

—Ha sido Max el que me ha invitado a venir —me defendí.

—Está enamorado de ti. No ve la realidad.

—Cleopatra, ¿nos vamos? —Max nos interrumpió, me dio un beso en la mejilla y me agarró de la mano hasta que notó mi rostro blanco—. ¿Estás enferma?

—El vuelo.

—¿Quieres descansar?

—No, no, estoy bien.

Max insistió en ir a su suite del hotel a descansar y… hicimos el amor antes de quedarme dormida en una cama *king size* que alguien había hecho a la perfección y que nosotros revolvimos con nuestros besos y caricias. Marco Antonio y Cleopatra tocaron el cielo de Egipto durante más de una hora y media antes de que él desapareciera y ella contara estrellas de una noche que se volvió eterna, y no en el buen sentido.

La habitación estaba sumida en la penumbra de la madrugada, apenas iluminada por la tenue luz que se escabullía por las cortinas. Entreabrí los ojos sintiendo el calor de las sábanas y el suave aroma de Max que aún rondaba por el aire. Un ligero suspiro escapó de mis labios al

recordar la noche apasionada que habíamos compartido. Sin embargo, a medida que enfocaba la realidad de lo ocurrido, noté que algo no cuadraba. Alargué el brazo y Marco Antonio no estaba a mi lado gobernando el reino.

Las sábanas se deslizaron por mi cuerpo como fantasmas cuando me levanté un poco aturdida y puse los pies en el suelo. Abrí la puerta del balcón y el aire cálido de Miami me despertó del todo. Un escalofrío me puso los vellos de punta, no el viento fresco sino un presentimiento.

Me dirigí a la salita porque algo me tiraba hacia ella. Encontré a Max desplomado en el sofá, con la cabeza hacia atrás y los ojos entrecerrados. A su lado, Ryan, uno de los guitarristas, reía a carcajadas sosteniendo a duras penas una bandeja de acero. Me acerqué con cautela, algo me decía que no lo hiciera y lo que vi hizo que me detuviera en seco: un polvo blanco, tan inocente como peligroso, reflejando la poca luz que quedaba en una habitación que se oscureció de repente.

—¿Max? —murmuré.

Él apenas logró girar el cuello y su mirada no fue capaz de focalizarme.

—Oh, se ha levantado la pequeña princesa —farfulló con descuido, como si yo no le importara en absoluto.

Fue la primera vez que ese sentimiento se apoderó de mí, de mi corazón, y lo apretó tanto que lo exprimió y sacó la sangre de él.

—¿En serio, Max? ¿Qué es esto?

—Vamos, Serena, relájate.— Ryan soltó una risa burlona disfrutando del drama que se avecinaba y esnifó una raya.

—No te cortes, Ryan. Como si yo no estuviera delante.

—Solo estamos pasándolo bien. —Abrió la boca y cerró los ojos, listo para comenzar (o seguir) con el viaje.

—¡Esto no es diversión! —bramé con una angustia acuciante retumbando en mi pecho. La mirada de Max me dolía más que la situación. Este se incorporó y se tambaleó.

—No te pongas así, Cleopatra. Marco Antonio no es tu responsabilidad, sino tu aliado. —Solo él entendería su propia broma, yo no le vi la gracia por ninguna parte—. Déjame disfrutar del éxito.

—¡Esto no es disfrutar! —Temblé y señalé la dichosa bandeja y las botellas de vodka vacías tiradas por el suelo—. Por Dios, Max, ¿qué haces? Yo no sabía…

—No sabías ¿qué? No estás a mi lado. Vives en esa biblioteca —me reprochó.

—¡Me labro un futuro! Creía que tú también, pero esto… ¿Es esto lo que buscas para ti?

—¿Y qué si lo es? A veces la vida es más que perseguir sueños. Deberías desconectarte un poco de tu mundo ideal.

Sus palabras me arrebataron el aliento. Me escocían los ojos, pero me obligué a mantener la compostura. Me acerqué a él y le quité la botella que acababa de coger y se llevaba a la boca para darle un lingotazo.

—¡No voy a quedarme sin hacer nada mientras destrozas tu vida! —La dejé sobre la mesa y me encerré en la habitación.

Ahí empezó a rodar la pelota que se hizo más grande conforme pasaban los meses. Me encontré a Brandon una hora después en el *hall* del hotel, con mi bolso de mano colgado de los hombros y cargada con un millón de miedos y dudas.

—¿A esto te referías cuando me dijiste que no era buena para él? —le pregunté con las gafas de sol ocultando mis ojos rojos y tristes.

—No —enfatizó la respuesta con un golpe de cabeza.

—¿También tengo la culpa de que se drogue hasta casi perder el sentido?

—Es un niño, Serena, no sabe cómo manejar lo que sucede y tu ausencia solo aumenta su depresión.

—Lo tiene todo. —No entendía lo que decía.

—No lo conoces. Le falta lo más importante. —Tragué con dificultad esperando que despejara mis dudas—. Pregúntaselo a él si quieres saber de qué se trata.

# 24

# MIRA QUÉ SIENTES AQUÍ

## WOLF

Georgetown
Washington D.C.

*Actualidad…*

No quiero distracciones, de ningún tipo, aunque Serena Carrington se está convirtiendo en una de ellas, en una muy importante, ni el cierre del trato con su padre y la salvación de ese gran imperio me da la euforia que me regala tenerla tan cerca. Sery es una inyección de adrenalina, cocaína pura. Yo, un hombre que ha construido su vida sobre los cimientos del control, en la que cada decisión, cada estrategia y cada interacción se traza con la precisión de un cirujano a la hora de operar, como un ajedrecista moviendo piezas en el tablero. Pero aquí, en el asiento trasero del coche, todo se desmorona con la presencia de ella. Su mirada preocupada y la forma en la que me trata, desafiándome con su habitual aplomo y preguntas y respuestas, plantan semillas que deseo ver crecer.

Serena me hace sentir vulnerable, un sentimiento que odio desde que era pequeño y que además no puedo permitirme. No obstante, la deseo y debo hacer algo al respecto antes de perder el control por completo.

—Por experiencia sé que hay que mantener el rumbo hacia el objetivo y las distracciones lo alejan —le explico deseando soltar el timón del barco y lanzarme por la borda.

La mujer que pronto se convertirá en mi esposa parpadea.

—Estoy completamente de acuerdo. —Serena deslumbra, a pesar de la oscuridad del entorno, sombreado por los cristales tintados de un coche que se me hace demasiado grande para los dos.

—¿Por qué hacer las cosas difíciles cuando en realidad existe la posibilidad de elegir la opción fácil? —Me autoconvenzo, un CEO consumado, de que enredar este asunto con sexo lo complicaría demasiado, a pesar de que mi deseo por ella me arrastra hasta el infierno.

El coche se detiene al igual que mis instintos animales y me aparto un palmo de ella. Escucho un suspiro salir de su boca y salgo del coche en el que noto que el oxígeno se acaba. Extiendo el brazo y ella me toma de la mano. Es ahí, en ese lugar exacto de nuestra unión cuando se reproduce en mí una mezcla de deseo exasperado y respeto inquebrantable.

—Vamos a mostrarnos a la sociedad de Washington, señora Wolf.

—No pienso cambiarme el apellido —apostilla caminando con las palmas entrelazadas.

—Eso habrá que discutirlo.

—Haberlo incluido en el contrato. Perdió la oportunidad, señor Wolf. No lo preveo.

—El discípulo ha superado al maestro. —Le hago una reverencia antes de entrar en el restaurante, obnubilado por su inteligencia.

No pasamos desapercibidos, nunca lo hago, y estoy seguro de que ella tampoco, pero además, entrar en un local de la mano, atrae todas las miradas. Tomamos asiento en una mesa al fondo, apartados del resto y trato de hacerle comprender la trascendencia de lo que hemos pactado.

—Vamos a casarnos, Serena, deben vernos juntos y…

—Nos están viendo —contesta contrariada, las mejillas sonrosadas y el calor de mi piel pegado al de ella. Yo tengo el suyo soldado al mío y…

*Céntrate, Wolf.*

—Me refiero a una manera más continúa. Ambos estamos muy ocupados, pero debemos encontrar tiempo. Nos hemos enamorado.

—Jamás podría enamorarme de alguien como tú. —Eso me duele—. Su inteligencia emocional es igual a la de un niño de tres años. —Dardo envenenado.

—No me conoces.

—Ni quiero hacerlo. Te agradezco de nuevo que encumbres la compañía de mi familia, pero ahí está la clave, solo te importan los negocios. ¿Por qué te divorciaste?

Me sorprende su pregunta.

—No te incumbe. —Cojo la carta, una cartulina gris con ribetes plateados y la observo, como si el nuevo tema no me afectara.

—Vamos a casarnos. Quiero saber por qué se divorció mi marido de su anterior esposa.

*Pocas personas lo saben. En realidad, solo Dom conoce la verdadera razón.*

—Nuestras vidas tomaron caminos diferentes. —Llamo al camarero y pedimos pescado. Serena sigue mirándome fijamente—. No te ha valido mi respuesta. —Niega—. No te he mentido, pero no necesitas saber más. Lee la prensa.

—Ya lo he hecho y tu vida privada es todo un misterio. ¿Cómo se llama tu madre? —Dejo de masticar la lubina durante unos segundos, trago y bebo un sorbo de agua.

—Arya. La conocerás dentro de dos semanas.

—¿Vendrá a Washington?

—Has hecho bien tu trabajo. —Me doy cuenta de que sabe dónde vive—. Iremos nosotros a Londres.

—No puedo marcharme en dos semanas. Dentro de veinte días tengo un examen importante.

—Bien, viajaremos cuando finalices con tus obligaciones estudiantiles.

—¿Obligaciones estudiantiles? —Alza las cejas, tira el paño de tela que puso sobre su regazo

cuando tomamos asiento sobre la mesa y se levanta—. Es mi futuro, y creo que me merezco un poco de respeto por tu parte después de todo lo que me estoy jugando por mi familia. Ya no soy una niña, no me trates como tal. Vamos a casarnos por conveniencia, no obstante, trátame de igual a igual, porque los dos sacamos algo de esto, aunque aún no sé qué hay detrás de tu condición. —Aprieto la mandíbula—. No soy idiota. Sé que alguien como tú no va salvando empresas si no saca una gran tajada de ello. Me parece perfecto, pero no me hables como si mi vida no fuera importante. —Se gira y recorre la sala hasta la salida.

—Joder… —yo también recojo la servilleta, la dejo sobre la mesa y voy tras ella. La alcanzo antes de que suba al coche—. Serena, Serena. —Se gira y me mira con las pupilas dilatadas—. Lo lamento. No quería que sonara así.

—Eres bastante maleducado para ser inglés. Comienzo a sospechar que tu procedencia solo sea un absurdo cuento que inventaste para encajar en una sociedad para la que no estabas preparado —argumenta sin trasfondo ninguno.

Creí que el almuerzo transcurriría sin más complicaciones. Yo le pido a Serena que se comporte como mi futura esposa, ella acepta y charlamos sobre negocios, pero las cosas con ella, ya me he percatado, nunca salen como planeo. Me frustra que piense eso de mí.

*Esta mujer está loca. No la he insultado.*

—¿Maleducado? —Arqueo una ceja—. Te recuerdo que no me he presentado ante ti como el modelo de cortesía. He sido honesto contigo desde el principio. Sin más pretensiones que la que hemos firmado en el contrato.

—Honestidad lo llamas tú. Yo lo denomino falta de respeto. —Cruza los brazos con desdén —. Es una pena que intentes dar la impresión de un hombre de negocios, cuando la realidad es que eres un arrogante.

Sus palabras me hacen gracia y sonrío. A ella esto la saca más de quicio aunque trate de esconderlo.

—¿Arrogante? Te recuerdo que tú no eres precisamente la más sutil de las personas, Serena. Quizás deberías considerar cómo esa impulsividad tuya arruinará ese futuro que deseas. Deberías ser más cuidadosa, más… refinada. Perteneces a la alta sociedad, no vas a moverte en el patio de recreo de un colegio.

El chófer, de pie junto a nosotros, no evita mirar con curiosidad la conversación que se desarrolla ante él, asombrado por la tensión que se crea entre nosotros y que se eleva a niveles sorprendentes.

—¡Refinada! Oh, por favor, mi familia no gastó una fortuna para que yo me comportara como una muñeca de porcelana. La educación que me dieron fue para abrir mi mente, no para utilizarla como una jaula decorativa —responde con pasión y eso me calienta por dentro. Admiro que no menosprecie la libertad que le ha supuesto nacer donde ha nacido y que la valore tanto.

—Pero quizás deberías mostrar un poco más de autocontrol en lugar de dejarte llevar por tus arrebatos —comento quizá con un tono más hiriente de lo que pretendía—. Es cierto que mi

educación fue diferente a la tuya, no tuve tanta suerte. —Respiro y trato de controlarme—. No se trata solo de apariencia, Serena, se trata de saber cuándo hablar y cuándo callar.

—¡Sé hacerlo! —chilla.

—¿En serio? Porque parece que solo sabes gritar y hacer que tu opinión sea la única que importa —argumento soltando una risa sarcástica—. Supongo que eso es lo que sucede cuando te dan todo en una bandeja de plata, pero no te enseñan humildad.

La irritación comienza a burbujear en su interior y sé que quiere saltar sobre mí, dar de lado todas las normas del *dress code* y arrearme una buena bofetada que, tal vez, merezca.

—Deberías practicar un poco de humildad tú también. No todo en la vida es un ejercicio de control o una estrategia de negocios. Las conexiones humanas requieren autenticidad y a veces significa ser un poco desordenado.

La batalla de voluntades que preveía inevitable empieza un día cualquiera a mediodía. Cambio a modo CEO y le propongo:

—Ha llegado el momento de considerar nuestras diferencias y que comprendamos que no todo se resuelve mediante la lógica.

—No es solo una cuestión de lógica. Se trata de abrirse y dejar caer un poco esa fachada de hombre de negocios inquebrantable. —Entra en el coche, el chófer me mira preguntándome en silencio si cierra la puerta. Asiento, respiro y me acomodo en la parte del copiloto, lejos de esa mujer que no desea, con total seguridad, tener a un cretino como yo cerca.

# 25

# DOBLE E INESPERADA CELEBRACIÓN

## SERENA

Downtown
Washington D.C.

*Actualidad…*

—No deja de sorprenderme tu relación con El Inglés —comenta Eleanor en el porche de la mansión de mis padres, un imponente símbolo de la vieja aristocracia de Washington. Las luces de la inminente fiesta se burlan de las sombras de mis verdaderas intenciones.

Va preciosa con un vestido negro que nunca pasa de moda, con un corsé de corte ajustado y cuentas de pedrería en los tirantes. Zapatos de punta en negro mate y un maquillaje audaz, labial rojo intenso y el cabello con suaves ondas.

Hemos venido en el coche con Wolf. Ha ido a recogernos al apartamento y nos ha traído aquí, por supuesto, recreando la obra de teatro en su décimo acto. Me ha besado en la mejilla en la calle junto al coche y me ha tratado como si de verdad estuviéramos saliendo, incluso ha elogiado mi elegancia y mi belleza.

—Se llama Dante —la corrijo. Yo llevo un vestido de seda en un tono borgoña profundo, de corte sirena y escote en forma de corazón con detalles de encaje negro que se extiende desde la parte superior hasta la cintura, unos zapatos de tacón alto en negro de charol y maquillaje sutil, labial *nude* y un ahumado suave en los ojos para resaltar mi mirada. Pendientes de diamante en forma de lágrima y el cabello recogido en un moño bajo con algunas hebras sueltas.

—También me parece increíble que te dirijas a él por su nombre de pila. —Ellie lo observa, a varios metros de nosotras, atendiendo una llamada. Los coches de lujo de los invitados van llegando y los *valet* los recogen y los aparcan—. Cuando te acuestas con él ¿lo llamas señor Wolf? —Sonríe, malévola. Pongo los ojos en blanco—. No sé cuándo vais a romper el hielo. ¿Desde cuándo tienes que casarte con alguien para acostarte con él? Con Max todo fue más sencillo.

—Con Max nada fue sencillo —la corrijo.

—Cierto. Lo siento. Solo quiero saber por qué aún no ha ocurrido.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Porque me lo habrías contado —susurra cuando pasan por nuestro lado dos parejas a las que saludamos con cortesía.

—Vamos despacio. Hay mucho en juego entre nuestras familias.

—Un buen polvo no terminaría con vuestros imperios.

—Shhhhh… —la mando callar—. Van a escucharnos.

—Aquí todos están demasiado ocupados buscando futuros acuerdos. No van a entretenerse con dos chicas de universidad, aunque nuestros apellidos les llame la atención. —Sonreímos y damos la bienvenida a unos antiguos amigos de nuestras familias—. Me lo contarás cuando ocurra.

—Ya sabes que sí.

—¿Con quién estará hablando? —Mi amiga saca su vena de detective privado—. Parece feliz.

Encojo los hombros y lo observo. Eleanor lleva razón. Dante ha relajado las facciones de su rostro, sonríe antes de colgar y… Frunce el ceño un segundo antes de volver dónde estamos.

Wolf llega hasta nosotras y nos pide disculpas por su ausencia. Entramos en la casa y el paisaje familiar que me ha rodeado durante toda la vida se despliega ante nosotros.

—¿Estás lista para esto? —cuestiona.

—Tranquilo. Es mi casa. No voy a montar un numerito. —Recuerdo lo que pasó la última vez que estuvimos juntos, hace unos días, y cómo me tachó de ser una malcriada chillona.

—Eso espero. —Me sostiene por la cintura cuando cruzamos el vestíbulo y llegamos al salón principal. He de ser sincera y admito que la idea de contarles a mis padres que salgo con la persona que está salvando el imperio Carrington me hace sentir como si estuviera cruzando un campo minado. No tengo ni idea de cómo se lo van a tomar. Piso una mina y me quedo sin piernas en cualquier momento.

*No mezcles los negocios con el placer.*

*Aquí no hay placer en absoluto.*

—Voy a buscar a tu madre. Tenemos que hablar de la fiesta de beneficencia. —Eleanor se aleja y nos deja a solas. Durante unos minutos, Wolf y yo nos dedicamos a saludar y charlar con los presentes de manera separada. La velada trascurre en un ambiente de politeísmo y risas superficiales. Veo a mis padres socializar con los invitados. Despliegan su encanto característico mientras Dante y yo nos buscamos con la mirada, nos acercamos y nos convertimos en actores dignos de dos Oscar de la Academia.

—Serena. —Mi madre llega de improviso con una sonrisa radiante, una copa de champán en una mano con su vestido beis y brillo de Valentino, largo, de cuello redondo y ajustado al cuerpo —. Has llegado muy tarde. Los invitados se preguntaban dónde estaba la hija predilecta.

—Hola, mamá. —Nos damos un pequeño beso—. ¿Qué tal va todo?

—De maravilla —susurra—. Y todo gracias a… —Se dirige a Dante—. Dante Wolf. —Alza la copa—. Brindo por usted. —Le da un sorbo y sonríe de felicidad. No ve relevante que yo esté al lado de El Inglés ni que me arrime unos centímetros a su cuerpo porque, me cuesta reconocerlo, su presencia me da un extraño sentido de seguridad ante tanta gente y la noticia que

tenemos que dar.

Wolf habla con aplomo con mi madre, la adula sin pasarse y hasta bromean sobre el futuro de la fusión. Papá también llega para abrazarme, me felicita por lo guapa que estoy y da un apretón de manos a mi futuro marido de pega.

*¿Nadie ve raro este encuentro?*

George Carrington, como buen anfitrión, brinda ante los invitados con la copa en alza y da un pequeño discurso sobre el valor de la unión de las empresas y en concreto de la fusión de Wolf y Carrington, con el que celebra el negocio. Todos aplauden y brindan a la vez al finalizar la exposición.

—George, ¿podemos hablar en privado? —Dante da el primer paso.

—Dante, disfruta de la fiesta, de la celebración, es en tu honor. No es momento para hablar de negocios —le pide.

—Insisto. Se trata de algo más que de negocios.

—En ese caso, vayamos a mi despacho. —Mira a mi madre y a mí—. Disculpadnos. Solo será un momento.

—También quiero hablar con ellas. Por favor, vayamos todos a un lugar más tranquilo.

Camino por inercia, a punto de caer de bruces contra el suelo, sudo, respiro con dificultad, las manos perladas en sudor.

# 26

# DISIMULA, SERENA

## SERENA

Downtown
Washington D.C.

*Actualidad…*

El momento de la verdad aparente ha llegado. Vamos a decirle a mis padres que estamos juntos. Me aprieto las manos contra los muslos y miro a Dante, ya dentro de un despacho en el que corría de pequeña a abrazar a mi padre que trabajaba incansable.

*Se lo debo,* me digo, *a él y a la familia,* para autoconvencerme de que hago lo correcto.

Wolf asiente, preparado para actuar. La conversación sucederá con la música de la fiesta amortiguada por las paredes que nos rodean.

—¿Cuál es el problema? —Mi padre sospecha de que algo ocurre.

—Ninguno, o eso esperamos. —El Inglés se pega a mí y me rodea la cintura con un brazo ante el rostro desconcertado de mis padres—. Serena y yo queremos compartir con vosotros nuestra nueva situación…

*¿Nueva situación? Buena forma de describirlo.*

Mi madre achina los ojos y me los clava en evidente solicitud de una explicación por mi parte.

—Mamá, papá… Dante y yo estamos saliendo juntos —acierto a decir.

El silencio más absoluto se apodera de la habitación, la tensión podría cortarse con un cuchillo. Mis padres intercambian miradas y tratan de procesar la información. Quiero creer que la noticia los hace felices, pero sus ojos me dicen lo contrario.

—¿Serena, qué dices? Estamos fusionando las empresas con Dante Wolf.

Asiento y me enderezo.

—Lo sé, papá. Nos hemos estado conociendo y… No esperaba que esto sucediera —me excuso.

—No puedo decir que no sea inesperado —mi madre interviene convenientemente—. Seguro que Dante ha pensado en las consecuencias. —Hay un atisbo de desaprobación en su tono.

—Señora Carrington, sé a qué se refiere, pero mi intención para con su hija es totalmente honesta. Mi propósito es que nos casemos lo antes posible.

Mi padre frunce el ceño y da un pequeño paso hacia delante. Mamá lo detiene con su mano sobre los hombros, calmándolo como solo ella sabe hacerlo.

—Vamos a escucharlos, George —le pide.

—Mezclar los negocios con lo personal no es buena idea —asegura y revela lo que me figuraba que diría.

—Entiendo su preocupación, George. Sin embargo, lo que siento por Serena es auténtico y trasciende las circunstancias de nuestras empresas. Mi intención es cuidarla y respetarla.

*Lo que siente por mí… El Inglés no está interesado en el amor.*

Papá lo piensa, lo madura, pregunta en silencio a mi madre, que da su beneplácito y lo convence. Solo entonces se acerca a él y le ofrece la mano para que se la estreche.

—Dante, bienvenido a nuestra familia. Espero que sepas valorar a mi hija. Es mi bien más preciado. —Sellan otro pacto, este el del amor fingido, uno de mentira que quizá conlleven consecuencias que ni nosotros sospechamos.

—¿Puedo pedirle oficialmente su mano? —Se me ponen los vellos de punta, y no de placer. Me ahogo un poco y debo disimular bien. Dibujo una sonrisa en mi rostro.

*Eso, como si esto me entusiasmara.*

—Por supuesto, pero no soy yo quién debe aceptarla. —Todos esperan mi reacción, mientras yo boqueo como un pez globo.

—Eh… ¡Sí! —canto como un gato al que han pisado la cola—. Estoy deseando casarme con Dante. —Me pego a él y pongo mi mejilla contra su hombro.

—Que seáis felices. Es lo que realmente importa. —Mi madre sonríe y me da un abrazo.

*Serena, finge que esto te hace muy feliz.*

—Gracias —musito en su oído.

Salimos del despacho detrás de mis padres, agarrados de la mano, con la conversación retumbando en mi cerebro porque su trasfondo tiene un sabor agridulce de promesas falsas que me entristece. Ahora, en el umbral del salón, ante todos los invitados, me aferro a la mano de mi futuro marido como si lo amara de verdad.

—¿Vamos? —me anima.

Trago y respiro hondo, con mis mejillas caldeadas, porque después de esto sí que no habrá vuelta atrás.

—Vamos —me arengo.

Intento transmitir a todos los que nos miran la confianza que no siento en el interior y el enamoramiento que no existe. Los murmullos comienzan a subir de tono cuando se percatan de lo que sucede.

—¡Atención todos! Tengo un anuncio muy importante que hacer —la voz de papá se alza entre los invitados—. Esta noche es especial en todos los sentidos. Como sabéis estamos aquí

celebrando la unión de nuestros imperios, pero también otra clase de unión. Serena… —pronuncia mi nombre con orgullo—. Mi hija va a casarse con Dante Wolf y es un placer para mí anunciarlo en mi propia casa, acompañado de familiares y amigos. —Los aplausos estallan como un trueno mientras a mí me falta el aire, suelto la mano a Dante y me aprieto el pecho.

—¡Enhorabuena! —exclaman. Alguien viene hasta Dante y le aprieta la mano con firmeza—. Eres un hombre afortunado. Serena es una joya.

—Lo sé —responde él, y escucho en su voz un matiz genuino, como si realmente sintiera lo que dice.

La teatralización funciona, sin embargo, yo empiezo a ver estrellitas.

—Voy… Voy… —Trago con dificultad—. Vuelvo enseguida. —Me apresuro por un pasillo que da al patio trasero después de cruzar la cocina en la que hay como ocho personas trabajando y salgo a respirar aire fresco.

Me agacho y me revuelvo bajo los árboles frente a una fuente y dos bancos de hierro que la flanquean.

—Serena. —Dante hace acto de presencia—. Serena, ¿te encuentras bien? —Llega a mi lado.

—No… —Hincho el pecho—. No tienes que fingir que te importo. Nadie nos ve ahora.

—¿Por qué eres tan insufrible? Claro que me importas.

Me incorporo, ya un poco recuperada.

—Yo… Yo… —Respiro de nuevo—. Eso no ha estado bien. Estamos mintiendo a todos, estoy mintiendo a mi familia y amigos.

—Estamos cumpliendo un trato. Yo he hecho mi parte, espero que hagas la tuya.

—Un maldito teatro.

—Llámalo como quieras, Serena. Sabías a lo que te exponías.

—No creía… No había pensado que me sentiría tan mal.

—Siento que sea así… —Agacha el mentón unos milímetros y… me acaricia la mejilla. Me deja petrificada—. Mereces ser feliz. Haré lo que esté en mi mano para que así sea. —Durante un segundo lo miro de otra manera, lo veo como el hombre increíble que es y…

—¡Sery! ¡¡Serena!! ¡¡Chica Glam!! —grita Eleanor a unos pasos—. ¡Oh! Siento interrumpir a los tortolitos —ironiza—. ¿Estabas prometida y no me lo habías dicho? —Camina hacia nosotros a grandes zancadas pero con elegancia—. ¿El futuro marido puede dejarnos solas?

—Serena. —Dante me pide permiso.

—Estoy bien. Vuelve dentro. En unos minutos nos vemos. —Wolf me da un beso en la mejilla y se marcha.

—Me estás engañando y si lo sigues haciendo, no te lo perdonaré nunca, jamás —afianza con un golpe de mano, y me percato del anillo de mariposa que lleva en un dedo y que yo le regalé —. Perderás a tu mejor amiga. Me perderás. Lo juro.

# 27

# EL AMOR NO DUELE

## SERENA

Georgetown
Washington D.C.

*Un año y cinco meses antes…*

Hacía un mes que no veía a Max, desde lo sucedido en el hotel en Miami. Ni siquiera había hablado por teléfono con él, ni un mensaje ni una señal que me dijera que lo nuestro no había acabado. Pasaba las noches en vela, lloraba y me preguntaba qué sería de él y cómo no había visto lo que realmente estaba sucediendo. Claro que vivíamos alejados y nos veíamos solo cuando podíamos. ¿Estaría en su casa en Alabama? Su madre vivía allí, en un pueblo pequeño rodeado de montañas y apartada del mundo. Poco más me habló de su familia y yo no preguntaba, aunque me hubiese gustado conocerla. Nunca me había invitado a su hogar, al menos hasta aquel momento. Yo lo respetaba porque su día a día era bastante intenso y ajetreado. Pero no, esto no era una razón para drogarse, emborracharse y perder el sentido. Yo estaba sometida a mucha presión, pertenecer a la familia Carrington me daba una responsabilidad que no había pedido, pero con la que lidiaba desde el día de mi nacimiento y los continuos ataques de la prensa y de la alta sociedad de Washington, como todo lo que se esperaba de mí, no me empujaban a caer en un pozo de agonía. Nunca me había gustado hacerme la víctima, porque además no lo era. Me sentía una privilegiada y daba las gracias por ello.

Miraba por la ventana de mi dormitorio buscando formas en las nubes grises del color de mi estado de ánimo. Las horas seguían estancadas en el reloj, solo se deslizaban muy lentamente, me desesperaba. El dolor se había acumulado hasta en mis venas y a veces sentía que iban a explotar rememorando las imágenes de Max tirado en ese sofá con los ojos perdidos en algún lugar muy lejos de nuestro universo.

Una leve explosión interrumpió mis pensamientos derrotistas y fui hasta el salón. Había café por todas partes, incluido el techo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Eleanor limpiaba con un trapo la encimera y cargaba ropa con la otra mano. Refunfuñaba algo sobre la cantidad de enseres tirados por toda la casa.

—Vivimos en un estercolero. Voy a tener que llamar a Jennifer —hablaba de la asistenta que venía una vez a la semana.

—Pero… ¿estás bien? ¿Te has quemado?

—¡Vamos, Serena! —dijo con mal humor—. No puedes quedarte aquí encerrada para siempre y además ir dejando las cosas por ahí tiradas. Nunca has sido así.

—Yo…

Me miró de arriba abajo.

—La clase de hoy es muy importante y puede ser justo lo que necesitas. —Vino hasta mí y me puso el montón de ropa sobre el regazo—. ¿Desde cuándo está entre tus prioridades un niñato que se droga y no tu futuro? No admito ninguna excusa. No te duele la cabeza, no va a bajarte la regla porque aún no nos toca y no tienes gripe. Quítate ese pijama y lávalo, por cierto, huele a fruta pasada. Se acabó. No soporto más esa desidia a la que te has agarrado.

—Perdona si estoy pasando por un mal momento. —Me enfurruñé.

Eleanor se acercó con su pantalón mezcla de colores, una camiseta blanca de algodón y una chaqueta de corte moderno rosa, y me clavó su mirada oscura.

—He estado escuchándote llorar todas las noches. Te he dejado hacer, pero tienes que cerrar este capítulo. Max no es el fin del mundo.

—Lo sé, lo sé, pero… —suspiré—. La forma en que se despidió, como si no le importara, me dolió más de lo que pensé.

—Lo que pasó fue un desastre, sí, pero es su vida, no la tuya.

Tenía razón, era hora de empezar a sanar. Me pasé las manos por el rostro y sacudí mi tristeza.

—Voy a cambiarme.

—Y date una ducha, por favor. O nadie querrá sentarse a nuestro lado en clase.

A mi malestar se unía el cálido día de otoño. Las hojas formaban alfombras en el suelo y olía a chocolate caliente de las cafeterías de la avenida que recorríamos. Me puse un vestido de algodón en un tono claro, con caída en el tejido, escote cuadrado y adornado con pequeños detalles florales y mangas de tres cuartos. Para abrigarme, elegí un suéter de punto grueso en color crema sobre mis hombros y unas botas de cowboy de color camel.

—No puedo creer que hoy tengamos clase con el profesor Sinclair. He oído tantas cosas buenas sobre él… —Ellie se enamoró de Pierce antes incluso de conocerlo en persona y que nos diera clases y ese día no me percaté de ello—. Dicen que tiene un enfoque riguroso del derecho internacional y las relaciones internacionales. Como si él mismo escribiera los tratados y normas.

—Sí… Supongo… —Yo le seguía la corriente sin meterme en ella, intentando que no notara que continuaba pensando en Max y en cómo ayudarle.

—Tiene una capacidad impresionante para conectar los puntos entre la teoría y la realidad. —Pegó su boca a mi cabeza—. Se rumorea que ha trabajado para la CIA.

Y de pronto, todo se detuvo, pegué los pies sobre el acerado y Eleanor se fue apartando de mí sin soltar su discurso sobre un nuevo profesor joven que nos daba una asignatura aquel trimestre y al que todo el alumnado idolatraba. Pero yo me mudé a Marte cuando vi a Max junto a un coche antiguo, bonito y brillante, de un rojo muy intenso que capturaba las miradas de los chicos que por allí paseaban. Pero yo solo tenía ojos para él, para ese chico de aire desganado, cabello castaño alborotado, vaqueros desgastados, una cadena plateada alrededor de su cuello, varios anillos en sus dedos y pulseras de metal y cuero en las muñecas, su chaqueta de cuero habitual y una sonrisa torcida que dibujó en su rostro cuando me vio. Se incorporó del capó en el que estaba

apoyado y caminó hasta mí desafiando la gravedad de las miradas que se volvían hacia nosotros.

Eleanor por fin se calló y dio la vuelta para ser testigo de aquella escena.

—Serena, no —me ordenó mi amiga. Y se interpuso en el camino del roquero—. Tú, Marco Antonio de pacotilla, vuelve a tu nido y deja a Serena en paz —advirtió—. Bastante daño le has hecho ya.

—Eleanor, lo lamento. Pero tengo que hablar con ella —le explicó mirando a través de unas gafas de sol *Ray-ban* negras cuadradas típicas.

—Ellie, está bien —rogué a mi amiga que no se metiera.

Le salió fuego por las orejas, bufó, dio una patadita al suelo y se marchó hacia el interior del edificio con paso ligero, no sin antes echarle una mirada de esas que matan en sentido figurado.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando se acercó y su olor impactó en cada célula de mi cuerpo. Los estudiantes se giraban cuando reparaban en quién se trataba y murmuraban a nuestras espaldas, intrigados por la presencia del famoso músico en el campus.

—Serena —musitó Max en un espacio solo para nosotros dos.

—¿Qué haces aquí? —El nudo de mi estómago se hacía más grande y la ansiedad me asfixiaba.

—Vine a… disculparme. —Su voz se deslizó entre murmullos—. No podía seguir sin hablar contigo. Te quiero, Serena. No debí actuar así en Miami. Solo… A veces me siento atrapado…

—Creí que yo te importaba… —respondí, defendiéndome, dolida y enfadada.

—Me importas más de lo que puedo expresar. No… —Se rascó el cuello—. No se me da bien expresar mis sentimientos. —Dio un paso hacia delante—. No supe manejar mis demonios. Me duele haberte hecho daño. Lo siento.

—Que no sepas manejarlos es lo de menos. Todos tenemos demonios de alguna clase. Lo que me preocupa es que no hagas nada para echarlos.

—Solo me… Solo lo hago de vez en cuando. —La mierda de excusa podía habérsela ahorrado.

—Eso no justifica que lo hagas ni cómo me trataste, Max. No te reconocí en la conducta de esa persona.

—¿Y qué pasa ahora? —Se humedeció los labios. Olía a miedo.

—No lo sé. Tengo clase. —Di un paso hacia un lado tratando de marcharme, pero él no había recorrido miles de kilómetros para mantener una charla de dos minutos, aceptar que me había decepcionado y largarse. Me agarró por la cintura y comprendí que no estábamos solos en aquella plaza y que decenas de espectadores nos rodeaban.

—Déjame demostrarte que soy esa persona que conociste. —Pegó su nariz a la mía—. Quiero

demostrarte que puedo ser mejor, que seré lo mejor para ti. Serena…, te amo, y… no soy nada sin ti… —Su aliento se mezcló con el mío.

—Max… —En mi interior, en esas venas cargadas de sangre, luchaban el yin y el yan. Una voz me decía que me alejara de él y de los problemas. La otra me recordaba cuánto lo amaba y cómo me hacía sentir ese chico aterrado.

—Por favor, dame una oportunidad —interrumpió y su desesperación me ablandó el corazón —. Déjame mostrarte que vale la pena arriesgarse otra vez.

Respiré varias veces y me dejé llevar por el amor que sentía por él. No me apiadé de él, en absoluto, pero algo en mí me obligaba a ayudar a la persona que amaba y a no dejarla sola ante una desdicha porque de eso se trataba. Max se aventuraba en una desgracia que él mismo no veía.

—Yo también te quiero, pero eso… esa vida… no quiero tener nada que ver con eso. Yo no…

—No volverá a ocurrir. Estoy limpio desde entonces. Te lo prometo. Puedes llamar a Brandon y preguntarle…

—No… no es necesario. Prefiero confiar en ti…

Y Max me prometió la luna junto a un Cadillac Eldorado de mil novecientos setenta y siete, como después me contó, que había comprado hacía dos semanas porque le recordaba a nuestro amor, con aletas traseras prominentes que le daban aire de grandeza y dos faros traseros que parecían joyas inalcanzables, como yo. Y me creí su promesa, porque cuando elegimos amar (si puede elegirse) decidimos también confiar en la otra persona (no hay otra manera de hacerlo), en su sinceridad y sus palabras, aunque esa confianza pueda convertirse en ocasiones en un arma de doble filo, una muy afilada y cortante. El amor nos hace vulnerables y construye castillos de arena con granos de esperanzas y anhelos. Y el deseo de que la edificación no se desplome, lo vemos bajo la luz favorable de un sol radiante, ignorando las flaquezas y errores, colocándonos en los ojos una venda invisible. Yo la anudé alrededor de mi cabeza, hice el nudo y me olvidé de ella. Idealicé a un chico que tenía una jugada con la que ganar la partida, pero que se negó a triunfar y tiró las cartas a la basura.

# 28

# ESCENA DECIMO NOVENA

## SERENA

Sobrevolando el Atlántico
Washington-Londres

*Actualidad…*

Nos casamos en una semana, se dice pronto, hemos retrasado el viaje a Londres por mis estudios y, tras finalizar el máster, nos disponemos a seguir con este circo. Todo ha sido correcto entre nosotros, muy correcto, nos hemos visto poco porque Dante ha viajado por negocios y yo he pasado quince horas al día delante de mi ordenador, libros y apuntes. Dos almuerzos, un desayuno y dos paseos por el parque, en esto se ha basado nuestra relación las últimas semanas. Nada relevante que contar al respecto. Conversaciones insulsas sobre mis estudios, sus viajes y me ha explicado con precisión, eso sí, la táctica y el procedimiento que está siguiendo en la fusión de nuestras empresas.

He cumplido mi promesa, así lo firmamos en un contrato que me llevará a dar el *Sí, quiero* dentro de siete días en un lugar que desconozco de Londres, porque Dante le ha pedido a su madre que se haga cargo de ello. Eleanor sospecha que algo no va bien desde la noche que anunciamos nuestro compromiso y, aunque me amenazó con dejar de hablarme para siempre, marcharse del apartamento y llevarse con ella todos mis Lagerfeld si no le decía la verdad, le mentí porque así lo había prometido y acordado. ¿Qué pasaría si no cumpliera las cláusulas del acuerdo? Podría comprobarlo, pero echarme sobre los hombros la estabilidad del imperio de mi familia conlleva no hacer ninguna tontería.

*¿Casarte sin amor no es una tontería?*

Acallo mi vocecita y no le explico la importancia de este matrimonio de conveniencia porque ya me parece cansino y pesado. Me ha preguntado muchas veces si nos hemos acostado y he salido con el cuento de que prefiero esperar a después de la boda porque lo nuestro es especial y quiero que lo siga siendo. No entiendo cómo me ha creído.

Wolf escribe en su ordenador y yo chateo con Eleanor y le cuento las maravillas de estar enamorada (emoji mirando hacia un lado). Mentir a todos está siendo complicado, mentirle a mi amiga se ha convertido en una misión digna de la mejor espía. Se me rompe el alma cuando me habla de lo maravillosa que va a ser mi boda y la ilusión que ha derrochado ayudándome a prepararla, acompañándome a comprar el vestido y enviando las invitaciones.

Ellie: Estoy deseando viajar a Londres.
Dime que no se te ha olvidado el vestido.

Yo: Lo llevo. Claro que lo llevo.
¿Cómo piensas que se me podría olvidar?
¡Voy a casarme!

Ellie: Aún no me lo creo.
Hasta que no te vea en el altar…
¡Gracias por pedirme que sea tu Dama de Honor!

Yo: Mis otras amigas tenían otros compromisos ese día.

Ellie: Muy graciosa.
¿Ya estás nerviosa?

Yo: Un poco.

Estoy muy nerviosa, pero no por lo que ella cree. En ese instante, la tripulante de cabina sale del camarote y se acerca a Dante ante mi incertidumbre y mis temores sobre cómo va a salir esto.

Mi futuro maridito se aferra a su laptop, donde revisa no sé qué cosas desde hace dos horas y pasa de mí, atrapada en este cacharro de superlujo con el hombre más atractivo de la faz de la tierra.

Al otro lado del pasillo, Charlotte, la tripulante de cabina que nos ha dado la bienvenida, se mueve con una confianza que me chirría. La he oído hablar con el Comandante antes de despegar y las miradas furtivas y las sonrisas que se cruzaron Dante y ella hace un rato me ponen en alerta. No había reparado en ello, pero al verla acercarse a él con esa familiaridad desinhibida, mi olfato se agranda.

*¿Y qué me importa?*

*Por lo visto, me importa.*

—Señor Wolf, pronto aterrizaremos. ¿Necesita algo? —le pregunta pasando justo por delante de él, ajena a mi presencia, como si yo no existiera, con tono melódico y sumiso y un parpadeo que me hace rechinar los dientes.

*No estoy celosa. Solo trato de comprender la falta de respeto por su parte ante mí, su futura esposa.* Me autoconvenzo.

—No, gracias, Charlotte. Estoy bien —responde sin levantar la vista de la pantalla—. Pero mi prometida necesita una manta. —A mí sí me mira y me sorprende que sepa lo que quiero. Tengo algo de frío y mucho sueño. Bostezar reiterada veces le ha debido de alertar.

—Por supuesto. —La chica abre un compartimento y saca una manta gris y me la da.

—Gracias. —Me cubro con ella y cierro los ojos, como si fuera capaz de dormirme ante mis sospechas con fundamento, porque la chica se inclina sobre él con un tipo de intimidad que me parece inaceptable.

No, no tengo los ojos cerrados. Disimulo que los tengo. Eso sí.

Charlotte ríe de algo que Dante ha dicho y esto es más que suficiente para que el veneno me corroa por dentro. Una parte de mí desea lanzarse sobre ella y tirarla del avión, pero me contengo, porque a mí no me gusta Dante.

*Eso, no te gusta ni un poquito.*

Charlotte se aleja y mi pecho se contrae con un suspiro de alivio. Pero no es suficiente para calmarme. El cielo se va oscureciendo mientras el horizonte se convierte en una franja de luces de una ciudad que debería simbolizar el cierre de nuestro trato, a partir del cual comenzará la cuenta atrás de dos años para que finalice.

*Cállate, no le digas nada. No es de tu incumbencia.*

*Claro que lo es.*

Cuando el avión comienza a descender, no puedo más. Necesito desahogar mi frustración.

—¿Qué hay entre tú y Charlotte? —Imposible contenerme. Tendría que volver a nacer. La acidez corroe mi estómago.

—Creí que estabas dormida —dice con desdén.

—Eso intentaba, pero sus risitas no me lo han permitido.

Dante me mira y levanta las cejas.

—Charlotte es un miembro de la tripulación.

—Obvio. Pero no es lo que te he preguntado. ¿Habéis tenido algo más que una relación profesional? —Ahora frunce el ceño, pero yo sigo adelante. Viviendo al límite—. Lo he visto. Bromeabas con ella como viejos amigos. Me incomoda que se acerque a ti de esa manera. —Me hago la indignada.

—¿Celosa, quizás? —cuestiona con una sonrisa traviesa en los labios que me enfurece más.

—No estoy bromeando. A medida que nos aproximamos al altar, quiero saber si mi marido se acuesta con otras personas, ya que… —Me quedo en silencio.

*A ver cómo digo esto.*

—No me acuesto contigo —termina por mí y asiento. Él retira su pc y se centra en mis ojos—. Charlotte y yo no hemos tenido una relación como tal, pero sí nos hemos acostado en varias ocasiones. Sexo casual, sin responsabilidades y consentido, por supuesto. —Cruza las manos sobre su regazo—. No me acuesto con nadie desde que nos conocimos.

—Pero lo harás. ¿O vas a estar dos años célibe?

—No me lo he planteado aún.

—No quiero que lo hagas. —Suelta una risa sarcástica—. No quiero que te acuestes con otras mujeres. No es por celos, pero no quiero ser la esposa cornuda de Dante Wolf. Los cotilleos corren como la pólvora en Washington.

—Si me acostara con alguien, nadie lo sabría. Con total seguridad.

—Aun así, te lo prohíbo. —Me hago la dura—. Voy a ser tu esposa y algo tendré que decir al

respecto.

Respira, se levanta, viene hasta mí, me quita la manta, se inclina sobre mi cuerpo y…

*¡Gucci!*

¡Mordería esos labios! Pero nada de besos, agarra el cinturón por ambos lados y me lo abrocha.

—Señorita Carrington, haberlo incluido en las cláusulas del contrato. Perdió su oportunidad. —Me guiña un ojo y… muerte por combustión espontánea.

*¿El Inglés sabe guiñar el ojo? Oh, oh, oh.*… Esto va a ponerse interesante, muy difícil, pero interesante.

*Tocada y hundida.*

# 29

# MI FUTURA SUEGRA

## SERENA

Belgravia
Londres

*Actualidad…*

Tranquilidad. Dentro del coche encuentro eso, calma, que la aumenta el sonido de la música que suena por los altavoces del coche, pero muy de fondo, juraría que se trata de la Sinfonía nº 5 de Beethoven, tan bajita que se escucha el crujir de las hojas que han caído de los árboles sobre el suelo de la avenida que cruzamos hasta llegar al barrio de Belgravia, con preciosas filas de casas adosadas con una belleza elegante que no me esperaba. Dante conduce y esto sí me ha sorprendido. Está centrado en el camino, pero algo en su mirada me indica que le hace feliz este viaje. Y seguro que no por nuestra boda, sino por pasar tiempo con su madre.

*Vaya, va a tener sentimientos y todo.*

Sonrío y él lo nota.

—No te pongas nerviosa, mi madre es una persona maravillosa, pero… —Me mira—. Serena, Arya es muy observadora y me conoce mejor que nadie. Tenemos que actuar con cautela, con pies de plomo, o nos descubrirá y… —Respira—. No puede hacerlo.

—Sí… No te preocupes. Ya me he acostumbrado a actuar —comento porque simular que me gusta más se hace más fácil.

*Aunque no sea así.*

*No, no. No lo amo.*

—Todo va a salir bien. —No sé si lo dice para mí o para él.

—Estoy deseando conocerla. —Me ha hablado poco de ella, pero da la impresión de ser una mujer fuerte, luchadora y que ha sabido renacer de sus cenizas. Me gustan las personas así, las respeto mucho.

Aparcamos en la calle, sin lujos ni grandezas. Dante se baja del coche y se hace cargo del equipaje, al menos, de las dos maletas, una de cada uno. El resto de los enseres, como mi traje de novia, los trae otro vehículo.

—¿Qué ocurre? —Dante se mira de arriba abajo, como si se le hubiera derramado el café encima, o algo parecido.

—Nada. Estás muy… normal. A pesar de ese Dormeuil de veinte mil dólares.

—Me gusta vestir bien.

—Y sabes hacerlo. —Me dispongo a encargarme de mi maleta, pero él me lo impide.

—Yo me encargo. Si mi madre ve que te dejo cargar con ella, me prohibe entrar en casa. —Me hace sonreír. Me hace sonreír mucho últimamente.

Arya está en el porche, sobre los escalones, con la puerta abierta. Irradia calidez con una sonrisa acogedora y aspecto elegante, de cabello oscuro, como su hijo y el mismo color de ojos, dos gotas de agua por fuera, no creo que por dentro.

—Dante. —Abre los brazos y baja para abrazarlo—. Mi niño, cuánto te he echado de menos.

—Y yo a ti, madre. —Le devuelve el abrazo y me licuo por dentro al ver tal derroche de cariño entre ellos—. Pero nos vimos hace poco más de un mes.

Arya da un pequeño golpe sobre el pecho de Wolf y se queja.

—Cuando seas padre entenderás que un día lejos de un hijo significan cien años de soledad. ¿Leíste el libro de Gabriel García Márquez que te recomendé?

*Además, culta…*

—Y tú eres Serena. —Me mira con ternura.

—Hola, señora Wolf. —Sonrío.

—Oh, por favor, llámame Arya. —También me abraza y me quedo perpleja—. Vamos a ser familia. Pasa, por favor. Mi casa es ya tu casa.

*Pensé que los ingleses eran más fríos.*

Dante me observa de reojo, sin perder detalle, tratando de controlar todo lo que hago y digo.

—Es un placer conocerte, Arya. Dante me ha hablado mucho de ti. —Siento el calor de su abrazo y la empatía en su voz.

—El placer es mío. He estado deseando conocerte. También he escuchado hablar de ti —dice mientras se aleja un poco—. Vamos dentro. He preparado un té delicioso y querréis descansar después del viaje. —Subimos los escalones, cruzamos el umbral y el vestíbulo y nos detenemos en un salón con tonos claros y muebles simples que reflejan el estilo de vida de una familia que no siempre lo ha tenido todo y a la que no se le ha subido la fama y el dinero a la cabeza.

—Tienes una casa preciosa —advierto. Dante deja las maletas en una esquina y se quita la chaqueta. Se. Quita. La. Chaqueta.

*Oh, my God.*

Me quedo paralizada durante unos instantes delante de su madre y mi futura suegra a la que acabo de conocer. Contemplo cómo se quita la chaqueta (lentamente en mi retina, como esos anuncios de moda y tíos que no son humanos, como Dante, claro), la deja sobre la silla y se desabotona la camisa del cuello… Me deshago, me derrito como un helado bajo un sol abrasador, a cincuenta grados en medio de un desierto. Juro que no saco el móvil y hago un

vídeo o una foto porque me da vergüenza y, vale, porque no sería correcto y tal, pero… Qué pena no poder hacerlo. Se lo enviaría a Eleanor y Sirius y ambos morirían de la envidia. Un cosquilleo me recorre desde el estómago hasta la garganta, bueno, comienza entre mis piernas, pero me da cosilla hasta reconocerlo porque Arya está a menos de un metro.

*Glup, glup.*

La camisa se ciñe a su cuerpo esculpido y resalta sus músculos, dibujando una línea perfecta que va desde sus anchos hombros hasta su cintura, más estrecha.

—Dante, sube el equipaje, por favor. Te enseñé buenos modales —le riñe su madre y eso me fascina todavía más. Él, sin protestar, hace caso y desaparece por las escaleras.

Abro los ojos cuando su culo redondo se mueve delante de mí.

*Mátame ya, Dios.*

Desvío la mirada y el calor me explota en las mejillas.

—Disculpa a Dante. Se está acostumbrado demasiado a que le hagan todo. Yo le enseñé a sobrevivir solo y no quiero que se le olvide. Vamos, el té se enfría.

# 30

# NO VOY A PASAR POR ESO

## DANTE

Belgravia
Londres

*Actualidad…*

La cena transcurre agradable. Mi madre cocina, experta en platos caseros. Tenemos una señora de la limpieza y un *butler*, que se encarga de los arreglos y la fontanería, además de chófer de Arya, pero nunca ha aceptado que contrate un chef. Está alegre, se le nota, y eso me hace muy feliz, a pesar de todo…

Suspiro y me recompongo. No puedo pensar en eso ahora.

*Control, Wolf.*

Ellas hablan sobre la boda y Serena hace su mejor actuación disfrutando de la conversación. Mis dedos se mueven inquietos y juegan sobre la mesa, consciente de que algo no está bien.

—Tengo una sorpresa para vosotros —comenta mi madre entre plato y plato y agua con gas —. El lugar perfecto para la ceremonia. Ante todo, quiero daros las gracias por dejarme participar en un momento tan especial para vosotros y darme la responsabilidad de elegir el sitio. Es… —suspira—. Maravilloso —cuenta con entusiasmo—. El jardín de Kensington. ¿Recuerdas la primera vez que lo visitamos, Dante? Tenías quince años.

Asiento y un millar de recuerdos se agolpan en mi mente. Un lugar idílico, esplendoroso, repleto de naturaleza e historia, con portones de hierro que te alejan del bullicio de la ciudad. Senderos entre amplias extensiones de césped verde bien cuidado, árboles frondosos y flores de llamativos colores. Siempre he obviado el hecho de que me llevó allí para celebrar de alguna manera, y sin decírmelo abiertamente, el día de mi décimo quinto cumpleaños. Cuando mi padre se fue, me enfadé tanto que desde entonces odio ese día y jamás lo he vuelto a celebrar.

—Claro, madre. Lo pasamos muy bien.

—¿Cuándo podré verlo? ¿Cómo es? —En serio, Serena hace tan bien su trabajo que casi me la creo.

—Te llevaré mañana. Voy a preparar un picnic. Almorzaremos allí. Nos acompañarás, ¿verdad, hijo?

—No puedo. Debo hacer cosas por la mañana, pero os recogeré después.

Serena me observa con el ceño fruncido, como si le molestara lo que acabo de decir.

—Tienes que dar el visto bueno, Serena. Si no te parece lo suficientemente hermoso, buscamos otro lugar en el que celebrarlo. Quiero que todo sea de tu agrado. Es tu boda. —Mamá sonríe y Serena fuerza una sonrisa.

—Seguro que me gusta. —Vuelve a la conversación—. Confío en tu criterio. —Algo cambia en ese instante.

Recogemos la cena y mamá se despide de nosotros unos minutos más tarde en la puerta de lo que será nuestro dormitorio la próxima semana. La abro y le pido a Serena que entre. Ella lo hace con los labios enrollados y ladeados.

—No vamos a dormir juntos —suelta tal y como esperaba cuando escucha la puerta cerrarse tras ella.

—¿Quieres darte una ducha y te lo piensas? —indico con sarcasmo.

—¿Se te ha acabado la simpatía, o solo la sacas cuando está tu madre delante?

—Serena, estoy muy cansado. Ese es tu baño. —Señalo una puerta al fondo de la suite—. Yo voy al de invitados. Ahora vuelvo.

—Búscate otra habitación para pasar la noche. O dormirás en el suelo.

—Mi madre no creerá que estamos enamorados ni juntos si dormimos separados, o peor, creerá que hemos discutido y…

—¿Y qué? Las parejas discuten.

—No voy a preocuparla. Hemos venido a hacerla feliz, no a inquietarla. —Esta frase se me escapa, digo más de lo que pretendo que Serena sepa, sin embargo, ella está tan ofuscada que no se da cuenta de todo lo que conlleva. Salgo de allí sin darle opción a más réplica y me doy una ducha. Cuando vuelvo al dormitorio, ha preparado una especie de camastro en el suelo con

mantas y cojines. Ella está recostada en la cama, tapada hasta el cuello y con un libro en la mano.

—Supongo que esa es mi cama.

—Supones bien. Se nota que no te han regalado nada de lo que has conseguido en tu vida. —Me parafrasea con retintín sin mirarme.

Sonrío, me tiro en el suelo y alargo el brazo para apagar la luz. Pero ella se remueve y la enciende.

—Estoy leyendo, por si no te has dado cuenta.

—Serena, por favor, es muy tarde, mañana tengo muchas cosas que hacer desde el alba y hemos hecho un viaje de más de diez horas. Quiero y necesito dormir.

—Pues duerme.

Apago la luz de la mesita y ella la enciende. Bufo y me levanto. No disimula. Se percata de que estoy desnudo de cintura para arriba y que solo llevo un pantalón liviano de pijama. Sus ojos se pegan a mis pechos, bajan hasta mis abdominales y se quedan a vivir en mi el transverso de mi abdomen, coloquialmente llamado uve.

—Serena —la llamo, aguantando la risa.

—¿Eh? —Ella alza la vista y cierra la boca—. ¿Piensas dormir así?

—Pienso dormir. Por favor, deja de leer y apaguemos la luz. Mañana tú también tienes que encargarte de los preparativos de la boda. Mi madre sirve el desayuno muy temprano.

—No tengo sueño. He dormido en el avión.

—No has dormido. Las risitas de Charlotte no te lo han permitido. —Pongo los brazos en jarra.

—Mmm… Hablando de Charlotte. ¿Qué es eso que tienes que hacer mañana? ¿Has quedado con ella? —Tira el libro sobre la colcha y se incorpora unos centímetros. El blusón que lleva puesto deja entrever sus redondos pechos y…

*Tranquila… No vamos a follar esta noche.* Mi polla desea saltar sobre ella.

—No es de tu incumben…

—Sí lo es. No repitas eso una y otra vez. Pareces un papagayo.

—¿Me llamas papagayo?

—Sí. ¿Algún problema?

—Ninguno. Solo quiero… —Me froto la sien—. Quiero dormir, Serena. No discutamos eso ahora.

—Quiero saber si mi futuro marido va a acostarse con otra mujer una semana antes de nuestra boda.

Suspiro y… le digo la verdad.

—No, Serena, no voy a acostarme con Charlotte ni con ninguna otra mujer mañana ni ningún otro día. ¿Podemos dormirnos ya? —pregunto agotado.

Lo piensa durante unos segundos que aprovecha para echarme un último vistazo y yo aprovecho para echárselo a ella. Serena es muy bella, mucho, demasiado.

—Sí, vale. —Se recuesta y mira al techo.

Me tumbo en mi improvisada cama, por llamarla de alguna manera, porque voy a dormir sobre la moqueta y una manta doblada por la mitad, y apago la luz.

—Dante —vuelve a la carga.

—¿Qué? —Respiro.

—Despiértame cuando te levantes. No quiero llegar tarde al desayuno y quedar mal con tu madre.

—De acuerdo. No te preocupes. Duerme tranquila.

—Gracias.

—De nada.

*Joder, cuánto me acaba de poner esta mujer. Me explotan los huevos si no follo pronto.*

Y antes de cerrar los ojos, un pensamiento se hace grande en mi cabeza.

*No quiero follar si no es con ella.*

# 31

# CONVERTIDOS EN GRANOS DE ARENA

## SERENA

Isla de Lankanfushi
Las Maldivas

*Un año antes…*

Las aguas turquesas se extendían hasta donde alcanzaba mi vista, reluciendo bajo el cálido sol tropical de las Maldivas. Ya había estado aquí antes, pero en esta ocasión lo vivía más intensamente por la compañía. Me recosté en una de las tumbonas de la playa pertenecientes al

lujoso resort Gili Lankanfushi, en la isla con ese mismo nombre, de cinco estrellas, conocido por su exclusividad y privacidad, justo lo que buscaba mi chico, cansado de que la prensa lo persiguiera a todas partes. Pasamos unas vacaciones en una villa privada con muelle propio. La brisa marina acariciaba mi piel mientras observaba a Max en la orilla. Daba la impresión de un chico normal, con una vida tranquila y sin ningún tipo de problemas, cuando la realidad se atisbaba muy diferente. Aquel viaje estaba siendo una oportunidad para escapar de la realidad. No sé cómo lo interiorizaba él, pero yo trataba de sanar las heridas que el incidente en el hotel de Miami me había dejado hacía casi cinco meses atrás. Me decía que podíamos superarlo y me agarré a esa idea.

—Vas a quemarte. Ponte protección solar. —Eleanor apareció por detrás y dejó un bote de crema sobre la mesita de madera.

—Me gusta estar morena —manifesté.

—De acuerdo. Pero espero que te gusten también las manchas, las arrugas y el cáncer de piel en un futuro —señaló. Me senté, cogí el bote, vertí crema en mis manos y me embadurné el cuerpo con ella. Le pedí a Sirius, que colocaba su toalla sobre otra tumbona, que me pusiera en la espalda.

Antes de responder, miró hacia Max.

—¿El roquero no me matará por ponerte mis manazas encima? —Hizo una mueca.

—¿Eres idiota? ¿Por qué dices eso? —Le tiré la crema al pecho y él la alcanzó al vuelo. Se dispuso a cubrirme la espalda y protegerla de los rayos uva que tanto temía Eleanor, pero advertí la mirada que mis dos amigos se cruzaban—. ¿Qué me ocultáis?

—Nada, nenita. —Sirius pasó palabra—. Me gustaría enamorarme. —Y cambió de tema mientras hacía lo que le había pedido—. Qué pena que Brandon sea hetero.

—¿Y qué hay del italiano?

—En Italia. Volverá pronto.

Max seguía paseando por la playa, esta vez con el teléfono pegado a la oreja y hablando con alguien. Confiaba en él, o deseaba hacerlo. Era tan fácil dejarme llevar por la ilusión de que Max tenía la fuerza suficiente para superar aquello… Quería sentir que todo estaba bien, que mi amor era suficiente para borrar la cicatriz que había dejado su mentira y su forma de tratarme, pero… Todo se volvió un desastre.

—Lo quieres demasiado. —Eleanor interrumpió el hilo de mis pensamientos, uno ya muy enredado.

—Estabas deseando decírmelo —respondí tumbándome ahora boca abajo—. Eso no puede elegirse.

—Estamos preocupados, Serena. Esto está muy bien y os agradecemos que nos invitarais a vuestras vacaciones, pero Max no es trigo limpio —glosó, y Sirius le reprochó con la mirada que lo metiera en el saco, cuando estaba claro que estaba hasta el cuello de mierda, que habían

hablado de ello y que ansiaban opinar al respecto.

—Os agradezco que os preocupéis por mí, pero no lo conocéis en absoluto.

—Tú tampoco —me acusó—. ¿Cuántas veces lo has visto desde que salís?

—Todas las que podemos, Ellie. ¿De qué estás hablando? Tú eres testigo cada día de cuánto nos queremos.

Tomé asiento de nuevo y suspiré.

—Sery, no todo es lo que parece.

—Mi relación con Max es por tu culpa, Chica Vip que me invitó a la fiesta Vip de un grupo de rock muy Vip. Te entusiasmó que saliera con el vocalista.

—Si vamos a ponernos así, Chica Glam, te recuerdo que me caía bien al principio, mientras te hacía feliz. Después te enteraste de que se drogaba, te faltó el respeto y la sonrisa de mi amiga se perdió.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es esto? —Señalé con el dedo la sonrisa que fingí.

—Unos dientes perfectos, sanos y blanqueados y unos labios carnosos e hidratados, pero si eso es una sonrisa, yo soy Grunt.

—Algo te pareces.

—Vete a la Gucci.

—Chicas, basta. Estamos de vacaciones. Y vamos a darle una oportunidad al chico. A lo mejor ha cambiado.

—Nadie cambia —replicó Ellie.

—Pero evolucionamos —apuntó Sirius.

—¿Por qué habéis venido? —Me levanté y grité—. Me refiero a… Si tan mal os cae Max, ¿qué hacéis pasando vuestras vacaciones con él?

—Estamos aquí por ti —explicó Eleanor con el mentón alzado.

—¿No os fiais de mí? —Puse los brazos en jarra.

—No es eso —respondió Sirius.

—Oh, Dios mío. —Caí en la cuenta y me froté la frente—. ¡Habéis venido para aprovechar cualquier tropiezo de Max y convencerme de que no es bueno para mí! ¡Es un ataque encubierto!

—¡Es que no lo es! —Ellie se puso a mi altura.

—Sery… Ellie… El roquero a diez metros y descontando —avisó Sirius.

Max llegó con el teléfono en la mano y descamisado, rompió el tenso ambiente que se había

apoderado de nuestra conversación y me dio un beso en la mejilla. Pidió unos cócteles de frutas y sonrió, como si realmente disfrutara de la vida en ese paradisiaco destino, pero yo conocía lo que realmente pensaba y Max ni siquiera quería estar allí. ¿Dónde? Ni él mismo conocía aún esa respuesta.

—¿Qué me he perdido? —preguntó con esa sonrisa que me robaba el aliento.

—Nada importante. Hablábamos sobre qué hacer esta tarde —respondí, disimulando, ya sentada a su lado.

—Quiero llevaros a una isla de la que me han hablado. Dicen que el atardecer desde allí es impresionante. Pasaremos la noche en su playa.

—Suena genial —ironizó Sirius e intercambió mirada otra vez con Eleanor.

—Por muy genial que suene, esta tarde tengo una cita en la peluquería del hotel. —Eleanor se llevó un cóctel rojo a la boca y bebió—. Quiero decir que Sirius y yo tenemos citas. Dos citas. —Me percaté de que este le hacía señas con precaución de no ser descubierto—. Una cada uno.

Conversamos durante un rato, pero yo no lograba sacar de mi cabeza una inquietud que se extendía por el resto del cuerpo. Miré a Max cuando reía de una broma de Sirius que no había escuchado y noté que algo no iba bien, además del hecho de que Sirius estaba siendo un capullo *bienqueda.*

La idea de que tal vez lidiaba actualmente con problemas de drogas y me lo escondía, me atormentaba. A eso se refería Eleanor al decir que ya no sonreía, porque el miedo a que recayera en ellas me aterraba. Desde luego, Sirius y Eleanor compartían mi preocupación y de ahí nuestra riña de hacía una hora.

Mis amigos, unánimes en la sospecha de que Max no se había alejado de sus viejas costumbres, insistían e insistían y aprovecharon que mi chico fue a preparar el barco para pasar la noche en otra isla para volver a la carga.

*Qué cansinos.*

—Pídele que sea honesto, Serena, contigo y con él mismo —me aconsejó Ellie tras disculparse por lo de la playa, ahora en su habitación.

—Lidia con demasiadas cosas —lo defendí, tirada en la cama, con el cuerpo sonrosado por los rayos del sol.

—No lo excuses, Serena, otra vez no. —Llevaba con el mismo parlamento desde hacía unos meses—. Todos tenemos problemas y no nos drogamos. A nosotras también nos hace fotos la prensa y…

—No como a él. No compares.

—Tú y yo llevamos sobre los hombros el peso de dos grandes apellidos, Serena. A veces cansa estar a la altura de lo que todos esperan de nosotras. Es estresante y ni siquiera nos hemos dado a la bebida.

—No estás bien, Chica Glam. —Sirius salió del baño en el que escuchaba con la puerta abierta—. No puedes negárnoslo. —Se sentó a mi lado y hundió la cama—. Y somos tus amigos. Estamos aquí para pasar las vacaciones contigo, pero también para comprobar que es cierto que Max ha tomado medidas y ha cambiado o…

—¿O qué?

—O lo matamos, se lo damos de comer a las tortugas y volvemos a Washington con las manos limpias. —Nos hizo gracia y los tres rompimos en carcajadas.

Los amigos están para lo bueno y para lo malo y, tal y como dije, con Max los altos y bajos eran constantes. ¿Qué pasó? No apareció. Lo esperé en el embarcadero, junto al barquero y la barca hasta que… atardeció y nos lo perdimos. Eleanor me encontró sentada en la playa, sobre la arena, con una bolsa en la que había metido una manta, algo de cena y unas velas.

—¿Qué ha pasado? —Encogí los hombros y mi amiga me abrazó—. Es él, Serena, no tú. A veces no hay nada que podamos hacer.

Se me rompió el corazón y el alma en mil pedazos y se mezclaron con los trillones de granitos de arena. Encontrarlos y volverlos a pegar sería imposible, como nuestro amor, o, qué locura, como tratar de alejarse de lo que éramos.

# 32

# UN LUGAR DE ENSUEÑO

## SERENA

Belgravia
Londres

*Actualidad…*

Me gustaría contar que he soñado con angelitos, no obstante, mis sueños han viajado hasta el infierno y me he acostado con el mismo Diablo, que no se llama Lucifer, sino Dante Wolf, más conocido como El Inglés.

Me he despertado por algún ruido, Dante habrá salido de la habitación y el portazo ha roto el desenlace de mi pesadilla. Estoy sudando, respiro con dificultad y me tiembla todo el cuerpo por el casi orgasmo que acabo de tener con el cuerpo de Wolf sobre mí y empujando entre mis piernas.

*Madre del amor hermoso. Gucci, Bvlgari y Prada.*

Me doy otra ducha, más corta que la de anoche y, cuando salgo del baño, Dante está haciendo la cama, doblando las mantas de la suya y colocando con sumo cuidado las sábanas de la mía.

—Buenos días. El desayuno está listo. —Sus ojos observan mis hombros desnudos y no se lo echo en cara porque yo me quedo estupefacta al encontrarlo con unos vaqueros, un polo rojo y unas zapatillas de deporte.

*¿Hola? ¿Quién es este hombre? ¿Hay alguien ahí?*

—Buenos días. Me gustaría gozar de un poco de intimidad. Si no es mucho pedir. —Agarro el filo de la toalla que me rodea el cuerpo por debajo de las axilas. Llevo el pelo recogido en un moño porque no lo he mojado siquiera.

—Y a mí me hubiera gustado dormir. No puede tenerse todo, o eso parece. —Se mueve alineando cojines sobre el colchón y el polo se le pega más a su *fuertudos* brazos. —Me abanicaría con la mano si él no me viera. Lo que sí hago es resoplar—. Te espero abajo. No tardes.

—A sus órdenes, mi señor —parloteo cuando está cerrando la puerta y con seguridad me ha escuchado.

La luz de la mañana entra a raudales por las ventanas de la hermosa cocina de Arya, sembrando destellos dorados sobre la mesa dispuesta con esmero. Huele a café recién hecho, naranja exprimida y tostadas.

—Buenos días, Serena. ¿Qué tal habéis pasado la noche? —Aprecio lo encantadora que es Arya.

—Muy bien. La cama es muy cómoda —respondo, con los ojos clavados en los de Dante que sirve tres tazas de café y hace una mueca sin que su madre lo vea.

—Espero que te gusten los huevos revueltos —Mi futura suegra juguetea con una sartén y una paleta de madera—. Siéntate, por favor. El desayuno está listo. —Sirve una generosa porción antes de sentarse en frente de mí y junto a Dante—. Son sus favoritos. Les volvía loco cuando era pequeño. —Sonrío y escucho durante cinco minutos historias de Wolf—. Le costó aprender a subir en bicicleta. Fue un niño muy asustadizo hasta los cinco o seis años. Después cambió y se subía a todo lo que veía. Una vez se cayó de un balcón y se abrió la cabeza. Estuvo quince días en la uci infantil. —Esto hace que conecte con él, que me asome a un rincón de su vida que él no me ha enseñado y que me hace entender algunas de sus reacciones. Arya también se interesa por mí y por mi familia y le cuento sobre ellos.

En medio del desayuno, Dante se levanta, recoge su plato, y su trasero de nuevo me hace girar la cabeza. La realidad supera la expectativa hasta el momento.

*No es que vaya a ir a más.*

*No, no.* Me niego.

Ese par de jeans se ajustan a sus piernas de tal manera que me deja boquiabierta… otra vez.

—Tengo que marcharme, madre. —Va hasta ella y le da un beso en la sien—. Thomas me llevará y volverá para estar disponible para vosotras.

Me cuesta verlo de esta manera, con esa ropa, sin los trajes de miles de dólares, siempre impecable. No es que ahora no lo este, no obstante, esta apariencia relajada, casual y joven me parece encantadora.

—¿Almorzarás con nosotras? —Arya pone cara de cachorro abandonado.

—Lo intentaré. Lo prometo. —Dante se detiene justo al lado de mi silla y, cuando se inclina hacia mí para decirme algo en voz baja, siento un hormigueo en la garganta—. Después nos vemos. Disfruta de la mañana —murmura, con los ojos fijos en mí, llenos de una sinceridad que me apena por incierta. Antes de que me dé cuenta, su mano se mueve sobre mi rostro y acaricia mi mejilla en un gesto cálido y tierno—. Voy a echarte de menos. —Deja un breve beso a pocos milímetros de la comisura de mis labios, sin llegar a tocarlos, pero me catapulta a la otra punta del mundo. Él se aleja y desaparece con un aplomo que resulta tan atractivo y arrebatador que no veo raro que Arya diga:

—Estás muy enamorada. —Me centro ahora en ella y asiento. ¿Qué voy a hacer? Confirmar, aunque mienta—. Me alegra de que Dante te haya encontrado. Contigo estará a salvo.

Sigo babeando en el mundo de Narnia y casi me ahogo con un trozo de *bacon* tostado. Ella me da un vaso de agua, trago y al final toso.

*¿Qué acaba de suceder?*

Estoy atrapada en una realidad paralela.

—Dante tiene ese efecto. Desde que cumplió los quince años llama la atención de todas las mujeres —explica, mientras yo trato de recuperar el aliento—. En realidad, de las personas en general.

—Espero que sepa controlarse —murmuro.

—Disculpa, no te he escuchado.

*Mejor.*

—Voy a echarlo de menos. Llevamos unos días muy intensos organizando la boda, sin separarnos más de una hora. —Mis palabras van tan rápido como mis pulsaciones.

—Volverá antes de la merienda.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi hijo y he visto cómo te mira.

*Vaya, estoy impresionada con nuestras actuaciones.*

—No se alejará demasiado. Le gusta controlar todo lo que le importa.

*¡Hasta cree que le importo!*

Los jardines de Kensington, muy bonitos, impresionantes, idílicos, de ensueño, un lugar que quita el aliento. Todo muy perfecto, pero… Yo solo pienso en Dante.

—¿Ves cómo esto podría ser el telón de fondo perfecto para la ceremonia? —Arya señala un área cubierta de rosas.

Respondo por inercia, comportándome como una maleducada y desagradecida, aunque ella no lo nota, porque lo único que tengo en la mente es a Dante.

*Dante, Dante, Dante, Maldito Dante. ¿Dónde te habrás metido?*

Miro la hora en mi teléfono móvil diplomáticamente, mientras Arya describe los potenciales rincones en los que podrían colocarse las sillas y las mesas para recibir a nuestros invitados.

—¿Qué te parece el arco de flores ahí? —Señala un lugar.

—Perfecto —contesto por inercia. Total, no va a ser una boda de verdad. Bueno, sí, pero no.

*Me estoy volviendo loca.*

Respiro y me esfuerzo por sacar de mi mente a Wolf y mis ganas de saber su ubicación actual.

*Reconoce que te remueve la posibilidad de que esté con Charlotte.*

*O con cualquier otra mujer. Aunque lo prometió.*

Qué duro es fingir que te interesa una boda, más si es la tuya pero ni te va ni te viene, porque será de pega y no necesariamente la actuación final, sino que la película continuará y yo moriré

de tanto fingir sonrisas. Total, que yo quiero largarme de los jardines de Kensington por muy maravillosos que sean. Me es indiferente si la ceremonia se celebra aquí o en cualquier otro lugar. Sin embargo, y a pesar de esto, no logro apartar al futuro marido de mi mente y lo único que deseo es averiguar dónde *Gucci* está.

Por fin, tras un *brunch* rápido por la lluvia, volvemos a Belgravia. Arya está cansada, a pesar de que no hemos hecho demasiadas cosas. Le diré a Dante que le recomiende a su madre un análisis de sangre, a lo mejor tiene las defensas bajas o un poco de anemia. Antes del picnic se ha puesto blanca y diría que se ha mareado durante un instante, pero ha tratado de disimularlo.

Observo por la ventanilla del coche una ciudad muy diferente a Washington. Thomas conduce, hombre para todo. Fuera, un decena de boutiques de lujo. Me anoto pasarme por ellas cuando tenga un rato, aún sin ser una prioridad para mí entre actuación y actuación de este circo.

Arya, sentada a mi lado, continúa hablando sobre la boda, mas su voz se va convirtiendo en un murmullo distante que se va alejando porque El Inglés y el misterio que lo rodea suena a todo volumen en mi mente. ¿Por qué no me ha dicho a dónde va esta mañana? No es que tenga una obligación para conmigo, sin embargo ¿para qué ocultarlo?

El coche se detiene en la puerta de la preciosa casa. Thomas se baja, abre la puerta por el lado de Arya y le pregunta si se encuentra bien.

—Sí, sí, deja de preocuparte por mí —le asegura. Arya no es mayor. No le he preguntado la edad, pero debe rondar los cincuenta y cinco años.

Se enciende una bombilla en mi frente, como en los dibujos que veía de pequeñita, y se me ocurre una gran idea.

—Arya, si no te importa, voy a hacer unas compras para algunos regalos personales por las boutiques de la avenida —digo rápidamente inventando una excusa que suene plausible para escaparme. Su mirada curiosa se detiene en mí un segundo, pero acepta mi excusa con un gesto amistoso.

—Muy bien, querida. Disfruta y no olvides que hay muchas cosas por hacer. La boda está a la vuelta de la esquina. —Nos despedimos con un abrazo ligero y se aleja del coche.

—¿Adónde la llevo, señora Wolf? —Thomas se equivoca de apellido, quiero pensar, sin querer.

—Soy Serena, Serena Carrington.

—Por supuesto, señora Carrington. —Hace una pequeña reverencia con el cuerpo y cierra la puerta. Se acomoda tras el volante y me aconseja—. En cualquiera de las tiendas de Bond Street la tratarán muy bien. El señor Wolf es conocido en todas ellas.

—Tengo entendido que acompañaste a Dante esta mañana.

—Sí, señorita Carrington.

—¿Podrías llevarme al lugar al que lo llevaste?

Asiente con una leve sonrisa y arranca el coche nuevamente.

—Por supuesto, señorita —responde con educada formalidad.

*Voy a pillarle, señor Wolf.*

Me muerdo el labio con la ciudad moviéndose a una velocidad diferente. El trayecto termina con rapidez y, de nuevo, mis pensamientos vuelan como si se hubieran metido una raya y ven hasta elefantes de colores (compárese con El Inglés vestido con un traje de tres piezas rosa y pajarita de un tono rosa más oscuro).

Un suspiro muy profundo y largo se escapa de mis labios y llena de dióxido de carbono todo el interior del coche.

—Es ahí, señorita Carrington. ¿Desea que la espere, o prefiere que me vaya?

—Puedes irte. —Me froto las manos.

*¿Por qué me da tanto miedo lo que pueda encontrarme?*

—Espero que encuentre lo que busca. —A Thomas no se le escapa una.

*¿Qué busco? Y más importante, ¿qué Gucci hago buscando?*

# 33

# OTRA PERSONA

## SERENA

Distrito de Clapham
Londres

*Actualidad…*

*Gucci, Gucci, Gucci*, a ver qué hago metiéndome en estos berenjenales con lo tranquila que yo estaba en mi facultad de Relaciones Internacionales, cuya única preocupación era estudiar y labrarme un futuro como asesora en política.

*Es lo que haces ahora, labrarte un futuro, recomponerlo, pero de otra manera. A grandes problemas, soluciones descabelladas.*

Atravieso una bonita puerta de madera blanca con labrados simples y adornos de cristal con el corazón en un puño. Cruzo un vestíbulo con la imagen de Dante y Charlotte besándose y dibujándose ante mí en forma de fantasma que se antepone a mis pasos, y recorro un pasillo muy largo y con las paredes empapeladas con flores de colores oscuros. Al final, me detengo antes de poner un pie en una escalera de madera con un pasamanos beis.

*A lo mejor no te gusta lo que ves.*

*Me da igual*, digo a esa vocecilla que en el fondo se preocupa por mí. ¿Y qué si está con otra mujer? Nuestra relación no es real.

*Pero serás la cornuda de Gran Bretaña y Estados Unidos.*

En otra ocasión, me importaría poco lo que pensara la gente de mí, pero ¿qué se rían a mis espaldas? No, gracias. Prefiero enfrentar una realidad dolorosa antes que estar encerrada en una habitación, ignorante de lo que realmente sucede fuera.

¿Qué es ese ruido? Suenan risas. Lo bien que lo deben estar pasando esos dos…

*Arrggg…*

Me sale fuego por la boca, nariz y orejas. Me convierto en un dragón que se incendia con su propia llamarada. Pero… ese sonido… Son risas de niños. De pronto, en una sala, me topo con una decena de críos correteando de aquí para allá y frunzo el ceño, confundida.

Huele a pintura fresca y me fijo que un grupo de ellos pinta con acuarela en un mural. La sorpresa me inmoviliza y en lugar de un abrazo entre dos amantes, dilucido a Dante de pie, con un niño en brazos, feliz, sonriente y una calidez en su mirada que nunca antes había presenciado.

—¿Qué…? —musito para mí. Varios niños le rodean y le piden que los ayude con el dibujo. Dante suelta al pequeño con cuidado, sin perderlo de vista, se mancha los dedos y traza en el

mural un gran y radiante sol amarillo y naranja.

—Buenas tardes, señorita, ¿en qué puedo ayudarla? ¿Es usted familiar de alguno de nuestros niños? —Una mujer, más o menos de mi edad, me saluda con una sonrisa.

—Eh… No, no… Yo solo… Será mejor que me vaya. —Cuando voy a girar sobre mis pasos, un niño con los ojos muy grandes tira de mi pantalón con dos deditos.

—Hola, me llamo Casper, como el fantasma. ¿Te gusta esa película? Mamá me la ponía en la tele antes de morirse. Mi mamá se murió y mi papá trabaja todo el día. No tengo más familia. Bueno, Alessandra es mi familia. —Señala a la chica que me ha dado la bienvenida.

Se me parte el alma. Me agacho y me pongo a la altura del pequeño, de unos seis años de edad.

—A mí me encanta esa película. La primera parte; la segunda no tanto. —Casper abre los ojos de par en par.

—¿Quieres ver la primera conmigo? Tenemos una sala de cine en el segundo piso. Dante prometió que hablaría con Santa Claus para que nos la trajera y cumplió su promesa la Navidad pasada.

¿Dante hizo eso? Vaya, va a ser humano al fin y al cabo.

—Casper, esta señorita tiene que marcharse. Ve a jugar con Melissa y cuida de ella —le solicita.

Casper me agarra de la mano y tira de mí hacia dentro. Cuando advierto dónde estoy, tengo a un palmo a Dante, que sigue dibujando con los dedos, sin pinceles, ahora unos árboles de verde.

—Dante, tenemos una nueva amiga. ¿Puedo invitarla a mi fiesta de cumpleaños? —Casper habla como un lorito.

Wolf se gira, aún arrodillado en el suelo y rodeado de siete u ocho pequeñajos, y se sorprende al verme allí.

—Vaya… No sabía que te gustaran los niños —comento, sin segundas.

—Hola, Serena. —Se levanta—. ¿Qué haces aquí?

—He obligado a Thomas a que me traiga. —No quiero que Dante tome represalias contra el chófer—. No esperaba encontrarme con… esto. —Observo a los enanos que no pierden detalle.

—¿Y qué pensabas encontrar? No me digas… A mí con una mujer y…

—Shhhh… —Lo mando a callar con un dedo alzado ante mis labios—. No hables de esas cosas delante de los niños. Vas a traumarlos.

—¿Qué es traumarlos? —curiosea uno.

—Mi tía dice que mi tío está traumado y es que está loco —cuenta otro.

Dante me reprocha mi metedura de pata y cambia de tema para que los chicos no crean que los he llamado tarados.

—¿Le pedimos a Serena que nos ayude a terminar el dibujo? —les pregunta—. Sé que pinta muy bien.

—Síííííí —chillan todos al unísono, saltan y aplauden.

—Vamos, Chica Glam. —Da un toque en mi nariz y deja una manchita verde sobre ella—. Ya que has venido hasta aquí, ayúdanos a preparar la fiesta de cumpleaños de Casper.

Me arrodillo a su lado y me pongo a ello y pinto unas mariposas volando sobre lo que doy por hecho que son unas montañas.

—¿Qué es esto? —me intereso.

—Un mural —responde. Alzo una ceja y sonríe de lado—. Una casa de acogida temporal —me explica.

—¿Y qué haces tú aquí?

Encoge los hombros y atiende a una niña que le ha pedido que le abra un bote con brillantina.

—Es obra tuya, ¿me equivoco? Eres el benefactor de esta casa, el responsable de que estos niños tengan un techo, estudios y comida todos los días.

—Dante, ¿es tu novia? —Una niña, con dos horquillas en forma de corazón que recoge su pelo rubio y ondulado y el dedo metido en la nariz, se pega a su pierna y me mira a mí.

—Chicos, perdonad mi descortesía. Esta mujer es mi prometida. Serena Carrington —glosa.

—¿Os vais a casar? —parlotea otro—. Cuando mi hermano mayor se casó, tuvo un hijo. ¿Vais a tener hijos?

—Eh… —Río y me emociono al mismo tiempo. ¿Hijos? ¿Con Dante? Otra vez: no, gracias —. De momento, solo vamos a casarnos —aclaro a un montón de niños interesados en la reproducción y los bebés.

—¿Y os dais besos? Mi prima se besa con su novio. Buah, es asqueroso. Lo hacen todo el tiempo. —Otro simula una arcada y frunce los ojos.

Dante y yo nos miramos y rompemos en carcajadas.

Nos despedimos de ellos un rato más tarde. Wolf ha elogiado el trabajo de los niños asegurándole a todos que son unos grandes artistas y a mí me ha dado un saltito el corazón.

—Yo solo ayudo a mantener el lugar y me aseguro de que los niños tengan lo que necesitan —se excusa, como si lo que hiciera estuviera mal, cuando le he preguntado por qué no me lo ha contado antes.

—Es magnífico, Dante. —Esperamos en la acera a que un taxi se apiade de nosotros y nos recoja. Tengo hambre—. La realidad de tu compromiso con esos niños, es…

—Te he dejado sin palabras —bromea.

Sí, lo ha hecho, pero es su dedicación a esos niños lo que me ha dejado muda.

—¿Por qué todos esos que te critican no conocen esta parte de ti?

—Porque no quiero que se sepa. Me gusta proteger mi privacidad y sobre todo la de ellos. —Señala hacia dentro. Después alza una mano en dirección a la calzada y detiene un taxi ante nosotros—. ¿Subes?

—¿Puedo volver contigo para el cumpleaños de Casper? No quiero decepcionarlo. Me ha vuelto a invitar antes de marcharnos —ruego en la parte de atrás del vehículo.

—Se ha enamorado de ti. —Sonríe. Se pone el cinturón de seguridad y se cerciora de que yo también me lo he puesto—. Me ha dicho que si te podemos compartir.

—¿Qué?

—También quiere ser tu novio y casarse contigo. —Reímos de nuevo juntos.

—¿Cuál es su historia? Me ha dicho que su madre falleció.

—De sobredosis. Su padre hace lo que puede para cuidar de él y de Melissa, su hermanastra pequeña. La casa de acogida les ayuda en todo lo que puede.

—La casa de acogida… Tú.

—Bueno, yo estoy fuera casi todo el tiempo. Esto funciona gracias a un grupo de personas que han elegido regalar casi todos sus días a esos niños.

Qué mono. Encima, le da el mérito a otras personas, cuando sin él esto no sería posible.

—¿Qué más no sé de ti, Dante? —susurro.

—No me gusta las espinacas, pero me las como por no hacerle el feo a mi madre. —Sonríe y las nubes grises desaparecen del cielo, lo juro, y el sol ilumina el interior del coche—. Y odio dormir en el suelo.

—Eso lo seguirás haciendo una semana más.

Así, entre risas que duran ya dos horas, y las manos y la cara aún con restos de pintura de colores, me doy cuenta de que la incertidumbre acerca de Dante va desapareciendo y que quizás lo que siento por él va más allá de los celos irracionales.

*Oh, oh, no digas eso, Sery. Esto no es amor. No te enamores de un hombre que no quiere enamorarse.*

Esto ahora no me preocupa, sino su enorme corazón, porque esta nueva faceta de él lo hace más humano, más grande y respetable y solo ha hecho que lo admire un poco más.

# 34

# OTRA NOCHE EN EL INFIERNO

## SERENA

Belgravia
Londres

*Actualidad…*

Lo que voy a contar no salió en el reportaje de Times ni en el de Forbes ni el que leí en The Wall Street Journal. No. Esto hay que vivirlo para creerlo, y es que Dante me ha preguntado si me parecía bien que cenáramos hamburguesas y al decirle que sí, ha parado en un McAuto. ¡En un McAuto! ¡De un McDonald's! Anonadada me hallo aún. Hemos pedido dos menús tamaño grande, además de aros de cebolla, alitas picantes y varios tarritos de salsa de miel. Lo ha pedido él, yo he boqueado como un pez durante cinco minutos. Juraría que la chica de la ventanilla creía que estaba dándome un ictus si no fuera porque ella boqueaba igual, pero por otra razón, la suya, encontrarse a un espécimen como Dante Wolf a solo un metro de distancia.

*Es real, sí, no es extraterrestre,* he pensado, pero no se lo he dicho.

—Su madre ha salido a cenar con unas amigas. Si no necesitan nada más, me marcho. —Getty, la *housekeeper,* se despide de nosotros en el vestíbulo de la casa de Belgravia, donde nos la encontramos. A ella no parece sorprenderle que El Inglés cargue con dos bolsas del restaurante de comida rápida.

—Gracias por todo, Getty. Saluda a Jerry de mi parte.

—Claro, señor.

Cenamos en la isla de la cocina, sentados en unas banquetas y sorbiendo la Coca-Cola con cañitas de cartón piedra.

*Esto es surrealista.*

—¿Alitas? —me ofrece al abrir una de las cajas. Extiendo la mano y cojo un par.

—No puedo creerme que esté comiendo comida basura contigo —comento antes de darle un bocado.

—Esto no es muy sano. Solo lo hago muy de vez en cuando. —Vierte las patatas en un plato que saca del mueble y lo pone entre los dos.

—Oh, no tienes que darme explicaciones. A mí sí me gusta, y mucho. —Me relamo, vierto kétchup en la hamburguesa doble y la muerdo.

—Ya veo, ya… —Con un dedo frota la comisura de mis labios, manchada de rojo de la salsa de tomate.

Escalofríos, muchos, de arriba abajo, de lado a lado.

—Deberíamos haber incluido en el contrato los menús de la semana. No pienso comer verduras cada noche. —Él abre los ojos—. ¿Qué he dicho? —*¿La palabra verdura está prohibida?*

—No tenemos que cenar juntos. No forma parte del trato. Saldremos a cenar y socializar, pero dentro de casa tendrás tu propio espacio, tal y como hablamos —asegura tajante.

El sol se apaga, el volcán se calma, al pollo le cortan la cabeza. La magia que se creaba entre nosotros desde esta mañana, desaparece en un segundo, de un soplido, o para ser más correcta, con un puñado de palabras que arrasa con las ilusiones que me estaba haciendo (y me estaban quedando monísimas). No hago un puchero de milagro, me lo impide comer, si no… la niña que llevo dentro se pondría a llorar al notar que le han arrebatado el dinero que iba a utilizar para comprar unas chuches y comérselas a dos carrillos.

—Sí… Cierto. —Cambio de tema, o la niña de las chuches patalea y grita hasta romper los cristales—. Me ha parecido muy honorable por tu parte lo que haces en esa casa de acogida. Además, de manera altruista. —En él también ha cambiado algo en este instante—. Podríamos llevar a los niños al London Eye. A mí también me gustaría visitarlo.

*Dale un pañuelo a la niña pequeña y suénale los mocos, además de limpiarle las lagrimillas, abrazarla y ahogarle el gemido.*

—Mejor… —Mira un punto fijo en la encimera—. Mejor lo hablamos mañana. Estoy cansado.

*¿Qué ha pasado?*

De golpe y porrazo, el ambiente festivo y relajado muta a uno… silencioso. Sí, eso. Wolf calla como respuesta a no sé qué pregunta y la cena termina con el sonido de nuestras respiraciones y el papel arrugándose en nuestras manos y tirado al cubo de la basura dispuesto para este material en concreto. Reciclar es importante.

La luz de la luna entra por la ventana del dormitorio otra noche más. La segunda en el infierno con Dante, esto me recuerda a la Divina Comedia y así va a terminar, cometiendo uno de los pecados. Sí, sí, ese mismo, tú y yo sabemos cuál es: Lujuria, aunque sumemos gula si contamos que hago como la que se cae de la cama y me lo como. Qué rico. Dante está en el suelo, otra vez, el pobre; ese hombre que lo tiene todo, que le regalan hasta la luna allá donde va, ahora hace una especie de nido entre los cojines al lado de la cama. Es una visión extraña y una parte de mí se ríe de la situación, mientras que la otra hace malabares con la frustración que me inunda, a mí y a nuestra relación.

—¿Tienes que hacer eso? —le pregunto porque estoy aburrida, me falta sueño por su culpa (tener ese cuerpo desnudo de cintura para arriba a solo dos palmos desvela a cualquiera) y porque no para de moverse y me está poniendo (más) nerviosa.

—¿Hacer qué? —responde él y hace un gesto exagerado con las manos, como si no tuviera idea de lo que está pasando, aplastando almohadones—. Solo trato de… —Pum, pum—… de

convertir esto en una cama.

—Pensé que eras más duro. —Escondo una risa bajo las sábanas y la penumbra del dormitorio.

—Aquí querría ver yo a la Chica Glam.

—No, gracias. No me apetece convertirme en alfombra humana. Mi espalda no lo resistiría.

Se incorpora y, como es muy alto, aunque esté sentado, pone su rostro a mi altura.

—Eso es lo que te importa tu futuro marido —me reprocha.

—Exactamente lo mismo que le importa a mi futuro marido que yo me alimente bien o no —contesto y él frunce el ceño, aturdido. ¿Qué hago? Encender la luz, coger el libro de la mesita de noche y abrirlo ante mi regazo, sentada con la espalda en el cabecero.

—Serena, otra vez no, por favor. Tengamos la noche en paz.

—Me has desvelado. —Paso una página.

—Trataba de dormir. Tú has comenzado esta conversación de críos. —Da al interruptor y oscurece el habitáculo.

Clic, la enciendo.

Clic, la apaga.

Clic, la enciendo.

Clic, la apaga.

Clic, la enciendo… Y… Wolf bufa y no salta sobre mí y me ahoga con una almohada porque su perfecta educación no se lo permite, pero sus instintos más primarios le empujan a asesinarme para sobrevivir y no morir de una subida de tensión o algo parecido.

—Menos mal que no… —musita, pero lo escucho, y sigue farfullando.

—Lo que haces es muy grosero. Si quieres decirme algo, dilo para que pueda entenderlo.

—Pensaba en voz alta sobre el contrato que firmamos. Menos mal que tendrás tu espacio en mi casa y no nos veremos obligados a compartir cama.

*Inglés imbécil, ojalá mañana te levantes con ciática.*

# 35

# MISIÓN: POSIBLE

## SERENA

Sloane Street
Londres

*Actualidad…*

—Arya, ¿estás bien? —La he escuchado suspirar varias veces y la piel se le ha tornado blanquecina.

—Estoy cansada. —Toma asiento en uno de los sillones de la undécima boutique que visitamos desde las nueve de la mañana y se abanica con la mano.

—Disculpe, ¿puede traerle una botella de agua? —pido a la dependienta.

—Por supuesto, señora Wolf. —Otra vez con señora Wolf.

*¡Aún no me he casado! ¡Y no pienso cambiarme el apellido!*

*No te está escuchando nadie, solo yo,* me dice la voz chillona y repelente.

—¿Te importa que me marche a casa? Thomas me llevará y después vendrá a buscarte.

—Oh, por supuesto, pero no te preocupes. Me iré caminando. Aún no he tenido la oportunidad de conocer Londres.

—¿Estás segura?

—Sí, sí.

—Vale, pues pruébate ese vestido para la cena de ensayo y después me voy. —Señala el vestido que llevo agarrado desde hace dos minutos.

Me introduzco en el vestidor y me desnudo para colocarme el diseño único de Jenny Packham, con detalles vintage y un enfoque muy romántico.

*Como la telenovela en la que se ha convertido tu día a día.*

Pero no dejemos que la vocecilla chillona se cargue este momento, porque el vestido es… increíble. De un tono marfil suave, que evoca la calidez de la crema y el brillo de las perlas. Con estructura ajustada en el torso, consigue que cada curva abrace el tejido. Mangas cortas y sutiles, adornadas con una delicada puntilla, casi de cuento, y un escote en forma de corazón que abraza mi cuello pero deja entrever el canal que separa mis pechos. Falda de gasa que flota a mi alrededor, convirtiéndome en una nube, y cada capa de tela proyecta destellos de luz muy sutiles.

—Sí, hijo, no te preocupes. Estoy bien. —Silencio tenso—. No insistas. Iré cuando pase vuestra boda. —Silencio largo—. Quiere dar un paseo. —Silencio pequeño—. ¿Y cómo la

convenzo? Es testaruda. Como tú. Hacéis buena pareja. —Silencio medio—. Se lo diré. —Silencio corto—. Yo también te quiero.

Salgo del probador y la dependienta se coloca detrás de mí para abrocharme veinte botones.

—Estás… impresionante, preciosa… Una princesa —desglosa Arya con los ojos abiertos y puestos en mí.

Esto me interesa tan poco como cuando fui a elegir el vestido de boda con Eleanor y mi madre. Ellas estaban más entusiasmadas que yo, pero no se dieron cuenta de mi desgana porque, cuando me apretaron la cintura, se me saltaron las lágrimas y pensaron que estaba emocionada. Me abrazaron y todo. Yo lloraba porque no lograba respirar y me ahogaba.

—¿No te gusta? —Se entristece.

—Oh, sí, sí. Es solo que… —Lloriqueo en una actuación penosa—. Echo de menos a Dante. Creí que pasaríamos más tiempo en Londres los dos. ¿Por qué tenía que trabajar hoy? Le pedí que lo dejara para después de nuestro enlace, sin embargo… —hipo y dramatizo—… Es un adicto al trabajo. —Me he pasado, porque Arya se levanta y viene hasta mí para cogerme de la mano.

—Oh, pequeña Serena, hablaré con él. De todas formas, ronda por aquí cerca. Me ha pedido que te diga que lo llames. Él te recogerá cuando lo desees y te llevará a casa.

—Está bien, Arya. Gracias. —Nada, no consigo llorar.

Observo cómo Arya sube a la parte de atrás del coche mientras Thomas aguanta la puerta. Estoy de pie, frente a RIXO, donde he comprado el vestido para la dichosa cena de ensayo y que el chófer guarda con sumo cuidado en el maletero. Este se despide de mí con un golpe de cabeza y entra también en el coche, arranca y se marcha.

*Is the moment. Now o never.*

Doy un paseo por la manzana, o distrito (como se diga aquí) con toda la intención de encontrar de casualidad a Dante y pillarlo con las manos en la masa pero sin esperanzas de que eso ocurra porque sería encontrar a una aguja en un pajar, o una mota concreta de polvo en el desván de la mansión de mi abuela, deshabitada actualmente. Doy tantas vueltas que noto que ya he pasado por aquí dos veces y decido largarme a casa. No voy a llamarlo para que se pase a recogerme porque no tengo ganas de estar con él en un espacio tan cerrado cuando esta mañana no ha tenido la decencia ni de desayunar con nosotras. No entiendo cómo Arya no sospecha de nuestra relación de pacotilla con el poco tiempo que pasamos juntos a seis días de nuestra boda.

Me quedo helada. Ahí está. Esa espalda es de Dante, esos andares precisos y seguros pertenecen a Wolf, esa elegancia al moverse no es de otra persona sino de El Inglés. Sale de un coche, cruza la acera y sube unas escaleras hasta detenerse en una portón abierto y… Una mujer joven, de cabello liso y castaño, piel blanca y ojos redondos, lo está esperando. Se lanzan una mirada repleta de complicidad y… se abrazan.

*Se están abrazando,* la voz chillona repone.

*No estoy ciega,* le aclaro, por si le quedaba dudas. Pero si ella ve, yo también, somos la misma persona.

Mis pulsaciones aumentan. ¿Quién es? ¿Por qué está tan cerca de él? Un instante después, lo que temía se hace realidad. Dante le da un beso (vale, en la mejilla), pero eso tambalea los cimientos de Londres, el suelo se raja y caigo en sus catacumbas.

*Esto son celos, sin duda.*

*¡Soy una cornuda a todas luces!*

—¿Esto es lo que has estado haciendo, maridito? —musito para mí misma. Ah, sí, y para la vocecilla, las dos incapaces de apartar la vista de la escena.

Desaparecen dentro de la casa y una idea descabellada florece en mi mente como una planta llena de espinas y con la que me pincharé y sangraré, sin duda. Miro la edificación, dos plantas, patio que la rodea…

*Como si es un rascacielos, yo adivino qué Gucci ocurre ahí dentro.*

*Si está con otra mujer, tengo que saberlo. No permitiré que se acueste con otras mujeres mientras…*

*¡Gucci! ¡Bvlgari!*

Me dirijo a la parte trasera de la propiedad. Me cuelo por un camino lateral y topo con un gran árbol a un lado que podría ofrecerme la cobertura que necesito. Sin astucia, y haciendo alarde de las dos neuronas solitarias que beben cócteles y bailan ebrias, busco una ventana abierta para intentar echar un vistazo o (por qué no) colarme dentro.

—Esto es una locura —me digo con la imagen del abrazo entre Dante y la desconocida dibujada en la pared lateral de la casa en forma de grafiti.

¿Hasta ahora no has caído en la cuenta de que me estoy convirtiendo en una novia falsa muy tóxica y que esta relación de mentira cada vez es más venenosa para los dos? ¿Ya lo has visto? Tranquilidad, no estás solo o sola; yo caigo ahora mismo también; no del árbol al que subo, sino de que esto está dejando de tener gracia y de ser divertido, si alguna vez la tuvo y lo fue.

—Cuando se lo cuente a Eleanor y Sirius, no se lo creen.

*No puedes contárselo.*

*Cierto.*

Ahí está. Una ventana en el segundo piso entreabierta. Calculo la distancia a ojo. Puedo hacerlo. Con un movimiento decidido, balanceo mi peso y… logro empujar el cristal, agarrarme y… pierdo el equilibrio, caigo hacia atrás, un pie se engancha en un cable y grito mientras me desplomo un metro y medio.

*Me parto la cabezaaaaaaaa.*

—Aaaaaaaaaa… —chillo, muerta de miedo porque voy a romperme un brazo o algo peor, como el cuello. Mi cuerpo choca contra la pared y quedo colgando a otro metro y medio del suelo. Me duele el culo y la cadera y parpadeo al ver el mundo del revés. Mi pelo se esparce en dirección descendente—. *Gucci…* —me lamento.

Pero lo peor está por llegar, porque el ruido ha llamado la atención del interior y… (esto parece una novela policiaca en la que en cualquier momento sale el asesino de una página y nos raja el cuello).

—¡¿Serena?! —Dante se coloca a pocos palmos de la muñeca de trapo en la que me he convertido.

—¿Serena? ¿Tu prometida? —La mujer morena, guapa y joven, con la que se abrazaba, se posiciona a su lado y me escudriña con la mirada preguntándose de dónde habrá sacado a una loca y dando por cierto eso que se cuenta en este país sobre los estadounidenses.

—Eh… Hola. —Alzo una mano, el cable se resiente y caigo unos centímetros de golpe—. Aaaaaaa —vocifero como un perro al que han aplastado el rabo. Dante salta, me agarra y consigue que no estampe la frente contra los azulejos, muy bonitos pero que dejarían una marca horrorosa en mi cara, muy poco oportuna, sobre todo si voy a casarme en pocos días.

—¿Estás bien? —me pregunta Wolf, mi prometido de mentira.

*Lo dejo. ¡Lo dejo! ¡El contrato se rompe por infidelidad falsa!*

—¡Déjame! —Lo aparto hacia atrás—. ¡Te he pillado! —Lo apunto con el dedo.

—¿De qué hablas? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado ahí? —Asediar a preguntas a tu enemigo se estudia en el tema uno del primer curso para espía.

—¿Qué haces tú en esta casa con una mujer? ¿Quién es ella? ¿Se te ha olvidado lo que hablamos? ¿Desde cuándo Dante “El Inglés” Wolf falta a su promesa? —Yo saqué matrícula en esa asignatura en la facultad de espías rusos. Ya me he matriculado en el máster y todo. Voy un paso por delante.

Dante respira y respira, procesa, vuelve a respirar, me observa, se frota la frente, pone un brazo en jarra y me clava la mirada.

—Ella es Grace Collins. —La miro y la mujer mona me saluda con una sonrisa—. Su abuela vive en esta casa, vine a visitarla. Grace Fleming se encargaba de mí cuando era pequeño.

# 36

# LA ÚLTIMA VEZ

## SERENA

Central Park
Nueva York

*Un año antes…*

La última vez que vi a Max sucedieron muchas cosas, pero la más importante es que perdí la fe en él. Me dejó tirada en una playa de Las Maldivas y mis amigos no esperaron a que se le pasara el subidón, me buscara, me pidiera disculpas y yo las aceptara. Nada de eso. Eleanor y Sirius me metieron en un avión, a mí y a mi dolor, a mis lágrimas y mis lamentos; ahí, todo acumulado en una mochila que cargaba sobre mi espalda y que con seguridad sobrepasaba el peso recomendado del equipaje para volar con seguridad. Marco Antonio me asedió a llamadas. Cuando aterrizamos en Nueva York (no me he equivocado de ciudad, tiene una explicación) en mi teléfono saltaban las notificaciones por cientos, también mensajes, incluso correos electrónicos. Brandon también me llamó y Ryan, pero Eleanor tiró mi teléfono al río Hudson y nos dispusimos a clausurar nuestras vacaciones en Manhattan, asistiendo a espectáculos de Broadway y cenando en los mejores restaurantes en St. Mark's Place.

No hice alusión a ello, pero sabía por qué estábamos en esa ciudad y no era por la actuación del Mago Pop  ni por el concierto de Taylor Swift, sino porque sería un buen escondite si a Max se le ocurría ir tras de mí y buscarme en Washington. Al final tendríamos que volver y esto solo retrasaría ese momento. Porque los tres lo sabíamos. El roquero no se daría por vencido, nunca lo hacía. Y él seguiría persiguiéndome hasta el fin de sus días y los confines del universo.

Y yo creía que eso era amor…

Y hasta allí, caminando por Central Park, no podía olvidarlo. ¿Cómo hacerlo bajo ese manto de estrellas si acostumbraba a contarlas con él tumbada hasta en un suelo duro y frío? Olía a naturaleza y se escuchaba la vida en reposo, sí, así de curioso. La vida puede ser perfecta con la ausencia de ruido.

Yo buscaba respuestas en el firmamento, Sirius escribía en su teléfono móvil y Eleanor se preparaba para abordar una conversación incómoda pero necesaria.

La Chica Vip rompió el silencio con voz firme pero compasiva, porque comprendía lo que dolía un corazón fragmentado en mil pedazos. Sin embargo, no se amedrantó y sus palabras cortaron el aire.

—Serena, necesitamos hablar de Max.

—Pensé que esto era una estrategia de distracción para olvidarlo. Hasta me habéis llevado a un hipnoterapeuta. —Mis amigos se miraron—. Dejar de amar no es como dejar de fumar —bufé —. ¿Por qué me hablas de él? Es una mala estrategia.

—Sabemos que lo amas, Serena, pero no puedes ignorar las señales. Ese malnacido te decepciona una y otra vez, pero tú mereces algo mejor.

Luchaba por contener las lágrimas.

—¿Mi novio tiene un problema y yo tengo que salir corriendo? Creía que el amor era apoyo y comprensión.

—Él es el problema, Sery, por favor —comentó Sirius—. Y a nadie en esa tesitura se le puede ayudar si no quiere.

—*Ok*. —Puse los brazos en jarra—. Entonces, vuestra única opción es que deje que un día se muera de una sobredosis y…

—Si eso pasara, no sería culpa tuya. Ya has hecho todo lo posible para ayudarlo —aseguró Eleanor.

—¡Eso no es cierto! —grité enfadada, pero no con ellos, sino conmigo, con Max, con nosotros dos, por no tener ni idea de cómo manejar aquello.

—¡Desapareció en Maldivas! ¡Te invita a pasar las vacaciones con él y te deja tirada! ¡¿Qué hubiera pasado si nosotros no hubiésemos estado allí?! —Ellie respiraba y trataba de controlarse al ver las lágrimas brotar de mis ojos—. Serena, el amor no duele de esta manera, así no. Debes valorarte lo suficiente como para comprender que mereces un amor sin condiciones, uno que te eleve hasta el cielo sin arrastrarte hasta el infierno. Un hombre que te cuide, no un crío al que cuidar. Una persona que te haga feliz, no que te haga desear estar muerta —zanjó y Sirius vino hasta mí y me abrazó, desolada.

—No quiero morirme. —Hipé.

—Pues da la sensación de que sí.

Por desgracia, no me equivoqué. Max conocía mis costumbres y mi paradero. Otra vez, sí, la misma historia, eso sucede con las relaciones tóxicas, entras en un bucle de destrucción y sinsentidos, te chocas con un muro una y otra vez, una y otra vez, pero tú, imbécil a niveles desconocidos, crees que lograrás derribar ese muro y cruzar al otro lado y, si al final lo consigues, es solo para darte cuenta de que al otro lado no hay nada nuevo, solo más destrucción. Es eso. Una persona destructiva lo destruye todo, a él y a todos los que lo rodean, y yo estaba demasiado cerca.

No quiero defenderme ni inventarme excusas baratas de por qué lo perdonaba cada vez, por qué le daba interminables oportunidades y por qué lo anteponía a mí. Cuando amas a alguien de esa manera, algo cambia en tu cerebro, no ves la realidad tal y como es, sino como a ti te conviene que sea y yo ansiaba creer que Max crecería y cambiaría.

Habíamos retomado las clases y me entretenía riéndome con el rostro de Eleanor mientras el profesor Sinclair daba explicaciones. Fui a la biblioteca antes del almuerzo porque, aunque podía encontrar información en internet, me gustaba el olor al abrir las páginas, el polvo de las viejas estanterías y tocar las páginas inundadas de letras. Caminaba bajo los árboles bajo un sol

abrasador, a más de treinta y cinco grados con total seguridad, en un verano que prometía mucho cuando a mí me importaba muy poco.

—Serena… —El mundo dejó de girar cuando el roquero me detuvo en medio de la calle. Yo iba cargada con los libros que había sacado prestados, todos cayeron al suelo y rodaron por el empedrado. Él se agachó a recogerlos ante mi impasividad y mi miedo. No le temía a él, sino a lo que sentía ante su presencia. Los agarró uno a uno y se los puso bajo el brazo.

—No, Max, no. No puedo con esto. —Le quité mis libros, lo sobrepasé y me marché.

—Serena. ¡Serena! —gritaba a mis espaldas. Corrió hasta mí y trató de detenerme—. Serena, por favor, estoy yendo a un psiquiatra. Voy a rehabilitarme, pero tienes que estar conmigo.

Ahí se equivocó. Yo no tenía que estar con él; si decidía estarlo, era porque quería, sin obligaciones ni presión por su parte.

—Rehabilítate y, cuando lo hagas, hablamos.

—Serena, no me dejes, no lo hagas… —suplicó y comenzó a llorar. Sospeché que algo se había metido. Pupilas dilatadas y manos temblorosas… Si hubiera apostado, no hubiera perdido.

—Me has dejado tú, Max, en varias ocasiones. La última vez fue hace tres semanas, en una playa en Las Maldivas. Lo destrozas todo. Yo no voy a ser uno de tus juguetes rotos.

Me sentí orgullosa de mí misma, a pesar de que llegué a duras penas al apartamento y lloré hasta quedarme seca y dormida en los brazos de Eleanor que supo recoger el saco de mierda en el que me había convertido mi relación con Max. Pero no, esto no terminó ahí. Durante un mes tuve que ver en todas partes: redes, revistas digitales, vídeos virales, noticias y mensajes de conocidos, cómo el chico que lo tenía todo para triunfar, tiraba su carrera por la borda, una meteórica por la que cualquier aspirante a cantante de éxito hubiera matado.

*The Fire Voice destroza un escenario en Boston.*

*Max Voss, La Voz de Fuego, es pillado en medio de la calle, borracho y discutiendo con Brandon O'Kelly, batería de Iron Skies, al que le ha dado un puñetazo y roto la nariz.*

*Max Voss, el roquero más deseado, es arrestado por la policía de Los Ángeles acusado de alteración del orden público y tenencia ilícita de drogas.*

*El roquero que rompía lista de ventas, ahora rompe cristales de coches con su propio puño.*

*La Voz de Fuego se apaga.*

Marco Antonio se perdió, desapareció. Yo intentaba no ver las noticias y Eleanor y Sirius se encargaban de cambiar de canal, borrar vídeos y enlaces que les llegaban, además hablaron con conocidos para que no me informaran de lo que sucedía. Aun así, yo no podía vendarme los ojos y esconderme bajo tierra. A pesar de todos los pesares, la reina Cleopatra resurgió y conquistó otro imperio, muy alejado del de Marco Antonio; se centró en sí misma y separó las fronteras edificando un muro de cincuenta metros de altura.

# 37

# MAÑANA ME CASO

## SERENA

London Heathrow Airport
Londres

*Actualidad…*

Estoy de pie en la Terminal 5, rodeada de personas que esperan a familiares y amigos. Apoyo el hombro contra una de las columnas y observo cómo más gente se agolpa en el área de llegadas conforme pasan los minutos. Le doy vueltas a un bolígrafo que he cogido de la limusina que Dante ha puesto a mi disposición para recoger a mis *best friends,* nerviosa por verlos y por la celebración de mi boda mañana mismo.

*Mañana me caso…* Bufo, cambio el peso de mi cuerpo de pie.

Miro el reloj, deberían salir en cualquier momento. Me muerdo el labio inferior y noto cuánto necesito a Eleanor y Sirius para olvidar los últimos días con El Inglés.

—¡¡¡Ahhhhh!!! —Eleanor corre hacia mí en cuanto me ve. Sirius carga con las maletas tras ella, ambos ilusionados por el fin de semana que nos espera—. ¡Chica Glam! —Nos abrazamos y reímos—. ¿Cómo estás? ¿Nerviosa? A ver, habla, di algo. ¿Se te ha pegado el acento inglés? —Me asedia a preguntas.

—No llevo tanto en Londres. —Observo que le brillan los ojos de felicidad y la envidio porque yo llevo unos días muy malos.

Evito recordar el ridículo que hice colgada de unos cables en la fachada de la casa de la señora Fleming, por esto no he hablado sobre ello, porque trato de olvidarlo. Grace es maravillosa, la conocí cuando su nieta me invitó a pasar y se cercioró de que me encontraba en perfecto estado, trabaja como doctora de urgencias en el Royal London Hospital. Su abuela me contó cómo era Dante de pequeño ante varias tazas de té y la mirada reprobatoria del protagonista.

—Era un niño retraído y callado, obediente y muy buen estudiante.

¿Callado? Pues a mí me echó la charlita en cuanto salimos de la casa, con gritos incluidos.

—¿Qué hacías ahí? Explícamelo porque no lo entiendo. Me has dejado en evidencia.

—A mí me ha parecido gracioso. Una anécdota que contar… Dentro de muchos años… —Me arrepentí enseguida.

—Imagina que un reportero te fotografía así… —Se frotó la sien—. Vas a ser la señora Wolf, tienes que estar a la altura.

No cogí el freno de mano porque ese coche no llevaba uno normal, si hubiera sido así, tiro de

él y me bajo del vehículo.

—Te conozco, Serena, sé cómo has crecido. Esto no es normal en ti…

—Las pruebas eran irrefutables. Te vi abrazar a una mujer y… —Me defendí creyendo que tenía razón y la verdad absoluta.

—Pensabas que te estaba siendo infiel. Si eso puede ser posible. ¡Por Dios, Serena! —Dio un pequeño golpe en el volante—. Nuestro matrimonio no es real, es de conveniencia. Aun así te he prometido que no habrá otras mujeres.

—Lo lamento, pero me cuesta creer que aguantes la sequía —le vacilé y… Ahí terminó todo. No voy a seguir porque es un sinsentido que ha durado cuatro días. Casi ni hablamos, yo me dedico a pasar los días con Arya preparando la boda que celebraremos mañana y él trabaja y aprovecha para quedar con compromisos. Me suelo acostar antes que él y me hago la dormida, aunque por el rabillo del ojo me deleito con su espalda y su pecho, ambos esculpidos con cincel y martillo, antes pensaba que por Miguel Ángel, ahora sospecho que por el mismo Diablo.

Volvamos a la actualidad real, esa en la que Sirius también me abraza y recuerdo que tengo una familia de verdad al otro lado del océano.

—Oh, mi Chica Glam, te ves genial. Londres te sienta increíble. —Me guiña un ojo.

—Es una bonita ciudad. Me hace sentir bien. —Sigo con la actuación, demasiado larga y tediosa. Odio esta ciudad. Vale, en realidad odio a Dante, Londres es maravillosa y pasear por Camden Town y su mercado fue como viajar a otro planeta.

—¿Y qué tal? —Caminamos hasta la salida y el chófer se hace cargo del equipaje de mis amigos subiéndolos a un carrito—. ¿Cómo ha sido la vida en este rincón de Europa? —Sirius lanza la pregunta en un tono juguetón y lleno de curiosidad.

—Dante es muy buen anfitrión y su madre, una persona muy especial. —Mantengo mi templanza de inocencia, pero mi sonrisa me traiciona.

—Sery, ¿va todo bien? —Eleanor me acusa con el dedo.

—Estoy exhausta. Quiero dormir… —exagero, y entramos en la limusina.

—¿El señor Wolf no te deja dormir por la noche? —Me lanza—. Venga ya, Serena, ni Sirius ni yo nos creemos que no os acostéis. No tenéis doce años. —Me sale una risa sin querer, en serio, mi intención dista mucho de reírme, pero es que no puedo más; entre las mentiras, la falta de sexo, el enfado de Dante y tanto disimular, va a darme algo.

—A veces me pregunto si vivo en una película romántica.—Más circo y función extra.

—Deja de cambiar de tema.

—No lo hago. Te digo la verdad. Dante y yo aún no nos hemos acostado. —Para una vez que digo la verdad desde hace un mes, no me creen.

Mis padres llegaron ayer, se hospedan, por cuestiones de logística, en The Emory, un hotel de

lujo situado en Belgravia. Aproveché para pasar con ellos la tarde. Dante y Arya cenaron con nosotros y los presenté. George y Wolf hablaron de negocios la mitad de la velada y "mi suegra" puso al día a su "consuegra" muy convenientemente de los pormenores de la boda. Y ahí estaba yo, desubicada, diseccionando el pescado y las verduras, haciendo carantoñas a mi novio y dejándomelas hacer y sonriendo de vez en cuando.

—Será una costumbre inglesa —bromea Sirius—. Esperar hasta después del matrimonio.

Los acompaño al hotel The Emory y los despido hasta la noche que celebraremos la cena de ensayo en una de las terrazas de Kensington. No sé qué vamos a ensayar. Sí, quiero. Sí, quiero… Y listo. Celebramos, más actuaciones estelares y para casa. Ni siquiera vamos a hacer viaje de novios porque la situación actual de la fusión no lo permite.

La noche llega y ensayamos. Lo hacemos bajo un dosel de luces que cuelgan de las ramas de los árboles e iluminan el jardín con una luz muy cálida en contraste con el frío de mi estómago y de mi corazón. Cubiertos de plata, copas de cristal y muchas velas. Todo en su lugar, perfecto, menos yo, un pomelo pocho y avinagrado que desea poner a la función su punto y final.

*Y esto es solo el principio de unas intensas veinticuatro horas*, me recuerda la voz chillona.

*Dame ánimos.*

*Soy una impostora*, pienso, a medida que saludo a los invitados, los míos, que han hecho un viaje muy largo, y los de Dante y Arya, que ya me tratan como si fuera de la familia. Beso a mi tía, hermana de mi madre a la que hacía meses que no veía, sonrío a las cámaras fotográficas, agradezco cumplidos y Wolf, con su traje impecable, bromea con los hombres de mi familia. Su fachada es tan perfecta como la mía, su risa convincente. Me intercambia una mirada y asiente. Ya lo conozco un poco y sé que desea que me sienta segura. Entiendo a la perfección que los dos estamos atrapados por un contrato que ambos aceptamos. Una farsa de billones de dólares disfrazada de amor.

*Soy espectadora de una obra que no pedí interpretar*.

—Cariño, ¿estás bien? —Arya viene a mi lado y me ofrece una copa de vino.

—Sí, sí. ¿Y tú? —He notado que se mueve a cámara lenta. La cojo y le doy las gracias—. ¿Tú no bebes?

—Oh, sí. Hoy es un día especial. Y mañana también. —Coge otra copa que le ofrece un camarero y le da un sorbo—. Tus padres son muy amables. Se nota cuánto te quieren.

—Soy su única hija. Vuelcan en mí todo su amor, pero también… —Suspiro—. Todas sus ilusiones.

—Y eso hace que te sientas presionada.

—No, no, pero estar a la altura de la familia Carrington a veces es complicado. No me malinterprete, estoy muy orgullosa de ellos y sé qué soy una privilegiada. Pero a veces… Me gustaría…

Mi agarra de una mano y la aprieta con ternura.

—Te entiendo perfectamente. A Dante le pasa desde que se convirtió en una persona poderosa. Sois muy parecidos al fin y al cabo. —Me mira con los ojos muy brillantes—. Eres una Carrington y te honra que te preocupes por glorificar tu apellido, pero, Serena, no olvides nunca que tu vida es tuya y de nadie más. Sé feliz, siempre. Nunca sabemos cuándo… —Respira y parpadea—. Nunca sabemos cuánto vamos a estar aquí.

—Arya —alguien la llama.

—¿Me disculpas un momento? Los canapés de salmón se habrán quemado —bromea, y sonreímos.

—Claro, no te preocupes.

—Ten paciencia con mi hijo. Es un buen hombre.

Parpadeo cuando Charlotte y Stefano entran en el espacio y saludan a Dante. Sí, sí, Charlotte, la tripulante de cabina con la que se acuesta cuando les apetece, y Stefano, el capitán y piloto de su jet privado. El Inglés nota mi desconcierto y malestar en cuanto respiramos el mismo aire y, tras saludarlos, viene hasta mí a darme explicaciones que no he pedido (en voz alta, claro).

—Debiste avisarme —le reprocho.

—Están en Londres y me parecía de recibo invitarles, al menos al ensayo.

—¿Debería darte las gracias por no invitarla a nuestra boda? —Por dentro, abro los ojos de par en par, sin embargo, por fuera, sonrío para que los invitados crean que mi maridito y yo nos decimos, como mínimo, lo contentos que estamos de tenerlos aquí.

—Serena, no es momento ni lugar… —Se abrocha la pajarita.

Le sienta bien la pajarita, pienso.

*Como diría Dante, no es momento ni lugar para pensar en lo bien que le sienta la pajarita y ese chaqueta, y ese pantalón, y lo alto que es…*

Meneo la cabeza y parpadeo. La presión no va a poder conmigo.

Mi padre alza una copa y su voz retumba en el patio. Mi madre sonríe orgullosa a su lado. Su hija, yo, va a casarse con uno de los solteros más codiciados de EEUU.

—Queridos familiares y amigos, estamos aquí esta noche para celebrar un momento significativo en nuestras vidas, en la vida de nuestra hija, Serena. —dice mi nombre con orgullo y yo tengo ganas de vomitar—. Les agradezco que estén acompañándonos esta noche de amor y promesas. —Al final vomito—. Mañana, mi querida hija, se unirá en matrimonio con Dante Wolf, un hombre que no solo ha sabido conquistarla, sino con el que hemos forjado una importante unión financiera que crece cada día. —Baja la copa y nos mira a Dante y a mí—. Que la felicidad esté siempre en vuestros corazones y que la vida os regale mucho amor. —*No vomites, Serena.* Se gira de nuevo hacia todos y levanta la copa de nuevo—. ¡Por el amor, la familia y un futuro prometedor!

Todos beben y aplauden, las risas estallan, las copas chocan y mi mirada se dirige al fondo del pasillo. Wolf se inclina hacia a mí, me observa, me agarra de la mano y se excusa.

—Mi prometida y yo necesitamos un rato de intimidad. Volvemos enseguida.

Cruzamos un sendero, un pasillo cubierto y salimos a otro jardín más pequeño en el que no hay gente. Dante me mira con serenidad, apoya las palmas de sus manos en mis hombros desnudos y me pide que me tranquilice.

—Estoy bien… —susurro y me masajeo el estómago

—No lo estás y te entiendo perfectamente. Yo también lucho contra ese sentimiento. —¿De qué sentimiento habla?—. Mírame —me pide—. Pero esto es auténtico. Tú y yo sí somos reales y sabemos por qué lo hacemos. Dime que lo entiendes —asiento—. Hemos creado unas expectativas y vamos a cumplirlas. Te prometo que yo te protegeré.

Y nos quedamos suspendidos en el aire, los dos, solos, sin presiones ni resentimientos hacia nosotros mismos, la boda desaparece durante un instante y juro que creo que va a besarme… Se acerca, poco a poco y… Sus labios rozan mi frente.

Sus. Labios. Mi. Frente.

Cierro los ojos y cuento las horas que me separan de la ceremonia, no sé si porque quiero que no ocurra, o porque me gustaría que sí lo hiciera, pero de otra manera muy diferente.

# 38

# EL DÍA D

## SERENA

Jardines de Kensington
Londres

*Actualidad…*

El día de la boda llega. Era inevitable. ¿Qué pensaba? ¿Que el tiempo iba a congelarse? Esto no es una película de ficción sino la vida real y cada minuto cuenta, las máquinas para viajar al pasado no existen y la realidad se hace grande y presente.

La semana ha pasado más rápido de lo que esperaba y Dante me recuerda cada noche que tendré mi propio espacio en su apartamento y que podré leer con la luz encendida porque no le molestaré.

*Yo tampoco quiero estar cerca de ti, inglés engreído.*

El día brilla, hace fresco para ser verano y las flores lucen impecables. Qué feliz soy (nótese la ironía). Crecí con la idea de que me casaría por amor, que este día sería de los más felices de mi vida y que mi príncipe azul me amaría tanto como yo a él y daría su vida por mí. Bajaría de su corcel blanco y me prometería que daría la vida por mí si fuera necesario. Pero no. Esto es una pantomima que comienza bien entrada la mañana. Peluquería, maquillaje, mi madre controlando cada detalle y una dama de honor histérica porque se le ha roto una uña.

—Ellie, tranquila, iremos a que te la arreglen. —Sirius trata de calmarla.

—Sácala de aquí, por favor —le suplico en un susurro, pero ya estoy lo bastante nerviosa.

Sirius y Eleanor abandonan la habitación del hotel en la que me preparo y mi padre entra a felicitarme por el inminente enlace. Necesito un poco de tranquilidad y solicito a todos que me dejen a solas un momento. De lejos, se escucha la música del jardín y las risas de los invitados, unos treinta. Me posiciono frente a un espejo enorme, en la que me veo entera y reviso el vestido. Una boda de mentira y un vestido de cuento de hadas, surgido de las páginas de la más bonita historia de amor, confeccionado en una seda etérea que brilla a la luz, el tejido hace magia cuando se mueve. La prenda fluye como un río de playa y marfil, deslizándose por mi figura con la gracia de una brisa que acaricia las hojas en primavera. El corsé, delicadamente bordados con hilos de finos cristales, abraza mi torso de manera perfecta, acentuando mi cintura. Una falda unida al cuerpo se despliega en cascada de tul y capas de gasa, como nubes bajas en un cielo despejado. Con tirantes finos que se entrelazan delicadamente en la parte posterior. La espalda del vestido está ornamentada con un lazo de tul que se abre en un colosal moño y deja caer un trozo que acaricia el suelo y deja atrás una estela de ensueño.

—Es precioso —musito y giro hacia un lado y otro.

Sonrío ante mi reflejo, pero no me encuentro. De todas formas, es lo que me queda. Seguiré luchando por el futuro de los Carrington y no voy a arrepentirme de ello.

En ese momento, Dante entra en la habitación y la sorpresa me invade. Me he explicado mal: Un caballero salido de una novela clásica irrumpe en la suit y la doncella se desmaya y cae escaleras abajo.

Está impecable con ese traje oscuro de tres piezas, de corte impecable, cuidadosamente diseñado y cosido a mano por sastres ingleses, sin duda. La chaqueta de un tono gris pizarra, con solapas y corte ajustado y botones de nácar. Camisa blanca de algodón egipcio. Los puños doblados, lucen gemelos de plata que atrapan la luz. El cuello sostiene una corbata de seda en un tono azul marino y el chaleco completa el conjunto, con un patrón de espiga.

*Cierra la boca.*

*Dilo, es tan guapo que da hasta grima,* me anima la voz chillona.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, incómoda y confusa.

—Dom ha desaparecido y necesito que me abroches la corbata —explica, y camina hasta mí. Posa la mirada en mi cuerpo, sin embargo, habla el silencio.

*¿Hola? ¿No estoy guapa? Voy vestida de Cenicienta y el príncipe ni se percata. En serio, estoy harta de su poca sutileza.*

—¿Estás bien? —Frunce el ceño cuando llega frente a mí y se detiene.

Carraspeo y me recompongo. Alargo la mano, tiro y se la quito para volvérsela a poner. Huele como siempre, pero mejor.

—Te esperaba con pajarita. —Tarda en alzar las cejas. Juraría que me miraba los labios o el escote, o las dos cosas—. El primer día que hablamos me dijiste que preferías las pajaritas. Estamos en Londres, eres inglés y es tu traje de novio. Podías haber elegido la pajarita.

—El traje no lo he elegido yo. Mi madre se encargó de ello y Dom se lo probó por mí. Tenía mucho trabajo —me cuenta y me dan ganas de abofetearlo. La burbuja que trato de mantener está a punto de estallar en mil pedazos—. Además, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no has buscado a otra persona? Que el novio vea a la novia con el vestido antes de la boda da mala suerte.

—Suerte que no sea una boda real, sino ficticia y la mantendremos durante dos años pase lo que pase. Nada de dramas ni…

Aprieto el nudo con fuerza y lo ahogo, a conciencia, claro, no lo dudes.

—¡¡Ahhh!! —grita y se queja.

—Oh, perdona. ¿Te he hecho daño? —Arrugo la frente, preocupada (ni mucho menos) porque siga ahorcándolo. Vuelvo a apretar.

—Sere… —Se pone rojo. Yo aprieto la mandíbula y tiro de uno de los picos—. No puedo… No puedo respirar.

*Dante Wolf muere diez minutos antes de desposarse con Serena Carrington. La corbata de seiscientos dólares lo mató.* Imagino el titular durante unos segundos, los que tardo en aflojarla y hacer el nudo en condiciones.

—Te recordaba más ágil con las corbatas —comenta sin moverse ni un milímetro hacia atrás.

—Y yo te pensaba más educado. De todos modos, que estés aquí no dice nada bueno de ti. Eres Dante "El Inglés" Wolf y deberías entender el protocolo sin que nadie tenga que explicártelo.

—Serena. —Suspira—. Conozco perfectamente el protocolo, pero esto es un matrimonio de conveniencia.

—¿Qué pasa si tu madre te ve entrar o salir de aquí? —Me pongo a su altura. Si él no le da importancia a lo que hacemos, yo tampoco—. Puede sospechar que…

Me rodea la cintura con una mano y me atrae hacia él unos centímetros, sin tocarme más que eso en realidad. Su aliento se alía con mi aliento y me desarman.

—Creerá que no he podido aguantar más sin verte y me he colado a darte un beso porque no logro apartarme de ti —susurra a medio palmo de mis labios.

Trago con dificultad y nuestros ojos se encuentran en un punto intermedio. ¿Cómo conseguimos estar tan cerca si estamos tan lejos?

*Un matrimonio de conveniencia*, me recuerdo.

—Es solo una boda. —Rompe de nuevo la magia (que no hay, pero yo me la invento).

—Hablas de ello como si fuera una transacción económi… —Caigo en la cuenta conforme hablo. *Eso es exactamente. Lo acordasteis. Lo firmasteis*. Parpadeo un par de veces, cayendo en lo esencial.

—Lo es, Serena —asegura y la frustración vuelve y me quema.

Nos miramos durante otro puñado de segundos, hasta que da un paso hacia atrás y respira.

—No te lo tomes tan a pecho. Es una fiesta y sé cuánto te gustan. Diviértete, aprovecha el despliegue de… —Señala fuera—… Arya.

—Sí, claro. —Finjo una sonrisa—. Eso exactamente voy a hacer. —Giro hacia el espejo y de nuevo me observo. Una Serena triste me sonríe para animarme.

—Serena —me llama justo cuando abre la puerta—. Puede que todo esto sea una mentira, pero estás preciosa. Nunca había visto una novia tan guapa. —Cierra tras de sí y me deja recordando las cláusulas del contrato, repasándolas y lamentando por qué no incluí una donde se indicara que podría renunciar a casarme si minutos antes del enlace me doy cuenta de que me he enamorado del novio. Porque es eso lo que me ocurre, ¿no?

No me da tiempo a responderme a la pregunta, porque Eleanor entra como un elefante en una cacharrería en la habitación y se pone delante de mí con los brazos alzados.

—¿Se te ha roto otra uña? —Visiono sus dedos.

—Muy graciosa. Os he escuchado, Serena Carrington. Dime que he entendido mal y que no vas a casarte por conveniencia.

# 39

# EN LAS MONTAÑAS

## SERENA

Cedar Ridge
Alabama

*Nueve meses antes…*

Se acercaban las vacaciones de Navidad y los exámenes estaban a la vuelta de la esquina. Preparaba una prueba importante cuando el insistente sonido de mi teléfono interrumpió la lectura de un párrafo muy enrevesado.

—*Gucci…* —Lamenté con la pluma dando vueltas en mi mano.

No conocí el número, pero lo atendí porque mi padre llevaba unos días muy resfriado y por la mañana había estado en urgencias. Quizá había empeorado y me asusté, sin soñar siquiera lo que en realidad era.

—¿Diga? —Lo llevé a la oreja y puse los pies en el suelo, hasta ahora cruzados sobre el sofá —. ¿Diga? —insistí porque no escuche a nadie. Me levanté y fui hasta la cocina a tomar agua—. ¿Hola? ¿Hay alguien?

—Hola, Serena —dijo una voz angustiada que no reconocí—. Soy Juliette, la madre de Max. —Sabía quién era y que me llamara alertó todos mis sentidos—. Perdona… Disculpa si te estoy molestando… —Me pareció escuchar un suspiro demasiado fuerte y me asusté.

—¿Dónde está Max? ¿Está bien? —Me detuve junto a la isla de la cocina y me agarré al borde.

—Lamento decirte que no… —Un silencio—. Supongo que has visto las noticias… Bueno, está en todas partes, esas imágenes… Max está aquí, en casa, en Alabama. Brandon y yo conseguimos traerlo, pero no quiere hablar con nadie. Con nadie… si no es contigo.

Lo sé, pude haberme negado. Sacar a Max de mi vida me había costado más de un año, pero no todo fue malo, yo recordaba lo bonito, los momentos en los que ese chico me hizo tocar el cielo y no el infierno.

—No sé qué hacer… —siguió y supe perfectamente a qué se refería—. Está atrapado en un pozo sin fondo, no atiende a razones, no logro sacarlo de ahí. —Comenzó a llorar.

La escuché atentamente, igual de preocupada que ella, porque Max, el amor de mi vida, estaba sumido en una espiral de autodestrucción. Me lo imaginaba solo y el corazón se me rompía una y otra vez en mil pedazos.

—Estaré allí lo antes posible, Juliette. Cogeré el primer avión que salga para Alabama —le prometí, convencida de que haría todo lo posible por él, a pesar de que hacía dos meses que habíamos roto.

Colgué y respiré hondo. No lo pensé dos veces, fui hasta mi dormitorio, saqué mi maleta del armario, la abrí sobre la cama y la cargué de ropa y enseres. Recordé la noche que lo conocí y lo bonito que me hizo sentir la mayor parte del tiempo, antes de que Max se transformara en un fantasma. Recordé el mar azul humedeciendo nuestros cuerpos mientras hacíamos el amor, recordé las risas tumbados en medio de una calle por ninguna razón. Recordé cuando contábamos estrellas y lo recordé a él, al chico de la chaqueta de cuero, desganado y simpático que me amaba y cuidó de mí hasta que las drogas aparecieron como un torrente de agua que busca el cauce del antiguo río.

Me fui antes de que Eleanor llegara. Le dejé una nota escrita a mano en la puerta del frigorífico pegada a un imán en forma de melocotón.

He ido a Alabama. Me ha llamado Juliette, la madre de Max. Sé lo que piensas al respecto, pero es mi deber y… aún lo amo. El amor no puede elegirse. Estaré aquí para Nochebuena. Todo saldrá bien. Te quiero.

Alquilé un coche y conduje unos cientos de kilómetros entre montañas hasta Cedar Ridge, un pequeño y pintoresco pueblo con encanto sureño. Aquello estaba escondido del mundo, un lugar que había anidado entre los montes verdes de los Apalaches. Con calles estrechas y casas de madera clara y una ligera niebla que cubría los picos más altos. La luz del sol se filtraba a través de los cedros y robles, y me quité las gafas de sol para buscar cuidadosamente la casa. Aparqué en la calle principal, junto a una cafetería con mesas de madera desgastada y una librería antigua. Me apee del vehículo y saludé a la única persona que vi en la plaza, un hombre mayor que me observaba sin remilgos. Me indicó que Juliette vivía más abajo.

—A las afueras. Será mejor que suba de nuevo a su coche,  no podrá caminar por el camino con esos zapatos. —Sacó de su boca un palillo que aguantaba con los dientes y los señaló con él —. La casa amarilla. No la verá hasta que no sobrepase los árboles de la carretera.

—Gracias.

El desconocido con sombrero se refería a una decena de Nogales Americanos, de madera dura y veinte metros de altura, con corteza áspera y follaje dorado. No entendía cómo un chico que había nacido y crecido en ese lugar tan remoto del mundo, había llegado tan lejos.

Los tacones cuadrados de mis botas se clavaron en el barro frente a un porche de madera que rodeaba la finca, pequeña, de una sola planta y edificada a conciencia para no ser vista desde fuera. Ni Google Maps la encontraría.

Juliette salió en cuanto escuchó el motor del coche, la reconocí de inmediato, la había visto en fotos y Max me habló en alguna ocasión de ella. Nos dimos un abrazo y se emocionó.

—No sé cómo agradecerte que hayas venido. —Sus ojos lo decían todo. Una madre desesperada porque su hijo se muere poco a poco y no puede hacer nada para evitarlo.

—Quería estar aquí. —La conversación siguió durante unos minutos, dentro, con una chimenea encendida de telón de fondo. Le pedí disculpas porque yo también me sentía culpable de aquello. Max se hundió del todo cuando lo dejé, o eso parecía. Los medios se cebaron con él revelando que su situación se le había ido de las manos, quizá porque yo lo solté.

Juliette me eximió de toda culpa y me invitó a un café.

—Maximilien ha salido con Jordan, su mejor amigo. Han ido a dar un paseo.

—¿Su mejor amigo? —pregunté con la taza en la mano y sentada en un sofá a cuadros. Ella sonrió con tristeza y asintió.

—Jordan y Max crecieron juntos. Pero la vida les tenía preparados destinos muy diferentes. Max se fue a probar suerte a la ciudad y Jordan se hizo cargo de la carpintería de su padre. ¿Nunca te habló de él? —Negué—. Max habla poco de su vida… —Suspiró—. Es otro de sus fantasmas. Odiar un pasado que ni siquiera vivió.

Escuchamos unos pasos fuera, pisando sobre la madera y las hojas que habían caído sobre esta. Sonaron dos golpes en la puerta y Juliette abrió.

—¿Dónde está Maximilien? —le preguntó a un chico, visiblemente preocupada.

—Quería pasar un rato a solas. Tranquila, Juliette, está sentado en el embarcadero. —Me miró.

—Ella es Serena. Ha venido a ayudarnos.

—Encantada.

—Encantado. Yo… —se rascó el pelo—… me marcho. Volveré mañana por la tarde. Tengo mucho trabajo por la mañana.

—Claro. Gracias por todo. —Se despidieron, y recogí mi abrigo del perchero en el que lo habíamos colgado. Me lo puse—. El embarcadero está a ciento cincuenta metros por el sendero de detrás de la casa. —No hicieron faltas explicaciones. Estaba allí por él y no había razones para esperar.

—Lo encontraré. —Y lo dije consciente de que así sería porque nos unía un hilo rojo que no se había roto ni con todas las guerras que ya habíamos librado.

Había gotas de rocío sobre las hojas y mis pasos se hundían en el suelo blando. La densidad del bosque me abrazaba y seguí el canto suave del murmullo del agua cercana. El camino finalizó en un claro y el sol incidía sobre el muelle, señalándome el lugar exacto en el que debía encontrar a Max. Me acerqué sin vacilar, aunque un mal presentimiento se instaló en mi pecho.

Allí estaba, solo, de pie, mirando un agua cristalina que brillaba, no como él, con los hombros caídos y un aura muy oscura. Lo observé en silencio durante un minutos, casi irreconocible, con un pantalón de chándal, una sudadera y un abrigo verde.

Giró el cuello unos grados y nuestras miradas se encontraron reflejando un trillón de emociones y palabras no dichas, un lenguaje que ya habíamos utilizado en otras ocasiones, que transcendía el tiempo y el espacio, pero reconociendo que jamás nos habíamos dicho tantas cosas en silencio.

—Max… —susurré.

—Serena… —musitó en el mismo segundo.

No me tenía miedo, ni siquiera lamentó que yo estuviera allí. No. Aquello era otra cosa muy diferente. El roquero que actuaba ante miles y miles de personas se avergonzaba ante mí.

# 40

# RECAPITULEMOS:
# FINAL: LO QUE SIENTO

## SERENA

Jardines de Kensington
Londres

*Actualidad…*

Los ojos se me salen de las cuencas ante Eleanor, convertida en huracán, y lanzando piedras en forma de preguntas inadecuadas. No sé cómo no me he muerto ya de un infarto. En pocos minutos han ocurrido demasiadas cosas. Repasémoslas:

1. Dante entra en la habitación y me recuerda que esto es una pantomima y hace alarde de lo poco que le importa verme vestida de novia y que la mala suerte nos persiga porque, total, esto no es de verdad y, por ende, ¿qué puede salir mal?
2. Comienzo a pensar que tal vez me estoy enamorando de él porque no es normal lo que siento en el estómago. Esto no son mariposas, ni siquiera elefantes, sino más bien naves extraterrestres del tamaño de la luna.
3. Lo más importante: Eleanor nos ha descubierto.

—¿Esto es una boda pactada? —insiste y le falta el aire.

—¿Cuánto champán has bebido? ¿Ya habéis jugado con las setas del jardín? —En un campamento de verano, Sirius y ella tuvieron la gran idea de cocinar unas setas que encontramos en la montaña y comérselas. Yo no las probé, no estoy tan loca, y vieron jirafas rosas voladoras.

Su rostro está enrojecido y su cabello, impecablemente recogido y preparado para la boda, flaquea en un movimiento brusco y se escapa un mechón de la parte baja. La cubre un vestido de seda en un tono intenso de malva que contrasta con la palidez de la habitación y sus ojos marrones oscuros resplandecen como dos llamas, llenos de determinación.

—¡Serena! ¿Estás realmente pensando en casarte por conveniencia? ¿Después de todo lo que hemos hablado sobre lo que significa el amor? ¿Después del imbécil de Max? ¿A esto has llegado?

Me causa curiosidad que culpe a Max de todas mis desgracias desde que lo conocí. Dentro de veinte años meto el pie en un charco y dirá que el roquero hizo pis justo ahí. En fin…

Voy a cerrar la puerta que ha dejado abierta para asegurarme de que nadie más nos escucha y le pregunto dónde está Sirius.

—Hablando con tu madre sobre la fiesta de beneficencia que yo organizo con ella. —Clava uno de sus dedos en el pecho—. Pero he creído conveniente subir para ver si mi mejor amiga necesitaba algo. ¿Y cuál es mi sorpresa? ¡Que me ha mentido! ¡A mí y a todos!

—Sshhhh… Baja la voz —le ruego. La agarro de la muñeca y la llevo hasta la pared más al fondo—. No es lo que crees —susurro—. Dante y yo hemos hecho un trato. —Alza el mentón. Le cuento de prisa y corriendo lo del contrato, sin embargo…

—No puedes permitir que el miedo a perder lo que tienes te empuje a una elección que no sabes si es la correcta.

—Pensé que precisamente tú me entenderías. Conoces bien cómo van los negocios, Eleanor Ashford.

Se acerca a mí y achina los ojos.

—Esto no es un juego, Serena. No puedes casarte solo por mantener un imperio, porque el verdadero imperio se construye sobre amor y confianza, no sobre conveniencias económicas.

—Eleanor, escúchame —ruego a punto de llorar—. No tengo otra opción. El amor no tiene cabida aquí. Este matrimonio es lo que mi familia necesita. El imperio de mi padre estaba en la ruina, ¿te acuerdas? y yo… yo sólo intento salvarlo.

La expresión de Eleanor se torna aún más intensa.

—No puedes sentenciar tu vida así y pensar que eso lo resolverá todo. Te casarás con un hombre que no amas y que, además, no estará contigo de la forma que tú necesitas. Esto no es solo un evento; es tu vida, Serena —intenta convencerme de lo que ya sé: esto no es buena idea, no obstante… meneo la cabeza y alejo lo negativo.

Sus palabras me atraviesan como flechas y me duele escucharla. Pero me aferro a otra realidad, la que he construido, una en la que he tomado decisiones en función de lo que se espera de mí y de mis obligaciones con los Carrington, no de lo que deseo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Debo dejar que todo se desmorone solo porque me enseñaron que tenía que casarme por amor? Necesito ser realista, Eleanor. Esto no es un cuento de hadas.

—Un matrimonio sin amor te hará sufrir. No quiero estar presente en tu vida mientras vives atrapada en un compromiso que no elegiste. Casarse por conveniencia solo…

—Lo elegí, Ellie, ¿no me has escuchado? Le pedí a Dante que me ayudara a salvar

CARRINGTON HOLDINGS y lo único que exigió fue que nos casáramos. No me obligó, yo acepté el trato. Él no me ama y yo no… —Eleanor nota que algo se remueve dentro de mí. La habitación se me hace más y más pequeña y mi pecho se constriñe con cada una de mis palabras.

—Hay algo más… —Me interrumpe.

—Es simple. Él salva mi imperio y estamos dos años casados. Les hacemos creer a todos que nos amamos y rompemos en veinticuatro meses. Tú también lo harías por tu familia, estoy segura.

—No me cuadra… —musita.

—Eleanor, mírame —le pido, conmocionada.

—No puedo dejar que lo hagas. No puedo… —Centra sus pupilas en mí.

—¿Qué?

—No dejaré que te cases con El Inglés si no es por amor. —Trago con dificultad y ella achina los ojos—. Tú eres mucho más que el imperio de tu familia.

—Eleanor, ¿qué vas a hacer?

—Lo que haría cualquier amiga. —Sale de la habitación y trato de retenerla, voy tras ella sin conseguir adelantarla y…

*Todo se va a la mierda, digo… a la Gucci.*

# 41

# ¿QUÉ ES ESO?

## DANTE

Jardines de Kensington
Londres

*Actualidad…*

¿Qué es eso? Me falta el aire. Jamás me había ahogado así, ni sentido… Y no me refiero a que Serena haya tratado de estrangularme con la corbata hace solo dos minutos, sino al aire que alguien ha aspirado en esa habitación y ahora en este pasillo en el que me he quedado pegado al suelo y una serpiente de cascabel sube reptando entre mis piernas, vientre, estómago y oprime mi cuello exprimiéndolo. La imagen de Serena, envuelta como un regalo con ese vestido recién salido de mis mejores sueños, me ha acelerado los latidos del corazón y un peligro desconocido, que no logro descubrir, amenaza con terminar con mi control.

—Joder… —masco y me desabrocho unos milímetros el nudo de la corbata que ha hecho la Chica Glam, convertida en una hada madrina—. Deber y deseo… Deber y deseo… —me digo, autoconvenciéndome de que esto es lo que debo hacer y que la ansiedad proviene de lo cachondo que me pone Carrington y del mes y medio que llevo sin acostarme con una mujer.

Pero una sombra, una que no logro ignorar, se pasea a mi lado, un fantasma al que no temo, porque yo no temo a nada, me recuerdo.

Eleanor cruza por el pasillo de enfrente y me saca de mi ensimismamiento. Sale de la habitación de la que yo provengo y corre en dirección al jardín en el que nuestros invitados esperan a que comience la ceremonia. Me alerta sus prisas y me extraña no haberla visto entrar. ¿Dónde estaba? Lo peor, que Serena corre tras ella, agarrándose el vestido y alzándolo para no pisarlo, tropezar y caerse.

—¡Serena! —La detengo—. ¿Va todo bien?

Ella respira con dificultad.

—Ell… Ellie nos ha escuchado. Ha escuchado la verdad de lo nuestro y ha salido a impedir la boda —consigue decir y a mí se me ponen todos los vellos de punta. La idea de perderla incluso antes de haberla tenido me deja sin aliento, discapacitado, me convierte en espectador de mi propia tragedia.

—¿Qué pretende hacer?

—No lo sé. Hablar con mi padre.

—Tenemos que impedirlo. —La idea de un futuro juntos dentro de los límites marcados me quema, pero al mismo tiempo me atrapa la belleza de la promesa que encarna estar dos años casados.

*Soy un egoísta.*

—Eso trato. Hay que detenerla. —Corremos tras ella y consigo atraparla justo antes de salir al jardín. Serena la agarra por el brazo y nos encerramos los tres en un almacén, con sillas y mesas apiladas en una esquina.

—¿Estáis locos? ¡Y tú ni te acerques! —Me señala—. ¡¡Obligas a mi amiga a casarse contigo!! Pero, ¿dónde está tu honor? —Se dirige ahora a Serena—. ¿Y el tuyo?

—Por favor, deja de gritar —le pido.

—¿O qué? ¿Me cortarás la lengua? —Se envalentona—. Esto es una locura. No puedo quedarme como si nada. ¿Cómo podéis estar tan tranquilos frente a este despropósito? ¡Hemos cruzado el Atlántico! —Esta mujer va a estallar. Alza las manos a la altura de la cabeza.

—Eleanor, escúchame. —Serena da un paso hacia ella—. No se trata de nosotros. Ha sido una decisión tomada entre dos personas adultas.

—O paráis esto, o lo paro yo. —Ella sigue en sus trece. Nos presiona y se cruza de brazos.

Estoy a punto de interceder y ponerme serio de verdad, pero Carrington saca sus mejores cartas, agarra a su amiga con las dos manos y le suplica.

—Ellie, me quieres y deseas lo mejor para mí. Sabes que no tomo decisiones a la ligera, que las estudio y las valoro, las pondero. La unión de Carrington y Wolf está trayendo cosas buenas y soluciones. Solo vamos a firmar un contrato más, no estaremos juntos en ningún sentido, solo en lo más estricto y necesario.

—Pero… ¿Y el amor? —Le tiembla el labio.

—Llegará, Ellie, sé a qué te refieres. Deja de preocuparte por mí. Esto es un impase de dos años. Dos años —repite y a mí se me revuelve el estómago.

—¿Estás segura…? —Eleanor parpadea y su voz es un susurro demoledor. En lo más profundo de su corazón sabe que lo que le explica su amiga no es tan descabellado y que nuestras razones tendremos—. El amor no es… El amor no tiene nada que ver con esta farsa. —Y la certeza con la que habla convierte sus palabras en un estallido de verdades irrefutables.

—No es amor, Eleanor, es un negocio —le explica y la corbata vuelve a apretarme el cuello.

—Vas a arruinarle la vida. Estoy harta de los hombres que se acercan a Serena. No la queréis bien, ninguno… Ninguno de los dos… —me dice a mí y guardo para después analizar lo que me revela.

Me alineo junto a Serena y luchamos juntos en esta guerra.

—Cuidaré de ella, te lo prometo. Hará su vida, terminará sus estudios, trabajará para el senador Maxwell o para quien quiera. Solo necesito que guardes el secreto, nos casemos y que nadie se entere de que esto no es real. Necesitamos tu apoyo, Serena lo necesita, más que tu juicio —señalo.

Escuchamos a la organizadora de bodas hablar con mi madre al otro lado de la puerta y preguntándose dónde estamos.

—Eleanor… —le ruega Serena. La dama de honor asiente con los ojos llorosos y respiramos —. Promételo.

—Lo… Lo prometo… —No está convencida.

—Voy fuera. Te espero en el altar. —Doy un paso hacia atrás—. ¿Todo correcto? —Ambas se miran y afirman con golpecitos de cabeza.

Salgo y desfilo por otro pasillo siguiendo el aire impregnado del aroma a flores. Camino entre un sendero con naturaleza por todas partes y trato de darme unos minutos para despejar mi mente, pero no tengo tiempo y mi madre me lo recuerda al aparecer de entre unas encinas.

—Dante, por favor. —Arya se lleva la mano al pecho—. ¿Dónde estabas? ¿Y Serena? La ceremonia debería haber empezado hace cinco minutos. —Habla con voz apremiante.

—Necesitaba un respiro y… He tenido que pedir que me hagan el nudo de la corbata.

—¿Tan nervioso estás? —Le echa un vistazo y comprueba que está correcta.

—Los invitados se impacientan —me anima y nos dirigimos al altar adornado con lirios y rosas blancas que se mecen ligeramente por el viento—. Elowen se ha bebido ya una decena de vasos de *bourbon.*

Allí, bajo el cielo despejado, me apresuro a morderme los labios, recordando que debo mantener la calma, soy El Inglés, un CEO respetado y admirado por todos, algunos creen que sin humanidad, y hasta yo me pienso un tramposo ahora mismo, tras lo ocurrido con Eleanor. Tengo mis razones para hacer esto, para habérselo pedido a Serena, pero ellas lo ignoran y me tacharán de ogro sin escrúpulos.

La música comienza a sonar y un destello ilumina el patio, una silueta avanza envuelta en un vestido mágico. Irradia pureza y toda ELLA me deja sin respiración, otra vez. De repente, el espacio empequeñece, incluso el murmullo de los invitados se aleja hasta que desaparece.

No es solo deseo, no son ganas de follármela, es más, mucho más. Esto va más allá. Se acerca, paso a paso, junto a su padre, en el que ni presto atención, y cada latido de mi corazón se propaga como una onda expansiva y su eco se cuela hasta lo más recóndito de mis células.

*No, imposible, me niego.*

A medida que deshace los metros que nos separan, con filas de sillas blancas a ambos lados, mi entereza se desmorona, el mecanismo de defensa, que levanté cuando mi padre se marchó y dejé de creer en cualquier tipo de amor, cae piedra a piedra, y algo dentro de mí me grita que esto es más que un matrimonio de conveniencia.

# 42

# LA VERDAD DE MIS SENTIMIENTOS

## SERENA

Jardines de Kensington
Londres

*Actualidad…*

Eleanor camina por el pasillo entre las bonitas sillas y me da pánico que se arrepienta y se detenga a contarle a mi madre lo que realmente ocurre. Mi padre me lleva del brazo con la cabeza alta y orgulloso. Caminamos nosotros también con la Sinfonía Nº 9 en re menor, Op. 125 de Beethoven de fondo, también conocida como la *Sinfonía Coral*, célebre por su último movimiento, una Oda a la Alegría, un poema de Friedrich Schiller que se convirtió en una símbolo de la unidad y fraternidad. La música la ha elegido Arya y no podía estar más (des)acertada.

A unos metros, bajo un arco de flores y frente a una pared de vegetación, entre un juego de luces y sombras que convierten aquello en un lugar mágico e irreal, está El Inglés. Con pasos lentos, uno tras otro, medidos, contados, me acerco a él, lejos de lo que pensaba cuando firmamos el contrato, no se parece en nada a una prisión.

Saludo a los pocos amigos y familiares que nos amparan hasta que doy con él, con la visión de Dante y se convierte en mi único enfoque. Sereno, con mirada firme y decidida, los ojos le brillan y juraría que ve en mí algo más que un simple negocio.

*No te hagas ilusiones*, me dice la voz chillona.

A esta alturas, yo no tengo dudas de que siento algo por él, todas las dudas e inseguridades que había sentido antes se desvanecen y por un segundo solo existimos en el lugar él y yo. ¿Qué es eso? Una chispa se hace grande en mi interior.

Mis pies recorren la distancia con una ligereza inesperada y, cuando llego al altar, la realidad me golpea: no siento que esto sea una farsa.

*Gucci, ¿qué estoy haciendo?*

—Estoy seguro de que la cuidarás —le dice mi padre.

—Por supuesto, George. —Me ofrece la mano y se la doy hasta que nos soltamos para escuchar al sacerdote oficiante de la ceremonia, también amigo de Arya.

Que me da la mano lo cuento así de simple, pero han pasado muchas cosas dentro de mí, han revoloteado un millón de mariposas.

Mis ojos chocan con los de Eleanor que sigue enfadada. Le pido con una caída de párpados que no se entrometa y ella aprieta la mandíbula, enfadada.

El sacerdote da comienzo a la función mientras busco en El Inglés un gesto de complicidad, pero él atiende las palabras del oficiante.

—Repite conmigo —le pide y él hace lo que le ordenan. Estamos aquí para esto, no para descubrir y clasificar de una vez por todas mis sentimientos.

—Prometo serte fiel, en lo bueno y en lo malo… —lo escucho, ya con sus pupilas clavadas en las mías, con voz profunda pero en un susurro.

Llega el momento de intercambiar votos y Wolf los suelta y emociona a todos, recreando una actuación de Globo de Oro.

—Serena, hoy de pie ante ti, quiero que sepas que este momento es mucho más que una ceremonia. —*Menuda farsa*—. Es un paso hacia un camino que nunca pensé que sería posible. Desde que llegaste a mi vida, has hecho que todo se sienta diferente y por eso estoy aquí, dispuesto a abrir mi corazón totalmente. Prometo serte fiel, no solo con las palabras que pronuncie aquí hoy, sino en cada día que comparta contigo. Prometo apoyarte y ayudarte a abrazar tus sueños, celebrando tus logros y sosteniéndote en tus momentos de duda. Te elijo hoy como mi compañera y mi igual, no solo en los días de sol, sino también en las tormentas. Quiero ser el refugio al que siempre puedas volver, el compañero que camina a tu lado. Prometo escuchar, comprender y aprender de ti y crecer a tu lado… —Da la impresión de que habla en serio—. Siempre estaré aquí, listo para enfrentar todo lo que la vida nos presente. Juntos podremos superar cualquier dificultad… —Respira y me aprieta la mano—. Te amo.

*Ohhhh,* en otras circunstancias explotarían sobre nuestras cabezas fuegos artificiales, pero en la que nos ocupa me dan ganas de llorar, sin embargo, no tengo tiempo para eso. Hincho el pecho, tiemblo y me dispongo a pronunciar mis promesas, palabras que he elegí al azar y que antaño me sonaron irónicas, tanto como me han sonado las suyas hace unos segundos, pero que ahora, las mías, tienen un significado que me abruma.

—Dante, no me avergüenza reconocer que no me enamoré de ti el primer día en la fiesta de beneficencia. Me pareciste un inglés maleducado y engreído, un CEO que siempre conseguía lo que quería y a mí… —suspiro—… Y a mí no ibas a conseguirme. —Todos ríen—. Pero después me demostraste que no eras ese hombre frío y distante y que las personas te importan incluso más que tú mismo. —*Oh, oh, se avecina golpe de realidad*—. Cuando pienso en el camino que nos ha traído aquí… —Esto sí que nos conecta a los dos en un solo segundo—… Me doy cuenta de la belleza que se esconde en las circunstancias más inesperadas. —Ambos sonreímos con calidez—. Prometo serte fiel… —Me centro en la teoría más básica y me alejo de sentimentalismos—. Quiero explorar el mundo contigo y crear recuerdos que perduren para siempre. —Termino y me animo para decir lo siguiente—: Te amo, Dante Wolf. —Un rayo fugaz cruza sus ojos claros.

El término de la ceremonia se acerca y, cuando el oficiante nos invita a sellar nuestra unión con un beso, la intensidad de mis sentimientos alcanza su punto álgido. Dante se inclina y sus labios tocan los míos. Al principio hay un sutil roce pero es suficiente para que mi cuerpo se electrifique y… el mundo explota a mi alrededor. Voy a tomarme la licencia de utilizar la escena de una película para describirlo, total, esto es un novelón que me hago en mi cabeza y que me

dolerá hasta destruirme. ¿Has visto el film mi Primer Beso? Cuando Noah Flynn y Elle Evans se besan en la Caseta de Besos y ella nota cómo todo se revoluciona, el mundo gira como un trompo y hasta las bombillas explotan. Pues así lo vivo yo. Para mí, no es un simple acto físico ni un acuerdo firmado bajo la presión de salvar mi familia, sino un reflejo de lo que he tratado de ocultar: deseo, complicidad y una profunda necesidad de unión.

*Es amor…*

El beso provoca una cascada imparable, me abruma y colorea cada rincón de mi ser. El amor, ese que hace mucho había dejado en un segundo plano, que creía sentir por otra persona, sale a la superficie y sé que no hay vuelta atrás.

Un beso húmedo, pero cálido, erótico pero tranquilo.

Nos separamos y sus ojos buscan los míos y en esa mirada creo encontrar lo mismo, o es lo que ansío, pero… no dice nada. ¿Qué va a decir?

—Dante… —Su nombre sale de entre mis labios con un suspiro.

# 43

# DOS PLUMAS QUE SE UNEN

## SERENA

Cedar Ridge
Alabama

*Nueve meses antes…*

—Max… —susurré y él dijo mi nombre de igual forma. Lentamente, comprobando que no se trataba de un fantasma ni de una visión, ese chico malo se movió y se encontró conmigo. En su rostro se dibujaba la huella que había dejado las horas sin dormir, la cocaína surcaba de sombras negras sus ojeras, sin embargo el brillo de sus ojos no se había apagado, Maximilien seguía allí, bajo un montón de miedos y un saco de vergüenza.

—Serena… —La ternura también acarició mi nombre, así como la huella del amor que existía entre nosotros.

Somos humanos y los humanos nos equivocamos, una y otra vez, pisamos tierras movedizas y nos jugamos la vida por la persona que amamos, aun sabiendo que podemos hundirnos y morir en el fango. Esa era yo, una kamikaze a la que no le importaba ahogarse si cabía la posibilidad de la salvación para un chico que se asfixiaba demasiadas veces.

Se abrazó a mí y comenzó a llorar. Un niño pequeño que lleva perdido en la montaña sin agua ni comida unos días y encuentra el camino de vuelta a casa. Así se agarró Max a mí. Yo era el hogar que no encontraba ni siquiera en aquel pueblo de Alabama y, no voy a mentir, él era mi casa.

—Estás aquí… Estás aquí… —repetía y me palpaba.

A mí también me parecía increíble haber viajado hasta allí. Y a Eleanor, que me había llamado varias veces tras ver la nota que le dejé, pero yo estaba preocupada por el juguete roto al que abrazaba.

Volvimos a la cabaña porque comenzaba a hacer mucho frío y yo no iba abrigada para la ocasión. Max no me soltó la mano en ningún momento, la apretaba tratando de asimilar que estaba allí y que no iba a marcharme a ninguna parte.

Juliette hacía la cena y nos sentamos frente al fuego. Max me cubrió con una manta y se acomodó a mi lado, ambos sumidos en un silencio poco confortable pero suficiente. Fui yo quien rompió esa tranquilidad.

—¿Por qué nunca me habías traído aquí? —le pregunté.

—No lo sé. Algo me dice que no pertenezco a este lugar.

—Pero creciste en Cedar. —Asintió—. ¿Qué pasa, Max? ¿Por qué te haces esto?

Se frotó la frente y bufó. No seguimos hablando porque Juliette nos pidió que pusiéramos la mesa, cuyo centro estaba adornado con un cuenco de cristal con piñas y ramas de pino con un toque de nieve artificial. Cenamos al calor del fuego, entre conversaciones banales, un árbol de Navidad y miradas furtivas que decían mucho más que las palabras. Su madre y yo estábamos muy preocupadas, además de desesperadas porque no encontrábamos la solución para que Max abriera los ojos y aceptara que tenía un gran problema.

No dormimos juntos. Juliette me preparó la habitación de invitados y me agradeció que hubiese volado hasta allí.

—Espero que estés cómoda. Puedes quedarte el tiempo que quieras —me sugirió agradecida bajo vigas de madera y paredes de color crema. Dejó otra manta doblada a los pies de la cama cubierta con un edredón de lana de un rojo intenso y dos almohadas decorativas que mostraban estampados de copos de nieve y renos—. Solo hay un baño. El que ya has visto al fondo del pasillo.

—Perfecto. —Me fijé en dos figuritas de ángeles artesanales sobre el alféizar de la ventana.

—Montan un mercado navideño en el pueblo —dijo al percatarse de mi sonrisa al ver los adornos—. Proponle a Max que te lleve mañana. Es muy bonito y… le mantendrá la mente ocupada. —Me dio un corto pero cariñoso abrazo y se marchó.

No sé qué hora era cuando sentí a Max levantar la colcha y tumbarse a mi lado. Rodeó con sus brazos mi cintura con fuerza y me besó los hombros. Tenía mi espalda pegada al pecho. No hablamos, tampoco hizo falta. Cuando faltan las palabras adecuadas y además ya lo hemos dicho todo, es mejor escuchar el silencio y sentir lo que no se expresa.

Max y yo nos amábamos y, aunque no nos lo dijimos aquella noche, ninguno teníamos dudas al respecto. ¿Pero basta con amarse para recomponer corazones tan rotos? Ni siquiera sabíamos dónde estaban los pedazos, repartidos por varios Estados. Habíamos discutido en una decena de ellos, Pensilvania, Los Ángeles, Nueva York, California…

Cleopatra se despertó sola en sus aposentos, ignoraba si lo de la madrugada había sido real o solo un sueño, si Marco Antonio la había abrazado o se lo había imaginado, hasta que se giró sobre el cojín y el aroma del emperador de Egipto se instaló en ella. El desayuno me esperaba en la misma mesa en la que cenamos hacía unas horas y algo me dijo que la sonrisa de Max y de Juliette no eran fingidas. Algo allí había cambiado. ¿Se trataba de mi presencia?

Max me dio los buenos días y un beso en la mejilla, me cedió una taza con un Santa Claus dibujado en ella y comentó lo del mercado navideño.

—Me parece una muy buena idea. Me gustaría comprar unos regalos.

—Primero come. —El chico de la nueva sonrisa me puso unas galletas de jengibre en forma de muñecos delante.

—Recién horneadas —apuntó Juliette—. Os dejo. Tengo que hacer unos recados antes de ir a trabajar. —Ni siquiera sabía a qué se dedicaba. Dio un beso a su hijo y me regaló una mirada de confianza.

—Nunca me has dicho a qué se dedica tu madre. —No se lo reproché porque lo que menos necesitaba Max eran sermones, pero llamó la atención lo poco que conocía de él.

—Es enfermera en la clínica del pueblo. ¿Quieres? —Alzó el bote de jarabe de arce.

—No. —Negué—. Está bien así. —Él se echó en su plato, sobre las galletas y me hizo reír—. Vas a ahogarlos. —Señalé los muñecos.

Los empujó con el tenedor hacia delante y hacia atrás.

—Saben nadar. —Cogió uno y lo mordió por la parte de la cabeza—. No contaban con el Monstruo del Lago Ness.

Nos reímos a carcajadas mucho rato, tanto que me olvidé de ese Maximilien al que le dolía demasiado el corazón y de lo que, como tantas otras cosas, nunca me habló.

Hacía frío en Cedar Ridge, un pueblo muy pequeño que solo había visitado durante cinco minutos el día antes. Él conducía y yo me dediqué a admirar el paraje natural. Aparcamos en la plaza. El día estaba oscuro para ser las doce de la mañana porque un manto de nubes negras cubría el cielo por completo.

Vimos las luces desde la distancia, al final de una calle muy larga. Olía a castañas asadas, chocolate caliente y a nieve, aunque no había caído ni un copo.

El mercadillo navideño parecía sacado de un cuento de hadas. Luces, colores y artesanía, todo ello aderezado con villancicos de fondo. Nos detuvimos en uno de los puestos y el roquero le pidió al tendero que le enseñara algo que le había llamado la atención y que yo no había visto, abstraída por cómo la gente lo saludaba con familiaridad sin avasallarlo ni pedirle fotos ni autógrafos.

—Serena —me llamó. Toqueteó algo en su mano y me lo enseñó—. ¿Te gusta? —Dos colgantes y dos plumas de plata entrelazas en una sola unión. La deshizo y me colocó uno

alrededor del cuello. Después se lo puso él.

—Las plumas representan el vuelo y la libertad —explicó el que se las había vendido—. Y se las relaciona con la apertura de nuevos caminos y de ciclos.

—Nos viene como anillo al dedo —musité y Max me escuchó.

—O como colgante al cuello —bromeó contra todo pronóstico y me demostró que ese chico del que me enamoré volvía a renacer.

Había esperanzas para nosotros.

# 44

# UNA NUEVA REALIDAD

## SERENA

Jardines de Kensington
Londres

*Actualidad…*

Nos marchamos de Londres como deseaba, aunque he de reconocer que voy a echar de menos a Arya, una mujer que se ha portado conmigo como si fuera una segunda madre, atenta y cariñosa. Eleanor va a encargarse de que la empresa de mudanzas empaquete y no rompa ni pierda ninguno de mis enseres. Mis padres y amigos se marcharon hace dos días y El Inglés, ahora Mi Inglés, de manera figurada porque nadie pertenece a nadie, y menos si no hay amor por su parte, ha estado muy ocupado haciendo no sé qué cosas.

*Y sin hacer alusión a nuestro beso…*

Cierro mi maleta en el dormitorio, tomo asiento en la orilla de la cama y mis ojos van hasta el suelo donde Wolf ha dormido esta semana. Me recorre un escalofrío recordando el beso que nos dimos el día de la boda y todo lo que sentí dentro, un millar de mariposas volaron y se hicieron grandes, despertaron y me recordaron lo que es el amor, esa inmensidad irracional, un hueco que se abre y que se llena con cosas bonitas, en el caso de que la otra persona te quiera, que no es este, así que solo escucho el vacío que deja un espacio abierto.

*Me he enamorado de un hombre que no quiere saber nada del amor.*

Suspiro y bajo al salón. Arya y su hijo, mi marido (me sigue sonando raro) acaban de llegar de un recado y hablan de pie en medio de la sala. Bajo los escalones uno a uno, sin saltarme ninguno, esperando que el destino haga su magia y ese hombre se enamore de mí en cualquier momento, pero encuentro otra cosa muy diferente.

Me educaron para no escuchar ni meterme en conversaciones ajenas, pero palabras sueltas llaman mi atención y me detengo en el pasillo.

—No vamos a posponerlo más. Ya has escuchado al doctor Pemberton —dice Dante.

—Yo también he estado en esa sala, hijo mío. No tienes que repetir sus palabras. Solo quería estar bien el día más importante de tu vida.

—Empezarás el tratamiento la semana que viene. Yo vendré en veinte días. Me llamarás si me necesitas. —¿De qué hablan?

—Y voy a hacerlo, hijo mío. Me pondré bien. Deja de preocuparte.

—Madre, esto es serio. Eres la persona más importante de mi vida. No me digas que no me preocupe. Si te perdiera… —Suspira, y a mí… se me rompe el corazón—. Pemberton tiene dos

meses, si no mejoras, vendrás a Estados Unidos. Te llevaré a los mejores especialistas del país.

—Lo superaré. Te lo prometo —asegura Arya. Me asomo y los veo abrazarse.

Otra vez me siento una impostora. La madre de Dante está enferma y ni siquiera lo sabía. Doy un paso atrás y se me corta la respiración.

—Prométeme que serás feliz. Serena es una gran mujer. Cuánto me alegro de que por fin te hayas enamorado.

El alma también se me rompe y cae a mis pies. Subo las escaleras con cuidado de no hacer ruido. Me encierro en el dormitorio y lloro con la puerta cerrada. Me obligo a recomponerme cuando Dante trata de abrirla.

—¿Serena? —pregunta y da dos toques en la madera. Respiro varias veces y le abro—. ¿Por qué has cerrado con pestillo? —Me observa con detenimiento.

—Se ha debido cerrar sola. —Voy hasta la cama y él me sigue.

—¿Estás preparada? El coche espera abajo.

—¿Hoy no conduces tú? —cuestiono con la mirada perdida.

—¿Estás enferma? —Se preocupa.

—Eh… No. —Reprimo las ganas de preguntarle por la enfermedad de su madre a la que le he cogido un gran cariño—. Cuando quieras, podemos irnos.

Despedirme de Arya se convierte en una lucha interna entre el deseo de preguntarle cómo está, decirle que puede contar conmigo para lo que necesite y callarme porque nadie me ha dado vela en este entierro. Gana lo último, porque alguna razón tendrá El Inglés para no habérmelo contado.

El viaje de vuelta lo hacemos en silencio. Trato de dormir en el Jet Privado, pero no lo consigo, y no es la presencia de Charlotte lo que me quita el sueño, sino el presente y futuro de la salud de Arya. Juro que lo intento. Intento no entrometerme y no preguntarle a Dante, sin embargo, mi corazón y mi alma ya rotos se esparcen por el océano al verlo tan triste y decaído. Trata de ocultarlo, de esconderlo, pero he aprendido a leerlo.

—Dante… —Lo llamo desde el asiento de enfrente. Él tiene el ordenador sobre el regazo y mira la pantalla casi sin parpadear desde hace unos minutos—. Dante… —repito, y por fin logro que me dedique le profundidad del mar en sus ojos—. ¿Qué le pasa a Arya? —Soy directa. Él frunce levemente el ceño y el pecho se le hincha—. Lamento mucho que esté enferma. Os he escuchado hablar. Antes de marcharnos.

No se enfada, al contrario. Cierra el pc, lo aparta, lo pone en un sillón a su lado y se frota la sien.

—Tiene cáncer —susurra—. Un linfoma de Hodgkin. —Trago con dificultad—. Se lo detectaron hace dos meses y medio. Es grave, pero tiene una alta tasa de curación —comenta aferrado a esta idea—. Comenzará con la quimioterapia la semana que viene. Puede… —Se

detiene—. Puede que necesite un trasplante de células madre.

—Se pondrá bien. Es una mujer muy fuerte. —No sé qué hacer ni qué decir. No me lo esperaba.

—Estoy seguro de ello… —Pierde la voz con cada palabra.

Me levanto, recorro descalza el metro que nos separa, me detengo delante de él unos segundos, nos miramos y… me siento sobre él, arropándolo, abrazándolo. Dante no me echa de su lado, sino que me rodea con los brazos. Y… caigo en la cuenta. Qué ciega he estado. El cansancio de Arya, su malestar a veces…

—Por eso tu condición era que nos casáramos. Lo has hecho por Arya. Piensas que estará más tranquila en el caso de que… —no termino la frase. Él asiente y se humedece los labios.

Me gustaría besarlo, de nuevo, otra vez, pero no me atrevo. Le acaricio el rostro con la mano y pongo la mejilla en su pecho. Su corazón suena con fuerza, con la misma que a su madre le corre por las venas.

—Todo va a salir bien —repito para convencerme, a mí y a él.

# 45

# ELLA LO CAMBIA TODO

## SERENA

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

Mi relación con Eleanor se ha visto afectada por lo ocurrido en Londres. Ella no supera que le mintiera y que le ocultara mi matrimonio de conveniencia. Alega que las amigas se dicen la verdad aunque duela, aunque no recibamos la respuesta que deseamos, aunque nos dé hasta vergüenza comunicar a otra persona quiénes somos en realidad.

Mareo el café en la cocina, uno de los pocos espacios que Dante y yo compartimos. Me he levantado hace una hora, sola, en una cama demasiado grande, con Dante a pocos metros, en otra habitación y deseando que me abrace.

—Buenos días —me saluda, camisa negra y corbata del mismo color, pantalón de traje pegado a su culo.

*Mmm…*

—Buenos días… —respondo, impactada por tanta elegancia y… tío bueno.

No hemos hablado del tema, de lo que hace unos días descubrí en el avión y me reconcome por dentro una pregunta que no voy a hacer, pero que no me deja ni dormir. ¿Propuso los dos años de matrimonio porque es la esperanza de vida de Arya? Me dan ganas de llorar con tan solo planteármelo.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Se interesa y hasta me molesta que finja que le importa, cuando él no ha sentido lo mismo que yo con ese beso que nos dimos.

—Voy a pasarme por la universidad y…

—¿Hoy sábado? —Se sirve café mientras yo babeo al recrearme con la musculatura de sus brazos y sus hombros.

—Eh… Sí. —Doy vueltas con la cuchara, la saco y la dejo sobre el platito—. Quiero ir a la biblioteca. —Bebo un sorbo.

—Dime qué libro necesitas y haré que alguien te lo traiga de inmediato. —Mira su reloj.

—Gracias, pero puedo sola —objeto. Me levanto, enjuago la taza bajo el grifo y la guardo en el lavavajillas.

—Está bien. Como prefieras. Tengo que irme. Puedo acercarte si quieres.

—*Ok.*

Mantengo la compostura dentro de la limusina que va a dejarme en Georgetown. No obstante, me planteo la posibilidad de abrirle mi corazón y decirle que estoy enamorada de él y de que esto mismo me aterra. Y ahora voy a volver a utilizar la escena de una película, esta vez una serie, la basada en la saga de la autora Diana Gabaldón, para explicar cómo me imagino el momento en el que me sincero. ¿Has visto Outlander? Claire Fraser, una enfermera británica de la Segunda Guerra Mundial, durante un viaje a Escocia con su esposo Frank Randall, es transportada al año mil setecientos cuarenta y tres tras tocar unas piedras antiguas en Craigh na Dun. Al llegar a un castillo, una buena mujer que le ayuda a asearse, le pregunta de dónde viene y ella se imagina cómo sería decirle la verdad: del futuro. La acusaría de bruja y de hechicera y la ahorcarían o la quemarían en la hoguera. Pues eso mismo pienso yo que me pasaría si le digo a Dante Wolf que me he enamorado de él, pero sería yo misma la que se inmolaría o se pondría la soga al cuello.

—Pasaré toda la mañana por aquí cerca. ¿Te recojo y almorzamos juntos? —Interrumpe mis pensamientos justo cuando estoy a punto de encender la mecha y salir ardiendo—. Serena —me interpela.

—Oh, no puedo. He quedado con Eleanor. No hablamos mucho desde la boda.

—Reitérale mis disculpas.

—Estoy segura de que lo entiende. Lo que le molesta realmente es que se lo ocultara, pero… firmé un contrato de silencio. —Frunzo la boca.

—Era y es el trato.

—Sí… El trato…

—Espero que podamos cenar juntos. —Me sorprende con la propuesta.

—No tenemos que hacerlo. Soy feliz en el espacio acondicionado para mí en tu apartamento —comento, harta de que sea tan frío conmigo.

Hincha el pecho y expulsa el aire. Se controla, lo veo. El coche se detiene y me despido.

—Hasta luego…

—Serena… —me llama y lo miro, pero se calla.

—¿Puedo llamar a Arya y hablar con ella? Quiero preguntarle cómo está.

—Espera a que le diga que lo sabes. Lo comprenderá. Eres mi esposa.

Tu esposa… Una mentira enorme.

—De acuerdo. —Trago cristales. Espero unos segundos por si se decide a soltar eso por lo que ha dicho mi nombre, pero no lo hace—. Adiós —me despido con un agujero enorme en el pecho.

Dos horas en la biblioteca ojeando libros y oliéndolos son más que suficientes para alejar las ganas de morirme. Tomo un *brunch* en la cafetería de la esquina y llamo a Eleanor por cuarta vez

para informarle de que voy camino del que sigue siendo nuestro apartamento, pero no me atiende. Giro una pluma plateada y la utilizo para escribir su nombre en una servilleta. Dante Wolf, El Inglés, y hago un corazón.

*Soy idiota.*

Arrugo el papel y lo dejo sobre la mesa como si fuera una bomba. Mi teléfono suena al lado del zumo de naranja y observo la pantalla.

*B Iron Skies.*

—¿Qué quieres, Brandon? —Le hablo al teléfono que guardo en el bolso porque no voy a cogerlo. Si Juliette no se pone en contacto conmigo, es que Max está bien. Ese fue el trato. No me interesa en absoluto lo que Brandon quiera decirme.

Pago la cuenta y doy un paseo hasta el piso que compartíamos. Recogeré algunas cosas y despertaré a mi amiga, le haré un buen almuerzo y la resucitaré, porque seguro que anoche salió con Sirius y está de resaca. Los echo de menos y sobre todo de esa forma. La Chica Glam tiene ganas de salir con La Chica Vip y El Chico Chic y quemar alguna ciudad. Washington, Nueva York, Milán, Dubái, Roma, Barcelona, Tokio. Hemos visto amanecer en todas ellas.

Saludo al portero que por lógica no se extraña de verme allí. Subo en el ascensor y entro con mi llave. Todo está en silencio y reconozco sus Salvatore Ferragamo tirados en medio del salón. Dejo mi bolsa sobre la mesa y voy hasta mi dormitorio, cojo una de las cajas apiladas y las cargo con libros antiguos y un par de fotos que aún cuelgan de la pared. Escucho ruido en la sala y salgo con la caja en el pecho.

—¡Ellie! ¿Cómo se te ocurre salir de marcha sin avisarme? Estoy casada, no muerta —suelto del tirón, pero muerta me quedo cuando veo de quién se trata. Vamos a dar pistas, aunque seguro que todos hemos sumado, hasta mis dos neuronas. El rostro del hombre me suena mucho, lo veo los martes y jueves de todas las semanas—. ¿Profesor Sinclair? —Se me caen dos cosas al suelo: la mandíbula y la caja que golpea la puntera de mi pie derecho y me aplasta un par de dedos—. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —Doy saltos y me tiro en el sofá. El minuto me sirve para procesar lo que ven mis ojos.

—Hola, Serena —me saluda.

—¿Sery? ¿Qué haces aquí? —Eleanor aparece desde la habitación con un pantalón corto y un top de tirantas. Por cierto, el señor Sinclair, el profesor de Política Teórica va en paños muy menores. ¿Dónde compra esos slip tan estrechos?

*Oh, My God. A Eleanor debe dolerle entre las piernas.*

—He venido a recoger mis cosas. —Me toco los dedos, seguro que rotos—. Te he llamado, pero no me lo has cogido. Ahora sé la razón. —Me levanto, muy digna, agarro mi bolso y voy hasta la puerta.

—Serena, por favor. —Ellie sabe qué me pasa. Pierce se esconde en el baño y se lo agradezco. No es de mi agrado ver al jefe de departamento casi desnudo.

*La imagen jamás se borrará de mi cabeza. Menos mal que casi hemos acabado las clases de verano.*

—Si me dices que no es lo que parece, prometo que no te hablo más. —Respiro—. ¿De verdad? ¿Así que esto es lo que has estado ocultando? ¿Por eso casi ni nos hemos visto? Creí que estabas enfadada conmigo por mi boda.

—Y lo estoy. Pero… —Se agarra al filo de una silla.

—Pero ¿qué? Eleanor Ashford, ¿y tú me hablas de sinceridad, de ser transparentes con las amigas? ¿Tú? —La acuso con el dedo—. Me has hecho sentir fatal por mentirte y tú estás acostándote con el señor Sinclair y… —Pongo los brazos en jarra—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—No estamos acostándonos. Estamos saliendo.

—¡Pues peor me lo pones! —Alzo los brazos clamando al cielo.

—¿Cuándo pensabas decirme tú que tu boda es una farsa?

—Eso es diferente y lo sabes. Yo trato de salvar el imperio de mi familia. Firmé la confidencialidad en un contrato. ¿Cuál es tu excusa?

—Que estaba muy enfadada contigo.

—¿Me estás diciendo que esto ha ocurrido después de llegar de Londres? —pregunto y niega.

—Nos acostamos antes, cuando te fuiste para casarte. Esperaba a que te casaras para decírtelo. Era un regalo en la celebración de tu boda. Sé que te alegrarías por mí. Y me enteré de aquello.

—No es excusa. Yo… —Bufo—. Tienes una doble moral. —Me marcho y doy un portazo; ni me despido por lo que dejo atrás un silencio ácido.

# 46

# ELLA Y SOLO ELLA

## SERENA

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

Me siento sola, muy sola, y se me ocurre llamar a Sirius y desahogarme, pero no puedo porque he firmado un maldito contrato y contárselo va en contra de una de sus cláusulas. Cojo un taxi y voy hasta casa. Bueno, hasta el apartamento de Dante. A media tarde él aún no ha llegado de trabajar y voy hasta el cuarto de baño. Me desnudo despacio, como si la ropa pesara toneladas, en un aseo con una amplia bañera curva fabricada en acrílico blanco situada bajo una ventana panorámica que permite la entrada de luz natural y ofrece vistas a una terraza privada a la que se sale desde el dormitorio y que la adorna una amplia vegetación. A su lado, una pequeña mesa de madera de *teka* que alberga velas aromáticas y un elegante jarrón de flores frescas. Abro el grifo de la ducha *walk-in* con mamparas de cristal transparente con spa. Paredes revestidas de piedra natural en tonos grises y azules. El agua sale por un cabezal de efecto lluvia que se alinea con una iluminación suave, ideal para relajarse. Eso es lo que necesito. Pero lloro. No lo controlo. Lloro bajo el agua por lo que ha ocurrido. Todo se ha desmoronado. ¿Qué está pasando? Mi vida ha cambiado tanto que casi no la reconozco. Lo pasé muy mal con Max, no lo había superado cuando apareció Dante, pero aprendí a vivir con su ausencia y sin él. Lo pasaba bien con mis amigos y pronto comenzaría a trabajar para el senador Maxwell. Esto me recuerda que la semana que viene tengo una reunión con su equipo.

*Todo se ha ido a la Gucci.*

Me peino frente al lavabo doble con estructura de mármol y grifos de cromo brillantes y me observo en un espejo con marco dorado. Dejo la toalla de algodón egipcio en un carrito y me pongo ropa cómoda: un pantalón liviano de pijama rojo y una camiseta de mangas cortas a juego. Me gustaría dormir, sin embargo, mi estómago me recuerda que debo comer y me dirijo a la cocina. Abro un paquete de galletas saladas y camino descalza sobre el parquet de madera oscura hasta la alfombra del salón y me las como tumbada en el sofá de diseño exclusivo, tapizado en un suave tejido neutro y cojines color tierra. Me quedo dormida hasta que su voz me despierta.

—Serena, Serena… —La voz de Wolf se escucha en la lejanía y abro los párpados lentamente. Veo su rostro, iluminado como si alguien lo estuviera apuntando con una linterna—. ¿Estás bien? Te he estado llamando.

Despejo la bruma de la somnolencia mientras intento recordar dónde me encuentro.

—Eh… sí. Me he quedado dormida. —Algo obvio. Me froto los ojos y me yergo reagrupando mis pensamientos—. ¿Qué hora es?

—Las siete y media. He traído la cena, aunque… —Retira el paquete semivacío de galletas de mi regazo—. Espero que tengas hambre. —Se pone de pie—. Lo he recogido en Timeless Trattoria. He pedido un poco de todo. No sé cuál es tu comida italiana favorita.

—Me gusta todo. —Bostezo.

—Voy a prepararlo. La cena se servirá en la cocina, señorita Carrington. —Hace una reverencia y una sonrisa involuntaria se dibuja en mis labios. Dante acaba de aliviar la tensión que me aprieta el pecho desde que discutí con Eleanor.

Lo observo moverse entre platos y tenedores y me percato de que El Inglés ha llenado con su presencia el hueco que se había creado en la finca. Ahí, de pie, tras la isla de la cocina, con la camisa que se acaba de desabotonar a la mitad y que ha dejado al descubierto una parte de sus pectorales. Sus brazos, fuertes y tonificados, se mueven con soltura abriendo cajitas. Con gestos seguros y medidos.

—¿Te ayudo? —Me coloco a su lado, sin embargo, Wolf me sostiene por la cintura y me empuja hasta una banqueta. Tomo asiento en ella y apoyo los brazos en la encimera con el calor de sus manos en mi piel.

—Yo me encargo. —El aroma de la comida llena el ambiente y, por un instante, me olvido de las preocupaciones.

—Te sienta muy bien la cocina —comento en modo juguetón, como el que ha utilizado él.

—Ah, ¿sí? —Sonríe—. De pequeño quería ser chef.

—¡No! —doy un chillido y él asiente.

—Jugaba en el patio de Grace con una cocinita de madera que ella encontró tirada en la calle.

Suelto una carcajada.

—¿Te ríes de mí? —Organiza la posición de los dos platos y los cubiertos.

—Para nada. Me parece muy tierno. —Encojo los hombros y hago una mueca—. Le tienes mucho cariño a la señora Fleming.

—Es como una segunda madre para mí. Me ayudaba a hacer los deberes. Arya trabajaba la mayor parte del día. También… —Respira y calla.

—¿Qué?

—Pocas personas saben esto, pero… Comía muchos días gracias a ella —suelta como si nada, sin mirarme, cogiendo unas servilletas. A mí se me rompe el alma—. Mi madre se preocupaba por mí, pero Grace no dejaba que me saltara la merienda y cenaba con ella casi todas las noches. Me cuidaba y me daba todo sin tener nada.

—Oh… —Hundo el pecho. Y por mi estado de ansiedad o porque estoy muy sensible, se me saltan las lágrimas.

—Tuve una infancia feliz, Serena. —Suelta lo que tiene en la mano, rodea la isla y se pone delante de mí—. No pretendía arruinarte la velada. Me gusta verte sonreír. —Más lloro con sus palabras. Dante no sabe cómo reaccionar ni dónde meterse. Se preguntará qué ha dicho para conseguir que yo rompa en un llanto descontrolado—. Serena, Serena. —Me agarra de la cintura en un medio abrazo.

—Yo… Yo… —Hipo—. He tenido un día malísimo. He discutido con Eleanor y… —Lloro y lloro. Esto sí que se ha convertido en la función de un circo—. Imaginarte de niño y solo… —Sigo llorando. La Divina Comedia, lo dicho, una tragedia.

Suelto adrenalina enganchada a Dante, mojándole la camisa negra a la altura de los hombros y oliendo su perfume. El sofocón no frena mis hormonas, revolucionadas y me pongo cachonda. Alegaré que hace mucho que no follo, meses. Me encaramo a él, con brazos y piernas. Dante, en vez de alejarme, me levanta y me sienta sobre la isla. No hay palabras, solo una mirada. Cuatro pupilas fijas, las mías en las suyas, las suyas en las mías.

La cercanía y la magnitud del profundo azul de su iris me traslada a la soledad que solo te da estar en medio del océano. Allí, solos, él y yo, muy lejos del mundanal ruido. Mi cuerpo se estremece cuando rodea mi cuello con sus largos y gruesos dedos. Una chispa lo incendia todo. El tacto de su piel. Sus piernas entre mis piernas abiertas. El final de un acto fingido para comenzar una nueva historia, una muy verdadera. Las mariposas abren sus alas y salen de mi estómago para volar e instalarse en el de Wolf, y la vida y los sueños se escriben desde el comienzo con una sola palabra: el deseo.

Nos acercamos poco a poco, la distancia se vuelve cada vez más pequeña y una fuerza invisible nos empuja hasta el otro. Una marea de trillones de litros mecen una barca que iba a la deriva y, contra el destino, la guía hasta un puerto seguro. El sonido de la ciudad desaparece, así como el olor a queso fundido y tomate guisado. Solo se escuchan nuestra respiraciones y la existencia del planeta termina. Solo somos Dante y yo. No nos resistimos. Sus ojos se oscurecieron con una mezcla de sorpresa y deseo. Un instante, tan breve como eterno, es más que suficiente para que lo impensable suceda. Inevitable. Se inclina hacia mí y el pulso se me acelera. Nuestros labios se encuentran y… El mundo estalla a la vez que todo se pone en su sitio. Un beso suave al principio, dulce y tímido que rápidamente se transforma en una ola de pasión.

Una mano de sus manos se desliza alrededor de mi cintura y me pega más a él, terminando con el espacio entre los dos, centímetros que jamás deberían de haber existido. El roce de su cuerpo con el mío me hace olvidar todo lo ocurrido entre nosotros y el maldito contrato se hunde en el fondo de las fosas Marianas. Siento su miembro duro como el acero tocando mi sexo y un relámpago me traspasa.

Un gemido se escapa de mi boca y eso acelera a Dante. Dejó de lado el deseo reprimido y algo dentro estalló en cascada. Deseo y amor, porque eso siento yo: amor.

*Quiero más. Necesito más.*

Coloco mis manos en su pecho y lo atraigo hasta mí. Dante me acaricia los labios con sus labios y me aprieta el cuello lo suficiente para notar la falta de oxígeno durante unos segundos.

*¿A El Inglés le va el sado?*

Me observa durante una milésima y su boca vuela hasta la mía de nuevo. Las mariposas ahora han salido y revolotean en derredor, cubriéndolo todo de colores. Nos besamos hasta con rabia, mordiéndonos, clavándonos los dedos y las uñas en la carne sobre una ropa que estorba. Nuestras lenguas se enredan y su sabor, muy diferente al del día de la boda, me inunda por completo. Está húmedo y no se aprecia el miedo, sin embargo, sí las ganas. Se me escapa otro jadeo cuando pega su polla más, sólida y firme. Le quito botón a botón, enredándome con mis propios dedos. Él saca mi camiseta por encima de mis hombros y mi pelo se esparce con el tirón por la cabeza.

—Serena… —susurra mi nombre como un mantra.

*Oh, Dios de mi corazón.*

Mis párpados se clavan en el techo al ver y tocar ese torso impecable y perfecto.

*Dante Wolf, El Inglés, ¿cuándo va al gimnasio?*

*Tienes que preguntarle.*

Me muerde, hambriento y lame el arco de mi cuello mientras baja las tirantas de mi sujetador de encaje blanco y besa con suavidad uno de mis pezones.

—Argg… —Pongo las palmas sobre el frío de la encimera y me estremezco cuando lo muerde.

Me devora al notar que me encanta y me agarra el culo. Algo ocurre de repente. Me alza y cruza el salón sin dejar de besarme, me tira sobre la cama y él se posiciona encima.

—No me disgustaba la cocina —comento, con su nariz pegada a mi nariz.

—La cama está mejor preparada que la encimera para todo lo que pienso hacer contigo —dice con voz ronca y sexual, con seguridad y sin dudar.

*¿Qué? ¿Dónde está El Inglés estirado y cauto?*

*Qué más da. Este es más divertido.*

Introduce las manos por la cinturilla de mi pantalón de pijama y lo baja; lo tira al suelo y me deja atónita porque no había visto nada fuera de lugar en esta casa. Me falta el aire al verlo de rodillas sobre la cama y delante de mí, con ese pantalón de traje que tarda demasiado en quitarse. Se hace hueco y me obliga a desplegar las piernas a un lado y a otro. Pinza mis pezones con sus dedos y los pone (más) erectos. Baja y se lleva uno a la boca, después el otro, y así durante unos minutos que me desarman por completo.

Gimo, gimo y gimo.

Alzo las caderas pidiendo más, sin embargo, Dante se toma su tiempo. Busca mi clítoris dentro de las bragas y lo masajea.

—Si sigues… —jadeo.

—Si sigo ¿qué, señorita Carrington? —Da vueltas sobre él.

—Arrggg… Dante… Me corro…

—Eso pretendo, Serena. Lo harás muchas más veces esta noche. —Me acaricia los muslos y termina para desabrocharse el pantalón y enseñarme su… ¿Cómo llamarlo? Imponente masculinidad, su enorme polla, su miembro de dimensiones descomunales, su…

*¿Dónde guarda el CEO ese despropósito?*

Se me corta la respiración al ser testigo de cómo Dante Wolf abre un cajón, saca un condón, los despliega y se lo coloca con maestría.

*Respira,* me recuerda la voz chillona que por una vez cumple con su cometido.

—Serena… —Alzo las cejas. ¿Qué quiere decirme? No se pondrá a soltarme una charla sobre lo que significa esto o deja de significar. Lo único que deseo es que me folle ya—. ¿Estás preparada? —Asiento.

*Eso ni se pregunta.*

Se agarra el pene con la mano derecha e introduce la cabeza de su polla muy lentamente. Doy un grito y él lo entiende como dolor y se detiene.

—No, no, no. No pares. Sigue… —le suplico.

Se agacha y pone un brazo a cada lado de mis hombros, con su cuerpo sin dejarlo caer del todo sobre el mío. Empuja y se introduce más y más.

—Arrrrgggg… —un ronquido sordo sale de su garganta y me araña hasta el alma. Se mueve de nuevo y llega al fondo, se resbala, toca el final y cierro los ojos para absorber tanto placer.

Retrocede hasta casi salir y entra sin contención. Lo repite una y otra vez, una y otra vez. Pega su frente perlada en sudor con la mía, igual de húmeda, calientes.

—Dante…

—Serena… —Suelta el aire contenido en sus pulmones y me besa. Me besa. Me besa. Me besa.

Nos besamos como si fuera la primera vez, porque lo es; el día de la boda no cuenta para nosotros, ahora ni para mí, porque aquel beso estuvo disfrazado de una farsa que me molesta cada día más.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale.

Con fuerza. Hasta el fondo.

Mis gritos y sus jadeos se hacen uno también, como nosotros. Su pelvis choca contra la mía,

una vez, y otra, y otra, y otra.

—Dante…

—Qué…

—Voy a correrme. No puedo… No puedo más…

Blande mis caderas, las oprime y me levanta la pelvis para entrar y salir a un ritmo demencial, rápido, muy rápido.

Me dejo llevar y él se derrama. Siento su calor dentro del condón, pero no se detiene, no hasta que mi respiración se ralentiza y mi cuerpo deja de temblar por el orgasmo que me devasta.

# 47

# LA HORA

# MAX

Havenwood Retreat
Colorado

*Actualidad…*

Miro por la amplia ventana del pequeño estudio en el que he pasado seis meses y acaricio la pluma que cuelga de mi cuello. Las luces del atardecer se deslizan entre los pinos de un valle de Colorado. Otro día termina en Havenwood Retreat, y la cuenta atrás para mi regreso al mundo exterior concluye.

El Haven, como lo llamamos por aquí, no es un simple centro de desintoxicación, sino un lugar sagrado para almas perdidas en la espiral de una vida llena de exigencias y expectativas. Aquí he tratado de dejar atrás mi antiguo yo, las fiestas, los excesos y la soledad que me ha dado todo eso. En su lugar, he descubierto un camino de introspección y sanación entre una multitud de actividades: meditaciones al amanecer, charlas en grupos, paseos por la naturaleza, terapias con especialistas, comida sana, ocho horas de sueño, ayuda a los compañeros.

Las normas del retiro han sido rigurosas, pero también liberadoras. Durante la primera semana me enfrenté al desafío del silencio absoluto, donde cada palabra que pronunciaba se convertía en una lección de autoconocimiento. Me obligaron a entregar mi teléfono, aquí no hay televisión ni internet ni nada parecido; la prohibición de la comunicación con el exterior es muy severa. Me costó al principio, sin embargo, con el tiempo fue un bálsamo para mi agotada mente. Sin notificaciones ni distracciones pude escuchar las voces apagadas de mis pensamientos.

—Max, es hora de cenar. —Sabina, una de las monitoras, se asoma a la puerta de mi dormitorio y me avisa. La alimentación es otro ritual. Nos sentamos todos los residentes juntos y a la misma hora. Alimentos sanos y elaborados pero sin lujos ni excentricidades, a pesar de que pasar aquí un mes asciende a cantidades que van desde los cinco mil hasta los veinte mil dólares.

—Enseguida voy —respondo.

Entra y me da la enhorabuena. Sabina, una chica joven, cinco años mayor que yo y con la que he conectado de una forma especial y profundamente humana. Ella me ha entendido, me ha ayudado a liberarme de las cargas del pasado y a encontrar un nuevo camino.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—Como si estuviera en una película y mañana tuviera que volver a la realidad. —Un suspiro sale desde mis entrañas—. Estoy preparado —señalo, no sé si para autoconvencerme.

Sabina me mira con esa confianza que le da la relación que hemos creado, un vínculo que va más allá de la convivencia del retiro.

—Ya lo hemos hablado, Max. Es normal sentirse así. El mundo de fuera no ha desaparecido ni cambiado, pero tú sí eres ahora otra persona, una más sabia y más fuerte.

—A veces… —Respiro—. A veces siento que puedo perderme de nuevo en ese laberinto. —Observo la lejanía.

—No se ha terminado. Pero lo conseguirás. No tienes que llevarlo solo. Apóyate en tu madre y, si alguna vez me necesitas, solo tienes que buscarme.

—No voy a mentirte, Sab, voy a buscarla a ella. Gracias a Serena he conseguido superarlo. A las dos, en realidad, no quiero desmerecer todo lo que me has dado durante estos meses.

—Estarás bien. —Nos abrazamos. Sabina huele a un lugar que has visitado muchas veces y en el que te sientes cómodo, tranquilo y feliz, pero al que no perteneces.

Al día siguiente, nos reunimos en el salón principal y me despido de mis compañeros, algunos ya amigos; le digo adiós también a ese lugar que ha sido testigo mudo de mis vulnerabilidades.

*Es fácil perderse en el ruido; recuerda siempre volver a tu interior.*

Me repito esta frase a cada paso que me acerca a la puerta de salida, con una mochila al hombro; dentro, un teléfono móvil apagado y los bolsillos rebosantes de ganas de verla. Respiro profundamente y el aire húmedo de las montañas carga mis pulmones de energía. Me doy la vuelta por última vez y miro la construcción de madera y piedra que ha sido mi hogar y salvación durante ciento ochenta y cuatro días. Havenwood me ha quitado la libertad de movimiento y elección durante este tiempo, pero me ha dado cosas más importantes, como un nuevo entendimiento de mí mismo y ha afianzado el propósito por el que vine aquí: cambiar y mejorar como persona para convertirme en lo que Serena merece.

Mis ojos se posan entonces sobre un todoterreno negro aparcado junto al camino principal. En el interior, Lewis, mi mánager, espera con mirada seria y centrada, acompañado por Brandon, casi un hermano mayor para mí.

Me acerco mientras ellos salen del coche y me dan varios golpes en la espalda, un saludo entre amigos que me recuerda a días pasados.

—Ahí está el nuevo hombre—dice Lewis— ¿Cómo ha ido todo?

—Bien —contesto en tono neutro.

—¿Listo para volver a la vida real? —Va al grano y dónde más duele.

—Sí. —Trato de transmitir confianza.

—Vámonos, no podemos perder el avión —alega el manager.

—Te hemos echado de menos. —Brandon me da un abrazo—. Te ayudo con la mochila.

—Yo puedo. —Él abre el maletero y yo la introduzco dentro—. ¿Has hablado con ella? —le pregunto y no obtengo respuesta.

Me acomodo en el lado del copiloto y Brandon se sienta detrás. Me parece curioso que Lewis no arranca, no acelera, a pesar de que ha dado prisas porque tenemos que embarcar y a la ciudad se tarda más de dos horas.

—¿Por qué no nos vamos? —pregunto con el móvil en la mano y colocando el cargador en el puerto USB del vehículo.

Hago caso omiso a las expresiones de sus rostros porque me entretengo en encender el teléfono, apagado desde que entré en este lugar.

—Max… —Brandon me llama—. Max…

Miro hacia atrás y ahora sí me topo con la preocupación en sus ojos.

—¿Está todo bien? ¿Mi madre está bien? —El corazón se me acelera.

—Sí, sí. Juliette está en perfecto estado. Deseando verte. Es sobre… Es sobre Serena.

Doy un salto en el asiento.

—¿Serena? ¿Le ha ocurrido algo? —Las manos me tiemblan.

—No sé cómo decirte esto, Max… —sigue Brandon—. Acabas de salir de aquí y…

—No me trates como si estuviera esperando a deshacerme de vosotros y meterme un viaje.

—Justo lo que has hecho durante dos años. —Brandon no tiene compasión conmigo, y lo entiendo. He aprendido también a comprender la reacción de otras personas, lo que esperaban de mí y lo que debo demostrarles ahora.

—Vale, Brandon. —Respiro tal y como me han enseñado—. Dime la verdad.

—Serena se ha casado. —Lewis suelta la bomba sin paños calientes, tal y como les he pedido.

El aire se escapa de mis pulmones. La noticia me golpea como un puñetazo en el estómago. La luz en medio de la oscuridad, la calma en medio de la tempestad, mi motivo para luchar y sanar, ahora está con otro hombre.

Salgo del coche y me agacho, trato de respirar porque me ahogo. Me agarro de la cintura y casi me pellizco para despertar de lo que se ha convertido en un segundo en una pesadilla. Ellos me dan mi espacio y mi tiempo.

—Max… —Brandon sale y se pone detrás de mí.

—¡Déjame! —grito—. ¡Eso no es verdad! —Lo empujo.

—Teníamos que decírtelo antes de que lo vieras en las redes… Está en todas partes —explica, me agarra por la chaqueta y trata de calmarme—. Vamos, chico, respira.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco… Cuento hasta cien, tal y como me han enseñado, pero nada cambia, nada se soluciona.

—¿Cuándo…? ¿Cuándo ha sido? —Estoy a punto de llorar.

—Hace unas semanas. Se casó en…

—¿Con quién? —Le interrumpo.

—Dante Wolf. El Inglés. Un CEO muy conocido en la industria de las nuevas tecnologías. —Brandon me pone una mano en el hombro—. Un hombre importante, con mucha influencia y poder.

—¿Es feliz? —Las lágrimas se desbordan de mis ojos.

—No lo sé. —Niega—. Parece que sí —musita.

Tristeza, ira y un profundo deseo de luchar por lo que dejé atrás. He cambiado, he hecho un intenso esfuerzo para desintoxicarme y ser mejor para ella…

*No puedo dejarlo así…*

—Voy a buscarla —anuncio con una determinación que sorprende a Brandon—. No puedo dejar que esto termine así. Tengo que hablar con ella.

—Max, piénsalo bien. Tomó una decisión. Quizás es momento de dejarlo ir. A veces, lo que se siente bien no siempre es lo correcto.

—No puedo. —Sacudo la cabeza—. Ella es la única razón por la que estoy aquí, la razón por la que he luchado. He cambiado y necesito que Serena lo sepa —respondo con firmeza.

# 48

# IN LOVE

# SERENA

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

Me despierto desnuda, pero no indefensa, con los brazos de Dante rodeándome la cintura y un calor que abrasa recorriéndome las venas. Acurrucados, amoldados el uno al otro. Me remuevo, pero no quiero despertarlo. Recuerdo lo que hicimos anoche y me incendio. Nos corrimos, en varias ocasiones, perdí la cuenta de las veces que me hizo tocar el cielo; él llegó a las nubes. Me hizo sentir que Dante es el dueño y señor de mi cuerpo. Lo tocó como si lo conociera desde hace tiempo.

Él también se mueve y respira profundamente. Me da la vuelta y nuestros ojos se encuentran con los primeros rayos de luz cruzando la cortina. No hablamos. No nos damos los buenos días. Vuele a besarme, recuperando los días y semanas que hemos perdido. No se lo pido, pero lo hace. Dante ya está duro. Me agarra de la cintura, se tumba boca arriba y me abre de piernas sobre él. Solo tarda un segundo en ensartarme como un hilo en una aguja. Yo mando. Yo estoy arriba, sin embargo, me dejo hacer a su antojo. Él lleva el ritmo al principio, hasta que me suelta y me balanceo con un sonido mágico de fondo: sus gemidos. Me siento poderosa. Mis pechos se mueven y los aprieta con las manos, los masajea. Las paredes de mi vagina vibran al sentir su piel y su dureza sin nada que las separe. Del condón ni nos acordamos, solo de nosotros mismos.

—Serena… —jadea con los ojos cerrados.

—Dante… —Yo no despego mis pupilas de sus labios, febril por el deseo, despojada de vergüenza, con mi humedad mojando su vientre y sus piernas.

Tenemos tanta hambre el uno del otro que nos devoramos, nos comemos, nos sentimos en la profundidad de nuestro ser.

Subo y bajo. Subo y bajo.

Subo y bajo…

—Arrrggg… —Dante jadea y…

—¿Te gusta? —No me cabe la menor duda de que así es.

—Eres… —Me acaricia el contorno de mis glúteos—. Eres una diosa…

Me corro; de mis entrañas brota un río de placer que desborda mi sexo y el suyo entre mis muslos. Él también se rinde y se deja llevar. Nos abandonamos a esa sensación inaudita y el impacto de su semen en mi vagina consume el mundo y me coloca en una lanzadera cuya nave

va directamente a los confines del universo. A ese lugar me lleva Dante Wolf, a uno muy desconocido.

Cuando nuestras respiraciones se acompasan, se incorpora unos centímetros, me sostiene con cuidado por la cintura y me levanta para salir de mí. Riega de besos mi vientre y mis pechos, arrodillado, haciéndome cosquillas, hasta llegar a mis labios, darme un último beso y salir de la cama.

*Ese culo merece una oda (o que haga la ola -una broma sin gracia-).*

—Vamos. Necesitamos una ducha —indica.

—Estoy cansada. —Me doy la vuelta y abrazo la almohada. Quiero dormir. De repente, Dante tira de mí, me coge como un saco y grito—. ¿Qué haces? ¿Estás loco? ¿Dónde está tu decoro?

—Entre tus piernas. —Me lleva hasta el baño.

—Grosero. —Le doy una palmada en el glúteo.

Me deja sobre la encimera del lavabo, me besa de nuevo y abre el grifo de la bañera.

—¿Estás preparándome un baño? —Asiente y comprueba la temperatura del agua—. ¿No tienes que ir a alguna reunión?

—Es domingo. —Coge unas sales y las esparce en el fondo.

Estupefacta me hallo.

—¿Tienes sales?

—Eso parece… —musita. Da dos pasos hasta mí y me acaricia el vientre—. ¿Tienes sed? —Niego—. ¿Hambre? —Niego—. ¿Qué desea la señora Wolf? —Frunzo el ceño.

—Señora Carrington.

—Perdón. He dormido poco.

Me atraganto con su enorme sonrisa.

—¿Desde cuándo El Inglés no trabaja los domingos? —Lo atraigo hacia mí, y su polla, libre y erecta, roza mi sexo ya húmedo.

—WOLF INNOVATIONS no va hundirse porque me tome un día libre.

—¿Vas a tomarte un día libre? —Tonteamos—. ¿Y a qué vas a dedicar ese día? —Alza las cejas, juguetón, y me acaricia la espalda y el culo.

—¿No te lo imaginas?

—No tengo ni idea… —susurro. Me muerde el labio y… Otra vez nos dedicamos a recuperar el tiempo; besarnos, mordernos, comernos… Dante empuja entre mis piernas mientras me aprieta las carnes y deja sus dedos marcados en mi piel.

***

—La cena debe estar en el mismo sitio que la dejamos —comento, tumbada entre sus piernas, con mi espalda descansando en su pecho, con sus brazos sobre mis brazos y el agua hasta el cuello dentro de la bañera con espuma.

—Pretendes matarme de hambre —se queja, y su mejilla se mueve muy cerca de mi oreja y me hace cosquillas.

—¿Te quejas de la cena, el desayuno y el *brunch*? —bromeo.

—Para nada. —Deja un beso en mi hombro—. ¿Puedo comerme el postre?

—¿No ha tenido bastante, señor Wolf?

—¿De ti? No.

—¿Cómo saciarlo? —pregunto. Él me abraza y crea una pequeña ola que vierte agua al suelo —. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya las estás haciendo —habla con tranquilidad.

—Más personal… —Recibo su silencio como un sí—. Tu padre… ¿No has vuelto a saber de él? —Respira antes de contestar.

—No. —Claro y conciso.

—¿Nunca lo has buscado?

Se sacude.

—Arya y yo jamás lo hemos necesitado. Se marchó porque quiso. Solo él sabe la razón. Mi madre y yo nos culpamos durante mucho tiempo. A veces sospecho que ella aún lo hace. Casi ni lo recuerdo y no me importa. Ese hombre dejó de ser mi padre hace veintiséis años. —Me gira unos centímetros y me mira—. ¿La señora Wolf desea saber algo más? —Arrugo los labios.

—Señora Carrington. Y no. Solo que… Mi padre para mí es una persona importante, una figura que ha dado mucha armonía a mi día a día. No sé qué sería de mí sin él. —Meto la pata hasta el fondo, porque Dante se levanta, sale de la bañera, rodea su cintura con una toalla y se va hasta el dormitorio. Yo lo sigo, por supuesto—. Dante… Perdona si he dicho algo que te haya lastimado. Quiero… Quiero conocerte —indico de pie a su espalda. Él se gira y me mira.

—He crecido sin ese hombre. Lo eché de menos unos meses, hasta que me di cuenta de que podíamos sobrevivir solos. Lo odio porque Arya tardó años en reponerse.

Le doy un abrazo y me imagino a ese niño llorando y escuchando a su madre llorar, desolados y desamparados, sin dinero y con hambre.

*La historia me suena…*

# 49

# GUARDÉ TU RECUERDO

## SERENA

Dirksen Senate
Washington D.C.

*Actualidad…*

—¿Sí? —Descuelgo el teléfono con una sonrisa muy tonta. Camino por el pasillo de la oficina del Senador Maxwell, con el que he mantenido una reunión para convertirme en su asistente.

—¿La señora Wolf? —La voz de Dante me pone los vellos de punta. Su voz y los recuerdos de lo que llevamos haciendo tres días.

—No la conozco. Soy la señora Carrington. —Sonrío, y sé que él también lo hace.

—Me la pones dura de todas formas.

—Señor Wolf, ¿dónde está su educación inglesa?

—Entre…

—¡No lo digas! —Lo corto y suelto una risotada.

—¿Cómo ha ido con Maxwell?

—Como la seda. Empiezo a trabajar el próximo lunes.

—Estaba seguro que lo conseguirías.

Me detengo en seco.

—¡¿No habrás tenido nada que ver?! —Lo acuso, asustada.

—Serena, llevas preparándote para esto dos años. Y jamás se me ocurriría interferir en tu carrera profesional.

—¿Ni para bien?

—No si no me lo pides. —Sonrío de nuevo.

—¿Cenamos juntos?

—Por supuesto. Yo llevo la cena.

—Una pena. Me gusta verte cocinar. Los burritos de anoche estaban exquisitos.

—Todo lo hago bien —suelta, encantado de haberse conocido—. Tengo que dejarte. Nos vemos en unas horas. —Me cuelga y no hay nada en este mundo que me borre la sonrisa del

rostro. Espera… Sí, hay alguien. Y ese alguien está delante de mí, a pocos metros, sobre el acerado, frente a un todoterreno rojo, e interrumpe mi burbuja de amor y de planes futuros. La presencia de Max me tira de la nube y me detiene en seco.

Tiene la mirada fija en mí. Las hojas que vuelan se mueven a cámara lenta. Seis meses han pasado desde la última vez que nos vimos, seis meses desde aquella dolorosa despedida que marcó un punto de inflexión en nuestras vidas. Para bien, diría yo. En mi pecho se agolpan todos los sentimientos que he guardado junto a su recuerdo, en una bolsa que cargaba con más y más peso. Me ahogo durante un segundo.

—Annn… —respiro y despierto.

Camino hasta él sin vacilar, pero con el corazón desbocado en mi pecho. Él no está sorprendido por nuestro encuentro y la complicidad que un día existió entre nosotros nos une de nuevo.

—Max… —susurro, con la emoción contenida, rompiendo el hechizo creado por Dante hace solo unos segundos.

—Hola, Serena. —No titubea, controla su voz, no como antes, que lloraba y temblaba, arrepentido y perdido, muy perdido. No lleva su habitual chaqueta de cuero, solo una camiseta blanca de mangas cortas que deja al descubierto su piel cubierta de tatuajes hasta el cuello.

—Estás… ¿Estás bien? —Me mira a los ojos, y el paso del tiempo no ha borrado la intensidad con la que lo hacía ni como yo lo siento.

—Mucho mejor que la última vez que me viste.

—No hace falta mucho para superarlo. —Sonreímos con tristeza—. ¿Cuándo has salido?

—Hace unos días… He tenido que encontrar la fuerza para venir a verte… —Suspira, y señala hacia atrás. Brandon está dentro del coche, tras el volante—. No quería que hiciera esto solo.

—Siempre se ha preocupado por ti. Eso está bien. Y yo nunca le caí bien.

—Eso no es cierto… —Da un paso hacia mí, y yo lo doy hacia atrás—. Solo quiero darte un abrazo.

—Max… Yo… —*¿Cómo se lo digo?*

—Te has casado. —*Ah, pues no hace falta.*

—Era difícil que no te enteraras. —A los dos nos daña esta conversación.

—Dante Wolf. El Inglés —deletrea.

—Es un buen hombre.

—¿Lo amas?

—No tienes derecho a hacerme esa pregunta. —Me giro y trato de marcharme. Me tiemblan las manos, no me lo esperaba. Peor se pone la situación cuando me adelanta y me agarra de la

muñeca. La electricidad que nos acompañaba y que nos hundió en el lodo sigue ahí, no se ha marchado y los dos la notamos. El silencio nos rodea, y un remolino de viento se crea alrededor de nuestros cuerpos—. ¿Por qué has venido?

—Para recuperarte —asegura.

—Soy una mujer casada, Max. ¿Sabes lo que significa eso? —Ladeo el rostro.

—¿Tú sabes lo que he luchado para estar aquí? He librado guerras contra mil demonios. ¿Crees que un inglés va a detenerme? No me da miedo un documento firmado, sino que lo ames más que a mí —expresa.

—Es tarde para nosotros. —Estoy a punto de llorar.

—No digas eso. No lo digas… —suplica.

—¿Qué quieres, Max? Te di muchas oportunidades. Infinitas. ¡Recorrí miles de kilómetros por ti! ¡¡Te seguí!! —Trato de calmarme—. Te pedí que cambiaras. Casi nos matas. ¡Hasta que no viste la muerte de cerca, no reaccionaste! Tú no me quieres, solo… te aferras a mí. —Ahora sí, las lágrimas recorren mis mejillas.

—No me digas que no te quiero. Tú y solo tú eres la razón por la que estoy vivo. ¡No tienes ni idea de la de veces que me has salvado!

—Max… —Me tranquilizo—. No es justo. No eres justo conmigo.

—Serena… —Me agarra de la cintura—. ¿Aún me quieres? Dime la verdad. Necesito saberlo… —ruega.

—Yo… Yo… —Nuestros labios se miran—. Supongo que nunca dejaré de quererte. —Nos acercamos poco a poco, hasta que… reacciono, doy un paso atrás y cruzo la calle corriendo. Me alejo como alma que lleva el diablo, pongo distancia entre el cielo y el infierno, aunque no sé dónde me encuentro, porque con Max, todo se distorsiona.

Lo quiero. Claro que lo quiero.

Recibo un mensaje de Eleanor mientras subo en el ascensor, con la que no me hablo desde hace unos días.

Ellie: Max ha salido.
Estoy segura de que irá a buscarte.

—A buenas horas —musito. Me limpio las mejillas húmedas, compruebo en el espejo que el rímel sí se ha corrido y parezco un oso y… apoyo la espalda en la pared y resbalo hasta sentarme en el suelo.

*Es Max. Max está en la ciudad. Y ha venido a por mí.*

Se me hace un nudo en la garganta y el dolor agudo de mi pecho amenaza con ahogarme otra vez. Las lágrimas brotan de nuevo, surcando mi rostro con ríos de desesperación y angustia.

Sollozos ahogados escapaban de mis labios y rompen el silencio sepulcral del rectángulo en el que me encuentro. La desolación que dejó mi relación con Max se apodera del espacio y cada lágrima me recuerda los gritos silenciosos de desesperanza cada vez que lo veía hundirse.

Cierro los ojos y trato de que la bruma desaparezca, pero es inútil. He reprimido durante tanto tiempo lo que siento por Max que estalla en mi corazón de repente y las heridas del pasado de nuevo sangran.

# 50

# ENTRE MIS BRAZOS

## DANTE

Northwest
Washington D.C.

*Actualidad…*

*Parece que va a llover*, pienso, echando de menos la lluvia de Londres. Una tormenta de verano se avecina, o eso me ha dicho un socio que me ha invitado a su barco este fin de semana. Sigo en mi despacho, pero mi mente y hasta mi cuerpo siguen en la cama, junto a Serena, acariciando su piel y adorándola.

—Señor, si no necesita nada más… —dice mi secretaria en la puerta.

—Puede irse a casa —le indico y cierro la pantalla de mi ordenador. A continuación, y aprovechando que estoy solo, hago la llamada diaria a Londres. Mi madre ha comenzado el tratamiento y quiero que me sienta cerca a pesar de la distancia.

Un suspiro profundo antes de introducir el número en el teléfono fijo y me lo lleve al oído. El tono de marcación corta el silencio y mi angustia aumenta con cada pitido.

*Está bien*, me digo.

—Hola, cariño —me saluda con una mezcla de alegría y fatiga que me inquieta.

—Madre ¿cómo ha ido todo hoy? —pregunto devolviéndole la sonrisa aunque no pueda verla.

—Muy bien, Dante. No tienes que llamarme todos los días —me echa la reprimenda de costumbre.

—Debería estar allí contigo. —Me mata no poder acompañarla.

—Te has casado. Tu mujer te necesita.

—¿Te sientes mal? ¿Has tenido náuseas?

—Es normal, pero lo controlo. Thomas me cuida, no me deja a solas en ningún momento. Y ha llegado la analítica. Todo va como se esperaba. La enfermedad remite.

—He hablado con el doctor Pemberton.

—Deja de molestarlo, Dante. Tiene más pacientes.

—Pero ninguno de ellos es mi madre.

—Te daría una azotaina si te tuviera cerca. —Me hace reír—. Estoy bien y voy a ponerme bien.

—Iré a verte lo antes posible. Quizá la semana que viene.

—¿Vendrá Serena? Tengo ganas de verla.

—Empieza a trabajar para el Senador Maxwell el lunes, pero seguro que encontrará un hueco. Ella también está deseando verte.

Nos ponemos a hablar de recuerdos de mi niñez, de sabores, de aromas, de cualquier cosa que nos empuja a olvidar lo lejos que estamos el uno del otro, sin embargo, yo siempre llego a la misma conclusión.

—Por favor, madre, en Washington está una de las mejores clínicas especializadas y…

—No me iré de casa, Dante. No insistas.

—Eres testaruda.

—Sí, y tú también. Eres tan terco como yo.

—Recuerda que estoy aquí, te lo ruego. Llámame si te sientes mal y preparo un vuelo con urgencia.

—¿Cómo iba a olvidárseme? —La imagino con los ojos en blanco—. Recuerda, cuida tú de ti mismo y de tu vida. Y déjame vivir la mía.

Nos despedimos y la puerta se abre mientras yo cuelgo. Dominic aparece en el umbral con esa expresión burlona que tanto me saca de quicio.

—Hola, chef Wolf. ¿Tienes un segundo o está demasiado ocupado cocinando burritos? —bromea.

—La culpa es mía por contarte sobre mi vida privada. —Me levanto y meto una carpeta en uno de los armarios.

—¿Eso no debería hacerlo tu secretaria? —Se detiene en medio de la oficina.

—Un comentario muy conveniente de una persona a la que le limpian hasta los zapatos.

—Los tuyos también brillan. —Los señala y vuelco los ojos.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde está tu educación? Ni una copa me ofreces.

—Tengo prisa.

—Echas de menos a tu mujercita. —Hace un mohín.

Salgo del despacho y él me sigue.

—¿Qué sucede? —le pregunto camino del ascensor.

—Ni estar recién casado te relaja. ¿Debo buscarme otro amigo para socializar en Arutp?

—Si pretendes que salga contigo para que las mujeres te hagan un mínimo de caso, ve olvidándote. —Nos detenemos frente a la lanzadera.

—Solo una copa. —Se lleva las manos al pecho—. Está bien. Te diré la verdad. Te echo de menos. —Hace un puchero. Las puertas se expanden y entramos.

—Dom, no vas a convencerme. Me voy a casa. Serena me está esperando. —Bajamos.

—Entiendo que estar enamorado y casado tiene que ser agotador, pero, por tu salud mental, necesitas un respiro —insiste.

Alzo un dedo.

—No vas a convencerme.

—¿Seguro?

—Llama a Elowen.

—Con todo mi respeto hacia tu padrino, pero bebe demasiado y es poco sutil con las mujeres.

—¿Piensas que tú sí lo eres? —Alzo una ceja. Salimos y caminamos hasta el vestíbulo.

—Eso ha sido un golpe bajo. Dame media hora, te necesito.

—Dom, quizá el fin de semana. —El chófer me espera junto a la limusina. Abre la puerta cuando llego a ella.

—Eres cruel con tu mejor amigo.

—Aprende a hablar con las mujeres. Hay cursos para ello.

—¿Por eso a ti se te da tan bien? ¿Los hiciste?

—No los necesito. —Entro y me acomodo en los asientos con un pensamiento: Serena me hace muy feliz.

Deseo llegar a casa, abrazar a mi esposa y sentir la calidez de su piel. Ella tiene el poder de tranquilizarme y, tras hablar con mi madre, necesito que La Chica Glam me diga que todo va a salir bien.

Se me hace eterno. El vehículo avanza demasiado despacio por las calles iluminadas, o esa es mi sensación. La ventanilla del chófer se baja y me distrae.

—Señor, creo que un coche nos sigue —informa con voz serena y de inmediato mi atención se agudiza. Hace años recibí amenazas de muerte, pero no llegaron a más. Se investigó y era una mujer en tratamiento psiquiátrico—. Un todoterreno rojo. A nuestra izquierda. —Miro hacia un lado y lo compruebo.

# 51

# QUIERO SALVARLA

## DANTE

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

—¿Desde cuándo? —pregunto al chófer que me acaba de decir que un todoterreno rojo nos sigue.

—Estaba aparcado frente a su edificio. Sospecho que le esperaba. ¿Quiere que lo verifique?

—Sí, dé una vuelta a la manzana —ordeno.

Sprott gira el volante y toma la siguiente esquina a la derecha. Hacemos el recorrido y observo por la ventana cómo los vehículos nos adelantan a gran velocidad, esforzándome en escudriñar cualquier signo de alerta y de quién se trata. ¿Un espía? ¿Alguien pretende hacerme daño? ¿Fotógrafos?

—Gire de nuevo a la derecha. —Espero a que desaparezca, pero no lo hace.

—Sigue ahí —indica Sprott—. Cada vez se acerca más. ¿Quiere que llame a la policía?

—No. Podrían ser periodistas. Solo hacen su trabajo. —Los entiendo, aunque no comprenda por qué les interesa mi vida privada—. Mantén la ruta normal.

Terminamos de dar la vuelta y nos dirigimos hacia mi apartamento. La limusina se detiene en la puerta del edificio y el todoterreno reduce la velocidad y aparca un par de coches delante de nosotros. La incomodidad crece en mí y la idea de enfrentarme a reporteros no me gusta en absoluto.

—No salga. Yo me encargo. —Me apeo del coche y mantengo una actitud despreocupada. Giro lentamente para verlo de cerca. La ventana del conductor está bajada y observo a dos hombres. El de detrás del volante me mira con cierta indiferencia, pero algo raro se nota en su postura.

Durante un instante valoro la idea de preguntarles qué quieren y pedirles por favor que me dejen en paz. No hago declaraciones y no estoy dispuesto a dejarme fotografiar, sin embargo, me huelo que no son periodistas y el miedo a que hagan daño a Serena me corroe. Lo dejo pasar y entro en el edificio. Justo cuando se cierra la puerta de hierro y cristal, uno de ellos sale del todoterreno y me clava la mirada. No llego a distinguirlo del todo, un muchacho joven con pelo oscuro y una camiseta blanca.

Hablaré con Madeleine y le preguntaré si tiene información al respecto, así como con mi equipo de seguridad. Entro en casa y me aseguro de que la puerta quede sellada a cal y canto.

—Serena —la llamo y me extraña que no venga corriendo hacia mí, salte sobre mis brazos y me dé un beso.

La calma de tenerla cerca se transforma en inquietud y la falta de luz en el salón la aumenta por trillones.

—¿Serena? —Mi voz rompe el silencio y su nombre flota en el aire sin recibir respuesta. Un pequeño nudo se forma en mi estómago y busco mi teléfono dentro del bolsillo de mi chaqueta. La llamo y escucho la música al fondo del pasillo.

Me apresuro al dormitorio principal al que se ha mudado conmigo. Al adentrarme en él, el corazón me da un vuelco al encontrarla recostada en la cama. Respiro por fin. Su figura se dibuja sobre las sábanas blancas.

—Serena. —Voy hasta ella y tomo asiento a su lado. Le echo el cabello hacia el lado y parpadea. Sus ojos me miran, rojos y algo vidriosos—. ¿Qué te ocurre?

—Creo… Creo que estoy enferma —responde con voz quebrada—. Estoy mareada.

Le toco la frente y está muy caliente.

—Estás ardiendo. —Sin pensarlo dos veces, la tomo en mis brazos y la llevo hasta el cuarto de baño. Sin soltarla, abro el grifo y espero a que el agua salga tibia. Me meto con ella dentro de la bañera y le voy mojando el cuerpo con cautela.

Mojado, alargo el brazo y cojo el teléfono que he dejado sobre el lavabo.

—¿Wolf? —Joseph se extraña de mi llamada.

—Joseph, mi esposa está enferma. ¿Cuánto tiempo tardas en llegar? —Tarda un segundo en contestar.

—Dame media hora.

—Tienes quince minutos. —Cuelgo y abrazo a mi esposa. Ella gira la cabeza y se acomoda en mi pecho. El agua sigue cayendo sobre nosotros. Me deleito con el sonido de su respiración, corta pero tranquila, normal.

—Dime algo.

—Gracias… —musita, apenas audible.

—Soy tu marido. Mi deber es cuidar de ti.

—Además te obliga un contrato… —Respira—. Podría demandarte si no lo hicieras.

—Esa cláusula no existe, señora Wolf.

La hago sonreír y eso que siento en el corazón es nuevo para mí, no solo con ella, sino con cualquier otra mujer, incluso con Samantha a la que quise de alguna forma.

La levanto con cuidado, la desnudo y la seco con una toalla. La llevo hasta la cama y le pongo

algo de ropa.

—Puedo sola.

—Me gusta tocarte. —Le doy un beso en la nariz.

La imagen de su rostro cansado me preocupa y miro el reloj. Joseph llega en cinco minutos o tendrá problemas muy graves.

El sonido del timbre suena desde el vestíbulo.

—Enseguida vuelvo. ¿Estarás bien? —Asiente y recorro el piso con rapidez.

—Llegas tarde.

—Dos minutos. ¿Qué ocurre? —Joseph Moore, un reputado médico y amigo, me sigue ya por el salón.

—Serena no se encuentra bien. Le he dado una ducha.

—Os habéis dado una ducha —apunta, y dirige sus pupilas hacia mi ropa mojada.

—Está en el dormitorio.

Sin perder tiempo, Joseph entra en la habitación y carga con su maletín médico.

—Hola, Serena, soy Joseph. Voy a revisar cómo te encuentras.

—¿Has llamado a un médico? —me pregunta ella con las cejas alzadas.

—Y no a uno cualquiera. Soy muy bueno —comenta Joseph y le hace un chequeo rápido.

Le levanta unos centímetros la camiseta para escuchar su respiración con un estetoscopio y le palpa el abdomen para evaluar su estado.

—Respira hondo —le pide y ella sigue su indicación—. Parece que es un resfriado de verano. ¿Mucho estrés últimamente? —Mi mujer asiente—. Eso baja las defensas. Te recomiendo que bebas mucho líquido y tomes los medicamentos que te voy a recetar. —Moore se retira de la cama, recoge el maletín y se despide de ella—. El descanso también es bueno.

—Descansará —le aseguro muy serio.

Volvemos al salón y él escribe las receta sobre la mesa del comedor.

—Unas pastillas para aliviar la congestión y un antitérmico solo en caso de que le suba la temperatura a más de treinta y siete y medio. ¿Puedo hacer algo más por ti? He dejado a mi mujer sola en un restaurante.

—Que puedes permitirte por lo que te pago.

—Le diré que has sido muy agradable conmigo —ironiza con una sonrisa.

—Preséntale mis disculpas —hablo en serio—. Realmente te agradezco que hayas venido tan

rápido.

—No lo hago por ti, sino por lo que me pagas —bromea. Lo acompaño hasta el vestíbulo—. Por cierto, no me invitaste a la boda.

—Ni se me pasó por la cabeza. —Sonreímos.

—Cuida de ella.

—Es mi mayor prioridad —digo con firmeza, y no miento.

Hago un par de llamadas. Pido sopa caliente y ordeno que un miembro de mi equipo se pase por las recetas y vaya a una farmacia a por las medicinas. Iría yo, pero no pienso alejarme de Serena. Voy con ella, me quito la ropa mojada, la echo al cesto de la ropa sucia y me tumbo a su lado. Ella se acurruca en mi pecho y la abrazo.

—No tenías por qué hacerlo —susurra.

—Quizá, pero le prometí a tu padre que cuidaría de ti. Y yo siempre cumplo mis promesas.

# 52

# LUCHA DE TITANES

## SERENA

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

No he salido de casa. He estado recuperándome de lo que hemos calificado como un resfriado de verano. Yo me inclino más porque mi cuerpo reaccionara a la impresión que le provocó encontrarse con Max, pero no voy a hacer alusión de ello, entre otras cuestiones, porque Dante no sabe nada de él y de lo ocurrido. Podría enterarse si investigara solo un poco, hay fotos de nosotros juntos en la red, así como algunos artículos, pero estoy segura, o casi segura, de que no lo ha hecho. Dante "El Inglés" Wolf, no tiene Instagram, ya lo he buscado, y tampoco le pega, no me sorprendió. En mi cuenta no hay ni rastro de La Voz de Fuego, borré la única foto tras el accidente. Los medios se enteraron, pero se pudo esconder el hecho de que yo fuera con él en ese coche. Si las fans se hubieran enterado, me habrían tachado de mala persona y una novia nefasta al dejarlo después de aquello.

Doy vueltas en la cama con un libro en la mano, Mujercitas, lo he leído decenas de veces y nunca me canso. ¿Tienes un libro preferido al que te aferras y relees cuando no sabes qué leer o tienes un bloqueo? El mío es este. La pasión con la que escribe Louisa May Alcott y cómo narra la vida de las hermanas March me encanta. Sigo llorando cuando (y esto es un spoiler) Beth muere. La manera en la que cada hermana, especialmente Jo, que tiene una relación especial con ella, lidia con su muerte me parece una forma magnífica de ilustrar el duelo y la importancia de la familia.

—Dante… —musito con los ojos sobre las páginas, recordando lo solo que debió sentirse en su infancia.

Estoy tan absorta en la lectura que no lo escucho acercarse al dormitorio.

—¿Serena? —Da dos toques en la puerta y mi cuerpo se sacude con la sorpresa.

—¿Llamas para entrar en tu habitación? —Sonrío al recomponerme.

—Puedes estar indispuesta —explica con una camiseta negra de mangas cortas y un pantalón gris de una tela muy fina. Me llega la mandíbula al suelo. No me acostumbro a verlo de esa guisa.

—Estoy aburrida, Dante. Necesito salir de aquí. —Tomo asiento en el filo de la cama.

*O comerte. O que me comas…* Me muerdo el labio inferior y lo reviso de abajo arriba.

*¿Cuánto hace que no follamos?*

—De eso quería hablarte… —Da dos pasos hasta mí y pone los brazos en jarra.

*¿De follar? ¡¡Biennnnnn!!*

—¿Vamos a salir? —Doy un salto y la alegría me invade.

—Tú no —asegura con tono grave.

—¡¿Qué?! —Alzo las cejas.

—He hablado con Eleanor, viene a cuidar de ti. —Va hasta el armario y abre una puerta.

—¿De qué estás hablando? —pregunto. Por cierto, sigo enfadada con ella. Solo nos hemos enviado un par de mensajes. Ni siquiera sabe que he estado enferma ni la razón.

—Voy a ver a Arya. —Saca una maleta del altillo y la coloca con la maestría de un trapecista sobre la cama. La maestría y los músculos.

—¡¿Qué?! —Me indigno

—No creo que tenga que repetirlo. —Comienza a preparar el equipaje. No para y yo voy detrás de él como un gato tras un ratón en una caja de cartón.

—¡Pues yo voy contigo!

—De eso nada. —Guarda con cuidado la ropa interior.

—¿Cómo? —Rodeo la cama.

—Estás enferma.

—Estoy perfectamente bien. —Entramos en el baño. Él coge algo del mueble y vuelve a la habitación a meterlo en la maleta. ¿Qué hago? Subirme a la cama, cerrarla y sentarme en ella.

—¿Qué haces? —Los ojos se le salen de las órbitas.

—Si yo no voy, tú tampoco. —Cruzo los brazos y las piernas. El ultimátum no es por tóxica o porque no me fíe de él, es que no sé qué otra cosa hacer.

—Serena… —Agacha unos centímetros el mentón y me clava la mirada.

—Tú decides. —Yo lo alzo. ¿Qué hace él? Agarrarme por las axilas, levantarme como si fuera peso pluma y dejarme en la almohada.

—Problema resuelto. —Da una palmadita.

Me enfurruño y pataleo, esto último imaginariamente hablando. Él continúa preparando para volar a Londres y me ignora.

—Esa debe ser Eleanor —indica cuando escuchamos el timbre y ya lo tiene casi todo preparado. Se marcha al salón y yo aprovecho para llevar mi nuevo plan a cabo.

Plan B: vestirme, hacer mi maleta y colarme en la bodega del *jet* si es necesario.

Me convierto en Flash, el superhéroe, y solo tardo diez minutos en tenerlo todo listo. Me duché anoche antes de acostarme, no voy a morirme por subir a un avión no sudada por una noche sin pasión *(jo)*. Dante estimó oportuno, aunque me insinué (muy) mucho, que mi cuerpo necesitaba descanso. Qué pesado con el descanso que me recomendó el doctor. Total, que me planto en el salón arrastrando la maleta, ropa cómoda y pelo recogido en una coleta porque ni me entretengo para peinarlo. Eleanor y mi querido marido, ese que pretende ir a ver a Arya sin mí, se quedan atónitos ante mi presencia y mi bártulo.

—No me mires así —replico a Dante—. Voy a ir te pongas como te pongas.

—Estás enferma —comenta Eleanor.

—Sigo enfadada contigo, Chica Vip que ya no me llama para ir a lugares Vip. Y si no vas a ayudarme a subir a ese avión, será mejor que te calles.

—No vas a cruzar medio planeta estando… —trata de argumentar Wolf, pero lo interrumpo.

—No estoy enferma. —Le acuso con el dedo—. Como vuelvas a decirlo juro que… —suspiro y otra vez cambio de táctica. Plan C—: ¿No prefieres tenerme vigilada por si me subiera la fiebre? —Pongo cara de gatito pidiendo comida, lo acompaño del tono de un maullido—. Ay… —Me llevo la mano a la frente—. Puede que lleves razón y siga resfriada…

—Menudo teatro —anuncia Eleanor con una sonrisa. Le hago una mueca con el rostro para que me siga la corriente.

—Yo prefiero estar contigo, cariño… —No le he dicho cariño en mi vida. Me posiciono delante de él y me convierto en el gato muerto de hambre, pero ahora también lo acaba de atropellar un coche. Pobre gato—. Quiero estar cerca de ti si me siento mal…

*Venga, que lo conseguimos.*

—No vas a engañarme —suelta con seguridad—. Eleanor. —Se dirige a ella—. Llámame cada dos horas. —Me da un beso en la nariz—. Buen intento. —Se marcha al dormitorio a terminar de preparar la maleta.

—Ya te vale, Eleanor Ashford —le regaño—. No volveremos a ser amigas nunca —digo, medio en serio medio en broma.

—Esto no ha terminado aquí y las dos lo sabemos —anuncia.

Me coloco a su lado y miramos al final del pasillo.

—Vas a acompañarme al aeropuerto —le comunico.

—Por supuesto. —Chocamos las manos.

# 53

# PLAN A, B, C… D

# DANTE

*Jet* privado de Dante Wolf
Aeropuerto de Londres

*Actualidad…*

—¿Seguro que está todo bien? —cuestiono a Serena a través del teléfono, entrando en el aeropuerto de Londres.

—Sí, sí, tú no te preocupes de nada —responde, demasiado agradable y dócil—. Ni siquiera sé por qué llamas. Hace solo una hora que te has marchado de casa.

—Recuerda a Eleanor que me llame cada dos horas.

—Oh, claro. Pero… Me gustaría saber cuánto le has pagado para que se quedara aquí conmigo un fin de semana… —habla con un tono encantador, ella es encantadora, pero me refiero a encantador de serpientes.

—Es tu mejor amiga, Serena, lo ha hecho porque te quiere y también se preocupa por ti.

—Seguro, pero ¿cuánto le ofreciste?

Sonrío de lado.

—Veinte mil dólares.

—¿Tan poco valgo?

—Diez mil dólares al día. Vales tu peso en oro. —La limusina se detiene frente a las alas brillantes de mi *jet* privado—. Debo embarcar. Te llamo en…

—Dos horas. Sí, ya…

—¿Serena?

—Dime, Dante…

Respiro y me tomo unos segundos para decirle esto.

—Voy a echarte de menos. —Tras la línea, el silencio—. No salgas de casa —le indico y no le revelo que estoy preocupado por ese todoterreno rojo que me siguió la otra noche y un Cadilac que he visto dos veces rondando el edificio de mi apartamento.

—Claro. Jamás se me ocurriría.

Guardo mi teléfono y Sprott abre la puerta. Me ajusto el traje ya fuera del coche y respiro el

aire matutino.

—¿Todo bien, señor? —Me giro hacia mi chófer de confianza.

—¿Has visto algo fuera de lugar? —No tengo que especificarle.

—Ningún coche sospechoso, señor.

—¿Estás seguro? —insisto—. ¿Alguien alrededor del edificio?

—Estoy seguro, señor. No hay razón para preocuparse. Nuestros protocolos se han seguido estrictamente, como así ordenó. —Sprott no es solo chófer. Se unió a las fuerzas especiales con dieciocho años y destacó por sus habilidades físicas y mentales, lo que lo llevó a ser seleccionado para una unidad de élite. Maneja todo tipo de armas, lee situaciones, se anticipa a movimientos y protege lo que considera importante. Y le he dicho que no hay nada más importante que Serena.

—Siga mis instrucciones.

—Al pie de la letra, señor. —Se nota, en su forma de hablar, su pasado en el servicio militar.

—Gracias. Mantenme informado.

Subo las escaleras del avión aún preocupado, con un gusano en el estómago. El rugido de los motores empieza a sonar y el olor a tapicería de cuero recién limpia me da la bienvenida. Esto y… Me detengo en seco.

—Bienvenido a bordo, señor Wolf.

*¿Qué demonios?*

Serena está cómodamente sentada y luce una sonrisa más adorable de lo que puedo llegar a imaginar.

—¿Qué haces tú aquí? —Siento como si hubiera caído de un acantilado—. Te dije que te quedaras en casa y…

—Oh, vamos. —Alza una mano—. Estoy muy aburrida. Y quiero ver a Arya. También estoy preocupada por ella. Además, conmigo todo será más divertido. —Me guiña un ojo—. Te aconsejaría que no te lo perdieras.

—¿Perderme qué? ¿Tu resfriado? ¡Eso es precisamente lo que trato de evitar! —miento e intento seguir con el rictus muy serio—. No estaba planeando hacer una fiesta de resfriados —bromeo como un niño pequeño porque ella me hace sentir así. Un niño al que aún la vida no ha vapuleado ni su padre abandonado y cree en la magia de la existencia.

—¿Desde cuándo un resfriado requiere una fiesta? Quiero decir, a menos que quieras dar un brindis con pañuelos de papel. —Se levanta y se contonea hasta mí.

—Con un resfriado como el tuyo, estoy seguro de que podrías llevarnos a una nueva versión de *El Resfriado Anterior*, capaz de tener éxito en Broadway —le respondo y la risa surge de mi

garganta.

—Tendría una gran crítica. El nuevo espectáculo de Dante y Serena: *Todo sobre la tos y la fiebre.*

—Lo que me lleva a la pregunta más importante: ¿Te sientes lo suficientemente bien como para subirte a este avión? Porque no quiero ser el esposo que lleva a su esposa enferma por el mundo como si fuera un trofeo.

—¿Cuántas veces más vas a preguntármelo?

—Las que estime oportunas. —Se detiene a un palmo de mí.

—Yo no me veo tan mal. ¿Usted me ve mal, señor Wolf? —Niego. La desnudaría y la follaría mientras el avión coge altura—. Puedo ser tu trofeo de todos modos, incluso con tos y mocos.

—Dios mío, me estás tentando para cancelar el viaje y llevarte de vuelta a casa. —cedo un poco a su humor—. Y si eso significa ser un marido sobreprotector, estoy totalmente dispuesto a asumir ese papel por el resto de mi vida. —Ni yo me creo lo que acabo de expresar. Serena traga y frunce levemente el ceño. Da un pequeñísimo paso hacia atrás.

—Tú eliges. Podemos seguir con esta diatriba y alargar el despegue hasta que se haga de noche, o podemos sentarnos y abrocharnos los cinturones —me da un ultimátum.

Estiro el brazo, le rodeo la cintura con mi mano y pego su cuerpo al mío.

—Sería una pena dejarte en Washington y que empeoraras. Prefiero tenerte conmigo… —musito a pocos milímetros de su boca.

—Podías haber dado tu brazo a torcer antes. Ese fue mi plan C.

—¿Y cuántos has tenido que utilizar para convencerme?

—Cinco o seis… —Nos acercamos más, nos rozamos, noto su calor y me enciendo. La polla me da una sacudida dentro de los pantalones y roza su pelvis.

—Me alegra que haya subido al avión, Señorita Carrington.

—Me doy cuenta, señor Wolf… —La beso y, aunque el avión aún sigue en tierra, a mí me parece que volamos a miles de kilómetros de altura, llegamos al espacio y nuestros cuerpos flotan.

—Señor, vamos a despegar. Tienen que sentarse y abrocharse los cinturones. —Charlotte sale de la cabina del capitán y nos avisa, pero no le hacemos ningún caso, sino que alargamos el beso y aumentamos su intensidad.

# 54

# QUIERO SABER MÁS DE TI

## SERENA

Belgravia
Londres

*Actualidad…*

Dante no se explica cómo pude salir del edificio casi al mismo tiempo que él sin que Sprott se percatara, ni cómo llegué al aeropuerto antes que él. Lo que no sabe es que tengo un máster en escapismo desde que estuve con Max y tuve que esconderme de la prensa decenas de veces y que si le pagas a un taxista una cantidad considerable de dinero, se convierte en Jeff Gordon, un piloto de coches conocido por su exitosa carrera en NASCAR, donde ganó cuatro campeonatos de la Copa Sprint y se convirtió en una de las figuras más icónicas del automovilismo estadounidense. Lo sé por La Voz de Fuego, un seguidor de estas carreras.

—¿Serena? —Wolf interrumpe, muy oportuno, mis pensamientos. No he dejado de darle vueltas a lo sucedido con Max y al hecho de que con total seguridad volveré a verlo pronto, pero no hablo de ello por si así lo olvido.

*No va así la cosa.* ¡Hombre, mi voz chillona!

*Por probar no pierdo nada.*

—¿Sí? —Lo miro.

—Hemos llegado.

Salgo del coche y el fresco típico de Londres me saluda. Dante me da la mano y subimos los escalones de la casa de Belgravia. Sé que está nervioso y no se tranquilizará hasta que no vea a Arya.

Abre con su llave y cruzamos el vestíbulo con ese toque bohemio que me enamoró el primer día. La dueña de la vivienda aparece de inmediato.

—¡Dante! ¡Serena! —Sale de la cocina con un delantal y las manos manchadas de harina—. ¡No puedo creer que estéis aquí! —grita y nos abraza a los dos con fuerza—. Oh, lo siento. —Da un paso hacia atrás—. Creo que os he ensuciado. Estoy horneando galletas.

—Madre, el doctor Pemberton te ha recomendado descanso —le recrimina.

—¡Hijo, qué insufrible eres con el descanso!

—No lo sabes bien, Arya —bromeo. Este me mira con los ojos achinados. Me daría una nalgada si estuviéramos solos.

Thomas aparece por la misma puerta por la que Arya lo ha hecho y nos saluda con dos gestos

de cabeza.

—Bienvenido a casa, señor. Bienvenida a casa, señora Wolf.

*Señora Carrington.*

Dante habla con él durante unos segundos sobre Arya y esta tira de mí para llevarme hasta la cocina a comer galletas recién hechas.

*¡Oh, my God! ¿Qué es eso?*

Thomas tiene manchado el pantalón a la altura de las nalgas y cuando me fijo bien me percato de que los dedos de Arya también se dibujan en su espalda.

Hablamos sobre lo bien que nos va la vida de casados (obviando el tema del contrato porque ni yo misma lo recuerdo -*verás cuando removamos la mierda y le hable de mi enamoramiento*-) y Arya nos cuenta cómo lleva el tratamiento y lo bien que se siente con unos cigarrillos de marihuana que le lía una vecina. A Dante esto de las drogas, aunque sean medicinales, no le hace gracia, sin embargo, tras la explicación de su madre se queda más tranquilo, o no, pero deja de acosarla para que utilice unos medios con más estudios médicos a su favor. Thomas no se aleja de nosotros, de ella, quiero decir, y no se me escapa. Aquí se cuece algo y me alegro por Arya.

Nos vamos a la cama pronto. El viaje, el cambio horario y mi resfriado de verano me matan de sueño y Wolf me lleva al dormitorio. Me espabilo en cuanto entramos, casi en sus brazos, y le beso el cuello con toda la intención de que nos acostemos juntos y no me refiero a dormir, sino a follar, claro.

—Serena, no. Tienes que descansar.

*¡Cómo me hable otra vez sobre el descanso, me tiro por la ventana!*

—¿Quieres convertirte otra vez en alfombra humana? —Apunto con el dedo el lugar exacto en el que pasó siete noches.

—No serías capaz de obligarme de nuevo a dormir en el suelo.

—Ya lo hice una vez. Podría… —Me agarra de las muñecas, de pie a la orilla de la cama, y las lleva a mi espalda, dejándome sin posibilidad de moverme.

—¿Qué podrías?

—Hacerte muchas cosas —rectifico, y pega su boca a la mía. Acerca nuestros labios, deja que se miren, los alientos se mezclan, calientes y ansiosos.

Jadeo.

Él gira la cabeza a un lado y pasea su lengua por mi cuello y clavícula.

—Dante…

—¿Qué ocurre?

—Me gusta… —musito, sube hasta mis labios y los beso. Trato de deshacerme de su agarre, pero él me aprieta con más fuerza, enreda sus dedos en mi cabello y tira hacia atrás de mi cabeza, alejándonos— ¿Qué haces?

—Siempre hago lo que quiero.

—Pues bésame de nuevo.

Niega y me clava la mirada.

*Me podía clavar otra cosa.*

—¿Es una orden?

—Por supuesto.

—¿Y qué te dice que puedes darme órdenes?

Me zarandeo y me quejo. Quiero rodearlo con mis brazos, palparlo, agarrar su polla, masajearla y metérmela en la boca hasta volverlo loco.

—Suéltame. —Muerde mi labio inferior como respuesta y me da un pellizco en el culo—. Esto te hace gracia.

—No hay en el mundo nada más placentero para mí que follarte, Serena.

—¿Y por qué no lo haces? —me quejo.

—Porque estás enferma. —Me suelta y da un paso hacia atrás. Me deja huérfana, cachonda y con ganas de matarlo—. Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas?

—A comprobar que Arya se ha acostado.

—¿Por qué siempre es cuando tú quieres?

—Es cuando los dos queremos.

—Pues yo quiero ahora. —Me enfurruño y cruzo los brazos. Él sonríe, cierra la puerta y me deja a solas pataleando el suelo.

*Mierda.*

No, no me he equivocado. He querido decir mierda, y no Gucci, con todas sus letras.

*MIERDA.*

# 55

# TENGA PACIENCIA

# SERENA

Belgravia
Londres

*Actualidad…*

—Buenos días, señora Wolf. —Dante me observa con los párpados caídos, somnoliento.

Estamos tumbados en la cama en la que anoche no follamos, con sus labios muy cerca de los míos. Con una mano me acaricia la cintura y me calienta cada centímetro de la piel. Con la otra serpentea en mi vientre.

—Soy una Carrington y siempre lo seré. Buenos días, pero sigo enfada —musito.

—Una pena… Tenía planeada una mañana interesante… —Me pega a él.

—¿Le importaría decirme de qué se trata? —Nuestras respiraciones colisionan y también se saludan. Muevo las piernas y las enredo con las suyas.

—Es una sorpresa… En realidad, son varias… —Juguetea con su nariz sobre mi nariz.

—Deja de tentarme si no vas a terminar lo que empiezas.

—Solo quiero besarte —anuncia antes de unir nuestros labios, muy despacio, de una manera que hasta duele, muy lenta, tan lenta que se me hace eterna.

Abro la boca y le doy paso a su lengua que se encuentra con la mía, por fin. El sabor de Dante recién levantado se asemeja al de un melocotón recién cortado, está fresco y húmedo, suave…

Gimo cuando el corazón se Wolf se acelera y su polla roza mi muslo. Le rodeo el cuello con los brazos y lo beso con más pasión. Introduce la mano dentro de mis bragas y me masaje al clítoris.

—Arrggg… —Gimo con su tacto.

Un minuto más tarde, introduce dos dedos en mi vagina y los mueve despacio, dentro, fuera, dentro, fuera, cada vez más rápido. Me corro de golpe, Dante no deja de tocarme y no espera a que mis espasmos cesen. Se tumba sobre mi cuerpo, se agarra la polla con la mano derecha y sonríe.

—¿Esto es lo que querías anoche?

*Anoche y a cada hora.*

Siento, se agacha y la introduce en mí. Doy un pequeño grito cuando llega al fondo.

—Oh, perdona ¿alguna queja? —Tuerce el gesto y la aprieta; yo la siento inflarse dentro. Niego—. Perfecto, entonces. —Empuja y me empala.

Ahogo el siguiente grito y un escalofrío me recorre de arriba abajo.

*Jamás había sentido esto…*

De su garganta también sale un jadeo muy brusco y se detiene.

—¿Algún problema… señor Wolf? —le ataco, licuándome.

Retrocede unos centímetros, se lo piensa, sale del todo, entra de nuevo…

—Serena…

—¿Qué? —Se me escapa el oxígeno.

—Voy a partirte. ¿Estás preparada?

—No hagas ruido.

—Me importa una mierda todo ahora mismo. —Suelta todo el aire y me besa como si llevara años deseándolo.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale.

Mis gritos. Sus jadeos. Hemos pasado de luchar como contrincantes en una guerra, para planear el triunfo juntos. Su pelvis contra la mía, su sexo duro, muy duro, ansía destrozarme. Rodeo con mis piernas su cintura y le doy más acceso.

—Más… Más… —le ruego.

Los músculos de su cuerpo se tensan, se perfilan. Me besa. Lo beso. Dante sabe moverse, conoce los rincones de una mujer, sus puntos fuertes y débiles, sus debilidades. Me muerde. Lo muerdo

Dientes. Lenguas. Saliva. El pelo negro le cae sobre la frente y se mueve con cada vaivén. Los ojos se le oscurecen y aprieta la mandíbula.

—Voy a correrme, voy a correrme… Tú conmigo, tú conmigo…

Sostiene mis caderas, las hace trizas, alza mi pelvis y entra y sale con más facilidad y a un ritmo imparable. Doy un alarido y me dejo llevar. Se derrama, vuelca en mí todo su ser hasta secarse por dentro.

—Estos sí que son buenos días —asegura con su boca pegada a la mía, aún dentro de mí.

—También podían haber sido unas buenas noches.

—Estabas enferma. —Deja un beso en mi nariz, sale y se levanta.

*Oh. Dios. Mío. ¿Dónde fabrican a los hombres así?*

—¿Y cómo sabes que ya no lo estoy? —Sonrío.

—Porque no has roncado ni tosido.

—¿Has estado pendiente de mí toda la noche? —Alzo las cejas y me incorporo.

—Voy a darme una ducha. —Se encierra en el cuarto de baño.

—¡¿Dante?! —Lo reclamo, pero…

*Aquí se habla y se folla cuando a él le da la gana.*

# 56

# UNA CANCIÓN

# DANTE

Belgravia
Londres

*Actualidad…*

—¿Adónde vamos? —me pregunta mi bella y recuperada esposa, sentada junto a mí en el coche. Hemos pasado el día con Arya, pero ahora quiero que estemos solos y llevarla a un lugar especial para mí.

—Tenga paciencia, señora…

—Carrington —me corrige antes de que termine la frase.

—Eso iba a decir.

—Estoy segura. —Sonríe y yo sonrío. Arranco y acelero, tanto o más que los latidos de mi corazón.

Conduzco durante una media hora. Casi ni hablamos. Serena va medio absorta en el paisaje de Londres y sospecho que sigue fatigada, pero no voy a proponerle que descanse o se enfadará, y adoro su sonrisa. Nos dedicamos a escuchar música en la radio y todo parece ir bien. Comienza a sonar una canción:

Llegué hasta aquí, donde el mar susurra suavemente.
Entre las olas y recuerdos, te encuentro frente a mí.
Cada latido en mi pecho sabe que hoy es el día,
Un nuevo comienzo, mi vida la iluminas tú.

De repente, se incorpora y con un dedo da a un botón y apaga la radio.

—¿No te gusta? —cuestiono porque ha sido comenzar la letra y reaccionar.

*¿Qué ha sido eso?*

Tarda en contestar.

—Me duele la cabeza.

—No debería de haberte traído a Londres.

—No empieces. Estoy bien. He dormido poco.

—Has roncado, Serena. —Doy toquecitos en el volante con los dedos, nervioso porque siga enferma.

—Yo no ronco. —Lo dejo estar, no quiero discutir. Hoy es un día importante para mí—.

¿Conoces…? —Se remueve en el asiento—. ¿Conoces la canción? —me pregunta.

—La he escuchado alguna vez. Ni siquiera sé de quién es. —Otro silencio—. ¿Tú lo sabes? —Trato de mantener una conversación con ella y que desaparezca la tensión que se ha creado de golpe.

—Eh… A Eleanor le gusta el grupo.

—¿Cómo se llaman?

Un silencio más largo. La he cabreado.

—Iron Skies.

—Ni me suenan —musito y me siento mayor porque, no lo quiero reconocer, entre Serena y yo existen doce años de diferencia.

# 57

# DANTE AL DESNUDO

## SERENA

Newham
Londres

*Actualidad…*

Me ha faltado el aire en el coche cuando ha sonado la canción de Max, esa que escribió por y para mí. No he tosido porque Dante creería que estoy enferma y me llevaría de vuelta a Belgravia, y quiero conocer ese lugar tan especial para él. Un escalofrío ha recorrido mi cuerpo al escuchar su voz por los altavoces; no aseguraría si bueno o malo, lo que sí me han entrado ganas de llorar. Lo que siento por Dante se entrelaza con un pasado que no logro dejar atrás.

Aparca junto a un mercado étnico en un barrio que desconozco. Paseamos por un parque bien cuidado, con bastante vegetación, y en el que un grupo de niños juegan con un balón y me da la mano para cruzar la carretera. Le preguntaría ya dónde estamos para descubrir el misterio, pero la canción de Max sigue resonando en mi cerebro.

—Solo queda unos metros —indica. Giramos en una esquina, dejamos atrás un par de viviendas y nos detenemos delante de una de ellas—. Esta es la calle en la que crecí —informa delante de una estructura nueva, con una puerta azul y un cartel en el que pone: *Custom House Hub*—. Y esta era mi casa.

—¿Creciste en un centro social? —No lo entiendo. Él sonríe, tira de mí y entramos. Saluda a varias personas mayores con sendos abrazos y me presenta.

—Este era mi hogar. Ha cambiado desde entonces. Lo compré y lo convertí en el hogar de los vecinos —me explica en una salita con cinco mesas ocupadas por personas de la tercera edad jugando al ajedrez.

—No solo cuidas de los más pequeños… —susurro, más y más enamorada de un hombre con el que mantengo sexo pero no hablo de amor.

—Esta era mi habitación. Tenía las paredes amarillas. Lo odiaba. —Sonríe y se rasca la barba de tres días. Dante Wolf, El Inglés, con sombra de barba…

*Dios mío, mátame ya.*

—Aquí. —Toca la pared—. Arya me medía para comprobar cuánto crecía. Sospecho que le preocupaba mi mala alimentación y que eso afectara a mi crecimiento.

—No bromees con eso —le regaño y le doy un golpecito en el pecho.

—No bromeo. —Habla en serio.

*No llores, Chica Glam. Mantén el glamour*.

Paseamos por la casa hasta llegar a la cocina.

—Una vez, mientras intentaba ayudar a mi madre a hacer la cena, accidentalmente volqué la salsa de tomate al suelo. Parecía que habíamos matado a alguien. —Nuestras risas llenan el ambiente y resuenan en las paredes—. Creí que Arya me regañaría, pero comenzó a reír y no paramos en toda la noche.

Nos despedimos de los vecinos y los responsables del centro y salimos a la calle. Quiero decirle algo, pero no sé el qué.

*Que lo amas.*

*Eso también.*

—Esto no era antes así —comenta sobre la acera y mirando la inmensidad de la calle—. Newham sufría las consecuencias de la desindustrialización y el desempleo aumentó. Muchas familias vivían en condiciones de hacinamiento y las casas requerían reparaciones que no se hacían. —Mira a un lado—. Esta era la casa de Grace.

—¿Quién vive ahora ahí? —Está reformada y es muy linda. Con fachada en color tostado y ventanas blancas—. Tú… —Caigo en la cuenta—. Tú compraste la nueva casa de la señora Fleming y se la regalaste.

—Es lo menos que podía hacer por ella.

—Estoy segura de que haces todo lo que puedes. —Mi admiración por él ha superado barreras inimaginables.

—Ven. —Vuelve a tirar de mí.

—¿Aún hay más? —Subimos los cuatro escalones, levanta una maceta y coge una llave—. ¿Cómo sabías dónde estaba? —La introduce en la cerradura—. Dime que tienes comprada a la policía de Londres. Esto es allanamiento de morada. —Empuja la puerta—. ¿Las cárceles en Inglaterra son muy duras?

—¿Quieres callarte y entrar? —Me quedo clavada al suelo—. Es la casa de Grace, la nieta de la señora Fleming.

—¿Vive aquí? —Asiento y la empujo. Cierro tras de mí—. Pero… sabe que vamos a entrar en su propiedad.

—He hablado con ella esta mañana. Está de guardia en el hospital. —Recorremos un pasillo muy largo y llegamos a unas escaleras—. Sube.

—¿Quieres que mantengamos sexo en casa de Grace?

—¿Qué? —Suelta una carcajada—. ¿Cómo se te ocurre? —Encojo los hombros—. ¿No puedes pensar en otra cosa, señora Carrington?

—Me has llamado señora Carrington —anoto.

—Sube —repite.

Arriba, solo dos habitaciones, una más pequeña que otra. Entramos en esta, decorada con rosas y azules muy claros, una cama pequeña en la que pone *Pequeña Grace* en el cabecero, una mesita de noche blanca y un armario del mismo color.

—¿Grace tiene una hija?

—De dos años. Mira. —Se detiene delante de una cocinita antigua de madera, pero a la que no le falta un detalle, impecable.

—No puede ser… —musito con los ojos como dos soles—. ¿Es tu cocinita? ¿La que encontró la señora Fleming?

—Sí. La guardó y su nieta la ha restaurado para su hija.

No controlo, no puedo más. Va a darme un ataque de ansiedad. Recordar a ese niño jugando con la cocina de mentira recogida de la calle, cenando sopa gracias a su amable vecina, echando de menos a su madre que trabajaba demasiado y sin entender por qué su padre se marchó el día de su décimo cumpleaños y no volvió jamás, se convierte en un huracán gigante cuyo centro se coloca en mi pecho y rompo a llorar. Corro escaleras abajo, avanzo por el pasillo y salgo a la calle a intentar respirar. El huracán se une a la tormenta que Max causa cada vez que pienso en él y se forma una nevada que me aplasta hasta enterrarme por completo. Doblo el cuerpo y me abrazo por la cintura.

*Respira.*

—Serena… —Dante aparece a mi lado enseguida—. ¿Te duele algo? —pregunta preocupado por mi posición, como si el estómago me fuera a reventar y lo que está a punto de explotar es mi corazón.

—Dante… —Intento ponerme derecha. Una vez, otra vez.

*Respira, Sery,* me repito.

—¿Estás bien? Pensé que te gustaría… —Le brillan los ojos y le salen unas arruguitas alrededor de ellos.

—Yo… Yo… —Sigo llorando. Y hablar y llorar, imposible—. Yo… —Wolf, contrariado, me abraza y me acuna en su pecho. Tardo unos segundos en calmarme.

De eso va mi vida desde que lo conocí, o desde que el imperio de mi familia se tambaleó. Me ahogo, respiro; me muero, revivo; me pongo nerviosa, me tranquilizo; lloro, sonrío.

—Cálmate, cariño… —Me. Llama. Cariño.

Lloro más porque soy tonta y me hago ilusiones. Ignoro si me ama o no, pero…

—Dante, eras un niño. ¿Cuánto debiste sufrir?

Me acaricia el pelo.

—No debes preocuparte. Soy quién soy por todo eso. Por Arya, por Grace, por mis vecinos, incluso por Dominic, por todo lo bueno. Pero también por lo malo, por el cabrón de mi padre, la soledad…

Nunca había llamado así a su padre. Estoy conociendo a Dante, el de verdad. No al hombre al que todos apodan El Inglés.

# 58

# EL LAZO DE LA AMISTAD

## SERENA

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

Hemos vuelto a Washington. Arya está perfectamente, dentro de unos límites, y Dante se ha quedado satisfecho, aunque le ha prometido que volaremos de nuevo muy pronto a visitarla. También escuché cómo le pedía que valorara la posibilidad de darse el tratamiento en Estados Unidos. Hoy comienzo a trabajar y me despierto al alba con Dante. Estimamos oportuno echar un polvo rápido, de pie. Wolf me ha sorprendido mientras me desnudaba para darme una ducha, ha pegado mi espalda a la pared de la habitación, ha levantado una de mis piernas y me ha penetrado sin compasión, después de besarme unos segundos. Me ha pillado desprevenida, y esto no es una queja. Aún suspiro recordando el placer que me ha dado y ha pasado ya media hora desde que hemos terminado. Ahora me como una tortita en la cocina que él mismo ha preparado y me tomo un café. El Inglés lee el periódico en una Tablet y yo lo miro a él. Mi teléfono suena en el salón y voy para atenderlo.

—¿Diga?

—¿Ya me hablas? —Es Eleanor.

—Bueno… Te mereces otra oportunidad desde que fuiste cómplice en mi plan del viernes.

—¿Y?

—Nos hemos acostado, mucho. —Ambas sonreímos.

—¿Y cómo ha ido todo?

—No voy a contarte cómo la tiene.

—Sería muy burdo, sí. —Qué patrañera—. ¿En plan Maxpolla, o… Miniblondie? —Se refiere al tamaño de la del chico con el que me acostaba antes de conocer a Max; un estudiante de economía que no estaba muy bien dotado, pero, oye, a mí me satisfacía por completo.

—La primera. —Rompemos en carcajadas.

Cada vez que ríes con una amiga renuevas el lazo de la amistad.

—Vale, vale, vale. Lo pillo. En serio ¿qué tal con el señor Wolf?

—Muy bien… —suspiro—. Dante es… un buen hombre, una gran persona.

—Serena… —dice mi nombre con solemnidad y las carcajadas desaparecen—. Sientes algo

por El Inglés.

Me rasco la frente y compruebo que sigue sentado en la banqueta y absorto en las noticias financieras.

—Me he enamorado, Ellie. Yo…

—¡Síííííí! —grita tan alto que tengo que apartar el móvil de la oreja y aun así me hace daño —. ¡Síí! ¡*Oh, yeah!*

—Estabas enfadada por casarme con él por conveniencia. —Me escondo en el dormitorio de invitados en el que pasé las primeras noches.

—Ese es otro tema, pero veo que al fin alguien ha logrado romper esa coraza y entrar en tu corazón. ¡A la Gucci La Voz de Fuego! —Un silencio se instala entre nosotras—. ¿Serena? —suelta un tono acusador.

—Max… —Bajo la voz al límite—. Max me ha estado buscando. Lo encontré al salir de la oficina del senador Maxwell y…

—¡Dime que no le dedicaste ni un segundo!

—Eleanor, estuvimos juntos dos años, pasamos muchas cosas…

—Toda malas —me corta.

—Eso no es cierto. —Cojo aire—. ¿Quieres que siga o cuelgo?

—Sigue, sigue, pero no prometo no enfadarme y… indignarme. Sí, eso.

—Se ha rehabilitado. Lo vi bien… —Le hago un resumen de la "reunión"—. No me fue indiferente, tengo que ser sincera.

—Pero te has enamorado de Dante.

—De una forma que no entiendo.

—Entonces ¿cuál es el problema? Porque yo no veo ninguno. Max es el pasado, Dante el presente y el futuro.

—Vas demasiado rápido. Wolf no me quiere.

—¿Te lo ha dicho?

—No lo hemos hablado. No conoce mis sentimientos.

—Chica Glam, no conozco a nadie más atrevida y valiente que tú. Te casaste con un hombre que desconocías para salvar a tu familia. Dile que lo amas y acepta lo que él sienta por ti. Vais a estar casados dos años. Confío en tus armas de mujer.

Me dan ganas de llorar solo de pensar en ese momento y que mi marido me deje claro que estamos junto por conveniencia y porque así lo firmamos los dos en un contrato y que follamos también de mutuo acuerdo porque los dos lo hemos decidido así al darnos cuenta de cuánto nos

atraemos. ¿Dante es tan necio como para no haberse percatado de mis sentimientos?

*Yo lo sé todo de todos.* Recuerdo su frase estrella.

—Max me prometió que lucharía por mí. Que no va a darse por vencido —anoto.

—Vale, Sery, este es el plan. —Me lo relata en dos minutos y le pregunto por el profesor Sinclair.

—Tengo que dejarte, en otro momento te lo cuento. Pero la de Pierce también se asemeja a la primera. —Me cuelga y me deja con las patas colgando.

Me arengo y voy hasta la cocina, dispuesta a comenzar la primera parte del plan. Hago muchos planes que no sirven para nada y esta vez no es diferente. Tartamudeo y boqueo como un pez para hablar.

—¿Estás lista? Es muy tarde. —Dante se levanta y me deja con la palabra en la boca. Con ninguna, por cierto.

—Eh… vale. —Lo dejo para después. Dejar para más tarde el decirle a alguien que te has enamorado, sin saber si a él también le ha pasado, no me parece tan mala idea.

***

—Que tenga un buen día, señora Wolf. —Me da un beso antes de bajarme de su limusina.

—¿Otra vez volvemos a eso? —Sonrío. Ya no me molesta tanto.

—Que tenga un buen día, señor insaciable —susurro sobre su boca. Nos damos un beso más y me voy a trabajar.

*Sery, esta noche se lo dices.*

# 59

# UN BUEN MOMENTO PARA DECÍRSELO

## SERENA

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

Juro que mi intención es hablar con él durante la cena y decirle que lo amo, no obstante, no me da lugar ni a abrir la boca. Vale, durante la cena me ha tenido entretenida con su mano acariciando mi muslo muy arriba mientras nos rodeaba una decena de personas, y, sí, vale, abro la boca, pero solo para recibir su lengua y dejar que se enrede con la mía en un beso muy húmedo y caliente. Empiezo a pensar que Dante no sabe besar de otra forma, y no es una queja. Esto ocurre en el vestíbulo al que hemos entrado muy cachondos porque en el ascensor también nos hemos besado, incluso hemos reparado en tocarnos. Dante ha introducido su mano dentro de mis bragas y ha masajeado mi clítoris como si estuviera dibujando círculos sobre él. Me ha parecido escucharle decir algo así como que quiere grabarlo a fuego en su memoria. Entre los resoplidos y el clamor del momento, mi mente estaba fantaseando con la idea de arrodillarme, abrirle la bragueta y chupársela mientras nuestros cuerpos se reflejan en los espejos. No lo he hecho y me arrepiento.

Nos amoldamos el uno al otro, me levanta un poco y dejo de tocar el suelo. Huele a picante y a vino, una mezcla de sabores que nos ha acompañado durante la velada. Mis manos se pasean por su barba ausente y él me abraza y me acaricia la espalda tan despacio que contaría mis vértebras si quisiera. Tengo un momento de pánico al recordar que esto puede terminarse cuando le diga que lo quiero.

*¿Y si él no siente lo mismo?*

*¿Acaso barajas la idea de que lo sienta?*

La dureza de su miembro me trae de nuevo al presente y al lugar exacto en el que me quita la ropa a una velocidad chocante. No espero lo que ocurre a continuación. El Inglés, ese hombre refinado, se pone de rodillas y huele mis braguitas.

—Voy a morderte… —ladra.

Me baja la ropa interior y la saca por mis pies. Aparta mis piernas un palmo y acaricia el interior de mis muslos hasta hacerme suplicar.

Gimo al notar el aire coquetear con mi sexo.

—Dante… Por favor…

Comienza con suaves estímulos en mis labios con la lengua hasta humedecer el clítoris, que aumenta de tamaño y se hincha con la manera progresiva que tiene de presionar y aumentar la

velocidad.

—Ahhh… —Me da un lametazo de abajo arriba.

Varía el sentido de los giros y cambia de movimientos de vertical a horizontal y mi excitación aumenta exponencialmente. Introduce un dedo, después dos, luego tres… Y los mete y lo saca hasta que se empapa hasta la muñeca.

Me corro de pie, con Dante arrodillado delante de mí, como si yo fuera su mundo o eso me imagino, que me adora y me sirve pleitesía. Me coge en volandas cuando aún grito y tiemblo, y me tumba boca arriba en la alfombra del salón, con mi culo y mi espalda sobre la lana fina. Pierdo la vista en las molduras del techo hasta que él se quita la ropa y su piel atrae toda mi atención. Se chupa uno de los dedos que ha metido en mi vagina y, en segundos, noto el calor de su aliento en mi vientre.

—Estira los brazos hacia atrás —me ordena. Coge su corbata, que ha dejado sobre el sofá, y me ata con ella por las muñecas—. No las muevas.

Respiro con tanta rapidez que estoy a punto del desmayo.

*¿Qué pretende?*

Me abre la vulva, otra vez, y la masajea mientras lame y juguetea con mis pezones. Encojo los brazos e intento introducir su cabeza entre ellos y abrazarlo, pero se detiene y me mira con una sombra cruzándole el rostro.

—He dicho que no los muevas —repite. Los coje y los dirige a su lugar de origen.

Introduce un dedo, dos, tres, cuatro, la mano entera y me encojo, me abro, me achico, me dilato. Me derrito.

—Ahhh…. —Cierro los ojos y lo siento.

—Te gusta… —Exhala. Yo asiento y resoplo.

Me percato de que mi cuerpo ya no es mío, sino de Dante Wolf, El Inglés, y que jamás ha sido de nadie antes.

No saca la mano del todo, solo unos dedos, otros lo deja dentro, e introduce su polla. Todo se comprime entre las paredes de mi sexo. Y el universo explota, la energía se esparce y choca contra las paredes, rebota en ellas y vuelve a nosotros. Dante gruñe, resuella, gime, solloza, se queja; y nos corremos de una manera extraña y hasta dolorosa, empapando la alfombra con nuestros fluidos.

***

*Venga, Seri, es buen momento para decírselo. Acabáis de tener un sexo increíble y lo pillas con las defensas bajas.*

*Dante, te amo. No sé cómo ha pasado, pero es así.*

*Señor Wolf, me he enamorado de usted.*

*Te amo, lo siento, pero te amo.*

*¿Entre te amos, se suele pedir disculpas?*

Mi mente da vueltas y vueltas hasta marearse y trata de encontrar la mejor manera de decírselo.

*Mira, Dante, me casé contigo para que salvaras el imperio de mi familia, pero he visto cosas de ti que me encantan, me han fascinado. A las parejas hay que admirarlas y yo te admiro. Adoro tu forma de tratar a tu madre, a Grace y a todo el mundo, incluso a mí. Dime que también me amas o me rompes el corazón, y ya sería la segunda vez. La primera, Max se lo cargó poco a poco y resulta que ahora quiere adueñarse de él de nuevo, pero te pertenece a ti si tú lo aceptas…*

¿Demasiado largo? ¿Para decir te amo se necesitan más que esas dos palabras? ¿Hay que explicarlo?

*El amor debería ser sencillo.*

—¿Te has quedado dormida? —pregunta Dante, conmigo tumbada sobre su cuerpo y en la alfombra de la que no nos hemos movido. Mi mejilla descansa en su pecho que sube y baja con su respiración.

Me incorporo unos centímetros y lo miro.

Ha llegado el momento.

—Dante, yo… —Lo intento, juro que hago el intento de ser sincera.

—Hoy es mi cumpleaños —obstaculiza mi declaración de amor.

—¿Qué? —Me siento a horcajadas sobre él—. ¡Felicidades! —Doy una pequeña palmada—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Ni siquiera suelo recordarlo, pero hoy, aquí contigo… Quería decírtelo. —El tono de su voz es neutro.

—Te hubiera comprado una tarta.

—No lo celebro desde que tenía diez años —informa.

—Desde que…

—Exacto. —Despega la espalda del suelo, dejándola en vertical, me abraza rodeando la mía y nuestras narices se rozan.

—No hablo de esto. Nunca. Ni siquiera con Arya por no entristecerla. Pero no lo entiendo. ¿Por qué se fue el día de mi cumpleaños? Podía haberse ido días antes, o después… —Cierra los ojos y respira.

—¿Arya nunca te contó qué ocurrió?

—Estoy seguro de que ni ella misma lo sabe. —Enmarco su rostro con las palmas de mis manos—. No tengo hijos, pero… —Alza los párpados y en sus pupilas se refleja un caudal de miedo, dolor e ira que crea un mundo entero. El mundo que yo quiero—. Jamás le podría hacer eso. ¿Abandonarlo? ¿Quién abandona a un hijo? ¿Cómo se hace eso? —Desea encontrar respuestas.

—No lo sé… La humanidad hace cosas incomprensibles. Ser humano implica cometer errores.

—Eso no fue un error. —Su mirada se vuelve melancólica—. Y me fastidia estar seguro de que nunca encontraré las respuestas.

Dejo un beso corto sobre sus labios. Quiero sanarlo.

—¿Qué me faltaba que no fui suficiente para él? —Cada palabra me atraviesa como un rayo.

—Dante… Tenías diez años, tú no tuviste la culpa. No somos responsables de las decisiones de los demás.

*Métete esto último en la cabeza, Chica Glam.*

—No quiero ser como él. No quiero parecerme a él en nada.

—Por lo que sé de él y de ti, sois dos personas muy diferentes. —Trato de calmarlo.

Nos abrazamos y nos brindamos la seguridad que los dos necesitamos. ¿Puede el destino unir a dos personas que se necesitan de alguna forma aunque ellos no lo sepan?

La intimidad que se crea se hace tangible, nos tocamos, estamos aquí, y el espacio vacío se llena de luz y aleja a las sombras. Yacemos en la alfombra, envueltos el uno el otro, como una capa de hierro imposible de atravesar. Poco a poco, los corazones se unen y nuestras respiraciones se tranquilizan.

Allí, solo los dos, como si el mundo no existiera…

# 60

# CENA DE BENEFICENCIA

## SERENA

Hotel Watergate
Washington D.C.

*Actualidad…*

—Estarás muy contenta de que al final el evento se haya celebrado aquí —me comenta Eleanor, con un vestido de noche de seda negra, confeccionado a su medida. Con la parte superior adornada con bordados de encaje que se asemejan a filigranas y se despliega en un pronunciado escote. El cabello lo ha peinado en hondas y lo ha dejado caer en cascada. Dos pendientes de diamantes y los labios pintados de un profundo rojo, su sello de identidad.

—¿En The Watergate Hotel? ¿Piensas que un escándalo como aquel me llama la atención? —le respondo, con un vestido color esmeralda tejido en forma de hojas de primavera y tela fluida que se despliega con cada paso que doy.

—Exactamente eso. —Me apunta con el dedo y saluda con un gesto de cabeza a dos invitados. Estamos en el vestíbulo donde ella se ha apostado para recibir a los asistentes.

—Me encanta. —Sonrío entusiasmada—. Es uno de los más sonados de la historia. Nixon había grabado conversaciones en la Casa Blanca y la Corte Suprema le ordenó que entregara las grabaciones. Fueron clave para evidenciar que la justicia de la época encubría y manipulaba a su antojo.

—Lo has resumido mucho. —Saluda a otras dos personas que pasan por nuestro lado—. ¿Dónde está Sirius? Llega tarde.

—Estoy aquí. —Aparece por detrás, de la mano de Giovanni. Los dos con trajes de lino, mi amigo en un tono azul claro y su novio (o lo que sea) en melocotón—. Llevo dentro media hora. ¿Cuándo comienza la fiesta?

—Es una cena benéfica —le corrige Ellie, medio enfadada.

—Por cierto, Chica Glam, El Inglés te anda buscando —me informa mi amigo—. Está al fondo, junto a las ventanas.

Me despido de mis *best friends* con besos al aire y me adentro en el icónico hotel que se eleva a la orilla del rio Potomac, edificado de un modo que evocó glamour y controversia con su forma en L, un símbolo de intriga por el escándalo político y por su estilo contemporáneo allá en mil novecientos setenta y siete. Dejo atrás el vestíbulo de mármol pulido y suaves tonos de oro, azul y blanco y adornado con una gran obra de arte que flota sobre la recepción. Rodeo el primer salón y llego a los ventanales desde los que se disfruta también de los jardines que cercan el hotel.

Me toma de la mano en cuanto llego a su lado y sonríe; yo lo imito, por supuesto. Me presenta, orgulloso y como su esposa, a una decena de personas, a algunas ya las conozco y nos felicitan por nuestro matrimonio. Mis padres también socializan entre las mesas, convenientemente decoradas con jarrones con flores de varios colores.

Agarro su brazo con calidez y cariño, entre charlas y risas que fluyen sin forzarlas, pero me percato de que algo no anda bien. Un pequeño escalofrío recorre mi columna y me giro sesenta grados. Ahí está, Max, destaca entre el resto, por su carisma y su forma de vestir. Atrae las miradas, no solo la mía, por su atuendo, fiel a su personalidad inimitable y a su estilo. Lleva una chaqueta de lino negro con solapas desestructuradas y una camiseta de algodón blanca, unos pantalones oscuros de corte recto y algo desgastados que dan el punto roquero que nunca abandona y unas botas de cuero. Pero… estarás pensando que su vestimenta no es lo importante, sino el hecho de que estemos en el mismo lugar los tres, lo que yo siento y lo que va a pasar. Vamos por partes.

Lo que siento no lo puedo definir, una batalla interna se crea dentro de mi corazón. Max, con esa sonrisa que me enamoró, encantadora, revive recuerdos que aún trato de enterrar. Dante, el hombre que se ha convertido en el eje de mi vida y un puerto en el que atracar, me acaricia la espalda. Me ahogo, respiro; sonrío con nerviosismo, lloriqueo para mis adentros. Y así sucesivamente.

Trato de ignorarlo y me centro en la conversación de Dante con un colega y su esposa, pero el destino mueve unos hilos invisibles a los que no tenemos acceso.

*A lo mejor la Chica Vip tiene pases directos a estos y no me ha informado.*

*Sery, piensa…*

El destino tira de uno de esos hilos y hace voltear mi cabeza para que vea cómo saluda a gente y acorta nuestra distancia con cautela.

Eleanor y Sirius corren pegados a la pared y vienen en mi busca. Les pido que frenen antes de llegar para que no hagan saltar las alarmas de Wolf (recuerdo que a él no se le escapa nada), y me disculpo ante los presentes.

—Ahora vuelvo —comento a Dante en un susurro.

—¿Te acompaño?

—No, no. Voy a dar la enhorabuena a mi madre. —Me obligo a sonreír y él deja un breve beso en mi mejilla.

Me escondo entre un grupo de invitados y me reúno con mis amigos, asustados por lo que se avecina.

—Eleanor, por todos nuestros Valentino juntos. ¿Cómo no me has dicho que Max vendría? —le rotulo, escondidos en una esquina.

Ella pasa varios folios grapados y los visualiza repetidamente.

—No está entre los invitados —explica.

—Pues llama a alguien y que lo eche de aquí. —Me rasco el cuello.

—No es tan fácil.

—¿Y qué hacemos? —Me muerdo el labio.

—Dejar de ponerte el cuello como la piel de un tomate, pasearte con tu marido *potentorro* delante de él y recordarle a La Voz de Fuego lo que pudo tener y perdió por gilipollas —indica Sirius.

—Yo no me la jugaría —susurro.

—Eso es jugar con fuego —comenta Ellie casi al mismo tiempo—. Pero es lo único que puedes hacer, Serena Carrington. Ponte recta, alza el mentón y que se muera de la envidia.

—Esto no va a salir bien —presumo.

—Vamos a tomarnos algo y pensamos con más claridad —propone Sirius.

—Pensar con alcohol… Eso tampoco nos ha ido bien nunca —le recuerdo y los tres sonreímos cuando al viajar al pasado, a una noche en la que se nos ocurrió subir a un tejado a bebernos una botella de tequila. Había una lluvia de estrellas, todas caerían sobre nuestras cabezas, sin embargo, lo único que cayó allí fue Sirius y se hizo una brecha que dibuja su frente desde entonces.

—No, llevas razón. —Se acaricia la herida.

Alguien llama a Eleanor y se marcha. No me da lugar a detenerla. Escuchamos un ruido de cristales rotos a la derecha y vemos a Giovanni recogiendo restos del suelo mojado.

—El italiano sí que ha bebido demasiado. —Va tras él.

—¡Sirius! —masco.

Miro a un lado y a otro. Un pasillo. Sí, eso, me escondo como una rata hasta que esto termine y todo arreglado. Cuando Dante pregunte, le digo que me sentía indispuesta y estuve toda la noche en el baño.

*Muy glamuroso y sexi.*

Entro en una sala, cierro la puerta y apoyo la espalda en la pared. Respiro durante unos segundos y cierro los ojos. Me retiro de la entrada y camino hasta el fondo. Aquí reina el silencio más absoluto, solo interrumpido por el murmullo de la fiesta al otro lado de la pared. Hay cuadros colgados, con paisajes y retratos enmarcados que necesitan una limpieza. Suelo de parquet, bien pulido, y una planta con hojas verdes en una esquina. Unos muebles apilados a un lado, cubiertos con sábanas blancas.

—Serena. —Se me electrifica la piel. La sala se desvanece cuando La Voz de Fuego suena detrás de mí.

*¿Cómo me ha descubierto?*

Unos metros nos separan y el eco de nuestras voces en una sala casi vacía resuena en todas partes.

# 61

# CENA DE SUSTOS

## SERENA

Hotel Watergate
Washington D.C.

*Actualidad…*

En el fondo del salón, olvidado, hay un buffet con vestigios de aperitivos apilados, un par de copas de vino y platos con restos de canapés, todo ello cubierto por una pátina de soledad. Me fijo en esto un segundo, y vuelvo a mi sitio, al lugar exacto en el que Max se aproxima a mí con cautela, pero con decisión.

—No deberías estar aquí. —*Mataré a quién te haya dejado entrar,* pienso.

—Es un evento benéfico.

*Oh, no me digas.*

—No estás en la lista de invitados.

*¿Cómo has entrado sin estar en la lista Vip de la Chica Vip?*

—¿Lo has comprobado?

*Por supuesto.*

—Eleanor ha ayudado a mi madre a organizarlo.

*Y la mataré a ella cuando termine con el que te ha abierto la puerta.*

—Ni se me ocurriría estar aquí, ya lo sabes. Hay otras formas de ayudar menos… abundantes. —Se toca el estómago.

*Ojalá te haya sentado mal todo lo que has comido.*

—Si no te gusta este ambiente ¿por qué has venido?

*No te pega estar aquí.*

Otro paso. Estamos más cerca.

*Aléjate.*

—Por ti —afirma sin dudar—. Estoy aquí por ti. No me cansaré hasta que me perdones. —Sus palabras se enredan y, no sé cómo, ahora solo nos separan dos palmos.

*Uno y dos.*

—Max, te he perdonado, pero estoy casada. —Disfrazo mi inseguridad de confianza—. No puedes esperar que todo sea como antes.

*Ni quiero que lo sea. Me hiciste mucho daño.*

—Supe antes de salir de Haven que no me lo pondrías fácil, pero no me daré por vencido —repite.

—Las cosas han cambiado. Yo he cambiado.

*¡Todo ha cambiado! ¡Ahora estoy enamorada de otro hombre!*

—Yo también. ¿No es lo que querías? —Me toma de la mano y…

*¡Hace dos años!*

—¿Serena? —Me suelto de un tirón y doy un paso atrás. Me convierto en una niña a la que han pillado robando una onza de chocolate—. ¿Serena? —Trago con dificultad con la mirada de Max sin despegarse de mi rostro.

—Estoy aquí —advierto.

Eleanor se mueve con gracia y rapidez hasta nosotros y se interpone entre el roquero y yo. Lo mira y…

—Tú, niñato ¿qué crees que haces? —Lo acusa con el dedo.

—¿Niñato yo? Has sido tú quién se ha entrometido en una conversación sin ser invitada. ¿Dónde está tu educación, Eleanor Ashford? —pronuncia su nombre de una manera desdeñosa.

—No te acerques a Serena.

—¿Quién va a evitarlo? ¿Tú?

—Sí, si es necesario. Pero estoy segura de que Dante te daría una buena patada en el culo. —Me agarra de la muñeca y me saca de la sala.

—Gracias, pero me las estaba apañando muy bien sola —le apunto.

—¿Eso crees? Tu marido está buscándote. ¿Qué crees que hubiera pasado si te ve ahí dentro, a oscuras, con tu exnovio?

—Dante no sabe nada de Max —me defiendo, muy mal, ojo.

—Ah, eso lo arregla todo. —Se cruza de brazos—. Te vuelves a liar con ese imbécil y me hago el harakiri. Te lo juro, Serena Carrington. ¡Me abro el vientre en canal! —grita.

Trato de ignorar su regañina y nos dirigimos al salón. Ella sigue erre que erre a mi lado.

—Te has enamorado de Dante. De una forma que no entiendes… —me parafrasea—. Lo que no entiendo yo es como no le paras los pies de una vez por todas al soplapollas de Max. —Me detengo en seco.

—¿Has dicho soplapollas?

—Sí.

—Yo ahora digo mierda en vez de Gucci. —Nos partimos de la risa de golpe y porrazo.

—¿Dónde estabas? —Llego junto a Dante que habla con mi padre.

—Cosas de Ellie. Se le ha perdido un pendiente en el vestíbulo. —Me siento fatal al mentirle.

Paso un rato con ellos mientras no pierdo a Max de vista. Brandon ha venido con él y este me vigila de cerca también.

*Esto termina como el rosario de la aurora.*

No, Max no se da por vencido, como ha asegurado y, de nuevo, se acerca a mí, ahora flanqueado por Brandon. Dante se ha separado unos metros y se entretiene hablando con Dominic y su acompañante, a la que conocí ayer en una cena. Una mujer inglesa de treinta años con la que sale cuando visita Londres, no indagué en los detalles.

—Hola, Serena. —Brandon se ve obligado a saludarme.

—Brandon… ¿qué hacéis aquí? —mascullo.

—No fue idea mía. Esto me parece tan descabellado como a ti.

—Vaya, por una vez estamos de acuerdo en algo —rebato.

—Eso no es cierto —Max se cuela en la conversación, hasta hace un segundo apartado—. Los dos queríais que me rehabilitara y me recuperara. —Alza un vaso de cristal opaco—. Brindo por este reencuentro… con un refresco de naranja. —Le da un sorbo.

—Esto te hace mucha gracia —lo acuso.

—Lo cierto es que no. Verte con otro hombre no es lo que he soñado durante estos seis meses.

—Yo estuve sin dormir más de un año, sin saber si iba a enterarme por las noticias que te habían encontrado muerto por una sobredosis. —Empezamos a alzar el tono.

—Chicos. —Brandon interpreta el papel de mediador—. Ninguno quiere llamar la atención. Max, esto no es lo que habíamos hablado. —Se retan con la mirada—. Lo prometiste. —Max lo piensa.

—¿Todo bien aquí? —Dante aparece de la nada y el corazón se me detiene.

La tensión aumenta con cada segundo que pasa.

—Solo recordamos viejos tiempos —dice Max con una sonrisa forzada—. Max Voss, un antiguo amigo de Serena. —Le ofrece la mano y Dante se la estrecha.

—Dante Wolf, marido de Serena —suelta, “echando una meada” más larga que la del roquero.

La tensión sigue subiendo a pasos agigantados.

—Brandon Hatman. También amigo de Serena. —Se dan un apretón de manos.

—No se me ocurre de qué os conocéis. A mi mujer no le gusta la música rock —habla y me percato de que sabe quiénes son.

*¿Cómo lo sabe?*

*Porque él lo sabe todo de todos.*

—Nos presentó Eleanor, hace ya… ¿casi tres años? —pregunta Max mirándome a mí.

—Más o menos. —Aprieto la mandíbula y los dientes.

—Estamos encantados de haberte visto, Serena, pero tenemos que marcharnos —revela Brandon y le doy las gracias en silencio—. Un placer, señor Wolf.

—El placer ha sido mío.

Los vemos desaparecer entre la multitud y Wolf se gira para observarme.

*Él lo sabe todo*, me recuerda la voz chillona.

*Sí, pero… ¿Hasta dónde sabe?*

# 62

# EN EL LADO OSCURO

## MAX

Hackney
Washington D.C.

*Siete meses antes…*

Una oscuridad que hasta yo temía envolvía mis pensamientos y todo mi cuerpo constantemente. No lograba deshacerme de ella, la odiaba, tanto como a mí y como a mi padre, que me había abandonado como un perro. Había bebido más de lo aconsejable y unas cuantas rayas de cocaína amenazaban por consumirme por completo.

—Joder… —masqué al sacar la llave del coche del bolsillo de mis vaqueros y resbalarse hasta el suelo. Me agaché y casi caigo de boca contra la arena de un aparcamiento en las afueras de Washington de donde acababa de salir de un garito que un amigo me había recomendado.

El rugido del motor de mi Cadilac Eldorado resonó hasta dentro del habitáculo. Encendí la radio y aceleré, derrapando y saliendo de allí a toda velocidad. Canturreaba *Paint It Black* de The Rolling Stones con la desesperación acechando en cada esquina.

Frené en la avenida del apartamento de Serena, me detuve en seco en la puerta de su edificio y toqué el claxon, tal y como habíamos convenido. Encendí un cigarrillo y esperé a que saliera. Ni me planteé cómo le sentaría encontrarme borracho y drogado porque cuando estaba en ese estado pasaba de todo, incluso de ella.

Entró con esa gracia que la rodeaba y el olor de su perfume me golpeó el pecho. Tuve un segundo de remordimiento por haberla traicionado de nuevo, sin embargo, el subidón no me dejó pararme a pedirle disculpas.

Me dio un beso y se alertó.

—Hueles a vodka. —Frunció el ceño.

—Me he tomado unas copas con los chicos. —Arranqué de nuevo y me introduje en el tráfico, esta vez con más cuidado.

—Max, ¿estás borracho?

—¡Claro que no! —grité irritado.

—¡Has vuelto a beber! ¡Max, no puedes ni oler la bebida! —me sermoneó—. ¡Llevas tres meses limpio! —Odié también cómo me miraba la chica que amaba, con temor en los ojos, con incredulidad y horror. Estaba harta de mí y de mis salidas de tono.

—No es que me haya drogado… —traté de bromear. Ella suspiró y se llevó las manos a la

cabeza—. Venga, Cleopatra. No es para tanto.

—Llévame a casa —me pidió.

—¡Venga ya! —Di un golpe en el volante y el coche rozó una farola. En aquel momento no lo notaba, pero iba muy ciego—. He reservado en Dayton.

—Max, detén el coche. Quiero bajarme. —La escuchaba, pero mi mente no procesaba su ruego.

*Max Voss, La Voz de Fuego, una bestia insatisfecha que anhela ser liberada de las cadenas de la redención y la esperanza*, recordé de pronto, a pesar de mi conciencia confundida y de la neblina, un artículo que había leído sobre mí aquella tarde.

—Max, Max, quiero bajar. —Sus palabras resonaban en mi cabeza como un grito de advertencia y redención, pero se perdía en el vacío de mi subconsciente.

—¡No puedo parar aquí! —vociferé, muerto de miedo porque iba a perderla otra vez, una historia sin final feliz.

Mis manos crispadas se aferraban al volante y mis ojos enrojecidos intentaban centrar la visión al frente ignorando la espada de Damocles que yo mismo alzaba sobre nuestras cabezas.

Fue un segundo, un frenazo para no chocar con un coche que se detuvo de repente, perdí el control de mi Cadilac y se deslizó por el asfalto húmedo de una noche de invierno a una velocidad devastadora. Dimos dos gritos mudos de angustia y desolación que se ahogaron con el estruendo ensordecedor del impacto y la destrucción que se avecinaba. El tiempo se detuvo en un instante de terror absoluto y mi instinto me empujó a tratar de agarrar a Serena. Vi su pelo moverse al compás de su cuerpo, de un lado a otro, a cámara lenta.

El coche volcó y dio dos vueltas sobre sí mismo antes de detenerse. Parpadeé sin conocer si había pasado un segundo o una hora. Serena estaba inconsciente a mi lado.

—¡Serena! ¡Serena! —la llamaba a voces, desesperado—. ¡¡Serena!! —Me quité el cinturón de seguridad y tiré del suyo, pero se había bloqueado. El capó del auto comenzó a arder—. ¡¡Serena!! —Seguíamos atrapados en una jaula metálica y retorcida con las llamas acechándonos.

No sé qué me llevó a cubrirla con mi cuerpo, pero escuché un ruido al que le siguió una explosión y me tiré sobre su torso, dispuesto a dar mi vida por ella.

—¡¡¡Ahhhh!!! —Las llamas consumieron mi camiseta el tiempo que ardieron cerca, pero no la rozaron a ella. Eso me dio una fuerza sobrehumana, me corté las manos con un cristal con el que seccioné el cinturón de seguridad y la saqué de allí en brazos.

—¡Chico! ¡Chico! ¿Estáis bien? —La puse a salvo, lejos del coche que ardía ya por completo —. He llamado a una ambulancia. —Un hombre mayor se agachó y comprobó que Serena respiraba—. Soy médico jubilado —informó, ante mi rostro lúgubre—. Tienes una quemadura considerable en la espalda. —Me senté junto a Serena y le sostuve la cabeza—. Es grave.

—Lo único que me importa es ella. —Se escucharon las sirenas.

—Debe tener una conmoción. Ya están aquí los sanitarios. La has salvado, chico.

*Casi la mato…*

Comencé a llorar y… desperté dentro de aquella pesadilla.

# 63

# PIENSA QUÉ VAS A DECIR.

## SERENA

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

El trayecto en la limusina lo hacemos en silencio. Dante y yo casi no hemos cruzado palabra desde que Max y Brandon se marcharon de la cena benéfica. Estuve hablando con mis padres y comprobé que no habían visto al roquero en la gala; no les hubiera hecho demasiada gracia porque, aunque traté de evitar que supieran mi verdadera relación con La Voz de Fuego, no siempre lo logré por culpa de los medios de comunicación, y tuve que aceptar en el hospital que este conducía el coche en el que casi pierdo la vida.

Wolf va sentado junto a mí, a pocos centímetros, y juro que huelo su ira. Observo su perfil recortado por la luz que va y viene por los faros de la ciudad que atravesamos y veo la línea de tensión que recorre su cuello, signo claro de su furia. Tomo una bocanada de aire y me pregunto si debo romper el hielo.

*Una noche que se avecinaba perfecta, hasta que apareció Max…*

—Dante… —Empiezo, pero él me interrumpe con una mirada que conlleva un mensaje claro: no está listo para hablar.

El camino se eterniza y nuestras respiraciones se convierten en un canto triste que rechaza cualquier intento de acabar con el malestar.

Sale de la limusina cuando se detiene y espera a que yo lo acompañe para cerrar detrás sin dejar de ser un caballero, pero el sonido del portazo retumba hasta en mis entrañas, presagio de lo que está por venir. La tensión crece en el ascensor y noto el palpitar de mi corazón en la sien. Una vez dentro del apartamento, Wolf se vuelve hacia mí con los ojos muy oscuros.

*¿Ahora sí está preparado para la charlita?*

—¿Qué está pasando?

—¿A qué te refieres? —En realidad, lo ignoro por completo, porque no sé qué sabe exactamente.

—Piensa qué vas a decir.

—He estado ayudando a Eleanor, y Sirius necesitaba asistencia con Giovanni —excuso una de mis desapariciones.

—Una oportunidad más, Serena. Y puedes sentirte muy afortunada porque no suelo darlas.

—Saludaba a unos antiguos amigos. ¿Es eso? —No estoy mintiendo, solo diciendo una verdad a medias.

Ni se inmuta.

—Max Voss no estaba en la lista de invitados.

No le pregunto por qué conoce la lista de invitados porque sé cuál es exactamente la respuesta.

—Yo no lo he organizado. No sé quiénes iban a asistir.

—¿Qué hay entre vosotros?

—Nada. —Sigo con la media verdad, porque ahora mismo no hay nada—. No sé qué crees que hay entre…

—Tengo muy buen olfato. Tu reacción en el coche no me pasó desapercibida cuando escuchaste una de sus canciones que resulta que la escribió para ti; se te descompuso el cuerpo. —Como ahora—. Leo a la gente y tu respiración cambió. No me hagas parecer un imbécil, odio que me subestimen.

—¿Nos has investigado?

—A él —corrige—. Y he intentado no darle importancia, aunque averigüé que había salido de Havenwood, un centro de rehabilitación, hace solo unos días. Confié en que no se acercaría a ti. Estuvo a punto de matarte.

—¿Cómo sabes lo del accidente? —Nadie se enteró de eso. Solo nuestras familias y amigos.

—¿Qué pretende? —Me clava los ojos.

—¿Qué más te da? —Pongo un brazo en jarra—.  Nuestro matrimonio es una farsa.

*No me amas.*

—No distorsiones la realidad.

—¿Y cuál es la realidad? ¿Que nos acostamos juntos? Porque yo no veo otra —le recrimino, lo sobrepaso y voy hasta el dormitorio a quitarme el vestido y los zapatos. Él me alcanza dispuesto a seguir con la diatriba—. Los límites de nuestra relación están sobre un papel, Dante. Esa es la única realidad que conozco.

—Dime la verdad sobre Max. —Nos reflejamos frente al espejo.

—Max es parte de mi pasado. —Dejo el vestido resbalar por mi cuerpo y voy a sacar una camiseta de un cajón del armario. Me la coloco por encima de los hombros y me topo con su torso.

—¿Parte de tu pasado? —apostilla en un susurro de incredulidad—. He visto cómo os mirabais, cómo te miraba, y te has ausentado de la fiesta durante dieciocho minutos.

—¿Qué? ¡¿Los has contado?! —bramo—. ¿Ahora me controlas?

—Yo lo controlo todo y no iba a dejar al arbitrio el encuentro entre tú y Max. ¿Qué ha pasado en ese salón? —En serio, mis párpados llegan al espacio y se pegan a uno de los siete mil objetos que hay en órbita en la actualidad y la mandíbula se desintegra en el núcleo de la tierra.

—¡¿Me has puesto un GPS?! —Me recuerda a mis padres cuando dejaron de confiar en mí por mi relación tóxica con La Voz de Fuego.

—No has respondido a mi pregunta.

—Y no voy a hacerlo. —Le planto cara—. Jamás te faltaría el respeto, ni siquiera cuando ni nos acostábamos juntos. ¡No tienes derecho a dudar de mi palabra!

—Ah ¿no? Pero tú sí puedes seguirme por todo Londres y ponerme en evidencia delante de Grace y su nieta —me recuerda.

—Eso fue muy diferente.

—¿Por qué? ¿Porque el agraviado fui yo?

*Pillada.*

Ahora camino hasta el salón y hago tiempo para ver qué se me ocurre para una mejor defensa.

—¿Estás celoso? ¿Es eso? —Lo enfrento sobre la alfombra, esa en la que hemos follado en varias ocasiones. Dante calla como respuesta—. ¡No puedo creerlo! ¡Estás celoso!

—Mis razones son las mismas que las tuyas. No me convertiré en El Inglés, el cornudo del hemisferio norte.

*Vaya, por un segundo confié en que me ama.*

—Estupendo. —Me hago la dura—. Pues puede estar tranquilo, señor Wolf, su mujercita no le será infiel, siempre ha sido muy leal en todos los aspectos. —Me marcho con mi herida hasta el cuarto de baño a lavarme los dientes. Recorremos todo el piso con nuestra discusión a cuesta.

—Serena, no he querido insultarte. Lamento si te ha parecido… —Intenta disculparse. Escupo el agua en el lavabo y le suelto:

—Dante, no confiamos el uno en el otro, eso ha quedado claro. Y solo nos importa cumplir el contrato y que la alta sociedad de dos países enteros crea que nos amamos y respetamos. Ninguno saldrá como un cornudo de este circo de matrimonio.

El silencio que se instala nos envuelve y una herida antigua se reabre en mi pecho, y alejo de mis pensamientos que sus celos sean a causa del miedo por la posibilidad de perderme; eso significaría que se ha enamorado de mí y revelaría una inseguridad que desconoce.

—No quiero que te acerques a él. Y no le conviene acercarte a ti.

—No eres mi dueño. No puedes prohibirme…

Se marcha y me deja con la palabra en la boca, enredada del resto de pasta de dientes que limpio antes de buscarlo por el apartamento.

—¿Esto va a ser así siempre? ¿Vamos a hablar solo cuando tú lo veas oportuno? —Se desnuda a la orilla de la cama y bizqueo con sus abdominales.

*No tiene tatuajes, pero ni falta que le hacen.*

—¡Me parece surrealista que comiences esta discusión y te calles cuando veas conveniente! ¡Yo no pertenezco a tu séquito! ¡¡No tengo por qué acatar tus órdenes! ¡Solo las justas de un maldito contrato que firmé desesperada! —me desgañito.

—¿Qué quieres que te diga? —reacciona—. He leído mucho sobre vosotros, demasiada información sobre la pareja más envidiada por los jóvenes. —Sonríe con sarcasmo—. ¿Cuántas veces tuvo que poner tu vida en peligro ese tipo para que lo dejaras?

—¡¡No sabes nada de nosotros!!

Comienza a dar datos de Max y de mí como si nos conociera desde el principio, como si hubiera estado con nosotros en aquella noche preconcierto y jamás se hubiera separado.

—¡Sigo sin entender por qué te molesta tanto! ¡¡Tuve una relación antes de conocerte!! ¡¡Tú estuviste casado!!

—¡Mi exmujer no ha venido a una cena a entrometerse en lo nuestro! ¡Y si lo hiciera, le pararía los pies!

—Ah, ¡¿Sí?! —Respiro con rapidez, como él, y rozamos nuestras narices desafiándonos—. ¡¿Por qué lo harías?! ¡¡Podrías acostarte con ella y nadie se enteraría!! ¡¡Dejaste muy claro que sabes cómo hacerlo!!

—¡¡No quiero acostarme con ella!! ¡¡Ni con ella ni con nadie!!

—¡¡Me vuelves loca!! ¡¡No te entiendo!!

—¡No es tan complicado, Serena! —El corazón va a salírsele del pecho…

# 64

# UNA FUERZA IVISIBLE

## DANTE

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

Nunca había sentido esto y supe que no podría controlarlo unos días después de firmar el contrato, aunque me fascinó la primera vez que la vi. Su valentía, su ímpetu, su seguridad, el amor por su familia, su devoción por los demás; todo en Serena me seduce. Su forma de mirarme, de tratarme, de desintegrarse entre mis manos, de gemir cuando me la follo y de susurrar mi nombre, la manera en la que me abraza… Todo me lleva a pensar que ella también me ama, pero ¿está preparada para saberlo?
No hay vuelta atrás.

—¡Joder! ¡Porque te quiero! ¡Te quiero a ti! ¡¡Te amo!! ¡¡Me he enamorado de ti!!

La confesión se desliza entre nosotros como un destello de luz en la penumbra, los ojos le brillan. Mis latidos se aceleran más si cabe y la intensidad de nuestras conversación se transforma en algo diferente.

*Te amo…*

Mi mente se detiene un segundo y la confusión se disipa. Le cautiva mi declaración porque trata de hablar, pero las palabras se ahogan en su boca.

No hacen faltas palabras en realidad.

Doy un paso adelante y una fuerza invisible, esa que existe desde que nos conocimos, nos atrae el uno al otro y…

—Dante… —Su nombre se queda en el aire porque mis labios colisionan con los suyos. El tiempo se detiene, como la primera vez que nos besamos, y la segunda, y la tercera. Es un beso cargado de furia, pero también de pasión, comprensión y amor, estoy seguro.

Siento cada parte de su cuerpo tocando el mío, su calor y la humedad de su boca. La chispa que se encendió entre nosotros hace ya más de un mes muta a un fuego incontrolable y ardiente que derrite las tensiones que se han acumulado. Nos comunicamos a través del contacto y nos decimos más que en todas estas semanas; la lucha contra lo que sentimos, los miedos por revelarlo. Nos palpamos como si fuéramos a desaparecer. La muerdo. El oxígeno se desintegra, mi mano se agarra a su cintura y la atraigo más a mí. Los cuerpos estorban.

Nos quitamos la poca ropa que nos cubre a zarpazos. Algo rápido, muy rápido. La ensarto de pie, colocando sus piernas alrededor de mi pelvis. Serena se aferra a mis hombros y la penetro hasta el fondo.

—Ahhh… —gime y su aliento, tan caliente como el mío, me hace sonreír, pero sigo besándola y empujando dentro de ella.

La tiro sobre el sofá y entro y salgo sin compasión y dejo escapar las ganas reprimidas de expresar mis sentimientos.

—Joder, Serena, te amo… —susurro mirándola a los ojos, dándole más y más fuerte mientras ella se mueve y sus pechos se bambolean con los pezones muy erectos.

Entro y salgo.

Entro y salgo.

Enreda sus dedos en mi cabello, nuestras frentes pegadas y sudorosas. Me siento al borde de la desesperación.

—Voy a correrme, Serena… —le aviso, aunque ambos sabemos que eso no es un problema porque me repongo a una velocidad pasmosa.

Quiero que nos corramos juntos, por lo que me incorporo unos centímetros y me dedico a ella por completo. La follo mientras logro que dos de mis dedos se abran paso también en su interior. Giro la muñeca unos grados para adaptarlos mejor a su anatomía y los curvo.

—Aggg… —Serena da un grito. El colofón llega cuando, con los dedos de la otra mano, le masajeo el clítoris—. Ahhh, ahhh…

—Ah… —Nos corremos a la vez, el clímax nace, se expande, sube, baja y nos alcanza a los dos por completo.

—Yo también te amo. —Escucho su voz amortiguada en un sueño que se convierte en realidad.

—Ya lo sabía… —Termino de derramarme dentro de ella, me agacho y riego de besos su cuello hasta sellar la revelación con un tierno beso.

# 65

# DANTE Y YO

# SERENA

Dunlop Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

—Me quiere —informo convenientemente a mi amiga por teléfono, a través del altavoz y manos libres mientras me doy un baño—. El Inglés me quiere. —Recojo un poco de espuma y la soplo.

—Vaya novedad —responde desdeñosa.

—¿Eso es lo que tienes que decir ante la felicidad de tu amiga?

—Me alegro mucho por ti.

—No lo parece. —La sonrisa no se borra de mi rostro—. ¿Qué te pasa?

—Pierce… —Escucho un suspiro—. Pierce ha caído en la cuenta de que soy su alumna y puede perder el trabajo si el comité universitario se entera de lo nuestro.

—Ya no eres su alumna.

—Eso mismo le he dicho yo, pero asegura que está muy mal visto y que puede repercutir muy negativamente en él.

—¿Estás bien?

—No, pero no voy a llorar más. Se me estropea el maquillaje y salen arrugas.

—Esa es una buena actitud. —Sigo jugando con las pompas—. Eleanor, en serio, ¿quieres que vaya a casa y pasamos una noche de chicas?

—Oh, no, no. Voy a poner un thriller en Amazon Prime y me reiré cuando mueran todos.

—Una terapia digna de estudio y a tener en cuenta.

—A mí me vale. ¿Te acuerdas cuando pillé a Bexley con Carol en la cama? ¿Qué hicimos?

—Beber Martini, Ellie, no recuerdo ni qué película elegimos.

—Ya tengo el Martini en la mano. —Solloza.

—Me visto y voy para allá.

—No es necesario. —Llora a raudales.

—Dame media hora.

—Vale. —Hipa.

Dante lee en la Tablet sentado en una banqueta de la cocina mientras la sopa de verduras que él mismo ha cocinado espera a que la cenemos.

—¿Vamos a salir? —Me observa de arriba abajo. Me he puesto unos vaqueros y una camiseta de mangas cortas.

—Tú no. Yo… Lo siento, pero Eleanor tiene una emergencia y me necesita. —Hago un puchero, esperando que lo entienda y no ponga el grito en el cielo. En realidad, no sé cómo va a reaccionar en estos casos. Casi no nos conocemos.

—De acuerdo, pero… —Mira la sopera—. Llévate la cena y yo te llevo.

—Puedo coger un taxi.

Se levanta y viene hasta mí.

—Puedes. Sin embargo, tienes un marido que se queda más tranquilo si te acompaña. —Deja un beso en mi frente y un escalofrío me recorre—. Aprovéchate de mí.

—*Mmm*… —Le agarro de la camisa y tiro de él hacia mí—. Se me ocurren otras formas de aprovecharme de ti… —susurro y nos besamos con lengua y dientes.

—Paramos esto o Eleanor dormirá sola esta noche.

—No te he dicho que vaya a dormir allí.

—Has dejado una bolsa junto al sofá. —Seguimos besándonos.

—No se le escapa una, señor Wolf…

Entrar en el apartamento de Eleanor me trae recuerdos de todo tipo. La mayoría bonitos, no obstante, aquí pasé noches y noches llorando por Max y su lento hundimiento y tratando de superarlo. Eso hace La Chica Vip ahora mismo, llorar, con una copa de Martini en una mano y una chocolatina en la otra. Yo ando igual, sin glamour ninguno. En pijama, descalzas y dos coletas con el pelo deshilachado. La escucho, porque eso hacen las amigas y le doy la razón en todo porque no está para que le rebata nada. Da pena. Con el rímel corrido y los labios a medio borrar.

—No lo entiendo. Nos iba tan bien. Me dijo que me quería… —Lloriquea.

—A veces el amor no lo es todo —apunto.

—No cuando tu novio es un toxicómano, pero Pierce es un reputado profesor en Georgetown.

—Por eso mismo, Ellie. No quiere perder su estatus. Yo me casé con Dante.

—*Buuuuaaaa*… —Llora. La abrazo y dejo que se desahogue.

Mi teléfono suena sobre la mesa y leo en la pantalla: El Inglés.

—Estoy bien —saludo.

—Llamo para preguntar por Eleanor. —No se lo cree ni él.

—*Buuuuaaaaa…* —Ellie se seca por dentro.

—Ya la escuchas —comento, con mi amiga sobre un lado de mis hombros y el móvil en el lado contrario—. Se recuperará.

—*Buuuuaaaaa… Buuuuaaaaaa.*

—¿Estás segura? Jamás había escuchado a nadie llorar así. —No esconde su tono guasón.

—*Buuuuuaaaaaa…*

—¿Ni a un cerdo?

—Lo cierto es que no.

—¿Sabes cómo lloran los cerdos?

—Un vecino en Newham tenía uno vietnamita. No sé si eso era llorar, pero gritaba tanto que me despertaba por la noche.

—*Buuuuaaaaaaa, buuaaaaa.*

—Cuida de ella. —Me dispongo a colgar—. ¿Serena?

—Sigo aquí.

—Te quiero. —El corazón me late con fuerza y no es porque La Chica Vip lo golpee, aunque lo hace.

—Te quiero —suspiro y trato de que Eleanor se calme, pero el desamor es una tormenta de la que no hay escapatoria, solo puedes agarrarte a algo para no salir volando y esperar a que se disperse.

# 66

# LO QUE COMPARTIMOS

## SERENA

Río Potomac
Washington D.C.

*Actualidad…*

—Entonces ¿Eleanor está mejor?

—Necesita más de tres días para recuperarse.

—¿Sigue llorando?

—Hasta hace dos horas sí.

—¿Esa forma de llorar es normal? —Dante y yo paseamos junto al río Potomac, de la mano y al tardecer, poniéndole el punto y final a la maravillosa novela de la que yo misma soy la protagonista, aunque le amiga de la prota principal no haya encontrado su final feliz.

*Este no es un buen final…*

—Está enamorada. —El agua fluye en tonos naranjas y rosas, reflejo del cielo al atardecer—. ¿Nunca has llorado…? —Modifico la pregunta al recordar su divorcio—. ¿No lo pasaste mal cuando te divorciaste?

—No lloré como un cerdo vietnamita, si es a lo que te refieres. —Me saca una carcajada y tiro de su brazo.

—¡Dante!

—No fue una buena época, pero… —Nos detiene y se pone frente a mí—. Fue más una derrota, no me gusta fracasar. Lo que sentí por Samantha no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Ahora sé que jamás estuve enamorado de ella.

Tuerzo el gesto, me empino y le doy un beso en los labios.

—¿He dicho algo malo? —pregunta, ante mi ceño fruncido.

Niego.

—Es solo que me siento muy mal amiga siendo tan feliz cuando Eleanor a estas horas estará bebiendo Martini y viendo otra película de asesinatos.

—Eso no lo entiendo, pero supongo lo que quieres decir. —El suave murmullo del agua acompaña nuestros pasos, que continuamos—. Me pasa lo mismo cuando pienso en Arya. Mi madre está enferma y yo estoy pasando el mejor momento de mi vida.

*Muero de amor (y de pena, al mismo tiempo).*

—Hablé con ella esta mañana. Está bastante bien y Thomas la cuida mucho.

—Thomas… —masculla.

—¿Lo sabes?

—Por supuesto. ¿Debería molestarme?

—¿Por qué?

—Porque confiaba en él.

—Dante, tu madre se ha enamorado. Alégrate por ella. —Nos detenemos en una zona arbolada y admiramos el anochecer—. Es hermoso.

—Por eso quise venir aquí.

—Es perfecto.

—Justo como tú. Perfecta.

—Un lugar… Un lugar para nosotros. —Nos abrazamos.

—Gracias por aparecer aquella mañana en mi despacho. —Me mira fijamente.

—Gracias a usted, señor Wolf, por proponerme matrimonio sin pensar en las consecuencias.

—¿Tú eres la consecuencia? —Asiento con una sonrisa—. Pues quiero a la consecuencia, deseo a la consecuencia, ansío besar de nuevo a la consecuencia. —Lleva sus manos a las mías y entrelaza nuestros dedos.

El amor, ese sentimiento inexplicable, asombroso y tan irreal como palpable. El amor transforma lo cotidiano en extraordinario y cada vez que lo sientes, repites la primera vez que lo sentiste. Fue con Max, y no fue menos ni más, sino diferente. La adrenalina corre por mis venas y un cosquilleo sube desde mi estómago. Las mariposas, antes aletargadas, despiertan y revolotean a nuestro alrededor. Un destello de luz que ilumina las sombras y el mundo toma matices que antes no tenían.

Siento que levito.

Dedico un segundo a mirarlo de cerca, su cabello oscuro ondea con la brisa y sus ojos cambian de color con la noche. El silencio se llena de significado y siento que lo conozco desde siempre, como si de alguna forma algo nos hubiera unido desde hace mucho tiempo.

Nos acercamos a una orilla y tomamos asiento sobre unas piedras grandes y redondas. Bueno, él se acomoda y tira levemente de mí, haciendo que me siente sobre su regazo. Me abraza desde atrás y apoya la mejilla en la mía, en mi hombro.

Nos quedamos ahí, sin prisas a movernos ni marcharnos, sin desear estar en otro lugar, sin separarnos. No nos movemos hasta que las estrellas iluminan el cielo y Dante estima conveniente

que ha llegado la hora de alimentarme.

—Casi no has comido —comenta de vuelta al coche.

—*Mmm…* Yo creo que sí. —Le guiño un ojo y le hago recordar qué me he comido a la hora del *brunch.*

—Me has puesto muy cachondo. Date prisa.

—¿Por qué?

—La pregunta es… ¿para qué? Pienso follarte en todas las esquinas.

La luz de unos faros nos ciegan al llegar a la carretera, junto a su vehículo. Entorno los ojos y espero a que El Inglés utilice sus modales y me abra la puerta.

Lo veo. Un Cadilac Eldorado como el de Max pasa muy despacio a nuestro lado.

*¿Es posible? Ese coche quedó como un acordeón en el accidente.*

Los ojos de La Voz de Fuego se encuentran con los míos durante unos segundos.

*Max…*

# 67

# NO LO VI VENIR

## SERENA

Seven Street
Washington D.C.

*Actualidad…*

El Ambar Shaw, otro santuario de lujo y exquisitez en el corazón de Washington D.C., donde el arte culinario transciende las expectativas comunes y se convierte en una experiencia sensorial. A este lugar me lleva Dante para seguir celebrando nuestro amor por todos los rincones de la ciudad. Cruzamos las puertas y nos recibe un *maître,* vestido con un traje negro y unos guantes blancos. Suelo de madera clara, sillas de cuero marrón y un techo ajardinado con centenares de flores rosas que cuelgan de él. Las paredes la adornan decenas de fotografías y hay diferentes espacios divididos por cristales.

*El menú del Ámbar Shaw es un viaje culinario que explora sabores de diversas latitudes, fusionando la tradición con la innovación. Cada plato es una obra maestra, meticulosamente elaborado por chefs de renombre que comunican su pasión a través de ingredientes frescos y de temporada. Bienvenido. Disfrute de su estancia.* Leo la explicación en un cartel negro con letras

doradas.

Eleanor y yo lo hemos visitado alguna vez, pero le han hecho una reforma que no conocíamos. Vinimos una semana después de una de mis discusiones con Max. Mi amiga quiso subirme el ánimo con una salida que terminó con nosotras subidas a una farola y cantando una canción de Taylor Swift y Sirius grabándonos para guardarlo y chantajearnos con subirlo a la red si no lo acompañábamos a una cena con su familia, con la que se lleva bien pero se aburre como una ostra, palabras textuales.

No se me olvida la aparición de Max hace dos días por la avenida que flanquea el río Potomac. ¿Qué hacía allí? ¿Fue casualidad? No me ha enviado ningún mensaje, y eso me ha extrañado. Yo tampoco le he escrito, prefiero que crea que no advertí su presencia.

Nos acomodan en un pequeño salón apartado del resto, flanqueado por ventanas y sin puerta. Dante hace alarde de su caballerosidad y no deja atrás ningún detalle. Me da un beso en la mejilla antes de sentarse frente a mí y tratar con amabilidad al camarero que nos atiende. Ceviche de corvina con toques exóticos de fruta de la pasión y cordero asado con verduras hervidas y salsa picante.

Wolf saluda a la *sommelier* que se ha acercado a ofrecernos recomendaciones de vino y unos celos irracionales aparecen de la nada. No hace referencia a mi locura transitoria mientras disfrutamos de la comida y de una conversación fluida sobre mis primeros días de trabajo con Maxwell.

—Estoy muy entusiasmada. El senador Maxwell es un hombre íntegro.

—Por su bien, espero que así sea… —masca, mirando su plato y cortando la carne.

—Dante, sabría defenderme sola si no fuera así —le regaño.

Él me ignora y me pregunta por cómo está mi padre, enfermo desde ayer.

—El doctor le ha recetado antitérmicos. Se queja demasiado. —Sonrío recordando a mi madre contándome cómo George Carrington, el hombre todopoderoso, se queja tirado en la cama.

*Es su segundo resfriado en dos meses. Será el aire acondicionado.*

Dante me cuenta una historia divertida sobre su último viaje de negocios en el que Dominic bebió demasiado y terminaron en el hospital porque se sentía muy indispuesto.

—¿A qué te refieres con indispuesto? —Me río.

—No querrías saberlo. —Él me imita. Lo llaman por teléfono y mira la pantalla. No lo haría si no fuera porque siempre está preocupado por su madre.

—Cógelo, no te preocupes —le animo ante su frente ceñida.

—¿Qué sucede? —Se lo ha llevado a la oreja—. ¿Estás seguro? —Silencio—. De acuerdo, Sprott, llama a Dom y le pones al tanto. —Cuelga.

—¿Algún problema?

—Nada importante.

—Dante, no me dejes fuera de esto. Si Sprott, tu chófer, te interrumpe sabiendo que estás cenando con tu mujer, es porque algo urgente ha sucedido. —Lo piensa antes de hablar.

—Son negocios. —Voy a saltar y explica—. Nada relacionado con George Carrington.

No insisto porque no es de mi incumbencia y trato de recuperar el ambiente relajado y divertido de hace cinco minutos.

Cruzamos el local listos para volver a casa y hacer el amor en cualquiera de sus estancias y nos entretenemos en el pequeño *hall* a despedirnos del encargado. Hoy ha refrescado y Dante recoge nuestras chaquetas a unos metros mientras yo lo espero en la puerta.

—¿Serena? —Otra vez, la voz familiar de Max hace que me congele. Me vuelvo y lo encuentro de pie, con una chaqueta de cuero negra y una camiseta gris, con su inconfundible mirada confiada.

—¿Max? ¿Qué haces aquí?

—Supongo que lo mismo que tú. Disfrutando de una cena a la luz de las velas.

—¿Qué está haciendo? —susurro cerciorándome de que Dante no nos mira.

*¿Qué haces tú, universo omnisciente?*

—Ya te lo he dicho. —Sonríe.

—Llevas persiguiéndome toda la semana. Te vi el otro día en el río.

—Yo también te vi. A ti y a tu marido. Por cierto, ¿dónde está? ¿O te ha dejado salir con los chicos?

—No tiene que dejarme, no soy de su propiedad. —Entro en su juego—. Vete y déjanos en paz.

—Estoy esperando a mi madre.

—¿Juliette está aquí? —Alzo las cejas. Me alegro. Me gustaría saludarla y darle un abrazo, aunque no sea el momento adecuado para socializar con mi exsuegra.

—Se ha dejado el teléfono en nuestra mesa y…

—Buenas noches. —Dante nos interrumpe—. Señor Voss. —Sigue con su despliegue de cortesía. Me pone la chaqueta y se coloca la suya.

—Buenas noches, señor Wolf. Estaba saludando a Serena.

—Perfecto, si no necesita nada más, nosotros nos vamos a casa. —A ninguno nos pasa desapercibido el mensaje que ha querido enviar con esta frase.

—Max, cariño, lo he encontrado. —Juliette sale del local con el teléfono en la mano y el rostro relajado, cosa que cambia en cuanto nos ve—. ¿Serena?

—Hola, Juliette. —Después de unos segundos para asimilar el encuentro, ambas nos fundimos en un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú? He estado pensando durante estos días si llamarte sería una buena idea —expone.

—Claro que sí. Me encantaría pasar una tarde contigo. —Noto la presencia de Dante a mi lado, imponente, rígido, concluyendo que soy una maleducada por no presentarlos—. Oh, perdona mi descortesía, Juliette, él es Dante Wolf, mi marido. Dante, Juliette es la madre de Max. —Lo mira y se petrifica. Ha debido reconocerlo o quizás no se ha enterado de que me he casado. Es poco probable que Max no se lo haya dicho, sé la confianza que hay entre ellos.

Dante y Juliette se miran durante unas milésimas.

—Encantada, señora… —Wolf asiente con la cabeza.

—Voss —le informa ella—. El placer es mío, señor Wolf. —Se dirige ahora a su hijo—. Perdonadnos, pero cojo un avión dentro de unas horas y me gustaría descansar antes. —Nos deleitamos con otro abrazo, esta vez muy corto—. Te llamaré en mi próxima visita.

—De acuerdo.

—Nos vemos… —Max amenaza y acompaña a su madre hasta el coche.

—Dante, no tenía ni idea… —manifiesto ante su rostro blanquecino y su silencio al subirnos en el coche.

—No pasa nada. Confío en ti —habla como sumido en una neblina, perdido, en otro lugar muy lejos de mí.

Todo se congela, la conexión se convierte en un camino empedrado y tenebroso y el brillo en sus ojos desaparece.

—Te amo a ti. —Intento reavivarlo.

—Yo también te amo.

Va a costarme trabajo lidiar con la presencia de Max en Washington y los celos de Dante.

# 68

# ENVUELTO EN EL SILENCIO

## DANTE

Dupont Circle
Washington D.C.

*Actualidad…*

No logro dormir a pesar del ejercicio que he hecho follándome a Serena contra la pared del vestíbulo. No hemos hablado en todo el trayecto hasta aquí, me he quedado mudo. Estoy cabreado y muy, muy preocupado. Necesitaba hacerla mía, como un Neandertal, sentirla dentro, dejar mi semilla en ella y mis besos, dibujar con mi olor su piel.

—Joder… —mascullo, envuelto en el más hondo de los silencios, interrumpido por la suave respiración de la mujer que amo. Su rostro sereno no consigue salvarme del abismo en el que caigo. La luz de la luna se refleja en su nariz, hermosa, y respiro al recordar lo que acabamos de hacer, no solo sexo, sino también hemos creado una intimidad absoluta.

Sin embargo, mi mente se nubla y una creciente inquietud crece en mi pecho.

*¿Es suficiente? ¿Será suficiente lo que sentimos el uno por el otro? ¿Puede ser cierto?*

Revolverme en la cama es inútil. Decido levantarme para no despertarla y hacer lo que me ronda la cabeza desde el encuentro en la puerta del restaurante.

Estás loco, me digo, encendiendo mi Tablet, con un café que me acabo de servir y tomando asiento en el sofá de un salón con cojines coloridos que ha comprado Serena.

Mi corazón bombea con más rapidez al abrir el navegador y comenzar a teclear en busca de la información que me corroe por dentro.

*Biografía de Max Voss.*

Las palabras aparecen en la pantalla y la luz azul ilumina mis manos mientras continuo navegando de un enlace a otro. La intriga se apoderó de mí tras la cena y el hallazgo de lo que buscaba me cruza de arriba abajo y me desarma. Se me hiela la sangre y mis dedos sobre la pantalla se detienen un momento, al igual que mi respiración. Lo que veo me golpea el pecho con una intensidad desorbitada. El salón se vuelve borroso y las líneas de dudas se convierten en un círculo perfecto. No levanto las pupilas de la fecha y un veneno se filtra por mis venas. Las implicaciones de lo que veo son desgarradoras y todas ellas se retuercen a la vez que mis entrañas.

Me incorporo, dejo el dispositivo a un lado, apoyo los codos en las rodillas y me llevo las manos a las sienes.

*No…*

Hago alarde de mi control y me pongo de pie. Busco mi teléfono sobre la isla de la cocina y hago una llamada a mi hombre de confianza.

—¿Sprott? —Lo llamo casi dentro de la alacena, a las cuatro y diez de la madrugada.

—¿Señor? —No dudaba de que estaría disponible.

—Prepara el *jet* y la tripulación para dentro de dos horas. Avísame cuando estés abajo.

—Por supuesto, señor.

Preparo el equipaje con cuidado de no molestar a Serena, pero dentro de mí un volcán está a punto de hacer erupción. Mi esposa se acurruca bajo la sábana, una imagen que otra noche me hubiera dado paz, esta me pone al filo del abismo, porque si estoy en lo cierto…

Respiro.

Me gustaría quedarme a su lado, abrazarla y cuidarla, olvidarme del resto del planeta, sin embargo, una urgencia requiere mi atención y no puede esperar ni unas horas más.

Coloco la bolsa con la cremallera abierta en el suelo y empaqueto lo imprescindible, conjeturo que no estaré fuera más de un día. Hay mucho en juego y el tiempo apremia, así que me concentro y termino en diez minutos. Cierro el equipaje y la saco al pasillo. Antes de irme, cojo una hoja de la libreta que hay junto al teléfono y dejo una nota a Serena:

He tenido que marcharme a un viaje de negocios que no tenía planeado y que requiere mi atención inmediata. No te preocupes de nada. Todo está bien. No he querido despertarte. Eres mi razón, mi mejor parte. Te amo, señora Wolf, y siempre voy a amarte. Wolf.

Despliego el papel y lo dejo sobre mi lado de la almohada. Su olor me inunda y me acerco a su rostro para dejar un beso en su frente.

—Te amo, señora Wolf —susurro y sonrío, porque me gusta llamarla así y me pone cachondo cuando se enfada y me reclama que no utilice mi apellido detrás de su nombre. Ella se mueve y suspira. Su aliento me envuelve un segundo y lo guardo a buen recaudo; me lo llevaré conmigo a mi viaje.

Salgo del apartamento como un ladrón en la penumbra, con la maleta cargada de emociones contradictorias, sin saber si a mi vuelta lo nuestro seguirá siendo el mismo sueño o se convertirá en una pesadilla. Cada paso que doy hasta el coche resuena como un adiós y un nudo incómodo se aprieta en mi garganta.

—Buenas noches, señor. Todo listo —indica Sprott.

—Gracias. —Se hace cargo de mi maleta y tomo asiento en la parte de atrás.

Subo a mi *jet* con el motor ya en marcha y la incertidumbre haciéndose grande en el cielo. Charlotte me recibe y me acomodo en uno de los asientos de la cabina. Cierro los ojos y la imagen de Serena dormida pacíficamente en la cama no se despega de mí en todo el vuelo.

*Tengo que hacerlo. Volveré pronto,* mis pensamientos se despiden de ella otra vez.

***

Una carretera boscosa se extiende ante mí, con árboles altos y copas frondosas que dan sombra a la calzada que recorro en un coche que he alquilado en el aeropuerto. Rodeado de campos verdes que se expanden hasta donde alcanza mi vista y montañas que llegan al cielo.

*A veces la vida te lleva a donde menos esperas.*

Avanzo unos metros por un camino de tierra y me detengo frente a una cabaña pequeña pero cuidada y recién pintada. De mis labios se escapa un suspiro y recuerdo el motivo que me ha traído aquí.

*La respuesta a una pregunta que antes nunca me había hecho.*

Las hojas crujen bajo mis zapatos, subo unos escalones de madera hasta el porche y llamo a la puerta con dos toques, sin embargo, no obtengo respuesta. Nadie abre. Me giro y respiro el aire fresco de una mañana soleada en un pueblo perdido del estado de Alabama. Repito la acción.

*Toc, toc.*

Bufo, pongo los brazos en jarra, me rasco el cabello y doy unos pasos a mi derecha para observar el interior a través de los cristales de una ventana. Se ve poco, un sofá y una mesa de madera rodeada de sillas. Decido sentarme a esperar que aparezca quien habita la casa.

—¿Dónde está el marido perfecto? —Le cojo el teléfono a Dom por si la charla con él me entretiene—. Estoy saliendo de la Torre de vigía. ¿Tu secretaria siempre ha sido tan poco simpática?

—Le he ordenado que te trate a patadas —bromeo, sin dudar de por qué lo dice. La santa mujer odia que se tome tantas confianzas, y con esto no me refiero a nada indecoroso, sino a que la trata como si fuera su madre e incluso le pide que le cocine tarta de manzana porque jamás ha vuelto a probar ninguna tan buena desde la que trajo un día a la oficina el día de su cumpleaños.

—¿Has ido a Londres sin mí? Echo de menos *The City.*

—He tenido que atender un tema urgente.

—¿Y no me has avisado?

—Surgió de madrugada, Dom, no tengo que sacarte a pasear todos los días —rujo harto de la situación que me ha traído a aquí y no de él.

—¿Con Serena también eres así de arisco?

—No creo que te interesen mis besos.

—En eso has dado en el clavo. Llámame si me necesitas y cruzo el mundo para salvarte.

—Gracias, mi príncipe.

—Daría mi vida por ti, mi princesa.

Cuelgo con una sonrisa en el rostro que solo dura tres segundos, los justos para volver al lugar y al momento en el que me encuentro.

Dos horas que se alargan hasta lo indecible y un puñado de pensamientos que se agolpan uno encima de otro, barajando todas las posibilidades.

*Quizá estoy equivocado.*

*Ojalá.*

Escucho el rugir del motor de un coche en la lejanía. Me levanto al cerciorarme de que no sigue la interestatal y se acerca por el camino de arena. Lo distingo entre los árboles y el polvo del camino que lo envuelve en una nube.

*Es la hora de la verdad.*

Bajo los escalones y mis botas pisan la tierra seca en esta estación del año.

*Ahí está. Ella también me ha visto.*

Se apea del vehículo, saca su equipaje del maletero y lo arrastra hasta detenerse a unos metros de mí.

—Has llegado antes incluso que yo —dice sin sorprenderse de mi visita.

—Me reconociste. —Mis pupilas la escrudiñan.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Has cambiado, pero sigues siendo tú.

—Tú estás diferente.

—Han pasado veintidós años.

—Sabías que vendría. —Asiente—. Entonces, es cierto. —No se mueve del sitio.

—Sí.

—Juliette… —ruego, sin saber por qué ni para qué—. Max es mi hijo.

*Booommm,* una bomba atómica cae sobre mí en este punto exacto y arrasa hasta con las montañas, llevándoselo todo consigo, incluso el oxígeno.

# EPÍLOGO

—¿Todo en orden, señor Wolf? —Charlotte me pregunta de pie frente a mí.

—Vámonos a casa —susurro sentado en uno de los asientos de mi avión privado, junto a la ventanilla.

*A casa, a ella…*

—Como guste, señor. —Se da la vuelta con gracia y se acomoda al fondo, colocándose el cinturón para el despegue.

El zumbido de las hélices retumba junto a mis pensamientos, desatados sin restricciones con tanto ruido. Unos minutos más tarde, la vista por la ventana se vuelve un mar de nubes blancas que contrastan con el azul profundo del cielo.

Mi mente sigue atrapada en la conversación mantenida con Juliette en el día de ayer y que se ha embrollado en cada célula de mi cuerpo.

Tras nuestro saludo inicial, me invitó a entrar en la cabaña. Olía a humedad y a flores, recogida y hogareña, con fotos de Max y de ella durante todas las épocas de su vida.

*Una vida sin mí…*

—Voy a preparar café y algo de comer. Estoy hambrienta del viaje —indicó—. Puedes sentarte.

Se fue a la cocina y yo me dediqué a observar los retratos. Las paredes estaban cubiertas con distintos colores y estilos, una mezcla de lo rústico y lo moderno que me recordó a la personalidad de Juliette, conservadora en muchos aspectos pero con la vista puesta en un futuro que durante un tiempo creímos evocador. Me detuve en la primera: Juliette y Max en una pista de esquí muy nevada, La Voz de Fuego sonreía en la imagen cuando ni siquiera rondaba los diez años de edad y supuse que soñaba con este apodo o cualquier otro que le indicara que había triunfado en la música.

*¿Desde cuándo quieres ser músico?*

La instantánea mostraba cierta felicidad, con un gorro empapado en nieve y una tabla clavada en el suelo y que agarraba con la mano.

La segunda me respondió a la pregunta que me acababa de hacer. Un niño mellado tocando una batería de juguete cuando no medía más de medio metro. El primer día de colegio, un campeonato de fútbol, en la playa, con un cubo y una pala; rodeado de amigos con sus propios instrumentos de música en un garaje.

*Como si yo no hubiera existido.*

*Porque no existo para ellos.*

—Lo he puesto solo. Si quieres leche… —Juliette salió con una bandeja y la dejó sobre una

mesa—. Azúcar o sacarina.

Me volví hacia ella y dejé de indagar en un pasado que no me pertenecía, aunque supe que tenía derecho y me concernía saber lo que significaba Max, lo que su existencia implicaba para Serena y para mí, qué sabía ese chico de un padre ausente que nunca se ocupó de él.

—Solo está bien. Gracias. —Tomé asiento en una de las sillas y ella vertió crema y azúcar en su taza—. ¿Desde cuándo vives aquí?

Juliette también se acomodó y cortó dos trozos de pastel de carne, uno para cada uno.

—Desde hace dieciocho años.

—Max tiene veintiuno.

—Así es. Hay algo que debes saber… —Las palabras brotaron de su boca como un susurro disfrazado de seguridad.

—Hay muchas cosas que debo saber, Julie —la llamé como solía hacerlo cuando nos conocimos con catorce años—. Tengo un hijo —afirmé, y cada palabra sacudió los cimientos de la modesta edificación. Y esta certeza se entrelazó con imágenes de Serena, con nuestros besos y caricias.

*Joder…*

—Era una niña. Los dos éramos muy jóvenes.

—Eso no explica que…

—¿Recuerdas la noche en la que me partí el brazo? —Asentí. Nos subimos a un árbol para ver los fuegos artificiales de Londres y al darnos un beso ella cayó desde dos metros de altura cuando se desgarró la rama. Yo me tiré a por ella y la acerqué a su casa en mi bicicleta—. Mis padres me llevaron al hospital y allí descubrieron que estaba embarazada. Yo no estaba segura de que fuera así. Tenía miedo y…

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería asegurarme de que era cierto y… —Suspiró—. Temía que te enfadaras y me dejaras.

—Jamás te hubiera dejado tirada, Julie.

—Me enyesaron el brazo sin hacerme radiografías y, al día siguiente, cuando desperté, ya estaban las maletas hechas. Nos trasladamos a Estados Unidos ese mismo día. Mis padres no dejaron ni que me despidiera de ti.

—No entendía qué había pasado. Fui a tu casa a buscarte todos los días durante más de dos meses. Los Cresswell me dijeron que te habías mudado a otro país sin billete de vuelta. Tu marcha afectó a mis notas durante ese semestre. Dos años después conseguí la beca internacional y me mudé a Estados Unidos. En el fondo, tenía la esperanza de encontrarte aquí… —susurré, porque mi voz había perdido fuerza poco a poco.

Presentí que lo que venía a continuación iba a romperme más el alma si cabía.

—Pretendían que pusiera fin a mi embarazo. Mis padres no me dieron lugar a réplica y me llevaron a una clínica para interrumpirlo. Sin embargo… —Se emocionó al recordarlo—. Me escapé por una ventana y corrí sin mirar atrás, subí a un autobús y recorrí miles de kilómetros hasta Georgia. Tenía quince años y…

—Dios mío, estuviste sola… —Deseé romper algo.

—Tuve suerte. Encontré trabajo cuidando a una niña en una casa en la que también me dieron una habitación. Falsifiqué un carnet y aseguré que tenía dieciocho años. Cuando mi vientre comenzó a notarse, tuve que marcharme y buscar asilo en una casa de acogida para madres embarazadas y de bajos recursos. —La historia me desgarraba el corazón y hasta la piel—. Max nació en un hospital de Athens. Lo abandoné con el niño en brazos y una mochila en los hombros, esas eran mis posesiones, pero lo tenía a él. Me escondí en una casa alejada de la ciudad hasta que mi rostro dejó de salir en webs de desaparecidos y nos mudamos a esta casa dos años después.

—¿Es tuya?

—Ahora sí, pero estuvimos alquilados varios años.

—¿Max fue un niño feliz?

—Estoy segura de que conseguí que fuera así.

—¿Nunca ha preguntado por su padre? —Asintió—. ¿Y qué le decías?

—Evitaba el tema, sigo haciéndolo. Incido en que ese hombre no es parte de nuestras vidas y…

—Ese hombre soy yo —la interrumpo, malhumorado y entristecido—. ¿Por qué nunca me lo dijiste? Podías haber vuelto a Newham, o haber llamado por teléfono.

—Dante, yo te quería, pero éramos unos niños. Había pasado mucho tiempo cuando quise hacerlo y tú ya estabas estudiando en Harvard.

—¿Me buscaste entonces?

—Sí. Pregunté a tus vecinos. La señora Grace me dio tu teléfono.

—Jamás me lo ha dicho.

—Porque le pedí que no lo hiciera y… —Cogió aire—. Ella sabía que tu vida cambiaría si me ponía en contacto contigo. Tú ya estudiabas para convertirte en el hombre que eres y yo quizá me interponía en tu futuro.

—¿Grace sabía de Max? —Me revelé y apreté la mandíbula.

—No, no. No se lo dije —su respuesta me relajó—. ¿Cómo está?

—Bien, es bisabuela y vive feliz rodeada de su familia. —Me toqué el tabique de la nariz con

dos dedos y amusgué los ojos, asimilando la historia y preparándome para lo que quedaba por confrontar—. ¿Qué hay entre Serena y Max?

—Tu esposa.

—Así es —masqué y tragué con dificultad.

—Max y Serena se enamoraron como lo hacen dos jóvenes. Supongo que como tú y yo. Al menos, yo me enamoré de ti. Te quería mucho, tanto como Max a Serena.

—Yo también te quería, pero… fue hace mucho tiempo, Julie…

—Lo sé…

—¿Y qué ocurrió entre ellos?

—Max no supo manejar la fama. Un niño de dieciocho años que había crecido en un pequeño pueblo, aquí en el bosque, bañándose en el lago y jugando con los animales… —Sus ojos se quedaron fijos en el pastel que ninguno de los dos habíamos ni rozado—. Le sobrepasó. Fue muy poco a poco y, cuando quise darme cuenta, mi niño de ojos claros se ahogaba en un pozo sin fondo por culpa de los estupefacientes —gimió.

—Estabas demasiado lejos de él como para cuidarlo. Ya era un hombre —comenté con un millar de puñales clavados en el pecho.

—Soy su madre y debí haberlo advertido antes, o haber sido más dura con él cuando comencé a sospecharlo. Su amigo Brandon me llamó un día, aquello no se sostenía, teníamos que hacer algo. Serena estuvo más de un año aguantándolo todo, tratando de sacarlo del agujero en el que había caído, pero ni ella logró salvarlo. Después del accidente, Max vino a mí y me pidió ayuda, de verdad. Poner a Serena en peligro y casi terminar con su vida fue un punto de inflexión. Internó en el centro y… El resto de la historia ya la sabes.

—Ha vuelto a buscarla —le reproché.

—Dante, Max sigue muy enamorado de ella. Pensar en Serena y en su futuro juntos es lo que lo ha empujado a estar limpio, a curarse.

Apreté el puño hasta que los nudillos se blanquearon y di un pequeño golpe en la mesa.

—¡Debiste decírmelo! —Solté un grito ahogado.

—Quizá, pero no fue así y ahora… —Cargó de oxígeno sus pulmones—. Ahora su padre está casado con la mujer que ama. —La sombra de la culpa cubría sus palabras.

—Joder… —Me levanté y di vueltas por el habitáculo. Una foto llamó mi atención y me detuve en ella. Max y Juliette juntos en una cocina, supuse que en esta, sonreían con los rostros blancos de la harina con la que hacían galletas.

—Hay otra cosa que debes saber. —Su voz lúgubre captó toda mi atención y la miré—. Max te odia. Ha crecido odiando a un padre ausente sin entender por qué ese hombre lo abandonó.

—No lo abandoné. —No tuvo que explicarme ese sentimiento, porque yo lo había vivido en mis propias carnes. Los dos aborrecíamos a nuestros padres, otra cosa más que nos unía y al mismo tiempo nos separaba.

—Él no lo sabe.

—Y tú nunca lo has sacado de su error. —Negó y agachó el mentón.

Me dirigí hasta la puerta y me detuve antes de abrirla.

—Gracias por el café —escupí y tiré del pomo. La luz entró a raudales, no obstante, yo lo veía todo negro.

—Dante. —Me detuvo antes de cruzar el vano—. Max es una persona muy sensible. Temo que recaiga otra vez en lo mismo y… —Lo piensa antes de revelarlo—. Estuvo dos veces a punto de morir por sobredosis. ¿Qué… vas a hacer?

*Buena pregunta.*

*¡Joder!*

—No lo sé. —Cerré tras de mí y salí hasta la explanada para que me diera el aire. Mi fortaleza inquebrantable desapareció y di un grito que retumbó entre los árboles.

De camino al hotel traté de lidiar con la historia de una vida que me había perdido, con las sonrisas enmarcadas en fotografías de un hijo que había crecido sin el amor y la protección de un padre que además odiaba.

El *jet* continúa su vuelo y una parte de mí se queda en Alabama, en esa cabaña en la que mi hijo había lidiado con la soledad y la pena…

*Justo lo que yo hice en una casa en Newham unos años antes.*

*¡Maldita sea!*

—Vamos a aterrizar, señor Wolf. —Charlotte sale de la cabina de mando—. Póngase el cinturón. —Miro mi cintura. No sé ni cuándo me lo he quitado.

¿Qué voy a hacer? ¿Debo contárselo a Serena? ¿Cuántos corazones más va a romper este asunto? Max se convierte en un hilo de unión en nuestras vidas que va a acercarnos o a separarnos para siempre.

Respiro hondo y, a nueve mil metros de altura, me debato entre los sacrificios que estamos dispuestos a hacer por amor y las complicaciones de las malas decisiones.

Miro el edificio de la terminal ejecutiva desde lo alto de mi avión, de pie, antes de bajar por las escaleras, y una pregunta se repite y me atraviesa de pies a cabeza.

*¿Qué va a ser de nosotros?*

*Soy Dante Wolf, no Dios todopoderoso.*

Continuará…

# SOBRE LA AUTORA



Estrella Correa (también Star Clark) nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro, Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Poco a poco, el éxito de sus novelas la lleva a distanciarse de la abogacía y a transformar su hobby en su profesión.

Ha tenido contratos con editoriales, pero actualmente todos sus libros están disponibles en exclusiva en Amazon en dos formatos: papel y digital. Apuesta por esta plataforma y reconoce que gracias a ella comprueba día a día que su trabajo llega a miles de personas y que además da frutos.

Su trilogía Un gin-tonic, por favor, publicada con Ediciones Coral en una edición especial y completa, fue durante varias semanas de 2018 y 2019 el ebook de ficción más vendido en España según Bookwire España.

Su novela “Anoche soñé mariposas” (mayo 2020) ha sido la novela con más reseñas y valoraciones del PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storiteller). Actualmente está retirada del mercado y será publicada por el sello Vergara de la editorial Penguin Random House el 13 de mayo de 2021.

El 19 de octubre de ese mismo año (2020) la revista Vogue Bussines se hace eco en un artículo de las ocho mujeres escritoras autopublicadas más destacadas de la plataforma Amazon.es entre las que se incluye a Estrella Correa.

Libros publicados:

Sonríe, por favor (precuela)
Un gin-tonic, por favor
Bésame, por favor
Quédate conmigo, por favor
Recuérdame, por favor
Ni por favor ni leches
Más Almas, por favor

Nerea y las estrellas
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana
Amor en Manhattan
Mi chica del SoHo
Un corazón en Nolita
Mil besos en TriBeCa
Chelsea Love

Despiértame a besos
Despiértame a sueños

Jódase, señor Ward
Jódase, señor Baker
Jódase, señor Cross

Sexi Navidad en Nueva York

Imborrables

Siempre seremos verano

**Dante Wolf, El Inglés**

Te odio, James Balck (Star Clark)
Te detesto, Oliver Drake (Star Clark)
No te soporto, Alex Hudson (Star Clark)

El secreto de Joe Byron (Star Clark)

Puedes seguir a la autora en las redes sociales para estar al día de sus novedades:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora

Instagram: @estrellacorreaescritora

Twitter: @EstrellaCorreaS